

MARCELINO ABDALA

ECONOMÍA para no economistas



EDICIONES JECIMAR

ECONOMÍA PARA NO ECONOMISTAS

*Todo lo que usted quiso saber de
economía y no se atrevió a preguntar*

PRESENTACION DEL LIBRO



Economía para no economistas

© 2025, Marcelino Jorge Abdala

Publicado bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría, no se use con fines comerciales y no se generen obras derivadas.

Autor: Marcelino Jorge Abdala

Editorial: Ediciones JECIMAR

Primera edición: Buenos Aires, 2025.

Diseño de tapa y diagramación: JECIMAR

Impresión: JESIMAR

ISBN: 978-987-99999-0-0 (*ejemplo ficticio, se reemplaza al obtener el real*)

CDD: 330 – Economía



2025-EDICIONES JECIMAR

Av. Corrientes 1515-CABA. Buenos Aires-Argentina.

Tel. (011) 1559566926.

www.edicionesjecimar.com.ar

info@edicionesjecimar.com.ar

[instragram/edicionesjecimar](#)

[facebook.com/edicionesjecimar](#)

www.economiaparanoeconomistas.com.ar

DEDICATORIA

A mi esposa,
compañera incansable de este viaje, cuyo amor, paciencia y apoyo
me dieron la fuerza para seguir adelante incluso en los momentos
más difíciles.

A mi hijo,
luz de mi vida y fuente de inspiración permanente, con la esperanza
de que estas páginas le recuerden siempre que el conocimiento y la
curiosidad son caminos que nos hacen libres.

Este libro es para ustedes, porque sin su presencia y su aliento nada
de esto habría sido posible.

EL AUTOR

Marcelino Jorge Abdala es Doctor en Ciencias Políticas y Administración Pública (Universidad de Murcia) y Postdoctoral por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Además, cuenta con una Maestría en Alta Dirección de Políticas Públicas (UIMP/Instituto Ortega y Gasset, España), un MBA (Universidad Empresarial Siglo 21), Posgrado en Marketing Estratégico (Cámara de Madrid), formación en derivados financieros y finanzas bursátiles (Mercado de Valores de Buenos Aires) y es Contador Público Nacional (Universidad Católica de Cuyo).



A lo largo de casi dos décadas en el Congreso de la Nación Argentina, se desempeñó como asesor parlamentario en la Cámara de Diputados y en el Senado, y fue secretario de la Comisión de Economías Regionales, Economía Social y MiPyMES (2016–2025).

En la actualidad, integra la Comisión Bicameral Permanente de Fiscalización de los Órganos de Seguridad Interior.

En el campo académico, actuó como jurado de tesis de maestría y doctorado en universidades como la UBA, la Universidad Torcuato Di Tella, la UNLZ y la Universidad de El Salvador, y fue expositor en congresos nacionales e internacionales (entre ellos, el XVII Congreso Nacional de Ciencias Políticas).

Es coautor de *90 conceptos fundamentales para entender la Administración Pública* (UBA) y autor de *Economía para no economistas*.



CV AMPLIADO

PROLOGO

Hay libros que no sólo se escriben: se gestan lentamente, como quien pule una piedra hasta descubrirle la forma que siempre estuvo ahí, aguardando. Este es uno de ellos. No nació de la urgencia ni de la moda, sino de una vocación profunda por comprender lo humano, por interrogar al tiempo y a sus paradojas con la paciencia de quien busca sentido más que respuestas. Cada página revela el pulso de un autor que mira el mundo sin indulgencia pero con una rara mezcla de lucidez y ternura: esa combinación que sólo alcanzan los espíritus verdaderamente libres.

Desde las primeras líneas, el lector percibe que no está ante un ensayo convencional. El libro se abre como un viaje interior que atraviesa la historia, la filosofía y la experiencia vital. El autor observa, compara, recuerda y piensa, pero sobre todo invita. Invita a detenerse en lo que normalmente pasa desapercibido: las grietas del lenguaje, las sombras del poder, las contradicciones del progreso. No hay aquí fórmulas ni dogmas, sino preguntas bien hechas —esas que iluminan más que las respuestas apresuradas.

El texto tiene la rara virtud de unir reflexión y relato, teoría y emoción. En él conviven la densidad conceptual y la transparencia del estilo, como si la palabra quisiera ser puente entre el pensamiento y la vida. El autor escribe con la serenidad de quien ha transitado ya muchas batallas intelectuales y personales, y con la generosidad de quien prefiere compartir lo aprendido antes que exhibirlo. Su escritura no busca deslumbrar: busca dialogar. Cada capítulo se lee como una conversación íntima con el lector, donde las ideas se despliegan sin estridencias, pero con la fuerza serena de lo que perdura.

Hay también, en estas páginas, un compromiso ético que se siente más que se enuncia. La reflexión sobre las instituciones, la cultura o el

devenir político no se limita a un diagnóstico; apunta a una tarea moral: pensar el presente para hacerlo más habitable. Esa mirada crítica —a veces melancólica, a veces encendida— recuerda que la inteligencia no es sólo una herramienta para explicar, sino también una forma de cuidar. Cuidar la memoria, las palabras, los vínculos y la esperanza.

Quizás la mayor virtud del autor sea esa fidelidad silenciosa a lo esencial. En tiempos de ruido y velocidad, él elige la pausa, el matiz, el pensamiento como acto de resistencia. En una época que confunde visibilidad con valor, este libro apuesta por la profundidad y el sentido. No busca imponerse, sino quedarse, acompañar al lector mucho después de haber cerrado sus páginas.

Quienes conocemos al autor reconocemos en estas líneas su voz inconfundible: la del amigo que sabe escuchar, del intelectual que no se rinde a las modas, del hombre que mantiene viva la curiosidad. Su obra es, como él, un gesto de coherencia entre lo que se piensa, se dice y se hace. Por eso este libro no sólo se lee: se agradece. Porque nos recuerda que pensar sigue siendo una forma de estar vivos, y que escribir, cuando se hace con verdad, todavía puede ser un acto de amor.

Alejandro M. Estévez

NOTAS DEL AUTOR

Este libro ha sido desarrollado con el apoyo de herramientas de inteligencia artificial, utilizadas como recurso complementario en diferentes etapas del proceso creativo y técnico. La IA colaboró en la reescritura y adaptación del estilo narrativo, con el propósito de hacerlo más didáctico, accesible y cercano al público lector.

Asimismo, se emplearon estas tecnologías para realizar cálculos matemáticos, diseñar tapas y contratapas, crear logotipos, imágenes y videos, así como para generar códigos QR y organizar índices con actualización automática.

El uso de estas tecnologías tuvo como propósito hacer más ágil y didáctica la comunicación de ideas, así como enriquecer la presentación del contenido. Sin embargo, la autoría, selección de fuentes, interpretación crítica, estructura de contenido y revisión final corresponden exclusivamente al autor, quien asumió la responsabilidad de garantizar la calidad, precisión y coherencia de la obra.

La intención es difundir un uso responsable y provechoso de la inteligencia artificial, mostrando cómo estas herramientas pueden convertirse en aliadas valiosas para ampliar el alcance del conocimiento, enriquecer la comunicación y facilitar la creación de materiales de calidad, en beneficio de los lectores y de la nueva realidad que nos ofrecen estas tecnologías.

INDICE

DEDICATORIA.....	1
EL AUTOR.....	3
PROLOGO.....	5
NOTAS DEL AUTOR	7
INTRODUCCIÓN.....	11
HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO	11
HISTORIA DE LAS POTENCIAS ECONÓMICAS.....	47
HISTORIA ECONÓMICA DE ARGENTINA	87
CONCEPTOS ECONOMICOS.....	101
EL TRABAJO Y EL SALARIO.....	153
SECTOR EXTERNO.....	173
SISTEMA MONETARIO Y FINANCIERO	197
INGRESOS PÚBLICOS	219
GASTO PÚBLICO.....	235
DÉFICIT PÚBLICO Y DEUDA PÚBLICA	265
BIBLIOGRAFIA	285

INTRODUCCIÓN

La economía suele parecer un territorio reservado para especialistas: números incomprendibles, gráficos interminables, conceptos técnicos que parecen alejarse de la vida real. Sin embargo, detrás de cada una de esas fórmulas late algo mucho más cercano: la historia de cómo producimos, intercambiamos y compartimos lo que necesitamos para vivir. Este libro nace con la convicción de que comprender la economía no es un privilegio de unos pocos, sino una herramienta imprescindible para todos los ciudadanos. Porque los grandes debates —el trabajo, los salarios, el gasto público, la deuda, el rol del Estado, la globalización— atraviesan nuestra vida cotidiana y marcan nuestro futuro colectivo.

Economía para no economistas busca tender un puente entre el saber académico y el lector común. Aquí no encontrarás un tratado lleno de tecnicismos, sino un recorrido claro y didáctico por los principales temas que han moldeado la historia económica mundial y argentina. Desde los pensadores clásicos hasta las discusiones más actuales, el libro propone un viaje accesible, con ejemplos sencillos, historias humanas y datos que ayudan a iluminar los dilemas de nuestro tiempo. La intención no es dar respuestas cerradas, sino abrir preguntas. La economía no es una ciencia exacta, sino un campo de ideas en debate, donde cada época ha ensayado soluciones diferentes.

Este libro está dedicado a quienes sienten curiosidad por comprender mejor el mundo en el que viven. A quienes creen que el conocimiento es una forma de libertad. Si estas páginas logran despertar esa chispa de interés, entonces habrán cumplido su propósito.



AUDIO

CAPITULO 1

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

CONTENIDO

Introducción.

Los orígenes: economía y filosofía.

El mercantilismo: oro, barcos y poder.

Los fisiócratas: la riqueza en la tierra.

Los clásicos

Karl Marx: la cara oculta del progreso.

El marginalismo y la economía neoclásica.

Keynes y la economía del siglo XX.

El monetarismo

El pensamiento económico en el siglo XXI.

Nuevas corrientes de pensamiento.



PODCAST DEL CAPÍTULO

Historia del pensamiento económico

Introducción.

La economía, aunque muchas veces se la asocie con gráficos intrincados y tablas repletas de números, nació de algo mucho más sencillo y profundamente humano: la necesidad de comprender cómo vivimos, cómo producimos y de qué manera compartimos lo que poseemos. Desde la antigüedad, filósofos, religiosos, pensadores y más tarde científicos se han enfrentado a las mismas preguntas esenciales: ¿qué es la riqueza?, ¿por qué algunos acumulan tanto mientras otros apenas sobreviven?, ¿cuál debe ser el papel del Estado?, ¿cómo se alcanza el bienestar colectivo? (Smith, 1776/2007; Sen, 1999).

El pensamiento económico no debe imaginarse como un bloque de mármol inmutable, rígido e incuestionable. Más bien, se parece a un caleidoscopio: cambia sus formas y colores dependiendo de la época y de los problemas que toca resolver. Cada corriente de ideas surgió como respuesta a los dilemas de su tiempo histórico. Lo que parecía cierto e indiscutible en el siglo XVII podía perder vigencia en el XIX, y aquello que funcionó en el siglo XX hoy puede estar completamente puesto en duda (Keynes, 1936/2018; Krugman, 2009).

Recorrer esta evolución es como subirse a una máquina del tiempo: desde los diálogos de los filósofos griegos hasta los debates de los economistas digitales del siglo XXI. Y quizás lo más fascinante es que, pese al paso de los siglos y a los cambios tecnológicos, las grandes discusiones siguen orbitando alrededor de las mismas preguntas: ¿qué hacemos con la riqueza?, ¿cómo la distribuimos?, ¿qué grado de intervención estatal resulta deseable? (Stiglitz, 2012).

Los orígenes: economía y filosofía.

Mucho antes de que la economía se llenara de fórmulas, curvas y gráficos, fue una rama del pensamiento profundamente unida a la filosofía y a la ética. Los antiguos griegos se preguntaban cuestiones que siguen vigentes: ¿cómo debe organizarse la vida en común?, ¿qué significa realmente la riqueza?, ¿hasta dónde es legítima la búsqueda del dinero? (Schumpeter, 1994).

Grecia: entre la virtud y la riqueza.

Para Aristóteles, la economía —o *oikonomía*— era, ante todo, la buena administración del hogar (*oikos*). Una familia debía organizarse de manera equilibrada, satisfaciendo sus necesidades sin caer en excesos. En cambio, criticaba duramente la *crematística*, es decir, la búsqueda desmedida de dinero, porque pensaba que acumular riqueza por sí misma desvirtuaba el propósito de la vida buena (Aristóteles, 1998). En su *Política*, Aristóteles llega a afirmar que el dinero debía ser solo un medio de intercambio, nunca un fin en sí mismo. Usarlo para generar más dinero —por ejemplo, a través de la usura— era, según él, algo “contra natura” (Aristóteles, 1998). ¡Qué paradoja leer esto hoy, en tiempos de bolsas de valores y criptomonedas! Pero el planteo nos recuerda que, desde el inicio, el debate sobre los límites éticos del beneficio estuvo presente.

Platón, por su parte, imaginó en *La República* una sociedad ideal en la que cada ciudadano cumpliera un rol definido: gobernar, proteger o producir. La riqueza, en su esquema, debía estar siempre subordinada al bien común. Incluso afirmaba que los gobernantes no debían acumular bienes materiales, pues eso los desviaría de su verdadera misión: garantizar la justicia (Platón, 2000).

Roma: el legado del derecho.

Si Grecia nos legó las ideas, Roma nos entregó la estructura legal. El Imperio romano consolidó un sistema jurídico en el que la propiedad privada ocupaba un lugar central: la tierra podía poseerse, heredarse y transferirse. Este legado fue decisivo, porque sin reglas claras sobre la propiedad no existiría ni el comercio ni la posibilidad de acumular riqueza de manera organizada (Buckland, 1963; Johnston, 2015).

Pero Roma no solo dejó leyes: también fue una potencia práctica en el terreno económico. Sus ingenieros levantaron caminos, acueductos y puertos, obras que aún hoy sorprenden por su magnitud, y lo hicieron financiándose a través de un sistema de impuestos cuidadosamente administrado (Temin, 2013). La base de su economía descansaba en la agricultura y el comercio, aunque no conviene olvidar un aspecto incómodo: la esclavitud. El trabajo forzado fue la columna invisible que sostuvo buena parte de la prosperidad romana (Scheidel, 2012).

Edad Media: fe, moral y economía.

Con la caída del Imperio romano, Europa ingresó en un largo período donde la Iglesia se erigió como árbitro moral y social. La vida económica quedó subordinada a los principios religiosos, que marcaban lo que era lícito o pecaminoso. En este contexto, Santo Tomás de Aquino se convirtió en el gran pensador de la época. Retomando las enseñanzas de Aristóteles, las reinterpretó a la luz del cristianismo y sentó las bases de lo que se conoció como la teoría del “precio justo”. Según esta idea, un comerciante debía vender un bien a un valor éticamente aceptable, y no al precio más elevado que pudiera obtenerse en el mercado. De esta manera, el comercio quedaba atravesado por un criterio moral que buscaba proteger tanto al comprador como al vendedor (Aquino, 1274/1947).

Otro punto central era la condena a la usura. Prestar dinero con interés era considerado pecado, porque se pensaba que resultaba inmoral que el dinero “engendrara” más dinero por sí mismo. Este principio limitaba la actividad financiera de los cristianos, lo que llevó a que muchos banqueros en la Europa medieval fueran judíos, ya que no estaban sujetos a esa prohibición. Sin embargo, esa situación los colocaba en una posición ambivalente: eran necesarios para el desarrollo del comercio, pero al mismo tiempo objeto de persecución y discriminación (Le Goff, 1986).

Durante la Edad Media, el comercio nunca desapareció. Las rutas de la seda seguían conectando Oriente y Occidente, los mercados locales sostenían la vida cotidiana y las grandes ferias medievales reunían a comerciantes de distintas regiones (Lopez, 1976). Sin embargo, cada una de esas actividades estaba impregnada de debates éticos: ¿qué prácticas eran moralmente aceptables?, ¿en qué momento el afán de lucro se transformaba en codicia?, ¿cuándo el beneficio dejaba de ser legítimo para convertirse en pecado? (Le Goff, 1986). Estas preguntas marcaron los ritmos económicos de la época y muestran hasta qué punto la moral y la economía estuvieron profundamente entrelazadas en el mundo medieval (Weber, 2001).

Un punto clave: la economía antes de la economía

Lo importante de esta primera etapa es que la economía no existía como ciencia independiente. Era todavía parte de la filosofía moral, de la religión y del derecho. El propósito no era maximizar beneficios, sino encontrar la forma de vivir en comunidad de acuerdo con determinados valores (Schumpeter, 1954). En Grecia, el centro estaba en la virtud y la buena vida (Aristóteles, *Política*). En Roma, en la ley y en la consolidación de la propiedad (Finley, 1982). En la Edad Media, la reflexión económica se subordinaba a la justicia inspirada en la fe cristiana (De Roover, 1955). Todo este trasfondo fue el que sentó las

bases para que, con el Renacimiento y la Modernidad, aparecieran las primeras escuelas económicas propiamente dichas (Heilbroner, 1999).

El mercantilismo: oro, barcos y poder.

Cuando Europa salió de la Edad Media y entró en la Modernidad, algo revolucionó la forma de pensar la riqueza: el descubrimiento de América y la expansión del comercio marítimo. Por primera vez, los reinos europeos ya no se limitaban a sus fronteras: ahora tenían colonias, rutas transatlánticas y un flujo incesante de metales preciosos. El oro y la plata se convirtieron en la nueva obsesión de los gobernantes (Braudel, 1984).

Así nació el mercantilismo, la primera gran doctrina económica moderna entre los siglos XVI y XVII. Para los mercantilistas, la riqueza de una nación no se medía por lo que producía, sino por la cantidad de metales preciosos acumulados en sus arcas. Oro y plata equivalían a poder (Heckscher, 1955).

La lógica mercantilista podía resumirse en una receta clara:

1. Exportar más de lo que se importaba, para acumular oro.
2. Poner barreras arancelarias y prohibiciones a los productos extranjeros.
3. Controlar los precios internos para proteger a la población y evitar fugas de dinero.
4. Fundar colonias para proveerse de materias primas baratas y garantizar mercados cautivos (Magnusson, 1994).

El comercio no era visto como un juego donde todos podían ganar —como más tarde sostendrían los clásicos—, sino como una competencia feroz de suma cero: lo que ganaba un país, otro lo perdía (Mun, 1664/1895).

España: riqueza fugaz.

El caso más llamativo fue el de España. Desde las minas de Potosí en Bolivia y Zacatecas en México salieron toneladas de plata que cruzaban el Atlántico en flotas custodiadas. Por un tiempo, España parecía nadar en la abundancia: palacios, guerras financiadas, lujos importados.

Pero esa riqueza resultó engañoso. La abundancia de metales generó inflación; los precios subían, pero la producción interna no crecía. En lugar de invertir en industrias locales, España importaba productos terminados de otros países, sobre todo de Inglaterra y Holanda. Resultado: el oro entraba por Sevilla... y salía casi inmediatamente para pagar importaciones (Hamilton, 1934; Braudel, 1979).

Francia y Colbert: el Estado al mando.

En Francia, el mercantilismo tuvo un rostro muy claro: Jean-Baptiste Colbert, ministro de Luis XIV. Colbert impulsó un mercantilismo de manual: subsidios a la industria nacional, altos aranceles a los productos extranjeros, control de las rutas comerciales. Su objetivo era claro: convertir a Francia en una potencia autosuficiente, capaz de mantener el lujo de Versalles y las ambiciones militares del “Rey Sol”. Este modelo, conocido como colbertismo, dejó huella en la tradición francesa de fuerte intervención estatal (Crouzet, 2001; O’Brien, 2010).

Holanda: la astucia financiera.

Un caso aparte fue Holanda. Con menos territorio y recursos naturales, apostó a la innovación financiera. En Ámsterdam se fundó una de las primeras bolsas de valores del mundo, y el país se convirtió en el gran banquero de Europa. Su flota mercante dominaba los mares, y sus comerciantes eran conocidos por su pragmatismo: comprar barato en un lugar, vender caro en otro (Israel, 1995; Neal, 1990).

Críticas y límites.

El mercantilismo, aunque fue útil para consolidar los Estados nacionales y financiar ejércitos, tenía límites claros:

- Al reducir la economía a un “juego de suma cero”, veía el comercio como guerra.
- Generaba inflación y dependencia de los metales.
- Ignoraba que la verdadera riqueza estaba en producir bienes y servicios y no solo en acumular oro.

Con el tiempo, estas críticas darían lugar a nuevas corrientes, como la de los fisiócratas y, más tarde, la economía clásica de Adam Smith, que cambiaría radicalmente la idea de riqueza (Magnusson, 2015; Schumpeter, 1954).

Los fisiócratas: la riqueza en la tierra.

A mediados del siglo XVIII, Francia estaba sumida en tensiones sociales. La nobleza y el clero vivían rodeados de lujos, mientras la mayoría campesina cargaba con los impuestos y el hambre. Era un país agrícola, y sin embargo millones de agricultores apenas sobrevivían. En ese contexto surgió la primera escuela económica propiamente dicha: los fisiócratas (Meek, 1962; Groenewegen, 2002).

El médico que quiso curar a la economía.

Su figura central fue François Quesnay, médico personal del rey Luis XV. Quesnay estaba acostumbrado a mirar el cuerpo humano como un sistema de órganos interdependientes. Esa mirada la trasladó a la sociedad y a la economía: si el cuerpo humano tenía circulación de la sangre, la economía también debía tener una circulación de la riqueza. En 1758 publicó el *Tableau Économique*, considerado uno de los primeros intentos de representar gráficamente el funcionamiento de la economía. Allí mostraba cómo la agricultura generaba un excedente que se distribuía al resto de los sectores (comerciantes, artesanos,

nobles) y volvía a reinvertirse en la tierra, cerrando un ciclo (Quesnay, 1758/1972; Vaggi & Groenewegen, 2003).

La tierra como fuente única de riqueza.

Para los fisiócratas, solo la agricultura producía riqueza “neta”. El comercio y la industria eran actividades “estériles”: útiles, sí, pero que no generaban valor por sí mismas. Desde su perspectiva, toda la prosperidad de un país dependía de la capacidad de explotar la tierra. Esto puede sonar limitado hoy, pero en un mundo mayormente rural tenía mucho sentido. El pan, el vino, los cereales eran la base de la vida y de los impuestos que financiaban al Estado (Meek, 1962; Spiegel, 1991).

Laissez-faire, laissez-passe.

La otra gran contribución de los fisiócratas fue su famoso lema: *laissez faire, laissez passer* (“dejad hacer, dejad pasar”). Creían en un orden natural regido por leyes universales: si se dejaba actuar a la naturaleza y a los mercados sin trabas, la economía alcanzaría su equilibrio. (Groenewegen 2002) explica que, en la visión fisiócrata, las leyes económicas eran tan inevitables como las leyes de la naturaleza. Por eso se oponían a los controles excesivos del Estado, como los impuestos arbitrarios o las restricciones al comercio de granos. Vaggi y (Groenewegen 2003) señalan que, en su perspectiva, estas políticas ahogaban la productividad agrícola y frenaban el ciclo natural del excedente.

Aunque su visión era reduccionista —colocaban a la agricultura en el centro, cuando la industria empezaba a transformarlo todo—, los fisiócratas dejaron semillas que germinarían más tarde. Según Meek (1962), su defensa de la libertad económica influyó directamente en Adam Smith, quien reconoció la importancia de sus aportes en *La riqueza de las naciones*.

La influencia de los fisiócratas no fue solo teórica. Muchos de ellos tenían relación directa con ministros y cortesanos de la monarquía francesa. Propuestas como el impuesto único a la tierra, destinadas a simplificar el complejo y desigual sistema tributario del Antiguo Régimen, anticipaban debates sobre justicia fiscal que siguen vigentes (Spiegel, 1991).

El gran error de los fisiócratas fue considerar “estéril” a la industria y el comercio. No supieron anticipar que la verdadera revolución no vendría del campo, sino de las fábricas y de las nuevas formas de producción. Por eso, aunque fueron pioneros, pronto fueron superados por los economistas clásicos.

Sin embargo, su aporte fue fundamental:

- Introdujeron la idea de la economía como un sistema interdependiente, parecido a un organismo vivo
- Popularizaron el principio del libre mercado.
- Reforzaron la importancia de pensar en términos de productividad y excedente.

Se los recuerda como los primeros en intentar que la economía dejara de ser parte de la moral y se convirtiera en una disciplina con leyes propias (Vaggi & Groenewegen, 2003).

Los clásicos: nacimiento de la economía moderna.

Con la llegada de la Revolución Industrial en el siglo XVIII, Europa vivió un terremoto social y económico. Las fábricas sustituyeron a los talleres artesanales, las máquinas de vapor revolucionaron la producción y las ciudades crecieron a un ritmo vertiginoso. En pocos años, el mundo pasó de ser rural y agrícola a urbano e industrial.

Ante semejante transformación, surgía una pregunta inevitable: ¿qué es realmente la riqueza y cómo se genera? La respuesta vino de un grupo de pensadores que hoy conocemos como los clásicos de la economía.

Adam Smith y la “mano invisible”.

El nombre que encabeza esta escuela es Adam Smith, considerado el padre de la economía moderna. En 1776 publicó su obra monumental *La riqueza de las naciones*, un libro que no solo analizó la economía de su tiempo, sino que también estableció principios que todavía resuenan hoy. Según Schumpeter (1954), Smith marcó un antes y un después al transformar el estudio de la economía en una disciplina autónoma. Smith se fijó en la división del trabajo como motor de la productividad. Para ilustrarlo, relató el célebre ejemplo de una fábrica de alfileres: un solo obrero, trabajando de principio a fin, podía fabricar quizás veinte alfileres por día. Pero si cada trabajador se especializaba en una tarea concreta —uno estiraba el alambre, otro lo cortaba, otro lo afilaba—, juntos podían producir miles de alfileres diarios. La especialización multiplicaba la riqueza. Skinner (1996) resalta que este ejemplo condensaba de manera brillante la lógica de la eficiencia productiva a través de la cooperación.

A partir de estas observaciones, Smith planteó su célebre metáfora de la “mano invisible”. Cuando las personas persiguen su propio interés —un comerciante buscando ganar dinero, un agricultor vendiendo su cosecha, un artesano ofreciendo su oficio—, sin quererlo terminan contribuyendo al bienestar general. Stigler (1976) explica que esta metáfora se convirtió en una de las ideas más influyentes de toda la historia del pensamiento económico, al señalar que el mercado tenía la capacidad de coordinar estas acciones individuales mejor que cualquier intervención centralizada.

David Ricardo y la ventaja comparativa.

Otro gigante clásico fue David Ricardo, quien en 1817 publicó *Principios de economía política y tributación*. Allí presentó una idea que transformó la manera de entender el comercio internacional: la teoría de la ventaja comparativa (Ricardo, 1817/2004). Ricardo

sostenía que incluso si un país era más eficiente que otro en la producción de todos los bienes, ambos podían beneficiarse del comercio si se especializaban en aquello que producían relativamente mejor (Hollander, 1979). Por ejemplo: Inglaterra podía producir tanto telas como vinos más eficientemente que Portugal. Sin embargo, si Inglaterra se concentraba en telas y Portugal en vinos, y luego comerciaban, ambos saldrían ganando. Este principio sigue siendo uno de los argumentos más potentes a favor del libre comercio global (Ruffin, 2002).

Thomas Malthus y los límites del crecimiento.

En la misma época, Thomas Malthus planteó una visión mucho más pesimista. En su *Ensayo sobre el principio de la población* (1798), advirtió que la población crecía de manera geométrica (1, 2, 4, 8, 16...), mientras que la producción de alimentos lo hacía de manera aritmética (1, 2, 3, 4...). Tarde o temprano, sostenía Malthus, la humanidad se enfrentaría a hambrunas inevitables (Malthus, 1798/1998). Aunque sus predicciones no se cumplieron exactamente —la tecnología agrícola multiplicó la producción de alimentos—, su preocupación anticipó debates actuales sobre los límites del crecimiento, la sostenibilidad y la presión demográfica sobre los recursos naturales (Winch, 1987; Mayhew, 2014).

John Stuart Mill: libertad y justicia.

Finalmente, merece un lugar en esta galería John Stuart Mill, un filósofo y economista que intentó humanizar el pensamiento clásico. Si bien defendía el libre mercado y la competencia, también creía que el Estado tenía un papel que cumplir en cuestiones de educación, derechos de las mujeres y protección de los más vulnerables (Mill, 1848/2004). Mill introdujo la idea de que la economía no debía ser solo eficiencia, sino también justicia social. Fue un puente entre el

liberalismo clásico y las preocupaciones sociales que se desarrollarían en los siglos siguientes (Ryan, 1987; Hollander, 2015).

El legado de los clásicos.

Los economistas clásicos compartían un espíritu común: la confianza en el mercado como generador de riqueza y el libre comercio como motor del progreso. Desplazaron la obsesión mercantilista por el oro y demostraron que la riqueza verdadera estaba en la producción y en la especialización (Schumpeter, 1954). Sus ideas dominaron el pensamiento económico durante buena parte del siglo XIX y todavía hoy siguen siendo influyentes. Cada vez que se habla de libertad de mercado, de ventajas del comercio internacional o de productividad, en el fondo se está dialogando con Adam Smith, Ricardo, Malthus o Mill (Hunt & Lautzenheiser, 2011). Claro que su visión también tenía puntos débiles: ignoraban las condiciones de explotación en las fábricas, asumían que los mercados tendrían siempre al equilibrio y subestimaban los conflictos sociales. Estos vacíos serían el terreno donde surgiría la crítica marxista y, más tarde, la revolución keynesiana (Blaug, 1997).

Karl Marx: la cara oculta del progreso.

El siglo XIX fue el escenario de dos caras de una misma moneda. Por un lado, el espectáculo del progreso: fábricas que producían a un ritmo nunca visto, ferrocarriles que atravesaban continentes, barcos de vapor que acortaban distancias y un comercio internacional que expandía sus fronteras cada año (Hobsbawm, 1962/1996). Por otro lado, la realidad de la miseria: obreros hacinados en barrios insalubres, jornadas laborales interminables, salarios que apenas alcanzaban para sobrevivir y niños trabajando en minas o fábricas textiles (Engels, 1845/2009). En este mundo contradictorio vivió Karl Marx (1818–1883), un filósofo alemán que se propuso desnudar los mecanismos

ocultos del capitalismo (Marx, 1867/1990). Su mirada fue tan influyente que cambió no solo la economía, sino también la política, la filosofía, la sociología y hasta la manera en que pensamos la historia (Marx & Engels, 1848/2002; Heilbroner, 1999).

Marx y la economía política clásica.

Marx conocía y admiraba a los economistas clásicos como Adam Smith y David Ricardo. Valoraba sus intentos de entender cómo se generaba la riqueza (Heilbroner, 1999). Pero también creía que habían dejado sin respuesta la pregunta más incómoda: ¿de dónde surge la ganancia del capitalista? (Schumpeter, 1954). Para Smith y Ricardo, los precios estaban relacionados con el trabajo incorporado en los bienes. Marx retomó esa idea y la llevó más lejos: si el trabajo es la fuente de todo valor, entonces la ganancia capitalista no puede surgir de otra parte que no sea del trabajo no pagado al obrero (Marx, 1867/1990).

La plusvalía: el corazón de la explotación.

En *El capital* (1867), Marx desarrolló su teoría de la plusvalía, quizás su aporte más famoso a la economía. El razonamiento era el siguiente:

- El obrero vende su fuerza de trabajo al capitalista a cambio de un salario.
- Ese salario equivale al valor de los bienes que el obrero necesita para vivir (alimentos, vivienda, ropa).
- Pero el obrero, en su jornada laboral, produce un valor mucho mayor al de su salario.
- Esa diferencia —el excedente— queda en manos del capitalista (Marx, 1867/1990).

La plusvalía, entonces, era el mecanismo por el cual el capital se expandía. Para Marx, la explotación no era un abuso ocasional: era el motor estructural del capitalismo (Schumpeter, 1954).

Marx no se limitó a hablar de números. También reflexionó sobre la experiencia del trabajador en la fábrica. Introdujo el concepto de alienación: el obrero, al producir, se separa de lo que crea (porque no le pertenece), de sí mismo (porque se convierte en una pieza más de la máquina), y de los demás (porque compite con ellos por un salario). En otras palabras, el capitalismo no solo explotaba económicamente, sino que también deshumanizaba. El trabajo, que debería ser fuente de creatividad y realización, se transformaba en una actividad alienante (Fromm, 1961).

Otro aporte central de Marx fue su visión del capitalismo como un sistema lleno de contradicciones internas. No lo veía como un orden estable, sino como un mecanismo que generaba crisis de manera recurrente:

- La búsqueda de ganancia lleva a las empresas a producir más y más
- Pero los salarios de los trabajadores, que son los consumidores, se mantienen bajos.
- Resultado: se producen más bienes de los que el mercado puede absorber.
- Esto desemboca en crisis de sobreproducción, cierres de fábricas y desempleo.

Según Marx, estas crisis no eran accidentes, sino parte inevitable del funcionamiento del capitalismo (Hobsbawm, 1962/1996).

La lucha de clases.

Marx también nos dejó una mirada histórica poderosa: la lucha de clases. Para él, la historia de la humanidad no era la historia de grandes reyes o inventores, sino la historia del conflicto entre grupos sociales: esclavos contra amos, siervos contra señores feudales, obreros contra capitalistas (Marx, 1867/2013). El capitalismo, según Marx, había creado su propio sepulturero: el proletariado. A medida que las

contradicciones del sistema se agudizaran, los obreros tomarían conciencia de su explotación y se organizarían para transformar radicalmente la sociedad (Marx, 1867/2013).

Las ideas de Marx no se quedaron en los libros. Inspiraron movimientos obreros, partidos políticos, sindicatos y revoluciones en todo el mundo. Desde la Comuna de París en 1871 hasta la Revolución Rusa de 1917, pasando por innumerables luchas sindicales, el marxismo se convirtió en la bandera de quienes buscaban cambiar el orden establecido (Hobsbawm, 2011). En América Latina, sus ideas también tuvieron eco: desde movimientos campesinos hasta gobiernos que aplicaron políticas inspiradas en la crítica al capitalismo (Hobsbawm, 2011). Incluso en países capitalistas, muchas de las conquistas laborales —como la jornada de 8 horas, la prohibición del trabajo infantil o los derechos sindicales— fueron impulsadas por movimientos obreros que se nutrían del pensamiento marxista (Hobsbawm, 2011).

¿Sigue vigente Marx?

Muchos críticos señalan que Marx se equivocó al prever el colapso inevitable del capitalismo, que hasta ahora ha mostrado una notable capacidad de adaptación (Hobsbawm, 2011). Otros apuntan que, cuando sus ideas se aplicaron en regímenes comunistas, derivaron en prácticas autoritarias y burocráticas, muy alejadas de la emancipación que Marx había imaginado (Berlin, 2013). Sin embargo, incluso sus detractores reconocen que Marx supo identificar problemas que siguen vigentes:

- Desigualdad extrema: hoy, el 1% de la población concentra más riqueza que el 50% más pobre (Piketty, 2014).
- Crisis cíclicas: la crisis financiera de 2008 demostró que los mercados continúan siendo inestables y propensos al colapso (Stiglitz, 2010).

- Alienación moderna: muchos trabajadores de la economía digital se sienten reemplazables, invisibles y desconectados de su propio trabajo, una actualización del concepto de alienación que Marx había planteado en el siglo XIX (Sennett, 2006).

Marx, guste o no, sigue siendo un espejo incómodo en el que el capitalismo se ve reflejado.

El marginalismo y la economía neoclásica.

Cuando el siglo XIX avanzaba hacia sus últimas décadas, el capitalismo ya había mostrado toda su potencia... y también sus sombras. La Revolución Industrial había transformado el paisaje europeo: chimeneas humeantes, fábricas en plena actividad, ferrocarriles que unían territorios y ciudades en expansión. La producción crecía como nunca antes, pero también lo hacían las tensiones sociales. Mientras Marx denunciaba la explotación obrera y llamaba a la revolución (Marx, 1867/2013), otro grupo de pensadores buscaba dar un paso en otra dirección: convertir la economía en una ciencia exacta, apoyada en leyes y cálculos rigurosos (Blaug, 1997). Fue en este contexto cuando surgió el marginalismo, una auténtica revolución intelectual que dio origen a la economía neoclásica (Schumpeter, 1954/1996).

La revolución marginalista: mirar la última unidad.

Para entender el cambio que trajo el marginalismo, pensemos en un ejemplo sencillo. Supongamos que tenés sed después de correr bajo el sol. La primera botella de agua que tomás tiene un valor inmenso para vos. La segunda sigue siendo buena, pero un poco menos. La tercera ya no la necesitás tanto. Y la cuarta quizás hasta te incomode. Esa observación —tan cotidiana y simple— se convirtió en un descubrimiento profundo: el valor de un bien no depende de su

utilidad total, sino de la utilidad de la última unidad consumida, lo que se llamó utilidad marginal (Jevons, 1871/1970).

Hasta entonces, los clásicos como Ricardo habían explicado los precios basándose en el costo de producción. Pero no podían resolver paradojas como la del “agua y los diamantes”: el agua es esencial para la vida y, sin embargo, suele ser barata; los diamantes son superfluos y, sin embargo, carísimos. El marginalismo resolvía la paradoja: el valor depende de la utilidad marginal, y dado que el agua es abundante, su última unidad vale poco; los diamantes son escasos, por lo que cada unidad adicional es altamente valorada (Marshall, 1890/2013).

Tres nombres aparecen como padres de esta revolución intelectual, casi simultáneamente en distintos lugares de Europa:

- **William Stanley Jevons (Inglaterra):** fue de los primeros en usar el concepto de utilidad marginal para explicar los precios. Propuso que las personas toman decisiones calculando qué satisfacción les da cada unidad adicional de un bien (Jevons, 1871/1970).
- **Carl Menger (Austria):** fundador de la Escuela Austríaca de Economía, sostuvo que el valor no está en los costos de producción, sino en la valoración subjetiva de los consumidores. Para él, la economía debía entenderse desde la perspectiva de la acción humana y de las elecciones individuales (Menger, 1871/2007).
- **Léon Walras (Francia):** quizás el más ambicioso. Quiso demostrar matemáticamente que todos los mercados de una economía podían estar en equilibrio simultáneamente, en lo que llamó **equilibrio general**. Usó sistemas de ecuaciones para mostrar cómo la oferta y la demanda se coordinaban en múltiples mercados a la vez (Walras, 1874/2014).

Entre los tres, construyeron los cimientos de la economía moderna tal como se enseña en universidades hasta hoy (Blaug, 1997).

Con el marginalismo se consolidó la figura del homo economicus, ese individuo racional que calcula ventajas y desventajas, mide costos y beneficios y siempre busca maximizar su utilidad personal. Este personaje abstracto permitió construir modelos elegantes, pero también muy alejados de la realidad. Después de todo, ¿quién de nosotros calcula con precisión matemática cada decisión de compra? Muchas veces decidimos por impulso, costumbre o emoción. Sin embargo, esta simplificación permitió que la economía se convirtiera en una disciplina más cuantificable, más “científica” (Sen, 1977).

La economía se vuelve matemática: con la revolución marginalista, la economía dejó de escribirse en párrafos largos cargados de filosofía y pasó a representarse con curvas y ecuaciones. El precio dejó de ser un misterio moral y se convirtió en un punto de equilibrio entre la oferta y la demanda (Marshall, 1890/2013). La curva de demanda mostraba cómo los consumidores compran menos de un bien a medida que sube su precio. La curva de oferta mostraba cómo los productores están dispuestos a ofrecer más a medida que los precios suben. El punto de equilibrio era aquel donde ambas curvas se cruzaban, y allí se fijaba el precio de mercado. Este modelo, simple y poderoso, se convirtió en el corazón de la teoría económica moderna (Varian, 2014).

La Escuela Neoclásica.

El marginalismo dio lugar a lo que se llamó la escuela neoclásica, que dominó el pensamiento económico durante más de un siglo (Blaug, 1997). Sus características principales pueden resumirse en cuatro grandes ejes:

- Individualismo metodológico: la economía debía explicarse a partir de las decisiones de individuos racionales, capaces de calcular beneficios y costos antes de actuar (Menger, 1871/2007).

- Matematización: las ecuaciones y los gráficos se convirtieron en el lenguaje oficial de la disciplina, alejándola de la filosofía y acercándola a las ciencias exactas (Walras, 1874/2014).
- Equilibrio: se asumía que los mercados tienden naturalmente hacia un estado de equilibrio donde la oferta iguala la demanda, idea que se convirtió en el corazón de la teoría neoclásica (Marshall, 1890/2013).
- Neutralidad del dinero: para muchos neoclásicos, la economía real —producción, empleo, consumo— se decidía en los mercados, mientras que el dinero era apenas un “velo” que facilitaba los intercambios (Patinkin, 1956/1989).

Críticas y limitaciones.

Aunque el marginalismo aportó claridad, también recibió numerosas críticas. Sus modelos eran elegantes, pero demasiado abstractos y alejados de la realidad social (Blaug, 1997).

- Supuesto de racionalidad: se asumía que los individuos siempre calculaban y elegían la opción óptima. Sin embargo, la psicología moderna y la economía conductual demostrarían después que esto rara vez ocurre: las personas suelen decidir por sesgos, hábitos o intuiciones (Kahneman, 2011).
- Ignoraba el poder y la desigualdad: para los neoclásicos, todos los agentes eran iguales en el mercado, cuando en realidad había empresas con mucho poder y trabajadores con pocas opciones (Galbraith, 1952/2009).
- Equilibrio como norma: los modelos mostraban un mundo ordenado y estable, mientras que la realidad histórica estaba llena de crisis, desempleo y conflictos, como señalarían más tarde Keynes y los teóricos de la inestabilidad (Keynes, 1936/2003).

Pese a todo, el marginalismo fue un paso fundamental. Permitió que la economía adquiriera el estatus de ciencia y ofreciera herramientas que todavía hoy se utilizan para analizar mercados y precios (Varian, 2014)

Un puente hacia el siglo XX

La economía neoclásica dominó la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Su enfoque fue la base de lo que más tarde Keynes criticaría tras la Gran Depresión, y también de lo que Friedman retomaría en su versión monetarista (Blaug, 1997). Incluso cuando fue cuestionada, la economía neoclásica dejó huellas profundas: sus curvas de oferta y demanda, sus modelos de equilibrio y su *homo economicus* siguen presentes en las aulas y en los debates contemporáneos (Varian, 2014). El marginalismo no fue solo una teoría: fue el momento en que la economía se “matematizó”, dejando atrás a los filósofos morales para convertirse en una disciplina con pretensión científica. Fue, en muchos sentidos, la antesala del siglo XX económico (Schumpeter, 1954/1996).

Keynes y la economía del siglo XX

El crack de 1929 cambió la historia. La Bolsa de Nueva York se desplomó, miles de bancos quebraron, millones de personas perdieron sus empleos y el mundo entero entró en una de las peores crisis de la modernidad: la Gran Depresión (Kindleberger, 1973/2000). En Estados Unidos, colas interminables de desempleados esperaban un plato de sopa, mientras que en Europa los fantasmas del fascismo y del comunismo ganaban terreno (Hobsbawm, 1994).

Hasta entonces, los economistas neoclásicos afirmaban que los mercados se equilibraban solos: si había exceso de oferta, los precios y salarios bajarían hasta que la economía se ajustara. Pero la realidad

fue otra: los salarios bajaban, la gente no consumía, las empresas no invertían y el desempleo no hacía más que aumentar (Skidelsky, 2009). En ese escenario apareció John Maynard Keynes (1883-1946), un economista británico que revolucionó la disciplina y cambió para siempre la relación entre el Estado y la economía (Keynes, 1936/2003).

Un economista poco convencional

Keynes no era un académico aislado en su torre de marfil. Fue asesor de gobiernos, negociador en tratados internacionales y, además, un hombre de mundo: frecuentaba artistas, escritores y pensadores del famoso grupo de Bloomsbury en Londres (Skidelsky, 1992). Tenía la habilidad de conectar las ideas con la política y la vida real.

En 1936 publicó su obra más influyente: *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*. Allí lanzaba una bomba intelectual: los mercados, lejos de tender siempre al equilibrio, podían quedar atrapados en situaciones de desempleo masivo si no había suficiente demanda (Keynes, 1936/2003).

La demanda agregada: el corazón del sistema.

Keynes puso el foco en la demanda agregada, es decir, en el gasto total de consumidores, empresas y gobiernos. Para él, el nivel de empleo y producción de una economía dependía directamente de ese gasto (Keynes, 1936/2003).

- Si las familias consumen poco y las empresas invierten poco, la economía se estanca.
- No basta con que bajen los salarios o los precios: si nadie tiene confianza para gastar, la producción no se reactiva. El resultado es un desempleo persistente (Skidelsky, 2009).

Esto supuso una ruptura radical con la visión clásica y neoclásica. Keynes decía, en pocas palabras, que los mercados podían fallar, y que

dejarlo todo al libre juego de la oferta y la demanda podía ser una receta para el desastre (Hobsbawm, 1994).

El papel del Estado

La gran novedad de Keynes fue revalorizar el papel del Estado en la economía. Si el sector privado no gastaba lo suficiente, el Estado debía intervenir (Keynes, 1936/2003):

- Aumentando el gasto público (en obras, infraestructura, servicios).
- Reduciendo impuestos para estimular el consumo.
- Usando la política monetaria para bajar las tasas de interés y facilitar el crédito.

El objetivo era sencillo pero ambicioso: reactivar la demanda, generar empleo y devolver la confianza. Así, el Estado se convertía en un actor económico activo, capaz de suavizar los ciclos de auge y crisis (Skidelsky, 1992).

El multiplicador

Otro concepto clave en Keynes fue el del multiplicador. Imaginemos que el gobierno construye una carretera: contrata obreros, compra materiales y paga servicios. Esos obreros luego gastan sus salarios en alimentos, ropa o transporte. Ese dinero circula y genera nueva producción y nuevos empleos.

En otras palabras, un gasto inicial podía tener un efecto multiplicado en toda la economía. Esta idea explicaba por qué las políticas públicas podían tener un impacto mucho mayor de lo que aparentaban (Samuelson, 1948/2010).

De la teoría a la práctica: el New Deal

Las ideas de Keynes no quedaron en la teoría. Inspiraron políticas como el New Deal de Franklin D. Roosevelt en Estados Unidos

durante la Gran Depresión: carreteras, presas, escuelas, subsidios agrícolas... el Estado tomó un papel central en la recuperación económica (Roosevelt, 1933/2009).

Después de la Segunda Guerra Mundial, las recetas keynesianas se convirtieron casi en un consenso: se construyeron Estados de bienestar, se ampliaron los derechos sociales y los gobiernos intervinieron activamente en la economía para garantizar crecimiento y empleo (Judt, 2005).

Críticas a Keynes.

Como toda teoría poderosa, el keynesianismo también recibió críticas. Para algunos, el gasto público excesivo podía llevar a déficits fiscales y deuda insostenible (Buchanan & Wagner, 1977); otros advertían que la intervención estatal podía generar inflación (Friedman, 1968), y los defensores del libre mercado acusaban a Keynes de “estatista” y de poner en riesgo la libertad económica (Hayek, 1944/2006). Sin embargo, durante tres décadas, lo que se conoció como la “Edad de oro del capitalismo” (1945-1973) coincidió con la aplicación de políticas inspiradas en Keynes: altos niveles de empleo, crecimiento sostenido y mejoras en la distribución del ingreso (Hobsbawm, 1994; Judt, 2005).

El legado de Keynes

Keynes cambió la manera en que pensamos la economía. Nos enseñó que:

- El desempleo no siempre es culpa de los trabajadores; puede ser un fallo del sistema (Keynes, 1936/2003).
- El Estado no es un intruso, sino una herramienta para estabilizar la economía.
- La confianza y las expectativas son tan importantes como los precios y las cantidades (Skidelsky, 2009).

Incluso hoy, cada vez que una crisis golpea —como en 2008 o durante la pandemia de 2020— los gobiernos desempolvan las recetas keynesianas: gasto público, estímulos monetarios y políticas activas (Krugman, 2009; Tooze, 2021).

Un economista para tiempos difíciles

Se suele decir que Keynes fue el economista de las crisis. Cuando todo parecía derrumbarse, sus ideas ofrecieron una salida. Por eso, más de un siglo después, sigue siendo un referente ineludible. Con él, la economía dejó de ser un relato frío de curvas y ecuaciones para convertirse en una disciplina profundamente conectada con la política, la sociedad y la vida cotidiana (Skidelsky, 1992). Keynes no solo explicó el capitalismo: lo ayudó a sobrevivir.

El monetarismo y las corrientes contemporáneas

La segunda mitad del siglo XX fue un verdadero campo de batalla para las ideas económicas. Tras la Segunda Guerra Mundial, las políticas keynesianas parecían haber encontrado la fórmula mágica: pleno empleo, crecimiento sostenido y bienestar social. Durante tres décadas, los gobiernos intervinieron en la economía sin complejos, construyeron Estados de bienestar y regularon los mercados (Judd, 2005).

Pero a fines de los años sesenta, las grietas comenzaron a aparecer. La inflación empezó a subir, el desempleo no bajaba y las herramientas keynesianas parecían perder eficacia. Fue entonces cuando una nueva voz tomó protagonismo: el monetarismo, encabezado por Milton Friedman y la Escuela de Chicago (Friedman, 1968).

El problema de la inflación

Para los keynesianos, el gran enemigo era el desempleo. Para los monetaristas, en cambio, el verdadero peligro estaba en la inflación,

es decir, en la pérdida del poder adquisitivo de la moneda. Friedman lo resumía en una frase contundente: “*La inflación es siempre y en todas partes un fenómeno monetario*” (Friedman, 1968, p. 17). Es decir, si hay inflación, es porque el Estado emitió demasiado dinero. No por salarios altos, ni por conspiraciones empresariales, ni por shocks externos: la raíz estaba en la política monetaria.

El retorno al dinero

Los monetaristas sostenían que la clave para estabilizar una economía era controlar la cantidad de dinero en circulación. Según Friedman, la oferta monetaria debía crecer de manera constante, a un ritmo similar al de la producción. Ni más, ni menos (Friedman & Schwartz, 1963/1993). Si se emitía demasiado, los precios subirían; si se emitía poco, la economía se frenaría. De esta manera, la política monetaria se convirtió en la estrella del debate económico.

El papel limitado del Estado

Friedman fue un crítico feroz del intervencionismo estatal. Creía que los gobiernos no eran capaces de manejar la economía de manera eficiente:

- Si subían impuestos para financiar gasto, desincentivaban la inversión.
- Si emitían dinero para sostener al Estado, generaban inflación.
- Si intentaban controlar precios o salarios, distorsionaban los mercados.

Su receta era clara: menos Estado, más mercado. El rol del gobierno debía limitarse a garantizar reglas de juego claras, proteger la propiedad privada y mantener la estabilidad monetaria (Hayek, 1944/2006).

La “estanflación” y el auge del monetarismo

En los años 70, el mundo enfrentó un fenómeno inesperado: la estanflación, una combinación letal de inflación alta con estancamiento económico. Ni los keynesianos ni sus políticas parecían tener respuestas. Los monetaristas aprovecharon ese momento. Argumentaron que la estanflación confirmaba sus críticas: el exceso de emisión monetaria había disparado los precios, y la intervención estatal había sofocado la productividad (Nelson, 2009). Sus ideas ganaron terreno en las universidades, los bancos centrales y los gobiernos.

Thatcher, Reagan y la política monetarista

El monetarismo no se quedó en los libros: saltó a la política. En los años 80, líderes como Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos aplicaron políticas inspiradas en Friedman: reducción de impuestos, privatización de empresas públicas, flexibilización laboral y liberalización de mercados financieros (Harvey, 2005). El objetivo era devolverle protagonismo al sector privado y reducir el tamaño del Estado.

La globalización y los desafíos actuales

La segunda mitad del siglo XX y lo que llevamos del XXI no pueden entenderse sin la globalización. Las ideas económicas se pusieron a prueba en un mundo donde:

- El comercio internacional creció a niveles históricos.
- Las finanzas se volvieron instantáneas y globales.
- La tecnología digital transformó los modelos de negocio.

El monetarismo aportó un marco de disciplina monetaria, pero los problemas actuales —desigualdad, crisis climática, digitalización, pandemia— exigen respuestas que van más allá de la simple estabilidad de precios (Stiglitz, 2010; Tooze, 2021).

El legado del monetarismo

Aunque muchos consideran que las recetas de Friedman fueron demasiado radicales, su impacto fue enorme:

- Los bancos centrales hoy priorizan la lucha contra la inflación.
- La independencia de las autoridades monetarias se convirtió en un estándar.
- La importancia de controlar la oferta monetaria sigue siendo un principio básico (Woodford, 2003).

Pero la historia también mostró los límites del monetarismo: una economía no se reduce solo a controlar el dinero. La inversión pública, la innovación, la justicia social y la sostenibilidad también importan (Sen, 1999).

Un debate abierto

Si algo nos enseña el enfrentamiento entre monetarismo y keynesianismo es que la economía nunca ofrece respuestas definitivas. Cada crisis trae consigo un redescubrimiento de viejas teorías y la aparición de nuevas. Keynesianos y monetaristas, neoclásicos y conductuales, feministas y ambientalistas: todos forman parte de un debate vivo y en constante evolución.

El pensamiento económico en el siglo XXI.

El siglo XXI nos encontró con un escenario tan desafiante como vertiginoso. La economía ya no se explica solamente desde los mercados locales ni con las viejas recetas del pasado. Hoy el mundo está interconectado a una velocidad sin precedentes: un virus que surge en Asia puede detener fábricas en América, una decisión de la Reserva Federal de Estados Unidos puede mover monedas en África, y un conflicto bélico en Europa puede encarecer el pan en Medio Oriente (Tooze, 2021).

La economía se volvió global, digital y ambiental. Y con ello, el pensamiento económico también tuvo que transformarse.

Globalización y cadenas de valor

Uno de los grandes temas del nuevo siglo ha sido la globalización. Durante las décadas finales del siglo XX ya se habían abierto las fronteras al comercio y al capital, pero en el XXI la integración se profundizó gracias a la tecnología (Stiglitz, 2002). Empresas como Apple o Tesla producen piezas en decenas de países antes de ensamblar un producto final. Una crisis en un puerto de China puede retrasar la llegada de insumos en México o Argentina.

El empleo en países desarrollados se vio afectado por la deslocalización hacia lugares con mano de obra más barata. Esto obligó a los economistas a pensar en la economía como un sistema interdependiente, donde la política interna ya no puede entenderse sin el contexto internacional (Rodrik, 2011). Al mismo tiempo, surgió la crítica a los excesos de la globalización: pérdida de empleos industriales en Occidente, desigualdades crecientes y una vulnerabilidad inédita frente a crisis globales como la de 2008 o la pandemia de 2020 (Piketty, 2014; Tooze, 2018).

El regreso de las crisis

El siglo XXI demostró que las crisis no son reliquias del pasado.

- Crisis financiera de 2008: provocada por la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos, se expandió al mundo entero. Millones de personas perdieron sus hogares y empleos, y el sistema financiero global estuvo al borde del colapso (Krugman, 2009).
- Pandemia de 2020: no fue solo un problema sanitario, sino un shock económico brutal: cadenas de suministro interrumpidas, desplome del turismo, caída de la producción

- y un aumento masivo del gasto público para sostener a empresas y trabajadores (Tooze, 2021).
- Crisis climática: sequías, incendios e inundaciones dejaron de ser hechos aislados para convertirse en amenazas sistémicas que afectan la producción de alimentos, los seguros, la energía y la vida cotidiana (Sachs, 2015).

Estas crisis hicieron que muchos economistas recuperaran las ideas keynesianas: el Estado volvió a intervenir con fuerza, rescatando bancos en 2008 y financiando paquetes de estímulo durante la pandemia (Stiglitz, 2010).

La desigualdad en el centro del debate

Si el siglo XIX giró en torno a la explotación obrera y el XX a la estabilidad y el crecimiento, el XXI trajo un nuevo protagonista: la desigualdad.

Economistas como Thomas Piketty mostraron con datos históricos que el capital tiende a concentrarse en pocas manos más rápido de lo que crece la economía. Su libro *El capital en el siglo XXI* (2013) puso en el centro del debate la necesidad de políticas redistributivas, como impuestos progresivos sobre las grandes fortunas (Piketty, 2014).

La brecha salarial entre ejecutivos y trabajadores se multiplicó. Las grandes tecnológicas acumulan riquezas impensadas, mientras millones de personas sobreviven con empleos precarios. La pregunta sobre quién gana y quién pierde en el capitalismo contemporáneo volvió a ser central, recordando las críticas de Marx, pero en un mundo completamente digitalizado (Saez & Zucman, 2019).

La economía digital

Otra transformación crucial es la revolución tecnológica. Plataformas como Amazon, Uber o Airbnb alteraron industrias enteras. Las criptomonedas y el blockchain cuestionaron el monopolio estatal

sobre el dinero. El big data y la inteligencia artificial abrieron nuevas posibilidades, pero también nuevos dilemas sobre el empleo, la privacidad y la concentración de poder (Brynjolfsson & McAfee, 2014).

Hoy los economistas deben analizar fenómenos inéditos:

- ¿Cómo medir el valor de los datos?
- ¿Qué pasa con la competencia cuando unas pocas empresas controlan casi todo el mercado digital?
- ¿Qué impacto tiene la automatización en el trabajo humano?

El pensamiento económico del siglo XXI no puede escapar a estas preguntas, porque las plataformas digitales ya no son un accesorio: son la columna vertebral de la economía global (Zuboff, 2019).

La sostenibilidad y el giro verde

La crisis climática empujó a la economía a mirar más allá del PBI. Por décadas, el crecimiento económico fue el indicador supremo. Hoy muchos se preguntan: ¿de qué sirve crecer si destruye el planeta? (Raworth, 2017).

La economía ambiental y la economía circular ganaron protagonismo: medir la huella de carbono, repensar el uso de recursos y apostar a energías renovables. Gobiernos y empresas empiezan a hablar de “transición energética” y “desarrollo sostenible” (Sachs, 2015). Algunos economistas incluso proponen superar la obsesión por el crecimiento y medir el bienestar de manera más amplia, considerando factores como salud, educación, igualdad y medio ambiente (Stiglitz, Sen & Fitoussi, 2009).

Nuevas corrientes de pensamiento

El siglo XXI es un mosaico de ideas en competencia. Algunas de las más influyentes son:

- Economía feminista: visibiliza el trabajo doméstico y de cuidados, históricamente invisibilizado en las estadísticas (Benería, 2003).
- Economía de la felicidad: estudia cómo factores no materiales (tiempo libre, vínculos sociales, confianza) influyen en la calidad de vida más que el ingreso monetario (Frey & Stutzer, 2002).
- Modern Monetary Theory (MMT): plantea que los Estados que emiten su propia moneda no tienen las mismas limitaciones fiscales que los hogares o empresas, y que pueden financiarse sin caer necesariamente en default (Kelton, 2020).

La riqueza del pensamiento económico actual está en su diversidad: no hay una única escuela dominante, sino un debate abierto.

Desafíos para el futuro

El pensamiento económico del siglo XXI enfrenta desafíos enormes:

- El trabajo en la era de la automatización: ¿qué pasará con millones de empleos reemplazados por robots o inteligencia artificial?
- El dinero digital: ¿reemplazarán las criptomonedas al dinero tradicional? ¿Qué papel jugarán los bancos centrales con sus monedas digitales oficiales?
- La gobernanza global: ¿cómo coordinar políticas en un mundo interdependiente, donde los problemas trascienden fronteras?
- La justicia social: ¿cómo evitar que la riqueza digital se concentre aún más en pocas manos?
- La sostenibilidad: ¿cómo crecer sin destruir el planeta?

Estas preguntas muestran que la economía ya no es solo un tema de precios y mercados: es un campo donde se juegan el futuro del trabajo, la democracia y la vida en la Tierra.

Un pensamiento en transición

Si algo caracteriza al pensamiento económico del siglo XXI es que está en plena transición. No hay un consenso cerrado, como lo hubo con el keynesianismo en los años 50 o con el monetarismo en los 80. Más bien vivimos un tiempo de búsquedas, de tensiones entre el mercado y el Estado, entre lo global y lo local, entre el crecimiento y la sostenibilidad.

El futuro de la economía aún se está escribiendo, pero lo que parece seguro es que el pensamiento económico tendrá que volverse cada vez más interdisciplinario, humano y planetario (Raworth, 2017; Sen, 1999).

CAPITULO 2

HISTORIA DE LAS POTENCIAS ECONÓMICAS

CONTENIDO

Un escenario en constante movimiento

Asia como epicentro (100–1500 d.C.).

Roma potencia de Occidente (hasta 647 d.C.).

El mundo islámico (600–1200 d.C.).

Europa: barcos y colonias (1500–1800).

Estados Unidos: el gigante joven (1800–2000).

El retorno a Asia (2000–2050).

Nuevos contendientes: África y América Latina.



POSCAT DEL CAPITULO

Un escenario en constante movimiento

La economía mundial nunca ha sido estática; más bien, se parece a un gran teatro de la historia donde los protagonistas van cambiando con el paso de los siglos. Imperios, reinos, estados nacionales y regiones enteras se alternan en el rol principal, mientras otros quedan relegados al papel de espectadores secundarios. Este dinamismo no es lineal ni predecible, sino cíclico: como un péndulo que oscila entre Oriente y Occidente, entre el poder agrícola, comercial, industrial y tecnológico (Maddison, 2001).

Desde tiempos antiguos, la humanidad ha buscado los espacios donde la riqueza se concentra. En un primer momento, los imperios agrícolas —China, India, Egipto— dominaron gracias a su capacidad de producir excedentes alimentarios y sostener poblaciones numerosas (Frank, 1998). Luego fueron las rutas comerciales —como la Ruta de la Seda o el Mediterráneo romano— las que definieron el centro del mundo (Abu-Lughod, 1989). Más tarde, la industrialización en Europa y la consolidación de Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial marcaron un nuevo eje económico global (Landes, 1999; Kennedy, 1987).

El péndulo económico no se limita a un desplazamiento geográfico; también refleja los cambios en la forma de producir y de organizar la sociedad. Allí donde surgen innovaciones, instituciones sólidas y redes de intercambio, allí tiende a ubicarse el centro de gravedad de la economía mundial. Roma no fue hegemónica solo por sus ejércitos, sino por su derecho, sus infraestructuras y su integración económica (Buckland, 1963). Inglaterra no lideró en el siglo XIX únicamente por su carbón, sino porque supo articular ciencia, técnica y finanzas en un modelo productivo que se expandió por el planeta (Landes, 1999).

La historia muestra que ninguna hegemonía es eterna. Lo que hoy parece indiscutible, mañana puede quedar en entredicho. China e India, que durante siglos fueron el núcleo de la economía mundial,

perdieron relevancia con el ascenso europeo. Estados Unidos, que en 1950 concentraba el 30% del PIB global, hoy representa menos del 25% y cede terreno frente a las potencias asiáticas (Banco Mundial, 2024). De igual modo, Europa, que alguna vez dominó el mundo gracias a su poder naval y colonial, enfrenta hoy un envejecimiento poblacional y desafíos internos que limitan su proyección (CEPAL, 2023).

Este vaivén constante también nos recuerda que el liderazgo económico no depende solo de la riqueza material, sino de la capacidad de adaptarse a nuevas circunstancias. La innovación tecnológica, la apertura al comercio, la estabilidad institucional y la integración social son factores decisivos en la construcción y sostenimiento de la supremacía (Stiglitz, 2012; Sen, 1999). Quienes descuidan estos elementos corren el riesgo de quedar atrás en el movimiento del péndulo.

Finalmente, pensar el mundo como un escenario en constante movimiento nos invita a reflexionar sobre el presente. Hoy vemos a Asia en ascenso, a Estados Unidos en proceso de redefinición, a Europa luchando por reinventarse, y a África y América Latina buscando su oportunidad. En todos los casos, la lección histórica es la misma: el poder económico nunca es permanente, siempre es transitorio. La pregunta, entonces, no es si el péndulo se moverá, sino hacia dónde lo hará en las próximas décadas (Krugman, 2009; FMI, 2024).

Asia como epicentro (100–1500 d.C.)

Durante más de un milenio, el centro del poder económico mundial estuvo en Asia. Mientras Europa se sumía en la fragmentación feudal tras la caída de Roma, en Oriente florecían civilizaciones que no solo mantenían un alto nivel productivo, sino que además innovaban en ciencia, tecnología y organización social (Frank, 1998; Pomeranz,

2000). China e India, juntas, representaban más de la mitad de la riqueza del planeta, una proporción difícil de imaginar hoy en un mundo más diversificado (Maddison, 2001; Maddison Project Database, 2023).

China: el motor de la civilización.

China fue, entre los siglos X y XV, la economía más avanzada del planeta. Su peso no provenía solo de su tamaño demográfico, sino de su capacidad para organizar una economía integrada y eficiente (Maddison, 2001; Pomeranz, 2000). La agricultura intensiva, basada en el arroz de regadío, permitía alimentar a poblaciones que superaban los 100 millones de habitantes, algo sin precedentes en la época (Maddison Project Database, 2023).

El país también se destacó por sus invenciones revolucionarias: el papel, la pólvora, la brújula y la imprenta de tipos móviles no solo transformaron la economía china, sino que, una vez difundidas, modificaron el rumbo de la historia universal (Needham, 1981; Hobson, 2004). La brújula, por ejemplo, facilitó la navegación de larga distancia; la pólvora cambió la guerra; el papel y la imprenta democratizaron el acceso al conocimiento.

A nivel institucional, China desarrolló un sistema meritocrático de exámenes imperiales que seleccionaba a los funcionarios por su preparación, más allá de su origen social (Elvin, 1973). Esta burocracia profesionalizada aseguraba la estabilidad del imperio y su capacidad de recaudación fiscal. Además, las ciudades chinas, como Chang'an o Hangzhou, eran auténticos centros urbanos que superaban en población y dinamismo a cualquier urbe europea medieval (Abu-Lughod, 1989).

En términos económicos, China aportaba cerca del 30 % del PIB mundial en el año 1000, una cifra que refleja su centralidad como fabricante y exportador de bienes altamente valorados: seda,

porcelana, té y artesanías de gran calidad (Maddison, 2001; Frank, 1998).

India: el reino de las especias y los textiles

Mientras tanto, India consolidaba su papel como epicentro de bienes de lujo y de consumo masivo. El subcontinente indio era famoso por sus especias —pimienta, canela, clavo, nuez moscada—, productos tan valiosos que siglos más tarde motivarían la expansión marítima europea (Chaudhuri, 1985; Frank, 1998). Sus textiles, en particular los de algodón y seda, eran considerados insuperables en calidad y elegancia (Parthasarathi, 2011).

Las redes comerciales del océano Índico eran fundamentales: desde los puertos indios, las mercancías viajaban hacia Arabia, África oriental y el sudeste asiático. Los comerciantes musulmanes y, más tarde, europeos acudían a la India atraídos por su diversidad productiva (Abu-Lughod, 1989; Findlay & O'Rourke, 2007). Ciudades como Calcuta, Surat o Goa eran nodos clave en este entramado, conectando el interior agrícola con los mercados internacionales.

India también fue cuna de desarrollos culturales y matemáticos que influirían en el resto del mundo, como el sistema decimal y el concepto del número cero, fundamentales para el progreso científico y económico global (Sen, 2005; Stigler, 1983).

La Ruta de la Seda: primera globalización.

El símbolo más claro de la centralidad asiática fue la Ruta de la Seda, una red terrestre y marítima que unía a China e India con Medio Oriente, África y Europa. A través de ella no solo circulaban seda, especias, porcelanas y metales preciosos, sino también ideas, religiones y conocimientos (Frank, 1998; Hansen, 2012). El budismo viajó desde la India hasta China; la pólvora llegó a Europa; y los

avances en astronomía y medicina se difundieron a lo largo de estas rutas (Needham, 1981; Bentley, 1993).

La Ruta de la Seda puede considerarse una forma primitiva de globalización, en la que distintas civilizaciones se conectaban mediante flujos comerciales y culturales, a pesar de las dificultades geográficas y políticas. Fue un sistema que hizo de Asia el verdadero “corazón” del mundo durante siglos (Abu-Lughod, 1989; Findlay & O’Rourke, 2007).

Europa en la periferia

En contraste, Europa permanecía en un papel secundario. Tras las invasiones bárbaras y la caída del Imperio Romano, el continente se fragmentó en reinos pequeños, con una economía de subsistencia y un comercio limitado. La alfabetización era escasa y la innovación tecnológica se estancó durante buena parte de la Edad Media (Landes, 1999; Kennedy, 1987).

Mientras Europa languidecía en su etapa feudal, Asia brillaba con ciudades populosas, sistemas agrícolas avanzados, burocracias estables y redes de intercambio internacional (Frank, 1998; Pomeranz, 2000). No fue sino hasta la apertura de las rutas oceánicas en los siglos XV y XVI, y la posterior Revolución Industrial, que Europa logró desplazar a Asia como el centro económico mundial (Findlay & O’Rourke, 2007; Maddison, 2001)

Tabla comparativa: Participación estimada en PIB mundial por región (años del 1000 al 1500).

Año	Asia (China + India)	Europa	Estados Unidos	Otros (LatAm, África, Medio Oriente)
1000	50%	20%	0%	30%
1500	55%	25%	0%	20%

Roma y el poder económico de Occidente.

Tras siglos de predominio asiático, el Imperio Romano se erigió como la primera gran potencia económica de Occidente. Su grandeza no solo se basó en la fuerza militar, sino también en la capacidad de organizar un sistema económico integrado que abarcaba tres continentes: Europa, África del Norte y parte de Asia. Roma fue, en muchos sentidos, el primer intento de “globalización occidental”, al conectar bajo un mismo mando político y administrativo a pueblos diversos, recursos lejanos y rutas comerciales estratégicas (Buckland, 1963; Temin, 2013).

Una economía integrada.

El poder económico romano descansaba en su infraestructura sin precedentes. Sus carreteras —más de 80.000 kilómetros pavimentados— conectaban ciudades, puertos y fronteras, facilitando tanto el movimiento de ejércitos como el transporte de bienes (Chevallier, 1997). Los acueductos aseguraban agua para las ciudades, permitiendo el crecimiento urbano (Hodge, 1992). Los puertos mediterráneos articulaban un comercio continuo de trigo, aceite de oliva, vino, metales y esclavos, consolidando un sistema logístico que unía los tres continentes bajo dominio romano (Hopkins, 1980; Temin, 2013).

Roma controlaba recursos claves: el trigo de Egipto, esencial para alimentar a la población urbana; los minerales de Hispania, que abastecían a la industria metalúrgica; y el comercio de productos de lujo procedentes de Asia, como la seda y las especias, que llegaban a través de caravanas y rutas marítimas (Finley, 1973; Bang, 2008).

El derecho romano y la economía.

Uno de los legados más duraderos de Roma fue su derecho, que introdujo conceptos fundamentales para la economía moderna: la

propiedad privada, la herencia, los contratos y las obligaciones (Buckland, 1963; Johnston, 1999). Estas normas proporcionaron un marco estable para las transacciones económicas, reduciendo la incertidumbre y fomentando la expansión del comercio (Temin, 2013).

En este sentido, Roma no solo dominó militarmente, sino que creó un orden económico-institucional que permitía la circulación de bienes y la integración de mercados a una escala nunca vista hasta entonces en Occidente (Finley, 1973; Jones, 1974).

Una economía esclavista.

Sin embargo, la economía romana también se sustentaba en un sistema esclavista, con millones de personas sometidas al trabajo forzado en campos, minas y talleres (Finley, 1980). La abundancia de esclavos, producto de las guerras de conquista, abarataba la mano de obra y frenaba el desarrollo de innovaciones tecnológicas en la agricultura y la industria (Hopkins, 1978; Scheidel, 2012). Esta dependencia estructural sería, a la larga, una de sus vulnerabilidades, pues el modelo productivo romano descansaba sobre una base social rígida y una economía extensiva difícil de sostener sin expansión territorial (Temin, 2013).

Apogeo y crisis.

En su momento de mayor esplendor, hacia el siglo II d. C., Roma concentraba alrededor de un 25 % del PIB mundial, convirtiéndose en el núcleo de la economía global (Maddison, 2001; Temin, 2013). Las ciudades prosperaban, el comercio florecía y la cultura romana se expandía por el Mediterráneo (Hopkins, 1980).

Pero el imperio también enfrentaba contradicciones internas: la sobreexpansión militar generaba altos costos, la corrupción debilitaba las instituciones y las tensiones sociales se intensificaban entre

patricios y plebeyos (Jones, 1974; Scheidel, 2012). A partir del siglo III, la crisis política y las invasiones bárbaras fragmentaron el imperio. El colapso del siglo V sumió a Europa en los llamados “siglos oscuros”, marcando un retroceso en la producción, el comercio y la vida urbana (Heather, 2005; Ward-Perkins, 2006).

El legado romano.

Aunque Roma cayó, su legado económico perduró. El derecho romano se convirtió en la base de los sistemas jurídicos de gran parte de Occidente (Buckland, 1963; Johnston, 1999). Su infraestructura siguió siendo utilizada durante siglos, y su visión de un mercado integrado anticipó las ideas de unión económica que hoy vemos reflejadas en la Unión Europea (Temin, 2013; Scheidel, 2012).

Roma fue, en definitiva, el primer laboratorio económico occidental, demostrando cómo la combinación de instituciones, infraestructura y control militar podía crear un sistema económico expansivo (Finley, 1973; Bang, 2008). También dejó una lección crucial: ningún poder, por grande que parezca, es eterno si no logra adaptarse a los cambios internos y externos (Kennedy, 1987).

El mapa muestra al Imperio Romano en su máxima expansión, hacia el año 117 d. C., bajo el emperador Trajano (Heather, 2005; Woolf, 2012). En ese momento, Roma se convirtió en la mayor potencia de la Antigüedad, extendiéndose por tres continentes: Europa, África y Asia.

Mapa del imperio romano en su máxima extensión.

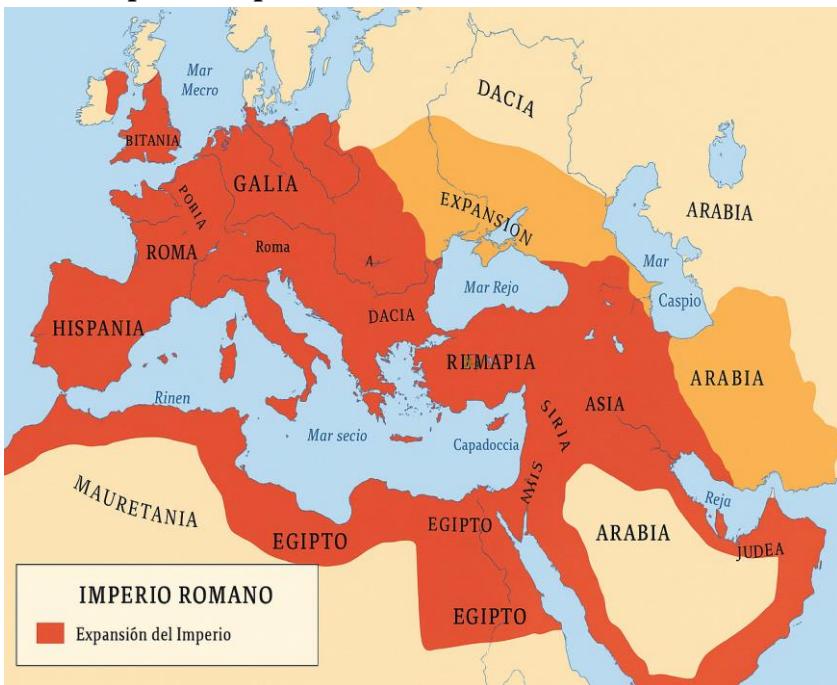


Figura 1. Expansión del Imperio Romano (siglo II d.C.)

Fuente: The World Atlas of the Roman Empire (HarperCollins, 2015) y datos históricos de The Cambridge Ancient History (Cambridge University Press).

El color rojo representa los territorios plenamente integrados al Imperio. Allí se aplicaba el sistema de provincias romanas, con carreteras, puertos, legiones y ciudades que aseguraban el control político y económico (Chevallier, 1997; Hodge, 1992). Este núcleo abarca toda la cuenca del Mediterráneo: desde Britania, Hispania y la Galia en el oeste, hasta Asia Menor, Siria y Egipto en el este y sur. El color anaranjado marca zonas de expansión fronteriza reciente o efímera, como la Dacia (actual Rumania) y parte de Mesopotamia. Estos territorios fueron conquistados por Trajano, pero algunos se mantuvieron poco tiempo bajo dominio romano debido a la dificultad de defenderlos (Jones, 1974; Scheidel, 2012).

El color beige o crema indica las áreas ajena s al Imperio, es decir, regiones limítrofes que Roma nunca logró conquistar de manera estable, como Germania, Escocia o el desierto del Sahara. Funcionaban como fronteras naturales o zonas de contacto con otros pueblos (Wells, 1999).

El mar Mediterráneo, señalado en azul, aparece en el centro del mapa. Para los romanos era su *Mare Nostrum* (“nuestro mar”), ya que estaba rodeado en su totalidad por provincias imperiales, lo que garantizaba la conexión entre todas las regiones del Imperio (Hopkins, 1980). En suma, este mapa no solo muestra la amplitud territorial de Roma, sino también la forma en que organizaba sus dominios: un núcleo sólido en rojo, expansiones recientes en naranja y fronteras externas en beige, con el Mediterráneo como eje vital de comunicación y poder (Temin, 2013).

El mundo islámico: el puente entre civilizaciones (600–1200 d.C.).

Tras la caída de Roma y la fragmentación de Europa en feudos, el liderazgo económico y cultural se trasladó hacia el mundo islámico, que desde el siglo VII se expandió a una velocidad sorprendente (Hodgson, 1974; Kennedy, 2007). En menos de un siglo, los ejércitos y comerciantes musulmanes controlaban desde la península ibérica hasta la India. Esta expansión no fue solo militar: también implicó la creación de un sistema económico integrado que conectaba tres continentes bajo un mismo marco religioso, cultural y comercial (Lapidus, 2002; Lewis, 1993).

Un territorio vasto y conectado.

El mundo islámico abarcaba regiones estratégicas: el Mediterráneo, el mar Rojo, el golfo Pérsico y el océano Índico. Este control territorial le permitió dominar las rutas de tránsito más importantes entre Asia,

África y Europa (Kennedy, 2007; Lewis, 1993). Así, mientras Europa occidental permanecía en la periferia y en el atraso, las ciudades islámicas florecían como centros urbanos modernos y cosmopolitas (Lapidus, 2002).

El califato abasí, con capital en Bagdad, representó el apogeo de esta centralidad (Hodgson, 1974; Kennedy, 2016). Fundada en el año 762, Bagdad llegó a tener cerca de un millón de habitantes, convirtiéndose en la metrópolis más grande y avanzada del planeta (Bloom & Blair, 2019). Sus mercados ofrecían desde porcelanas chinas hasta esclavos europeos, pasando por especias, marfiles, pieles y manuscritos, reflejando la magnitud de un sistema económico global articulado por el comercio y el conocimiento (Goitein, 1967).

La Casa de la Sabiduría y la ciencia islámica.

Bagdad albergó la célebre *Casa de la Sabiduría*, donde se tradujeron y preservaron textos griegos, persas e indios (Gutas, 1998; Hodgson, 1974). Allí matemáticos, astrónomos y médicos desarrollaron nuevas teorías y perfeccionaron las existentes. El álgebra, la trigonometría, los avances en óptica y medicina florecieron bajo la protección de califas interesados en el conocimiento (Kennedy, 2016; Rashed & Morelon, 1996).

Figuras como Avicena (*Ibn Sina*) y Averroes (*Ibn Rushd*) marcaron el rumbo de la filosofía y la ciencia, influyendo siglos después en las universidades europeas (Goodman, 2003; Marmura, 2005). El impacto fue tan grande que puede decirse que el Renacimiento europeo habría sido impensable sin esta transmisión de saberes (Saliba, 2007).

Los números arábigos, heredados de la India, y el concepto del cero transformaron para siempre la matemática, la contabilidad y, por ende, la economía (Ifrah, 2000; Berggren, 2007).

Innovaciones comerciales y financieras.

El mundo islámico también innovó en el plano económico. Introdujo instrumentos financieros modernos como:

- Los *sakk* (cheques), que permitían transferir fondos a largas distancias sin mover metales preciosos (Udovitch, 1970; Lapidus, 2002).
- Las letras de cambio, que facilitaban transacciones entre ciudades distantes (Goitein, 1967).
- Un sistema monetario sólido, basado en el dinar de oro y el dirham de plata, que circulaban en todo el califato, otorgando confianza y liquidez (Hodgson, 1974; Kennedy, 2016).

Estas innovaciones fomentaron el comercio internacional y permitieron que los mercaderes musulmanes dominaran rutas marítimas y terrestres (Abu-Lughod, 1989; Findlay & O'Rourke, 2007). Su red mercantil se extendía desde el Atlántico hasta China, uniendo civilizaciones que, de otro modo, habrían permanecido desconectadas (Lewis, 1993).

Ciudades vibrantes y mercados globales.

Además de Bagdad, otras ciudades se convirtieron en polos de riqueza:

- El Cairo, capital de los fatimíes, era el centro del comercio del Mediterráneo oriental y del mar Rojo (Lapidus, 2002; Bloom & Blair, 2019).
- Damasco, con su producción de textiles y acero damasquino, era un símbolo de lujo y calidad (Lewis, 1993).
- Córdoba, en la península ibérica, deslumbraba a los europeos medievales: contaba con bibliotecas, hospitales y calles iluminadas, cuando muchas ciudades cristianas apenas tenían mercados rudimentarios (Kennedy, 1996; Menocal, 2002).

Los bazares islámicos eran verdaderos microcosmos de globalización, donde comerciantes africanos, europeos y asiáticos intercambiaban bienes y conocimientos (Goitein, 1967; Hodgson, 1974).

El puente cultural entre Oriente y Occidente.

Más allá de lo económico, el mundo islámico actuó como un mediador cultural. A través de sus rutas llegaron a Europa avances en medicina, astronomía, matemáticas y filosofía (Gutas, 1998; Saliba, 2007). El legado de pensadores como Avicena y Averroes fue traducido al latín y se convirtió en la base del pensamiento escolástico europeo (Goodman, 2003; Marmura, 2005). Incluso palabras como “álgebra”, “azúcar” o “algodón” provienen del árabe, testimoniando la influencia cultural islámica en la vida cotidiana occidental (Lewis, 1993; Hodgson, 1974).

Declive y herencia duradera.

A partir del siglo XIII, el mundo islámico comenzó a perder dinamismo económico. La fragmentación política entre califatos y sultanatos, las cruzadas y, sobre todo, la invasión mongola que destruyó Bagdad en 1258, marcaron el inicio de su declive (Hodgson, 1974; Kennedy, 2007). Sin embargo, su legado fue perdurable

- En lo económico, dejó un sistema comercial y financiero avanzado que influyó en la banca europea (Udovitch, 1970; Abu-Lughod, 1989).
- En lo científico, transmitió saberes que serían la base del Renacimiento (Saliba, 2007; Gutas, 1998).
- En lo cultural, integró tradiciones diversas y demostró que el intercambio de ideas es tan importante como el de mercancías (Lewis, 1993; Lapidus, 2002).

Mapa del imperio islámico en su máxima extensión.



Figura 2. Expansión del Imperio Islámico (siglos VII–VIII).

Fuente: The Penguin Atlas of Islamic History (Marshall, 2010) y The Cambridge Illustrated History of the Islamic World (Esposito, 1998).

El mapa representa al Imperio Islámico en el momento de su máxima expansión, hacia mediados del siglo VIII, bajo el califato omeya y los primeros abasíes (Hodgson, 1974; Kennedy, 2007). En menos de un siglo desde la aparición del Islam en la Península Arábiga, los ejércitos musulmanes extendieron su dominio desde el océano Atlántico hasta Asia Central, configurando uno de los imperios más extensos y dinámicos de la historia (Lapidus, 2002).

El color rojo (o más intenso) señala el núcleo original árabe, es decir, la Península Arábiga y las primeras conquistas de Mahoma y sus sucesores inmediatos (los llamados califas “bien guiados”). Aquí se consolidaron las bases religiosas y políticas del Islam (Lewis, 1993; Donner, 1981).

El color anaranjado muestra la expansión omeya, que abarcó desde el norte de África hasta la Península Ibérica (Al-Ándalus), así como

Persia, Siria y parte de Asia Central. Fue un período de rápida conquista, en el que el Islam se expandió tanto por motivos militares como comerciales (Kennedy, 2010; Esposito, 1998).

El color verde (o intermedio) representa los territorios controlados bajo los abasíes, que continuaron la expansión hacia oriente y dieron mayor estabilidad administrativa al Imperio, con Bagdad como capital y centro cultural (Hodgson, 1974; Lapidus, 2002).

El Mediterráneo sur, el mar Rojo y el golfo Pérsico, señalados en azul, aparecen como vías de comunicación estratégica: permitieron el comercio, la difusión cultural y el control naval, conectando África, Europa y Asia bajo el poder islámico (Findlay & O'Rourke, 2007; Abu-Lughod, 1989).

En conjunto, este mapa refleja cómo el Islam pasó en pocas décadas de ser una religión nacida en un desierto periférico a dominar una franja inmensa de territorios, donde convivieron distintas lenguas, religiones y culturas bajo el marco político del califato (Hodgson, 1974; Kennedy, 2016).

Europa: barcos, fábricas y colonias (1500–1800).

Durante siglos, Europa había ocupado un lugar periférico en el escenario mundial. Mientras Asia y el mundo islámico lideraban la producción, el comercio y el conocimiento, el continente europeo se encontraba fragmentado en reinos pequeños y con economías básicamente rurales. Sin embargo, entre los siglos XV y XVIII, Europa experimentó una transformación radical que la convertiría en el nuevo corazón económico del mundo (Braudel, 1982; Pomeranz, 2000).

El descubrimiento de nuevos mundos.

El gran cambio comenzó con la era de los descubrimientos geográficos. Las innovaciones náuticas —el timón de codaste, la

carabela, el astrolabio y la brújula— permitieron a los europeos aventurarse en mares desconocidos (Cipolla, 1965; Landes, 1999). Con Cristóbal Colón abriendo el camino hacia América en 1492 y Vasco da Gama hacia la India en 1498, se inauguró una etapa que alteraría para siempre la economía mundial (Kennedy, 1987; Wallerstein, 1974).

España y Portugal fueron las primeras potencias en aprovechar estas rutas. España consolidó un vasto imperio en América, donde las minas de plata de Potosí y Zacatecas produjeron cantidades gigantescas de metales preciosos que inundaron Europa (Flynn & Giráldez, 1995; Elliott, 2006). Portugal, en tanto, controló el comercio de especias en el océano Índico y estableció enclaves estratégicos desde África hasta Asia (Boxer, 1969; Subrahmanyam, 1993).

Este flujo de riquezas generó una revolución monetaria en Europa: la abundancia de plata facilitó el crecimiento del comercio, aunque también provocó inflación (Hamilton, 1934; O'Brien, 1982). El continente, que hasta entonces había dependido de intermediarios asiáticos e islámicos, pasó a controlar directamente las rutas comerciales globales (Frank, 1998; Findlay & O'Rourke, 2007).

El mercantilismo y la política del poder.

La expansión colonial coincidió con el auge del mercantilismo, la doctrina económica dominante entre los siglos XVI y XVIII. Según esta visión, la riqueza de un país dependía de la acumulación de oro y plata, y el comercio debía ser regulado por el Estado en favor de la metrópoli (Heckscher, 1955; Magnusson, 2015).

Los imperios coloniales imponían sistemas cerrados: las colonias producían materias primas y las metrópolis proveían manufacturas, generando una balanza comercial favorable. El comercio triangular consolidó este modelo:

- Europa exportaba productos manufacturados hacia África.

- África proveía esclavos a América.
- América enviaba materias primas hacia Europa (Eltis & Richardson, 2010; Inikori, 2002).

Este sistema no solo enriqueció a las potencias coloniales, sino que también cimentó las bases del capitalismo atlántico (Wallerstein, 1974; Findlay & O'Rourke, 2007).

Las compañías comerciales y el nacimiento de las finanzas modernas.

Con el crecimiento del comercio surgió la necesidad de nuevas instituciones. Así aparecieron las compañías por acciones, que permitían reunir capital de numerosos inversores y repartir riesgos. La más célebre fue la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC), fundada en 1602, considerada la primera multinacional de la historia (Israel, 1989; De Vries & Van der Woude, 1997).

Holanda, en el siglo XVII, se transformó en el centro financiero mundial. Ámsterdam albergó la primera bolsa de valores moderna y un sistema bancario que facilitaba el crédito y las transacciones internacionales (Neal, 1990; Petram, 2014). Inglaterra siguió el mismo camino con la creación del Banco de Inglaterra en 1694, que fortaleció la estabilidad financiera y financió la expansión naval y militar (Dickson, 1967; Kindleberger, 1993).

Gracias a estas instituciones, Europa desarrolló un capitalismo organizado, capaz de movilizar recursos para la exploración, la guerra y la innovación (Braudel, 1982; Pomeranz, 2000).

La Revolución Industrial: el salto definitivo.

El gran quiebre llegó en el siglo XVIII con la Revolución Industrial en Inglaterra. El uso intensivo del carbón, el perfeccionamiento de la máquina de vapor y la mecanización de la industria textil dispararon la productividad (Mokyr, 1990; Landes, 1999). El hierro y el acero

dieron origen a nuevas herramientas, armas y maquinarias (Ashton, 1948).

La Revolución Industrial no solo aumentó la producción, sino que cambió la estructura social y urbana. Millones de campesinos migraron a las ciudades para trabajar en fábricas, dando origen al proletariado industrial. Las urbes crecieron a un ritmo sin precedentes, con problemas de hacinamiento, pero también con nuevas oportunidades de movilidad social (Hobsbawm, 1968; Stearns, 2013). Además, Europa creó una red de infraestructuras modernas: canales, puertos, ferrocarriles. Todo ello redujo los costos de transporte y conectó los mercados internos y externos (Freeman & Louçã, 2001; Wrigley, 2010).

Consecuencias globales

La supremacía europea en este periodo transformó al mundo entero:

- Colonialismo: América Latina, África y Asia quedaron bajo el control económico y político de potencias europeas (Wallerstein, 1974; Osterhammel, 2014).
- Esclavitud: millones de africanos fueron trasladados forzosamente a América, constituyendo una de las mayores tragedias humanas de la historia (Eltis & Richardson, 2010; Inikori, 2002).
- Capitalismo moderno: bolsas de valores, bancos centrales y compañías multinacionales consolidaron una economía global (Braudel, 1982; Findlay & O'Rourke, 2007).
- Declive asiático: China e India, que habían sido líderes mundiales, quedaron relegadas a un segundo plano al no industrializarse con la misma rapidez (Pomeranz, 2000; Frank, 1998).

Europa como centro del mundo.

Entre 1500 y 1800, Europa pasó de la periferia al centro del sistema internacional. Sus barcos dominaron los mares, sus colonias proveyeron recursos estratégicos y sus fábricas marcaron el inicio de una nueva era: la era industrial. El péndulo económico mundial se había desplazado definitivamente hacia Occidente, y desde allí Europa proyectaría su poder por los siguientes siglos (Kennedy, 1987; Landes, 1999; Maddison, 2001).

Estados Unidos: el gigante joven (1800–2000).

Cuando terminó el siglo XVIII, Estados Unidos era apenas una joven república independiente, con trece estados y una economía basada en la agricultura. Sin embargo, en menos de dos siglos logró transformarse en la principal potencia económica, tecnológica y cultural del planeta. Su ascenso fue tan rápido y contundente que cambió para siempre la geopolítica mundial (Maddison, 2001; Kennedy, 1987).

El siglo XIX: expansión, inmigración y energía productiva

Tras la independencia, el país adoptó un modelo político federal que le dio estabilidad institucional. Pronto inició una expansión territorial sin precedentes: la compra de Luisiana (1803), la anexión de Texas y California, y la conquista del oeste llevaron a que el país se extendiera de costa a costa. Con ello, Estados Unidos accedió a enormes recursos: tierras fértiles, minas de oro y plata, bosques, petróleo y, más tarde, carbón (Brands, 2010; Howe, 2007).

El ferrocarril transcontinental, finalizado en 1869, unió físicamente al país y lo convirtió en un mercado integrado. Gracias a él, las mercancías podían viajar del Atlántico al Pacífico en apenas días, lo que aceleró el comercio interno y la colonización del oeste (Stover, 1997; Fogel, 1964).

La inmigración masiva fue otro motor decisivo. Entre 1820 y 1920, millones de europeos llegaron a Estados Unidos escapando de guerras, hambrunas y crisis económicas. Estos inmigrantes aportaron mano de obra para las fábricas, capital humano y diversidad cultural. Las grandes ciudades —Nueva York, Chicago, Boston— se transformaron en metrópolis multiculturales (Daniels, 2002; Handlin, 1979).

La industrialización estadounidense avanzó a pasos acelerados. Se desarrollaron gigantes empresariales como Standard Oil (Rockefeller), U.S. Steel (Carnegie) y Ford Motor Company (Henry Ford). El fordismo, con la producción en cadena, revolucionó la fabricación de bienes, permitiendo que productos antes exclusivos se volvieran accesibles para las masas (Chandler, 1977; Hounshell, 1984).

De potencia regional a actor global.

La Guerra Civil (1861–1865) fue una prueba de fuego. Más allá del conflicto sobre la esclavitud, consolidó el poder del gobierno federal y aceleró la industrialización en el norte. Tras la guerra, Estados Unidos emergió más fuerte y unido, listo para proyectarse al exterior (McPherson, 1988; Foner, 2011).

A finales del siglo XIX, ya era una de las principales economías del mundo, compitiendo con Inglaterra y Alemania. La guerra contra España en 1898 marcó su entrada en el escenario global: Puerto Rico, Guam y Filipinas pasaron a estar bajo su control, y Cuba quedó bajo su influencia. El “destino manifiesto” se transformaba en política imperial (LaFeber, 1993; Herring, 2008).

El siglo XX: hegemonía económica y política.

La Primera Guerra Mundial reforzó esta tendencia. Mientras Europa se desangraba, Estados Unidos se convirtió en proveedor de alimentos, armas y créditos. Al finalizar la guerra, era acreedor del

Viejo Continente y ya despuntaba como potencia económica (Kennedy, 1987; Tooze, 2014).

El periodo de entreguerras fue contradictorio. Los “locos años veinte” trajeron prosperidad y consumo de masas, pero la Gran Depresión de 1929 golpeó duramente a la economía, dejando a millones sin empleo. El *New Deal* de Franklin D. Roosevelt buscó reactivar la economía mediante inversión pública, obras de infraestructura y regulación financiera, marcando un giro en el rol del Estado (Galbraith, 1955; Rauchway, 2008).

Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos alcanzó la cima de su poder. Su territorio no había sufrido destrucción y sus fábricas producían a una escala sin precedentes. El Plan Marshall ayudó a reconstruir Europa, pero también aseguró mercados para la industria norteamericana (Hogan, 1987; Judt, 2005).

Bretton Woods y la arquitectura del orden mundial.

En 1944, en Bretton Woods, se estableció un nuevo sistema financiero internacional. El dólar, respaldado por oro, se convirtió en la moneda de referencia global. Este hecho aseguró a Estados Unidos una posición privilegiada: podía financiar déficits sin perder confianza internacional (Helleiner, 1994; Steil, 2013).

Cuando en 1971 Nixon suspendió la convertibilidad del dólar en oro, muchos anticiparon una crisis. Sin embargo, la fortaleza de la economía estadounidense y la falta de alternativas hicieron que el dólar siguiera siendo la principal moneda de reserva, reforzando el liderazgo financiero del país (Eichengreen, 2011; Bordo & Eichengreen, 1993).

Poder blando y sociedad de consumo.

El liderazgo de Estados Unidos se expresó también en la cultura. Durante el siglo XX, el país exportó no solo bienes, sino también un

estilo de vida. El cine de Hollywood marcó la imaginación global. Coca-Cola, McDonald's, Levi's o Nike se convirtieron en símbolos de la cultura de masas. La música —jazz, rock, pop— conquistó generaciones enteras en distintos continentes (Bryson, 2010; Schlosser, 2001).

Este “poder blando” resultó tan influyente como su poder militar. Millones de personas en todo el mundo adoptaron el “sueño americano” como modelo de modernidad, progreso y libertad (Nye, 2004; Pells, 1997).

La Guerra Fría y la competencia global.

Tras 1945, el ascenso estadounidense coincidió con la Guerra Fría contra la Unión Soviética. Este enfrentamiento marcó la política mundial durante casi medio siglo. Estados Unidos lideró el bloque capitalista, mientras la URSS encabezaba el comunista (Gaddis, 2005; Leffler, 2008).

La rivalidad se expresó en todos los planos: militar, ideológico, económico y tecnológico. La carrera espacial, que llevó al hombre a la Luna en 1969, fue un símbolo de esa competencia. Al mismo tiempo, la política exterior norteamericana se involucró en conflictos como Corea y Vietnam, y en el sostenimiento de regímenes aliados en todo el mundo (Westad, 2017; Herring, 2008).

Pese a los costos, la Guerra Fría consolidó a Estados Unidos como líder del mundo occidental, mientras su economía seguía creciendo, especialmente en sectores de alta tecnología y servicios (Judit, 2005; Maddison, 2001).

El camino hacia el nuevo milenio.

Al llegar al año 2000, Estados Unidos seguía siendo la primera potencia mundial. Su PIB representaba alrededor del 24% del total global, y su influencia cultural, financiera y tecnológica era indiscutida.

Silicon Valley se había consolidado como el epicentro de la revolución digital, liderando la informática y el nacimiento de Internet (Maddison, 2001; Friedman, 2005).

Su liderazgo se sostenía en cuatro pilares:

1. Innovación tecnológica: desde el fordismo hasta la revolución digital (Castells, 1996; Brynjolfsson & McAfee, 2014).
2. Sistema financiero: Wall Street como centro global de capitales (Kindleberger, 1993; Stiglitz, 2010).
3. Poder militar: la mayor fuerza bélica del planeta (Kennedy, 1987; Nye, 2011).
4. Influencia cultural: una sociedad de consumo exportada como modelo global (Nye, 2004; Pells, 1997).

El retorno a Asia (2000–2050).

El siglo XXI marca un giro histórico: el centro de gravedad económico regresa a Asia, una región que durante siglos había sido el epicentro de la riqueza mundial antes de la Revolución Industrial. Este proceso no es casual ni repentino, sino el resultado de dinámicas históricas, demográficas y tecnológicas que posicionan a China e India como actores centrales del futuro (Maddison, 2001; Frank, 1998; Mahbubani, 2020).

China: de periferia colonial a superpotencia.

A mediados del siglo XIX, China fue víctima de la llamada “humillación nacional”: derrotas en las Guerras del Opio, pérdida de territorios y sometimiento al comercio desigual con potencias occidentales. Sin embargo, a partir de las reformas iniciadas por Deng Xiaoping en 1978, el país comenzó un camino de transformación que lo llevaría a convertirse en la segunda economía mundial en términos nominales y la primera en paridad de poder adquisitivo (PPA) (Naughton, 2007; Vogel, 2011).

El modelo chino combinó una apertura controlada al capital extranjero con un fuerte rol del Estado en la planificación económica. Se crearon zonas económicas especiales, se atrajeron inversiones masivas y se incentivó la exportación. El resultado fue un crecimiento sostenido cercano al 10% anual durante tres décadas (Lin, 2012; Brandt & Rawski, 2008).

En el siglo XXI, China dejó de ser solo la “fábrica barata del mundo” para apostar a la tecnología de vanguardia. El plan *Made in China 2025* busca liderar sectores como la inteligencia artificial, la robótica, los autos eléctricos y la biotecnología. Al mismo tiempo, con la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) extendió su influencia a más de 60 países, financiando puertos, carreteras y ferrocarriles en Asia, África y Europa (Zenglein & Holzmann, 2019; Callahan, 2016).

Este avance tiene también un componente geopolítico: China aspira no solo a ser una potencia económica, sino a ocupar un lugar central en la gobernanza global (Shambaugh, 2013; Mahbubani, 2020).

India: la apuesta demográfica y tecnológica

India, históricamente considerada la “joya de la corona” del Imperio Británico, recuperó protagonismo tras su independencia en 1947. Aunque durante décadas enfrentó problemas de pobreza, desigualdad y burocracia, en el siglo XXI se consolidó como un actor emergente clave (Guha, 2007; Sen, 1999).

Su ventaja demográfica es crucial: mientras China comienza a envejecer, India cuenta con una población mayoritariamente joven, lo que le da un enorme potencial de consumo y de mano de obra productiva. Se proyecta que, hacia 2050, India podría superar a Estados Unidos, con un peso decisivo en la producción de servicios, software, farmacéuticos y tecnología (World Bank, 2023; McKinsey Global Institute, 2020).

Ciudades como Bangalore o Hyderabad son hoy equivalentes al Silicon Valley indio, centros neurálgicos de la innovación digital. Además, India desempeña un papel estratégico en la geopolítica global, como contrapeso a China en Asia y como aliado clave de Estados Unidos y Europa en ciertos ámbitos (Mohan, 2023; Pant & Joshi, 2020).

Estados Unidos y la resiliencia de Occidente.

El avance asiático no significa la desaparición de Occidente. Estados Unidos, aunque en declive relativo, conserva ventajas estructurales: liderazgo en sectores como inteligencia artificial, biotecnología y economía digital; universidades de élite que atraen talento de todo el mundo; el dólar, aún la principal moneda de reserva y transacción internacional; y una capacidad militar sin precedentes, con presencia global. Aunque su participación en el PIB global se reduzca al 20% hacia 2050, seguirá siendo un actor indispensable en el equilibrio económico y geopolítico (Nye, 2011; Zakaria, 2008; Friedman, 2005; Kennedy, 1987).

Europa: entre la transición verde y la incertidumbre.

La Unión Europea enfrenta un escenario complejo. Sus fortalezas radican en la estabilidad institucional, el compromiso con la sostenibilidad y la capacidad regulatoria en temas clave como privacidad digital y transición energética. Sin embargo, el envejecimiento poblacional, la dependencia de recursos externos y las tensiones políticas internas limitan su capacidad de mantener un liderazgo global (Judt, 2005; Pisani-Ferry, 2014; Leonard, 2021).

Europa probablemente seguirá siendo un actor relevante, pero ya no ocupará el centro del escenario, sino un papel más acotado en un mundo multipolar (Moravcsik, 2018; Zielonka, 2018).

Otros contendientes: África y América Latina.

El regreso del péndulo a Asia no impide que otras regiones reclamen espacio:

- África se perfila como el continente más poblado hacia 2100, con ciudades que crecen a un ritmo acelerado. Nigeria, Etiopía y Sudáfrica podrían convertirse en polos regionales. Si logra estabilidad política, África será el gran mercado de consumidores del futuro (Radelet, 2010; Moyo, 2018; World Bank, 2023).
- América Latina dispone de recursos estratégicos clave para la transición energética: litio, cobre, agua dulce, alimentos. Sin embargo, enfrenta obstáculos estructurales como la desigualdad, la inestabilidad política y la dependencia de capital externo. Si logra resolver estas limitaciones, podría desempeñar un papel mucho más destacado en el nuevo orden económico (CEPAL, 2022; Ocampo, 2021; Katz & Bernat, 2019).

Un mundo multipolar en gestación.

Lo que caracteriza al siglo XXI no es solo el regreso de Asia, sino la multipolaridad. A diferencia del siglo XIX (dominado por Europa) o del siglo XX (liderado por Estados Unidos), el nuevo orden mundial estará repartido entre varios actores: China, India, Estados Unidos, la Unión Europea y, potencialmente, África y América Latina (Kupchan, 2012; Zakaria, 2008; Mahbubani, 2020).

Este equilibrio traerá oportunidades y riesgos. Por un lado, la competencia por recursos estratégicos (energía, minerales, agua, alimentos) será intensa. Por otro, la cooperación internacional será indispensable para enfrentar desafíos globales como el cambio climático, las migraciones masivas y la regulación de la revolución tecnológica (Friedman, 2009; Sachs, 2015; Schwab, 2016).

Nuevos contendientes: África y América Latina.

El retorno del péndulo hacia Asia no significa que el resto del mundo quede relegado a un papel pasivo. Otras regiones, hasta ahora consideradas periféricas en el sistema económico internacional, poseen los recursos y las condiciones demográficas necesarias paraemerger como protagonistas en el siglo XXI y hacia 2050. Entre ellas destacan África y América Latina, que enfrentan grandes desafíos pero también enormes oportunidades (Mahbubani, 2020; Zakaria, 2008).

África: el continente del futuro.

África es a menudo llamada el “continente del futuro” por una razón sencilla: su población. Según Naciones Unidas, hacia 2100 tendrá alrededor de 4.000 millones de habitantes, lo que la convertirá en la región más poblada del planeta. Solo Nigeria superará los 400 millones, equiparándose con países como Estados Unidos (United Nations, 2022; Radelet, 2010).

Este crecimiento demográfico puede ser una ventaja estratégica si se transforma en una población joven y productiva. Con el impulso adecuado en educación, salud e infraestructura, África podría convertirse en el gran mercado de consumidores del siglo XXI. Sus ciudades ya están entre las que más crecen en el mundo: Lagos, Kinshasa, Nairobi o Addis Abeba se expanden a un ritmo vertiginoso (World Bank, 2023; Moyo, 2018).

En cuanto a recursos, África dispone de una riqueza inmensa: petróleo, gas, diamantes, cobre, cobalto y coltán, este último indispensable para la industria tecnológica global. Además, cuenta con vastas tierras fértiles que podrían alimentar a buena parte del mundo en un contexto de crisis climática (Collier, 2007; Auty, 1993).

Sin embargo, el desafío es monumental. La inestabilidad política, los conflictos internos, la corrupción y la falta de infraestructura frenan el

desarrollo. La llamada “maldición de los recursos” ha convertido a muchos países africanos en exportadores primarios sin valor agregado. Para que el continente se consolide como actor económico global deberá superar estos obstáculos, fortalecer sus instituciones y diversificar sus economías (Acemoglu & Robinson, 2012; Sachs & Warner, 2001).

Aun así, las proyecciones son claras: si África logra estabilizarse, podría convertirse en el nuevo centro de crecimiento económico global hacia finales del siglo XXI, al igual que Asia lo es en la actualidad (Radelet, 2010; World Bank, 2023).

América Latina: recursos estratégicos en un mundo en transición.

América Latina ocupa una posición particular en este tablero. A pesar de su historia de dependencia y crisis recurrentes, posee ventajas estructurales que la colocan en el radar del futuro.

En primer lugar, la región concentra algunos de los recursos más codiciados de la transición energética y tecnológica:

- Litio: Argentina, Bolivia y Chile forman el “triángulo del litio”, clave para las baterías eléctricas.
- Cobre: Chile y Perú lideran la producción mundial.
- Agua dulce: Brasil y la cuenca del Amazonas son reservas estratégicas.
- Alimentos: Argentina, Brasil y México son potencias agroindustriales con capacidad de abastecer mercados globales.

Estos recursos son fundamentales en un mundo que avanza hacia la descarbonización y la digitalización. La demanda de minerales críticos y alimentos de calidad coloca a América Latina en una posición ventajosa (CEPAL, 2022; Katz & Bernat, 2019; Ocampo, 2021).

Sin embargo, la región enfrenta problemas estructurales. La desigualdad social, la inestabilidad política y la dependencia financiera limitan su capacidad para aprovechar estas ventajas. A menudo, los ciclos de bonanza por exportación de materias primas son seguidos por crisis cuando los precios internacionales caen, un fenómeno conocido como “dependencia de los commodities” (Prebisch, 1950; Bresser-Pereira, 2019).

Otro desafío es la falta de integración regional. Aunque existen intentos como el Mercosur o la Alianza del Pacífico, las divisiones políticas e ideológicas dificultan la construcción de un bloque sólido que negocie de igual a igual con Asia, Europa o Estados Unidos (Sanahuja, 2012; Briceño-Ruiz & Morales, 2017).

A pesar de ello, América Latina tiene un potencial enorme. Su población, cercana a los 700 millones de habitantes, es mayoritariamente urbana y joven. Sus universidades, aunque desiguales, generan avances en ciencia y tecnología. Además, la región posee una diversidad cultural que puede convertirse en un activo en la economía global del conocimiento (De la Torre & Puyana, 2020).

El papel de los “nuevos contendientes” en un mundo multipolar. El ascenso de África y América Latina no significa que desplacen a Asia o Estados Unidos, sino que se integren como nuevos polos de crecimiento en un mundo multipolar. Su peso dependerá de:

1. La capacidad de transformar sus ventajas naturales en ventajas competitivas.
2. La construcción de instituciones estables y transparentes.
3. La apuesta por la educación, la innovación y la integración regional.

Si lo logran, África y América Latina podrían convertirse en actores decisivos en el siglo XXI, aportando no solo recursos, sino también mercados dinámicos y sociedades creativas (Radelet, 2010; Mahbubani, 2020).

Conclusión: El movimiento nunca se detiene.

La historia económica mundial nos deja una enseñanza clara: ningún liderazgo es eterno. Roma cayó tras dominar durante siglos; el esplendor del mundo islámico se desvaneció con las invasiones y la fragmentación; Europa, que se erigió como el centro del mundo gracias a barcos y fábricas, perdió peso relativo frente a la pujanza estadounidense; y hoy, el péndulo se desplaza nuevamente hacia Asia. El poder económico es como una corriente: fluye, se transforma, cambia de cauce y sorprende incluso a quienes parecen tenerlo bajo control. El péndulo que osciló entre Oriente y Occidente a lo largo de los siglos no se ha detenido nunca, y no lo hará en el futuro. Cada desplazamiento responde a un conjunto de factores —innovación tecnológica, instituciones sólidas, acceso a recursos estratégicos, dinamismo demográfico— que determinan qué región está en condiciones de liderar en un momento histórico dado (Maddison, 2001; Pomeranz, 2000).

Hoy, China e India se perfilan como protagonistas de la primera mitad del siglo XXI. Pero su ascenso no significa el ocaso definitivo de Estados Unidos o Europa, sino la configuración de un mundo más complejo, multipolar y competitivo. Al mismo tiempo, regiones como África y América Latina tienen la oportunidad de dar un salto histórico, siempre que logren superar los obstáculos estructurales que las han relegado durante siglos (Zakaria, 2008; Kupchan, 2012).

Lo único cierto es que el mapa económico mundial seguirá cambiando. Quizás en 2050 Shanghái o Nueva Delhi concentren las decisiones económicas que hoy se toman en Nueva York; quizás África sorprenda con un crecimiento sostenido; o tal vez América Latina, con sus recursos estratégicos, logre ocupar un lugar central en la transición energética global.

El péndulo no se detiene porque el mundo no deja de transformarse. La economía, más que un destino fijo, es un viaje en permanente movimiento, y la gran lección de la historia es que cada oscilación abre nuevas oportunidades para quienes sepan leer los tiempos y adaptarse a ellos (Sachs, 2015; Schwab, 2016).

Péndulo económico mundial.

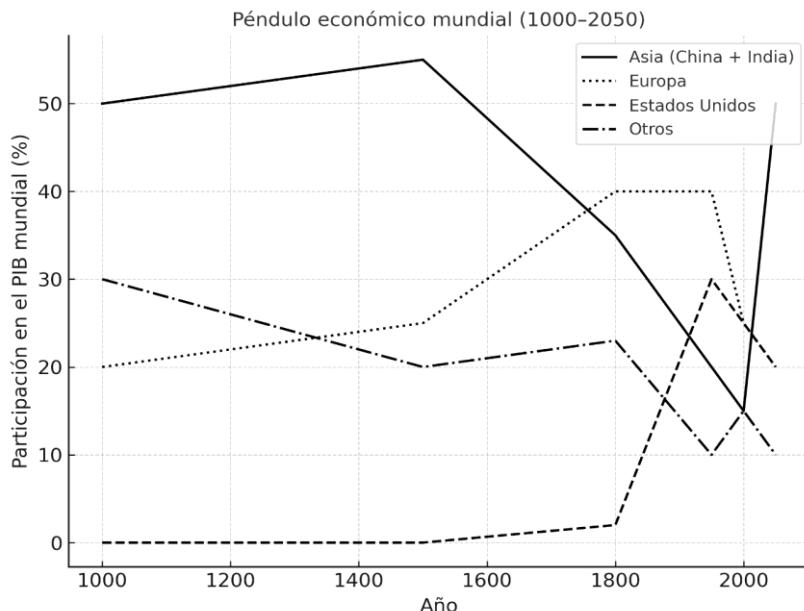


Figura 3. Péndulo económico mundial (1000–2050).

Fuente: Maddison Project Database 2020 (Bolt & van Zanden, 2020) y OECD Historical Statistics.

El gráfico muestra la evolución de la participación en el PIB mundial entre los años 1000 y 2050. Se observa el predominio de Asia (China e India) hasta el siglo XVI, el ascenso de Europa durante la Revolución Industrial, la hegemonía de Estados Unidos en el siglo XX y el progresivo retorno de Asia como centro económico global en el siglo XXI.

Tabla comparativa: Participación estimada en PIB mundial por región

Año	Asia (China + India)	Europa	Estados Unidos	Otros (LatAm, África, Medio Oriente)
1000	50%	20%	0%	30%
1500	55%	25%	0%	20%
1800	35%	40%	2%	23%
1950	20%	40%	30%	10%
2000	15%	25%	25%	15%
2050	50%	20%	20%	10%

Tabla 1. Participación estimada en el PIB mundial por regiones (1000–2050).

Fuente: Maddison Project Database 2020 (Bolt & van Zanden, 2020) y proyecciones de la OECD Economic Outlook (2023).

Explicación del cuadro y análisis de Argentina

El cuadro elaborado permite observar, a lo largo de más de dos milenios, cómo el poder económico mundial fue cambiando de manos. Desde el año 100 hasta las proyecciones hacia 2150, se dibuja un movimiento pendular en el que distintas regiones —Roma, Asia, Europa, Estados Unidos y nuevamente Asia— asumieron el liderazgo de la economía global (Maddison, 2001; Bolt & van Zanden, 2020).

En el año 100, el Imperio Romano representaba alrededor de un cuarto de la riqueza mundial, consolidado como la potencia política, militar y comercial más importante de su tiempo. Sin embargo, a partir del colapso del Imperio Romano de Occidente y la lenta recuperación de Europa, el centro de gravedad económico se desplazó hacia Asia. Entre los siglos V y XV, India y China concentraron más del 50% del PIB mundial, impulsadas por su tamaño poblacional, sus sistemas agrícolas y el desarrollo temprano de manufacturas.

Evolución de las mayores potencias económicas y participación de Argentina en el PIB mundial (100–2150, en términos de PPA)

Año	1º Potencia (PPA)	2º Potencia (PPA)	3º Potencia (PPA)	Argentina (PPA)
100	Roma (25–30%)	India (~20–25%)	China (~15–20%)	– (~0%)
500	India (30%)	China (25%)	Europa Occidental (~10%)	– (~0%)
1000	China (25%)	India (24%)	Europa Occidental (~10%)	~0.1%
1500	India (24–25%)	China (25%)	Europa Occidental (15%)	~0.2%
1820	China (30%)	India (~20%)	Europa Occidental (~15%)	~0.3%
1890	China (25%)	India (15%)	EE.UU. (~12%)	~0.5%
1945	EE.UU. (22%)	China (12%)	India (10%)	1%
1950	EE.UU. (22%)	China (12%)	India (10%)	2.7% (máximo)
2015	China (18–20%)	EE.UU. (15–18%)	India (~7%)	0.8%
2020	China (~18%)	EE.UU. (~16%)	India (~7%)	0.4% (mínimo)
2025	China (20%)	EE.UU. (15%)	India (12%)	0.6%
2050	China (28%)	India (18%)	EE.UU. (12%)	0.5%
2100	China (~27%)	India (25%)	EE.UU. (12%)	0.4%
2150	India (30%)	China (28%)	EE.UU. (10%)	0.3%

Nota. Estimaciones históricas de Maddison y complementados con aportes teóricos y contextuales de Arrighi (1994), Pomeranz (2000), Frankopan (2018), Ferguson (2012), Stiglitz (2002), Varian (2010) y Malamud (2019).

Durante ese período, Europa era todavía un actor marginal en términos de producción global (Frank, 1998; Pomeranz, 2000).

La situación comenzó a cambiar hacia 1500, cuando los descubrimientos geográficos, la colonización y el comercio transoceánico abrieron las puertas a un ascenso europeo. Primero España y Portugal, y luego las grandes potencias del norte de Europa, se beneficiaron del flujo de metales preciosos y de la expansión colonial. Sin embargo, hasta 1820 China seguía siendo la mayor economía del planeta en PPA, con cerca del 30% del PIB mundial, mientras que India también mantenía un peso central (Maddison, 2001; Broadberry et al., 2018).

El gran quiebre se produjo con la Revolución Industrial. Hacia 1890, el Reino Unido, pionero en la industrialización, ya había desplazado a las economías asiáticas como primera potencia, aunque rápidamente fue superado por Estados Unidos. Desde 1945, tras la Segunda Guerra Mundial, el liderazgo económico global pasó claramente a manos estadounidenses: llegó a concentrar cerca de un tercio de la producción mundial. Fue en ese mismo momento cuando Argentina alcanzó su punto más alto en la historia: alrededor de 1950 llegó a representar cerca del 2,7% del PIB global, gracias a un modelo agroexportador exitoso, una estructura productiva relativamente moderna y el hecho de que Europa estaba devastada por la guerra (Di Tella & Zymelman, 1967; Cortés Conde, 2009).

Sin embargo, ese fue el punto culminante. Desde entonces, la participación de Argentina en la economía mundial comenzó a descender de manera progresiva. Hay dos grandes razones que lo explican. Por un lado, el mundo creció a un ritmo acelerado: primero Estados Unidos, luego Europa reconstruida, más tarde Japón y, desde fines del siglo XX, China e India. En este contexto, aun cuando Argentina crecía, lo hacía mucho más lento que las nuevas locomotoras globales. Por otro lado, se sumaron factores internos: un

modelo económico inestable, crisis recurrentes de deuda, inflación persistente, vaivenes políticos y falta de continuidad en las políticas de desarrollo industrial. Todo ello fue debilitando la capacidad del país de mantener un peso significativo en el concierto económico internacional (Gerchunoff & Llach, 2018; Ocampo, 2021).

La caída más marcada se produjo en el cambio de siglo. Tras la crisis del 2001, la economía argentina perdió buena parte de su capacidad de atraer inversión y de sostener un crecimiento estable. En 2018 volvió a entrar en recesión, y en 2020, con la pandemia, alcanzó su mínimo histórico en términos relativos: apenas un 0,4% del PIB mundial. Desde entonces, se proyecta que la participación argentina se mantenga baja, alrededor de 0,3–0,5%, mientras Asia —con China e India a la cabeza— concentra cada vez más la riqueza global (World Bank, 2023; IMF, 2023).

En definitiva, la trayectoria argentina muestra cómo un país que estuvo entre los más prósperos del mundo a comienzos del siglo XX perdió peso relativo en un escenario global cada vez más competitivo. La disminución de su participación en el PIB mundial refleja tanto debilidades internas como transformaciones externas: errores de política económica, inestabilidad institucional y falta de adaptación, combinados con el ascenso imparable de otras regiones que redefinieron la geografía del poder económico (Prebisch, 1950; Ocampo, 2021; Maddison, 2001).

Razones de la pérdida de peso de Argentina hacia el futuro

1. Crecimiento mundial asimétrico

El principal motivo no es tanto que Argentina se achique en términos absolutos, sino que otros países crecen mucho más rápido.

- Asia (China, India, Vietnam, Indonesia) está liderando la nueva fase del crecimiento global.

- Argentina, aunque crezca, lo hará a un ritmo inferior. Esto genera el efecto denominador: su porcentaje del PIB mundial cae, aunque su economía aumente en tamaño.

2. Especialización limitada en la economía global.

Argentina sigue dependiendo en gran medida de exportaciones de productos primarios (soja, maíz, trigo, carne, litio más recientemente).

- Esta estructura limita el valor agregado de sus exportaciones.
- A diferencia de países asiáticos que se industrializaron (Corea, China, India), Argentina no logró diversificar ni consolidar una industria exportadora competitiva a gran escala.

3. Volatilidad macroeconómica.

La economía argentina arrastra décadas de:

- Alta inflación crónica (con períodos de hiperinflación).
- Crisis cambiarias por dependencia de dólares y restricciones externas.
- Déficits fiscales recurrentes que generan deuda insostenible. Estas inestabilidades desalientan la inversión de largo plazo y reducen la capacidad de crecimiento sostenido.

4. Factores institucionales y políticos.

- Inestabilidad política: cambios de modelo cada pocos años, alternancia abrupta de políticas económicas.
- Debilidad institucional: problemas de credibilidad en contratos, falta de reglas estables y seguridad jurídica.
- Aislamiento internacional relativo: Argentina no siempre logra insertarse plenamente en cadenas de valor globales.

5. Competencia global y nuevas tecnologías.

El futuro de la economía mundial estará dominado por sectores como la inteligencia artificial, la biotecnología, la energía verde y la digitalización.

- Argentina invierte poco en I+D y educación tecnológica en comparación con las potencias emergentes.

- Esto hace que su participación en los sectores que liderarán el crecimiento mundial sea reducida.

6. Demografía.

- Argentina no tiene un bono demográfico tan grande como India o África.
- Su población crece lentamente y envejece, lo cual puede limitar el dinamismo del mercado interno en el largo plazo.

El futuro de Argentina en el PIB mundial.

La proyección de una participación de 0,3–0,5% en el PIB mundial hacia 2050–2100 no significa que Argentina no vaya a crecer, sino que crecerá mucho menos en comparación con Asia.

- Mientras China e India consolidan su lugar como locomotoras de la economía global, Argentina enfrenta un camino marcado por limitaciones estructurales, inestabilidad interna y baja inserción tecnológica.
- Sin cambios profundos en productividad, educación, innovación y estabilidad macroeconómica, su peso relativo seguirá disminuyendo

Escenarios para Argentina en la economía mundial

Escenario pesimista: continuidad de tendencias.

En este escenario, Argentina mantiene las debilidades estructurales que la caracterizan desde mediados del siglo XX:

- Persistencia de crisis macroeconómicas recurrentes: inflación alta, devaluaciones periódicas, déficit fiscal crónico.
- Dependencia de exportaciones primarias sin dar el salto a una industrialización competitiva o a sectores tecnológicos de alto valor agregado.
- Falta de inversión suficiente en educación, ciencia y tecnología, lo que limita la productividad.

- Instituciones débiles y escasa previsibilidad política, que desalientan la inversión de largo plazo.

Bajo este rumbo, Argentina se mantendría en torno al 0,3–0,4% del PIB mundial hacia 2050–2100, consolidando su rol de economía regional relevante, pero con bajo peso global.

Escenario optimista: reformas y transformación.

Este escenario supone un giro en las políticas de desarrollo:

- Estabilidad macroeconómica sostenida, con disciplina fiscal, baja inflación y un mercado cambiario previsible.
- Diversificación productiva, desarrollando cadenas de valor industriales y tecnológicas, con fuerte impulso a la economía del conocimiento, biotecnología, energías renovables y litio.
- Inserción internacional inteligente, aprovechando el Mercosur, acuerdos con la Unión Europea y vínculos estratégicos con Asia y Estados Unidos.
- Inversión en capital humano, con educación de calidad, formación técnica y estímulo a la innovación.
- En este escenario, Argentina podría estabilizarse en torno al 0,7–1% del PIB mundial hacia 2050, recuperando parte de su peso perdido y consolidando un lugar intermedio entre las grandes potencias y las economías periféricas.

El lugar que ocupará Argentina en el futuro no está predeterminado: depende de decisiones políticas, inversión en conocimiento, inserción internacional y estabilidad macroeconómica.

El desafío es enorme: sin cambios, la participación seguirá cayendo; con reformas profundas, Argentina podría volver a ganar peso relativo en el tablero económico global.

CAPITULO 3

HISTORIA ECONÓMICA DE ARGENTINA

CONTENIDO

Introducción.

El modelo agroexportador (1880–1930).

La Gran Depresión (1930–1945).

Peronismo y Estado de Bienestar (1946–1955).

Inestabilidad y golpes de Estado (1955–1976).

La dictadura militar 1 (1976–1983).

Democracia Raúl Alfonsín (1983–1989).

El ciclo de la convertibilidad (1991–2001).

El colapso y la recuperación (2003–2011).

Estancamiento e inflación (2012–2019).

Pandemia (2020–2025).

La Argentina en la encrucijada.

El futuro de Argentina.



POSCSAT DEL CAPITULO

Introducción:

Hablar de la economía argentina es hablar de un país que siempre pareció estar a punto de dar un gran salto, pero que terminó cayéndose en medio del impulso. La Argentina fue llamada el “granero del mundo”, vivió décadas de prosperidad y modernización, pero también sufrió crisis profundas, hiperinflaciones, defaults y vaivenes políticos que dejaron huella en su desarrollo.

La historia económica nacional es un carrusel: momentos de euforia seguidos de abruptas caídas, proyectos de industrialización frustrados, reformas liberales que abrieron puertas, pero también expulsaron a muchos del sistema productivo, y un Estado que nunca terminó de encontrar el equilibrio entre promover el crecimiento y mantener la estabilidad.

El recorrido nos muestra que la economía argentina no puede leerse solo en cifras: detrás de cada modelo y cada crisis hay historias de trabajadores, empresarios, inmigrantes, estudiantes y familias que se vieron afectadas. Y si algo caracteriza al pueblo argentino es su capacidad de reinventarse frente a cada adversidad.

El modelo agroexportador (1880–1930).

La etapa de 1880 a 1930 es recordada como el gran auge del modelo agroexportador. Argentina se integró al mercado mundial como proveedora de alimentos: trigo, maíz y carne llegaban a Europa gracias a los barcos frigoríficos. El campo se convirtió en la locomotora del progreso, y el país se ganó un lugar en el podio de las naciones más ricas del planeta (Cortés Conde, 2009).

La inmigración fue masiva: millones de italianos y españoles llegaron a trabajar la tierra y poblar las ciudades. Los ferrocarriles, financiados con capital británico, unieron el interior con los puertos, especialmente Buenos Aires, que se consolidó como la gran vidriera de la modernidad (Díaz Alejandro, 1970).

Pero no todo era color de rosa. La riqueza estaba concentrada en una élite terrateniente que dominaba la política y la economía. Las clases populares, aunque se beneficiaron en parte del crecimiento, comenzaron a reclamar más derechos. Este modelo funcionaba bien mientras el comercio mundial fluía; pero era una economía dependiente y vulnerable a los vaivenes externos (Rock, 1987).

La Gran Depresión y la búsqueda de un nuevo rumbo (1930–1945).

El crack del 29 y la Gran Depresión mundial golpearon con fuerza. El comercio internacional se redujo, los precios de los productos agrícolas cayeron y Argentina sintió su dependencia. El Pacto Roca-Runciman, firmado con Gran Bretaña en 1933, garantizaba la exportación de carne argentina, pero en condiciones desfavorables: se priorizaban frigoríficos británicos y se aseguraba un trato desigual (Díaz Alejandro, 1970; Gerchunoff & Llach, 2018).

En medio de este escenario, comenzó a tomar forma un nuevo camino: la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). La lógica era simple: si ya no se podía importar tanto, había que producir en el país lo que antes venía de afuera. Aparecieron industrias textiles, alimenticias y metalúrgicas, muchas protegidas por aranceles aduaneros (Rapoport, 2000).

La sociedad también se transformaba: el campo ya no absorbía tanta mano de obra y las ciudades empezaban a crecer. La clase trabajadora urbana se volvía protagonista de un proceso que desembocaría en grandes cambios políticos (Torre & Pastoriza, 2002).

Peronismo y Estado de Bienestar (1946–1955).

Con la llegada de Juan Domingo Perón al poder en 1946, la economía argentina tomó un rumbo marcado por la centralidad del Estado y la inclusión social. Se promovieron las nacionalizaciones (ferrocarriles,

empresas de servicios), se impulsó el consumo interno y se fortaleció a los sindicatos (Gerchunoff & Llach, 2018; Rapoport, 2000).

Los salarios reales crecieron, el aguinaldo se convirtió en ley y los trabajadores pasaron a ser “la columna vertebral del movimiento”. Hubo un fuerte impulso a la industria liviana, en especial la automotriz, con proyectos como IAME (Torre & Pastoriza, 2002). Sin embargo, el modelo tenía un límite: dependía de los ingresos del campo para financiar la expansión industrial y social. Cuando los precios internacionales de los alimentos bajaron y la balanza de pagos se tensó, aparecieron los problemas de financiamiento (Cortés Conde, 2009).

Perón dejó huella con un Estado de Bienestar fuerte, pero también con desequilibrios que marcaron el futuro: inflación creciente y una economía cada vez más cerrada (Gerchunoff & Llach, 2018).

Inestabilidad y golpes de Estado (1955–1976).

Tras la caída de Perón en 1955, comenzó una etapa de vaivenes entre gobiernos civiles débiles y dictaduras militares. La economía oscilaba entre proyectos liberales y proteccionistas, sin continuidad ni planificación de largo plazo.

Se intentaron planes de estabilización, como los del ministro Álvaro Alsogaray a fines de los 50, que pedían “pasar el invierno” para ordenar la economía. La inflación se volvió un fenómeno estructural: cada intento de crecimiento terminaba chocando con la falta de divisas y el aumento de precios.

En los años 70, el “Rodrigazo” (1975) desató un shock económico con devaluación y aumento de tarifas, que disparó la inflación y profundizó la conflictividad social. El modelo de sustitución de importaciones mostraba signos de agotamiento.

La dictadura militar y el giro neoliberal (1976–1983).

El golpe militar de 1976 no solo instauró un régimen de terror político: también marcó un quiebre profundo en la economía argentina. La dictadura encabezada por Jorge Rafael Videla y sus sucesores instaló un experimento económico que rompió con décadas de industrialización protegida y que dejó huellas duraderas en la estructura productiva del país (Basualdo, 2006; Rapoport, 2000).

El ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, fue el arquitecto de un programa de corte neoliberal que buscaba abrir la economía al mundo y reducir el rol del Estado. La receta incluyó la liberalización financiera, la reducción de aranceles a las importaciones y la promoción de la entrada de capitales extranjeros. El resultado fue lo que se conoció como la “plata dulce”: dólares fáciles, créditos abundantes y un consumo que parecía modernizar la vida urbana. La clase media, al menos por un tiempo, accedió a bienes importados que antes eran un lujo: electrodomésticos, autos extranjeros, tecnología novedosa (Canitrot, 1981).

Pero detrás de esa fachada, el aparato productivo nacional comenzó a desmoronarse. Las industrias, acostumbradas a un mercado protegido, no pudieron competir con los productos importados. Muchas fábricas cerraron, especialmente en el conurbano bonaerense y en Córdoba, dejando a miles de trabajadores sin empleo. Fue el inicio de un proceso de desindustrialización y concentración económica que cambiaría la estructura social del país (Basualdo, 2010; Schvarzer, 1983).

La política financiera también dejó consecuencias graves. Con la famosa “tablita cambiaria”, que anunciaba por adelantado la devaluación del peso, se fomentó la especulación: era más rentable jugar en la timba financiera que invertir en producción. Mientras tanto, la deuda externa se disparó: pasó de unos 7.000 millones de dólares en 1976 a más de 45.000 millones en 1983. Ese

endeudamiento hipotecó a las futuras generaciones (Machinea & Fanelli, 1988).

La economía terminó en crisis: hacia 1981 se entró en recesión, el desempleo aumentó y la inflación volvió a dispararse. La guerra de Malvinas en 1982 fue el golpe final al régimen. Cuando los militares dejaron el poder en 1983, entregaron una economía quebrada, una deuda externa monumental y un tejido social profundamente deteriorado. La democracia heredaría, así, un problema de dimensiones históricas (Rapoport, 2000; Basualdo, 2006).

Democracia y crisis hiperinflacionaria (1983–1989).

La vuelta a la democracia en 1983 fue un hito histórico para la Argentina. Después de siete años de dictadura militar, el triunfo de Raúl Alfonsín despertó entusiasmo y esperanza en millones de argentinos. No solo se recuperaban las instituciones republicanas, también renacía la ilusión de que la democracia pudiera resolver problemas estructurales de la economía. Sin embargo, el contexto no era nada fácil: el país arrastraba una deuda externa monumental, inflación persistente y un aparato productivo deteriorado por la apertura indiscriminada de los años de dictadura (Gerchunoff & Llach, 2018; Rapoport, 2000).

El gobierno radical apostó a combinar estabilidad económica con consolidación institucional. En 1985 lanzó el Plan Austral, un intento audaz de frenar la inflación. La medida incluyó el cambio de moneda (del peso al austral), congelamiento de precios y salarios, y un compromiso fiscal de reducir el déficit público. El éxito inicial fue contundente: la inflación, que parecía indomable, cayó drásticamente y la población recuperó cierta confianza. Muchos sintieron por primera vez que el Estado podía controlar los precios (Machinea & Fanelli, 1988; Canitrot, 1993).

Pero el alivio duró poco. La economía argentina tenía problemas más profundos: baja productividad, escasez de dólares, presión de la deuda externa y un Estado que gastaba más de lo que recaudaba. Hacia 1987 la inflación volvió a acelerarse, la oposición ganó las elecciones legislativas y el gobierno perdió margen político. Los intentos posteriores de estabilización fracasaron en medio de tensiones con los sindicatos, disputas con el campo y negociaciones fallidas con organismos internacionales (Gerchunoff & Llach, 2018; Heymann & Navajas, 1989).

La situación explotó en 1989 con la hiperinflación. En pocos meses, los precios se disparaban a ritmos superiores al 100% mensual. Los supermercados cambiaban las etiquetas varias veces al día, los trabajadores cobraban sus sueldos y corrían desesperados a gastarlos antes de que perdieran valor, y los ahorros desaparecían en cuestión de horas. La hiperinflación no fue solo un fenómeno económico: fue una crisis social y psicológica. Se vivieron saqueos en distintas ciudades del país, escenas de desesperación popular y un deterioro acelerado de la vida cotidiana (Gerchunoff, 1990; Rapoport, 2000).

Alfonsín, acorralado por la crisis y sin herramientas para contenerla, decidió entregar el poder seis meses antes del fin de su mandato. La presidencia pasó a Carlos Menem en un clima de caos. La experiencia dejó una marca profunda en la sociedad argentina: el miedo a la inflación descontrolada quedó grabado en la memoria colectiva. Esa herida explicaría más adelante la aceptación de medidas extremas como la convertibilidad (Gerchunoff & Llach, 2018; Torre, 2002).

El ciclo de la convertibilidad (1991–2001).

La llegada de Carlos Menem a la presidencia inauguró una etapa de transformaciones radicales. Al principio, el nuevo gobierno buscó estabilizar la economía mediante controles de precios y acuerdos con empresarios, pero el problema de fondo seguía siendo la inflación

crónica. En 1991, el ministro de Economía, Domingo Cavallo, lanzó la Ley de Convertibilidad, una decisión drástica que ataba el peso argentino al dólar estadounidense en una paridad fija: 1 peso = 1 dólar (Cavallo, 1997; Gerchunoff & Llach, 2018).

El efecto fue inmediato y casi milagroso: la inflación, que venía devorando salarios y ahorros, se desplomó. En poco tiempo, los argentinos recuperaron la confianza en su moneda. El billete de un peso equivalía a un dólar, y esa estabilidad generó un boom de consumo y crédito (Machinea & Fanelli, 2001).

La convertibilidad se complementó con un programa de reformas estructurales: privatización de empresas estatales, apertura comercial, desregulación financiera y reducción del rol del Estado en la economía. Compañías como YPF, Aerolíneas Argentinas, ENTEL y los ferrocarriles pasaron a manos privadas. El Estado se retiraba de áreas estratégicas, mientras el capital extranjero ingresaba masivamente (Teubal, 2000; Basualdo, 2006).

Para la clase media, fue una década de modernización. Los viajes al exterior, los autos importados y los electrodomésticos de última tecnología se volvieron accesibles. La Argentina parecía integrarse al “primer mundo”, con una imagen de modernidad y prosperidad (Rapoport, 2000).

Pero la otra cara fue el deterioro del empleo y la producción nacional. La paridad fija encarecía la industria argentina frente a las importaciones, y muchas fábricas cerraron incapaces de competir. El desempleo creció hasta niveles récord, y una parte de la población quedó marginada del nuevo modelo (Azpiazu & Schorr, 2001; Basualdo, 2010).

El endeudamiento externo fue la base para sostener la ilusión. Durante casi una década, la Argentina financió su déficit fiscal y comercial con deuda. Pero hacia finales de los 90, la situación comenzó a desmoronarse. La recesión, la falta de competitividad y el

peso de la deuda erosionaron la estabilidad (Fanelli & Machinea, 2002).

La crisis estalló en diciembre de 2001: el corralito, que limitaba la extracción de dinero de los bancos, desató protestas masivas; el país declaró el default más grande de su historia y en pocos días pasaron cinco presidentes. Fue una de las crisis más profundas de la historia argentina, que dejó una sociedad traumatizada y desconfiada de la política y las instituciones financieras (Rapoport, 2000; Schvarzer, 2002).

Del colapso al “boom” de los commodities (2003–2011).

Tras el caos de 2001, Argentina inició una etapa de reconstrucción inesperadamente exitosa. Eduardo Duhalde, presidente interino, devaluó la moneda y puso fin a la convertibilidad. Aunque la medida generó una fuerte caída del salario real y un pico de pobreza, también devolvió competitividad a la economía. En 2003, con la llegada de Néstor Kirchner, se consolidó un nuevo ciclo (Damill, Frenkel & Rapetti, 2015; Rapoport, 2010).

El contexto internacional jugó a favor: la demanda de commodities, especialmente soja, creció de manera explosiva gracias al auge de China y otros países emergentes. Los precios internacionales se dispararon y Argentina volvió a recibir un flujo enorme de divisas. Esto permitió acumular reservas, cancelar parte de la deuda externa y recuperar márgenes de maniobra (Ocampo, 2012; CEPAL, 2014).

El gobierno kirchnerista aplicó políticas activas: retenciones a las exportaciones agrícolas para financiar gasto público, renegociación de la deuda con fuertes quitas, expansión del empleo y aumento del salario mínimo. La economía creció a tasas chinas: entre 2003 y 2008, el PBI acumuló un alza superior al 60% (Lavopa & Sztulwark, 2010; Gerchunoff & Rapetti, 2016).

La recuperación social fue notable: la pobreza, que había superado el 50% tras la crisis de 2001, se redujo a menos del 25%. Se crearon millones de empleos formales y el consumo interno floreció. Programas sociales como la Asignación Universal por Hijo se convirtieron en pilares de la inclusión (Lo Vuolo, 2010; Pautassi, 2014).

Sin embargo, no todo era positivo. La inflación comenzó a subir de manera persistente y en 2007 el gobierno intervino el INDEC, alterando estadísticas oficiales. Esto generó desconfianza en los datos y alimentó tensiones políticas (Coremberg, 2013; INDEC, 2015).

Aun así, la etapa 2003–2011 es recordada como una de las más expansivas de la historia reciente, donde la combinación de contexto internacional favorable y políticas de intervención estatal permitió un crecimiento que parecía, por fin, romper con la lógica pendular de la economía argentina (Gerchunoff & Llach, 2018; Ocampo, 2021).

Estancamiento, inflación y polarización (2012–2019).

A partir de 2012, el ciclo de bonanza comenzó a agotarse. La baja de los precios de los commodities y la creciente necesidad de divisas expusieron las debilidades del modelo. El gobierno implementó el cepo cambiario, que restringía la compra de dólares, y la economía entró en un proceso de estancamiento con inflación (Coremberg, 2013; Gerchunoff & Rapetti, 2016).

La polarización política alcanzó niveles inéditos. El kirchnerismo, en su segunda etapa con Cristina Fernández, profundizó políticas de intervención estatal, controles de precios y subsidios masivos. La oposición denunciaba corrupción, distorsiones económicas y pérdida de competitividad (Levitsky & Murillo, 2020; Rapoport, 2017).

En 2015, Mauricio Macri ganó las elecciones con la promesa de “pobreza cero”, apertura internacional y gradualismo para ordenar las cuentas públicas. Al inicio levantó el cepo, atrajo financiamiento

externo y generó expectativas de inversiones. Pero el entusiasmo se disipó rápido: la inflación no bajaba, la deuda crecía y la economía seguía sin despegar (Damill, Frenkel & Rapetti, 2015; Ocampo, 2021). En 2018, la situación se volvió insostenible: el país acudió al FMI en busca de un préstamo récord de 57 mil millones de dólares. La devaluación del peso, la recesión y el aumento de la pobreza marcaron el final del ciclo macrista. En 2019, Alberto Fernández ganó las elecciones con la promesa de revertir la crisis (IMF, 2019; Bonvecchi & Gallo, 2020).

El período 2012–2019 consolidó la idea de una economía atrapada en un “stop and go”: períodos cortos de crecimiento seguidos de crisis recurrentes, con una inflación persistente que parecía ya parte del ADN argentino (Gerchunoff & Llach, 2018; Machinea, 2020).

Pandemia, inflación crónica y desafíos actuales (2020–2025).

El gobierno de Alberto Fernández asumió en diciembre de 2019 en medio de un clima de recesión y endeudamiento. Apenas unos meses después, la pandemia de COVID-19 sacudió al mundo entero. La Argentina decretó una de las cuarentenas más prolongadas del planeta, lo que afectó duramente a la actividad económica (CEPAL, 2021; Ministerio de Economía, 2022).

El Estado desplegó un gasto extraordinario para asistir a empresas y familias, financiado en gran parte con emisión monetaria. Esto evitó un colapso social mayor, pero sembró las bases de una inflación aún más alta. En 2020, la economía cayó más del 10%, y aunque hubo una recuperación en 2021 y 2022, la inflación se aceleró hasta superar el 100% anual (BCRA, 2023; INDEC, 2023).

El peso se devaluaba continuamente, los distintos tipos de dólar proliferaban (oficial, paralelo, MEP, contado con liquidación), y la población buscaba refugio en cualquier activo que preservara valor.

La pobreza volvió a niveles alarmantes, cercanos al 40% (World Bank, 2023; INDEC, 2023).

A esto se sumaron tensiones políticas internas, renegociaciones con el FMI y la falta de un plan económico consistente. En este contexto, la Argentina se consolidó como uno de los países con mayor inflación del mundo, lo que afectaba no solo los precios, sino la confianza en el futuro (IMF, 2022; Rapetti, 2023).

Los desafíos actuales giran en torno a un dilema histórico: cómo crecer de manera sostenida sin caer en los ciclos de deuda, inflación y crisis que caracterizan la historia económica nacional (Gerchunoff & Llach, 2018; Ocampo, 2021).

La Argentina en la encrucijada.

La historia económica de Argentina es un relato de oportunidades desaprovechadas y resiliencia permanente. El país conoció la prosperidad agroexportadora, la industrialización protegida, el Estado de Bienestar, la convertibilidad, el boom de los commodities y la intervención social masiva. Pero también vivió crisis recurrentes: hiperinflaciones, defaults, recesiones, estancamiento y desigualdades persistentes (Rapoport, 2017; Gerchunoff & Llach, 2018).

Lo llamativo es la repetición de patrones: cada ciclo de bonanza parece chocar contra los mismos límites —escasez de divisas, déficit fiscal, inflación— y desemboca en un ajuste traumático. Es como si la Argentina estuviera condenada a reinventarse una y otra vez, sin lograr una senda estable de largo plazo (Damill, Frenkel & Rapetti, 2015; Machinea, 2020).

Sin embargo, reducir esta historia a un fracaso sería injusto. La Argentina cuenta con enormes recursos naturales, una tradición cultural y educativa sólida y un capital humano creativo. La cuestión de fondo es política e institucional: construir consensos básicos que

trasciendan los gobiernos y den previsibilidad (Ocampo, 2021; Stiglitz, 2019).

El futuro de Argentina.

Hablar del futuro de Argentina es un ejercicio de imaginación y, al mismo tiempo, de memoria. Imagen, porque el país está lleno de potencialidades: recursos naturales abundantes, un sector agropecuario competitivo, Vaca Muerta como reserva energética de talla mundial, litio como mineral estratégico en la transición hacia energías limpias, y una población educada y creativa. Memoria, porque cada vez que la Argentina pareció estar al borde del desarrollo, terminó cayendo en crisis recurrentes (CEPAL, 2022; Lavopa & Porcile, 2021).

El futuro puede pensarse como una encrucijada con varios caminos. En un escenario optimista, el país logra estabilizar su macroeconomía: controla la inflación, ordena las cuentas fiscales y consigue un acuerdo político de largo plazo que dé previsibilidad. Con estabilidad, la inversión podría crecer, las industrias expandirse y los jóvenes verían razones para quedarse en lugar de emigrar. El litio, el gas y el agro podrían ser motores de divisas que alimenten un círculo virtuoso (BCRA, 2023; Ocampo, 2021).

En un escenario pesimista, en cambio, la historia se repite: inflación crónica, devaluaciones periódicas, endeudamiento creciente, defaults y crisis sociales. En este caso, la Argentina seguiría atrapada en la lógica de “stop and go”: avanzar algunos años para retroceder de golpe. El riesgo es que la sociedad termine agotada, con más pobreza estructural y menos oportunidades para las nuevas generaciones (Damill, Frenkel & Rapetti, 2015; Machinea, 2020).

El futuro también dependerá de las decisiones sobre el rol del Estado. ¿Será un Estado que gasta más de lo que recauda, financiando su déficit con emisión e inflación, o será un Estado eficiente que invierte

en educación, salud e infraestructura? La respuesta a esa pregunta marcará la diferencia entre repetir viejos errores o inaugurar un ciclo distinto (Stiglitz, 2019; Gerchunoff & Llach, 2018).

Los jóvenes son otro factor clave. Muchos hoy eligen emigrar en busca de estabilidad. El desafío del futuro es ofrecerles razones para quedarse: empleos de calidad, educación de vanguardia, oportunidades en sectores tecnológicos y un entorno político menos hostil (OECD, 2023; World Bank, 2023).

La inserción internacional también será decisiva. Argentina necesita abrir mercados y atraer inversiones, pero sin caer en la dependencia absoluta. El futuro estará vinculado a cómo logre relacionarse con potencias como Estados Unidos y China, con sus vecinos del Mercosur y con nuevas áreas de oportunidad como Asia y África (CEPAL, 2022; Stiglitz, 2020).

En el fondo, el futuro argentino está atado a una cuestión más cultural que económica: la capacidad de construir consensos. Si la política sigue siendo un campo de batalla sin acuerdos mínimos, cualquier plan económico será frágil. Pero si se logra una base común —un pacto de Estado que trascienda gobiernos—, la Argentina puede dejar atrás su condición de eterna promesa y convertirse en un país estable y próspero (Gerchunoff & Llach, 2018; Ocampo, 2021).

El futuro no está escrito. Puede ser la continuidad del presente inestable o el inicio de una etapa de desarrollo sostenido. Todo dependerá de las decisiones que se tomen hoy, del liderazgo político y de la capacidad social de aprender de los errores del pasado (Rapoport, 2017; Stiglitz, 2019).

CAPITULO 4

CONCEPTOS ECONOMICOS

CONTENIDO

Introducción a la Economía

Métodos de análisis económico

Microeconomía

Macroeconomía

Economía y sociedad

Conclusiones



POSCAT DEL CAPITULO

Introducción a la Economía

Concepto de economía y objeto de estudio

Imaginemos por un momento que estás en un supermercado. Frente a vos hay cientos de productos: frutas, fideos, carne, arroz, botellas de agua, electrodomésticos. Tenés un presupuesto limitado en el bolsillo y tenés que decidir qué llevar. En esa elección tan cotidiana —qué comprar y qué dejar para otra ocasión— está escondido el corazón de la economía (Krugman & Wells, 2021).

La economía no es, como muchos piensan, un conjunto de fórmulas difíciles o gráficos que parecen jeroglíficos. En realidad, es una herramienta para entender algo muy humano: cómo usamos lo que tenemos para satisfacer nuestras necesidades. Dicho de otro modo, estudia cómo administramos recursos que siempre son limitados (dinero, tiempo, tierra, trabajo) frente a deseos y necesidades que parecen no tener fin (Mankiw, 2020; Samuelson & Nordhaus, 2010). El objeto de estudio de la economía es justamente ese: analizar cómo las personas, las familias, las empresas y hasta los países deciden qué producir, cómo producirlo y para quién producirlo. No se trata solo de dinero, sino también de elecciones. Cuando un estudiante decide si trabaja o sigue estudiando, cuando una familia organiza sus gastos mensuales, o cuando un gobierno define si destina más presupuesto a salud o a defensa, está tomando decisiones económicas (Stiglitz & Rosengard, 2015).

Podemos decir, entonces, que la economía es como un gran mapa que nos ayuda a entender el viaje de los bienes y servicios desde que se producen hasta que llegan a nuestras manos. Y también nos muestra las tensiones del camino: ¿por qué algunas sociedades prosperan y otras no?, ¿por qué algunos tienen tanto y otros tan poco?, ¿qué pasa cuando los precios suben o cuando falta trabajo? (Sen, 1999; Krugman, 2009).

Entender economía no significa volverse especialista, sino tener una mirada más clara sobre la vida diaria. Porque, nos guste o no, la economía está en todo: en el precio del pan, en la tasa de interés del banco, en la decisión de una empresa de contratar o despedir personal, y en los debates políticos que escuchamos en la televisión (Friedman, 2002; Acemoglu & Robinson, 2012).

Diferencia entre microeconomía y macroeconomía

Podemos pensar la economía como si fuera un gran rompecabezas. Si lo miramos de cerca, vemos las piezas una por una; si nos alejamos, distinguimos la imagen completa. Esa es, justamente, la diferencia entre microeconomía y macroeconomía (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

La microeconomía observa la economía con lupa. Se interesa por lo que hacen las familias, los consumidores y las empresas: cómo deciden qué comprar, cuánto producir, a qué precio vender. Por ejemplo, cuando una panadería calcula si le conviene subir el precio del pan porque aumentó la harina, o cuando vos comparás precios antes de elegir un celular, estamos en terreno de la microeconomía. Es el estudio de las pequeñas piezas del rompecabezas (Varian, 2014).

La macroeconomía, en cambio, toma distancia y mira el conjunto. Le importa el “cuadro completo”: la producción total de un país, el nivel general de precios, el desempleo, la inflación, el crecimiento de la economía. Es lo que vemos en los noticieros cuando se habla de “el PBI creció un 2%”, “la inflación fue del 8% mensual” o “la tasa de desempleo bajó”. La macroeconomía intenta entender cómo se mueve la economía en su totalidad, como si fuera el clima económico de una nación (Blanchard, 2017; Dornbusch, Fischer & Startz, 2018). Ambas miradas están conectadas: lo que hacen las empresas y consumidores (micro) termina influyendo en los grandes números del país (macro), y al revés, la situación general de la economía (macro)

condiciona las decisiones cotidianas de personas y empresas (Krugman & Wells, 2021; Samuelson & Nordhaus, 2010).

Una buena manera de imaginarlo es pensar en un partido de fútbol: la microeconomía sería analizar las jugadas de cada jugador, sus pases, errores y estrategias individuales; la macroeconomía sería mirar el resultado del partido, la estrategia global del equipo y cómo se desarrolla el campeonato (Stiglitz & Rosengard, 2015).

Métodos de análisis económico.

Así como un médico utiliza diferentes estudios para entender qué le pasa a un paciente —desde una radiografía hasta un análisis de sangre— los economistas también tienen sus propias herramientas para analizar la “salud” de la economía. Estos instrumentos se llaman métodos de análisis económico y sirven para ordenar la información, detectar problemas y proponer soluciones. Podemos resumirlos en dos grandes caminos:

El método positivo

Este enfoque intenta describir la realidad tal como es, sin opinar si está bien o mal. Busca responder preguntas como:

- ¿Cuánto creció el PBI el año pasado?
- ¿Qué porcentaje de la población está desempleada?
- ¿Cuál es la inflación mensual?

El objetivo es medir, comparar y entender cómo funciona la economía con datos concretos. Es como cuando un médico te toma la presión y te dice el número exacto: no juzga todavía, solo informa.

El método normativo

Aquí, en cambio, aparecen los juicios de valor: qué debería hacerse y hacia dónde conviene ir. Plantea preguntas como:

- ¿El Estado debería aumentar los impuestos para financiar más gasto en salud?

- ¿Es justo que exista tanta desigualdad en la distribución del ingreso?
- ¿Se debería priorizar el crecimiento económico, aunque aumente la contaminación?

El análisis normativo no se queda en describir, sino que entra en el terreno de la ética y de la política: propone qué camino seguir.

El papel de los modelos

Para organizar estas ideas, los economistas construyen modelos: representaciones simplificadas de la realidad que ayudan a entenderla. Son como mapas: no tienen todos los detalles, pero muestran lo esencial para orientarse. Por ejemplo, un modelo puede explicar cómo suben los precios cuando aumenta la demanda de un producto, o qué ocurre con el desempleo cuando la economía entra en recesión.

En resumen, los métodos de análisis económico son como lentes distintos para mirar el mismo paisaje. Con uno vemos los hechos tal cual son, con otro pensamos cómo podrían mejorar, y con los modelos tratamos de anticipar qué podría pasar en el futuro.

Microeconomía.

Principales conceptos de la microeconomía.

Imaginemos por un momento que caminas por una feria barrial un sábado por la mañana. De un lado, una señora ofrece verduras frescas de su quinta; más allá, un panadero reparte pan caliente recién salido del horno; y al fondo, un chico vende plantas ornamentales. Vos, con tu billetera en el bolsillo, vas recorriendo los puestos y pensando qué llevar. Esa escena, tan simple y cotidiana, es en realidad un retrato perfecto de la microeconomía (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

La microeconomía se ocupa de mirar de cerca, casi con lupa, cómo interactúan las personas y las empresas en ese intercambio diario de bienes y servicios. No le interesa el gran número del PBI o la inflación

general del país, sino esas pequeñas decisiones que, sumadas, terminan moviendo la rueda de la economía (Varian, 2014).

El primer concepto clave es el de las necesidades: todos necesitamos alimentarnos, vestirnos, educarnos o, simplemente, pasar un buen momento. Para cubrirlas recurrimos a bienes, como una bolsa de manzanas, una bicicleta o una computadora; o a servicios, como la consulta médica o la clase particular de inglés. Pero aquí aparece la primera tensión: los recursos siempre son limitados. No hay dinero, tiempo ni materias primas infinitas. Y esa escasez nos obliga a elegir (Samuelson & Nordhaus, 2010).

Cada elección implica dejar algo de lado. Si decidís gastar tus ahorros en un viaje, seguramente no podrás comprarte ese celular nuevo que tanto querías. Esa renuncia, ese “camino no elegido”, es lo que los economistas llaman costo de oportunidad. Dicho de otra manera: cada decisión tiene su precio oculto (Mankiw, 2020; Stiglitz & Rosengard, 2015).

En la feria, los precios no surgen de la nada. Se forman por la interacción entre la oferta y la demanda. Si hay muchos compradores que buscan tomates, pero solo unos pocos vendedores los ofrecen, el precio subirá. En cambio, si abundan las verduras y la gente no las compra, los precios bajarán. Es como un tira y afloje constante que define cuánto valen las cosas en el mercado (Marshall, 1890/2013; Krugman & Wells, 2021).

Y detrás de cada decisión hay algo invisible que nos guía: los incentivos. Cuando sube el precio del pan, algunos panaderos ven una oportunidad para producir más; mientras que los consumidores, al contrario, buscan comprar menos o reemplazarlo por otro producto. Los incentivos son como señales en el camino que influyen en cómo actuamos (Friedman, 2002; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Ahora bien, aunque los libros suelen decir que la gente decide de manera racional, calculando siempre qué le conviene más, la realidad

es bastante distinta. A veces compramos por impulso, porque estaba en oferta, porque lo vimos en una publicidad atractiva o simplemente porque “nos tentamos”. Aquí entra en juego lo que los economistas llaman racionalidad limitada: somos personas, no máquinas, y nuestras decisiones están teñidas de emociones, costumbres y hasta caprichos (Kahneman, 2011; Thaler & Sunstein, 2008).

En definitiva, la microeconomía no es algo lejano ni abstracto. Está presente en la feria, en el supermercado, en la decisión de ahorrar o gastar, en el precio de una entrada al cine. Nos ayuda a entender, con ejemplos muy cercanos, cómo funciona esa red de elecciones que conecta a millones de personas todos los días (Sen, 1999; Krugman & Wells, 2021).

Bienes, servicios y agentes económicos.

Pensemos un instante en nuestra vida diaria. Apenas nos levantamos, ya estamos rodeados de decisiones económicas. Encendemos la luz —y ahí está el servicio de electricidad—, preparamos un café con leche —producto que alguien produjo, transportó y vendió— y salimos rumbo al trabajo o a la escuela utilizando un colectivo, un taxi o nuestro propio auto. Cada uno de esos momentos es parte de un enorme engranaje que la economía trata de explicar.

La microeconomía distingue entre dos cosas esenciales: bienes y servicios. Los bienes son objetos materiales, cosas que podemos ver y tocar: una camiseta, un libro, una computadora, una silla. Los servicios, en cambio, no se pueden guardar en una bolsa: son acciones o actividades que alguien realiza para otro, como un corte de pelo, una consulta médica, una clase de guitarra o un viaje en tren. Ambos cumplen la misma función: satisfacer nuestras necesidades y deseos.

Ahora bien, ¿quiénes están detrás de este intercambio de bienes y servicios? Aquí aparecen los agentes económicos, los protagonistas de la historia:

- Las familias y consumidores, que deciden qué comprar, cuánto gastar y cuánto ahorrar. Son el motor de la demanda.
- Las empresas, que producen bienes y ofrecen servicios, buscando obtener beneficios. Representan la oferta.
- El Estado, que regula, recauda impuestos, provee bienes públicos (como educación, salud o seguridad) y trata de equilibrar el juego.
- Y, en un plano más amplio, el sector externo: el comercio con otros países, que permite que en Argentina tomemos café colombiano, usemos celulares diseñados en Corea o exportemos soja a China.

Estos agentes están permanentemente interactuando, como si fueran actores en una obra de teatro que nunca se detiene. Cada decisión, por pequeña que parezca —comprar un alfajor, contratar internet, invertir en maquinaria o subir los impuestos—, tiene consecuencias en el funcionamiento general de la economía (Mankiw, 2020; Stiglitz & Rosengard, 2015).

En la vida cotidiana, muchas veces ni pensamos en ello, pero esa red invisible es la que hace posible que, cuando entramos a una panadería, encontremos pan caliente sobre la mesa o que, al abrir una aplicación, podamos pedir un servicio en minutos. La economía, al fin y al cabo, es el relato de cómo estos bienes, servicios y agentes se conectan en un flujo constante de decisiones y necesidades (Krugman & Wells, 2021; Samuelson & Nordhaus, 2010).

Racionalidad y toma de decisiones.

Estos agentes están permanentemente interactuando, como si fueran actores en una obra de teatro que nunca se detiene. Cada decisión, por pequeña que parezca —comprar un alfajor, contratar internet, invertir en maquinaria o subir los impuestos—, tiene consecuencias en el funcionamiento general de la economía (Mankiw, 2020; Stiglitz & Rosengard, 2015).

En la vida cotidiana, muchas veces ni pensamos en ello, pero esa red invisible es la que hace posible que, cuando entramos a una panadería, encontremos pan caliente sobre la mesa o que, al abrir una aplicación, podamos pedir un servicio en minutos. La economía, al fin y al cabo, es el relato de cómo estos bienes, servicios y agentes se conectan en un flujo constante de decisiones y necesidades (Krugman & Wells, 2021; Samuelson & Nordhaus, 2010).

Costo de oportunidad.

Imaginá que tenés un billete de 10.000 pesos en la mano. Con esa plata podrías hacer varias cosas: comprar un par de zapatillas nuevas, invitar a tus amigos a cenar, ahorrar para tus vacaciones o pagar una parte de un curso que venís postergando. La cuestión es que no podés hacerlo todo al mismo tiempo. Tenés que elegir. Y en esa elección aparece el concepto clave de la economía: el costo de oportunidad (Mankiw, 2020; Samuelson & Nordhaus, 2010).

El costo de oportunidad es, simplemente, lo que dejamos de lado cuando tomamos una decisión. Cada vez que elegimos un camino, automáticamente renunciamos a otro. Si usás tu dinero para las zapatillas, tu costo de oportunidad será la cena con tus amigos. Si preferís el curso, tu costo de oportunidad será posponer las vacaciones (Krugman & Wells, 2021).

Lo interesante es que este concepto no se aplica solo al dinero, sino también al tiempo, a la energía e incluso a las emociones. Si dedicás la tarde a mirar una serie, tu costo de oportunidad quizás sea el libro que no leíste o el trabajo que no avanzaste. Si un estudiante decide trabajar en lugar de continuar la universidad, el costo de oportunidad puede ser el título que no obtendrá (y los ingresos futuros que quizá pierda) (Stiglitz & Rosengard, 2015).

En el mundo de las empresas pasa lo mismo. Una fábrica que decide invertir en maquinaria nueva tal vez renuncie a abrir una sucursal; un

agricultor que siembra soja deja de sembrar trigo en ese mismo terreno. Y en los gobiernos, cada peso destinado a construir rutas es un peso que no se usa para hospitales o escuelas (Varian, 2014).

Este concepto es poderoso porque nos recuerda que nada es gratis: siempre hay una alternativa sacrificada. Incluso cuando creemos que “no gastamos nada”, en realidad estamos usando recursos que podrían haberse destinado a otra cosa (Friedman, 2002).

En la vida cotidiana, tener presente el costo de oportunidad nos ayuda a valorar más nuestras decisiones. Saber que al elegir una opción dejamos otra atrás nos hace más conscientes de que nuestro tiempo y nuestro dinero son recursos limitados, y que vale la pena pensarlos bien antes de usarlos (Sen, 1999).

Oferta y demanda

La economía, en el fondo, no es otra cosa que la organización de nuestras elecciones cotidianas. Cada vez que decidimos si compramos un kilo de pan, un par de zapatillas o un teléfono nuevo, estamos participando en ese gran teatro llamado mercado. Allí conviven dos protagonistas que parecen invisibles pero que, en realidad, mueven casi todos los hilos: la oferta y la demanda (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

Imaginemos una feria de barrio. De un lado, los compradores pasean con sus bolsitas en mano, mirando precios, regateando, calculando si les alcanza para llevar un poco más. Del otro, los vendedores exhiben sus productos y piensan: “¿A cuánto los pongo para que me rinda, pero sin espantar al cliente?”. Ese diálogo silencioso entre lo que la gente quiere comprar y lo que los productores quieren vender es la esencia de la oferta y la demanda (Samuelson & Nordhaus, 2010; Varian, 2014).

El deseo de comprar: la demanda

La demanda no es otra cosa que el reflejo de nuestras ganas y posibilidades de consumir. Si el precio de algo baja, es probable que más personas se animen a comprarlo; si sube, muchos lo pensarán dos veces. Por eso, cuando una marca de ropa lanza descuentos de temporada, las tiendas se llenan. Y cuando la carne aumenta, mucha gente opta por reemplazarla con pollo o verduras.

En términos sencillos, la demanda responde a una lógica casi instintiva: queremos más de lo que es barato y menos de lo que se encarece.

La disposición a vender: la oferta

En el otro extremo está la oferta, que refleja la conducta de quienes producen y venden. Para ellos, el precio es una señal poderosa: si un bien se paga caro, aumenta la tentación de producir más, porque la ganancia crece. Pero si el precio apenas alcanza para cubrir los costos, lo normal es que reduzcan la producción o incluso abandonen el mercado.

Pensemos en un productor de tomates. Si en verano, cuando la cosecha abunda, el kilo se paga a muy poco, quizás no le convenga seguir plantando tantas hectáreas. En cambio, si en invierno la demanda sube y el precio se dispara, va a tratar de llevar al mercado hasta el último cajón disponible.

El choque de intereses

El punto más interesante aparece cuando estas dos fuerzas se cruzan. Los compradores quieren pagar lo mínimo; los vendedores, cobrar lo máximo. Entre ambos se genera un pulso constante, una especie de “tira y afloje” donde el precio final se convierte en árbitro.

Podemos imaginarlo como una cuerda en tensión: de un lado tiran los consumidores, del otro los productores. Cuando la fuerza se equilibra,

la cuerda se queda firme en el medio. Ese “medio” es el precio de mercado, el lugar donde la cantidad que la gente está dispuesta a comprar coincide con la cantidad que los vendedores están dispuestos a ofrecer.

Ejemplos que vemos a diario

- En los meses de verano, los alquileres temporarios en la costa atlántica se disparan porque la demanda turística crece. Cuando termina la temporada, bajan, porque la demanda desaparece.
- Con los celulares de última generación, al principio son carísimos y pocos acceden. Con el tiempo, más empresas los producen, la competencia aumenta y el precio baja, haciendo que más consumidores entren al mercado.
- Lo mismo pasa con la fruta: en época de abundancia, las naranjas están regaladas; fuera de temporada, el precio sube y muchos dejan de comprarlas.

Aunque no se vea ni se toque, la oferta y la demanda funcionan como una brújula que orienta los precios y las cantidades en casi todos los mercados. Cuando entendemos este mecanismo, lo cotidiano empieza a tener más sentido: por qué la nafta sube cuando escasea, por qué los productos electrónicos se abaratan con el tiempo, o por qué los alimentos frescos fluctúan tanto en su valor.

En definitiva, detrás de cada compra y cada venta late una regla sencilla: cuando el precio baja, la gente quiere más; cuando el precio sube, los productores ofrecen más. Ese vaivén, esa danza entre compradores y vendedores, es el corazón del mercado.

La ley de la oferta y la demanda

Si en la feria del barrio pudiéramos congelar el tiempo y dibujar lo que ocurre entre compradores y vendedores, veríamos dos curvas que se mueven en direcciones opuestas. De un lado, la curva de la demanda, que desciende: a medida que el precio sube, la gente compra menos.

Del otro, la curva de la oferta, que asciende: a precios más altos, los productores se entusiasman a vender más (Mankiw, 2020; Varian, 2014).

El verdadero milagro sucede cuando ambas se cruzan. Ese punto de encuentro no es casual: allí, exactamente allí, se define el precio de equilibrio (Samuelson & Nordhaus, 2010).

El equilibrio es como un acuerdo tácito, un “apretón de manos” entre compradores y vendedores. A ese precio, la cantidad que los consumidores están dispuestos a comprar coincide con la cantidad que los productores quieren ofrecer. Ni sobra mercadería, ni falta (Krugman & Wells, 2021).

- Si el precio está por encima del equilibrio, los vendedores tendrán más productos de los que la gente quiere comprar: se acumula el stock, aparece el famoso “exceso de oferta”.
- Si el precio está por debajo del equilibrio, ocurre lo contrario: la mercadería vuela, las góndolas se vacían y surge el “exceso de demanda”.

En cualquiera de los dos casos, la presión del mercado ajusta los precios hasta que todo se acomoda nuevamente en el equilibrio (Stiglitz & Rosengard, 2015).

Lo fascinante es que esta “ley de la oferta y la demanda” no necesita de un director de orquesta ni de un planificador que dicte precios. Es una dinámica casi automática, un mecanismo espontáneo que surge de la interacción de millones de decisiones individuales (Mankiw, 2020).

Un ejemplo muy claro lo vemos en los supermercados:

- Si el precio del arroz queda demasiado alto y la gente deja de comprarlo, los paquetes se acumulan. Para evitar pérdidas, los supermercados terminan bajando el precio.

- En cambio, si el precio está tan bajo que la mercadería se agota en horas, los gerentes ajustan al alza hasta que las ventas fluyen a un ritmo más equilibrado (Krugman & Wells, 2021).

La ley de la oferta y la demanda funciona como un árbitro silencioso que busca poner orden en un juego lleno de intereses opuestos. No significa que todo sea perfecto —ya veremos más adelante que existen fallas, desigualdades y monopolios—, pero sí que, en condiciones normales, el mercado tiene una sorprendente capacidad de autorregulación (Samuelson & Nordhaus, 2010).

En palabras simples: el precio es la señal que equilibra el deseo de comprar con la necesidad de vender. Cuando el precio es justo, ni compradores ni vendedores tienen incentivos para cambiar su comportamiento (Varian, 2014; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Elasticidades

Hasta aquí vimos cómo la oferta y la demanda se encuentran en un punto de equilibrio que fija el precio. Pero en la vida real los mercados no son estáticos: los precios cambian, los ingresos de las familias suben o bajan, aparecen nuevos productos que compiten entre sí. La pregunta es inevitable: ¿qué tan sensibles son compradores y vendedores a esos cambios?

A esa sensibilidad los economistas la llaman elasticidad. Y aunque suene técnico, el concepto es bastante intuitivo: mide cuánto varía la cantidad demandada u ofrecida cuando algo cambia, como el precio, el ingreso o el valor de otros bienes (Mankiw, 2020; Varian, 2014; Krugman & Wells, 2021).

La elasticidad de la demanda.

Imaginemos que sube el precio de las gaseosas. ¿Qué pasa con las ventas?

- Si la gente deja de comprarlas de inmediato y prefiere agua, jugos o mate, decimos que la demanda es elástica: una pequeña variación en el precio genera un gran cambio en la cantidad demandada.
- Pero si, pese a la suba, los consumidores siguen comprando casi lo mismo porque son muy fanáticos de la gaseosa, la demanda es inelástica: el precio se mueve, pero la cantidad apenas reacciona.

Un ejemplo clásico son los medicamentos. Aunque su precio aumente, la gente los seguirá comprando porque son necesarios. En cambio, los viajes de vacaciones suelen ser muy elásticos: si los pasajes se disparan, muchos directamente cancelan o buscan alternativas más baratas.

La elasticidad de la oferta

La elasticidad no solo aplica a la demanda; también afecta a los productores. Pensemos en los agricultores: si sube el precio del trigo, ¿pueden aumentar su producción rápidamente? No siempre. Sembrar más hectáreas o conseguir más maquinaria lleva tiempo. Eso hace que, en el corto plazo, la oferta de muchos productos agrícolas sea inelástica (Mankiw, 2020; Varian, 2014).

En cambio, en una fábrica de ropa, si la demanda sube y los precios mejoran, es más fácil aumentar la producción en pocas semanas: basta con contratar más personal o ampliar turnos. Allí la oferta es más elástica (Krugman & Wells, 2021; Samuelson & Nordhaus, 2010).

Otros tipos de elasticidades

La economía también estudia cómo influyen otros factores:

- Elasticidad-ingreso de la demanda: mide cómo cambian las compras cuando aumenta o disminuye el ingreso de las

personas. Si me suben el sueldo, probablemente compro más carne o salga más a cenar afuera.

- **Elasticidad cruzada:** analiza cómo reacciona la demanda de un producto cuando cambia el precio de otro. Por ejemplo, si sube el precio del café, tal vez aumente la demanda de té.

Las elasticidades nos ayudan a entender por qué algunos sectores sufren mucho más que otros en tiempos de crisis, o por qué ciertas políticas económicas generan efectos inesperados.

- Subir los impuestos a bienes con demanda inelástica (como cigarrillos o nafta) asegura recaudación, porque la gente seguirá comprando casi lo mismo.
- En cambio, aumentar impuestos a productos con demanda elástica puede desplomar las ventas y hasta reducir la recaudación.

En definitiva, la elasticidad nos recuerda que no todos los mercados reaccionan igual. Algunos son frágiles, se mueven al mínimo cambio; otros son rígidos, casi inmutables (Samuelson & Nordhaus, 2010; Varian, 2014).

Hasta aquí vimos cómo la oferta y la demanda se encuentran en un punto de equilibrio que fija el precio. Pero en la vida real los mercados no son estáticos: los precios cambian, los ingresos de las familias suben o bajan, aparecen nuevos productos que compiten entre sí. La pregunta es inevitable: ¿qué tan sensibles son compradores y vendedores a esos cambios?

A esa sensibilidad los economistas la llaman *elasticidad*. Y aunque suene técnico, el concepto es bastante intuitivo: mide cuánto varía la cantidad demandada u ofrecida cuando algo cambia, como el precio, el ingreso o el valor de otros bienes (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

Equilibrio de mercado

Imaginemos un mercado como una gran balanza. De un lado están los compradores, con su deseo de adquirir productos al menor precio posible. Del otro, los vendedores, dispuestos a ofrecer bienes siempre y cuando el precio les permita cubrir costos y obtener ganancias. La aguja de esa balanza es el precio, y el punto en que ambos lados se equilibraran se conoce como equilibrio de mercado (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

El equilibrio se alcanza en ese precio donde la cantidad que los consumidores quieren comprar coincide exactamente con la cantidad que los productores quieren vender. Ni sobra, ni falta. Es como cuando en una fiesta se preparan justo las pizzas que alcanzan para todos los invitados: nadie se queda con hambre y no sobra nada para el día siguiente (Samuelson & Nordhaus, 2010).

- Si el precio está por encima del equilibrio, ocurre un excedente: hay más oferta que demanda. Los productos se acumulan, los vendedores empiezan a bajar precios para poder vender y el mercado se ajusta solo.
- Si el precio está por debajo del equilibrio, surge una escasez: los consumidores compran más de lo que los productores ofrecen. Las góndolas se vacían, aparece la sensación de falta y los precios tienden a subir hasta restablecer el balance (Varian, 2014).

Pensemos en el mercado de alquileres.

- Si los dueños de departamentos ponen precios demasiado altos, muchos inquilinos se retiran o buscan alternativas más baratas. Los propietarios terminan bajando las cifras para no dejar las viviendas vacías: eso es un excedente.
- Si, en cambio, el alquiler está muy bajo, habrá decenas de interesados por cada propiedad, listas de espera y hasta pujas para ver quién paga más: eso es escasez.

En ambos casos, el mercado ajusta el precio hasta acercarse al punto de equilibrio. Lo interesante es que el equilibrio no solo indica un precio justo: también envía señales poderosas. A los productores les dice cuánto conviene producir, y a los consumidores, cuánto pueden comprar sin que el producto desaparezca ni se acumule en exceso (Mankiw, 2020; Stiglitz & Rosengard, 2015).

En los mercados competitivos, ese equilibrio se convierte en una especie de “pacto silencioso”: sin necesidad de acuerdos formales, vendedores y compradores terminan actuando como si hubieran fijado un contrato común.

Es importante entender que el equilibrio no es un punto fijo, grabado en piedra. Cambia todo el tiempo.

- Si suben los ingresos de las familias, la curva de demanda se desplaza y el equilibrio se mueve.
- Si aparece una sequía que reduce la cosecha de trigo, la oferta cae y el equilibrio vuelve a modificarse.
- Si una innovación tecnológica abarata los costos de producción, la oferta aumenta y el equilibrio baja de precio (Krugman & Wells, 2021).

En otras palabras, el equilibrio de mercado es como una brújula en movimiento: nunca está quieto, pero siempre orienta hacia el lugar donde las fuerzas de oferta y demanda se encuentran (Samuelson & Nordhaus, 2010).

Producción y costos

Hasta ahora nos movimos en el terreno del mercado: compradores, vendedores, precios y cantidades. Pero hay una pregunta que todavía no abordamos y que es central: ¿cómo se produce aquello que luego llega a nuestras manos?

Detrás de cada bien que consumimos —un kilo de pan, un par de zapatillas, un auto— hay un proceso productivo que combina

recursos, tiempo, esfuerzo y tecnología. Y, claro, también hay costos: nada aparece de la nada.

La producción puede pensarse como una receta. El resultado final (el bien o servicio) depende de los ingredientes que usemos y de cómo los mezclemos. Los economistas llaman a esta receta función de producción: la relación entre los insumos que se utilizan (trabajo, capital, tierra, tecnología) y la cantidad de producto que se obtiene.

- Trabajo: el esfuerzo humano, desde el obrero en la fábrica hasta el programador frente a la computadora.
- Capital: las máquinas, edificios, computadoras, herramientas.
- Tierra y recursos naturales: desde hectáreas cultivables hasta yacimientos mineros.
- Tecnología: la forma en que organizamos y combinamos todo lo anterior.

Por ejemplo, para hacer pan necesitamos harina (tierra), un horno (capital), un panadero (trabajo) y una receta mejor o peor (tecnología). Cambiar cualquiera de estos factores altera el resultado final.

La ley de los rendimientos decrecientes

En la práctica, no siempre más insumos significan más producción de forma proporcional. Imaginemos una pequeña panadería con un solo horno. Al principio, sumar un segundo panadero aumenta la producción mucho: uno amasa mientras el otro hornea. Si contratamos un tercero, todavía se gana eficiencia, pero menos que antes. Si seguimos agregando empleados, llega un momento en que ya no hay espacio, todos se estorban y la producción apenas aumenta o incluso cae.

Este fenómeno se conoce como ley de rendimientos decrecientes: a medida que agregamos más de un mismo factor (como trabajo), manteniendo fijos los demás (como el capital), el incremento de

producción se va reduciendo (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021; Varian, 2014).

Costos de corto y largo plazo

Aquí entra el tema de los costos, que son la otra cara de la producción. Producir siempre implica gastar recursos: salarios, alquileres, electricidad, insumos, mantenimiento de máquinas.

- En el corto plazo, algunas cosas no se pueden cambiar. Una fábrica tiene un número fijo de máquinas y un galpón de un tamaño determinado. Solo puede ajustar ciertos factores, como la cantidad de empleados o las horas de trabajo.
- En el largo plazo, todo puede modificarse: se pueden comprar nuevas máquinas, ampliar la planta, mudarse a otra ubicación o invertir en tecnología. Por eso, los costos a largo plazo suelen ser más flexibles.

Economías de escala

Un concepto muy interesante es el de las *economías de escala*: cuando una empresa produce más y, gracias a eso, logra reducir sus costos promedio (Mankiw, 2020; Samuelson & Nordhaus, 2010).

Pensemos en una fábrica de zapatillas: si produce mil pares, tiene que repartir el costo de sus máquinas y su edificio entre pocas unidades, por lo que cada par resulta caro. Pero si produce cien mil pares, esos mismos costos fijos se reparten en mucho más producto, bajando el costo por zapatilla.

Por eso muchas grandes empresas logran vender a precios más bajos que los pequeños productores: su escala les da ventaja. Claro que también hay un límite: si la fábrica se vuelve demasiado grande, aparecen problemas de coordinación, burocracia o ineficiencia, y los costos vuelven a subir (lo que se llama *deseconomías de escala*) (Varian, 2014; Krugman & Wells, 2021).

Mercados y competencia

El mercado no es un escenario uniforme. Según cómo se organicen los vendedores y compradores, podemos encontrarnos con distintos “modelos” de competencia. A veces hay tantos vendedores que ninguno puede imponer condiciones; otras veces, uno solo domina el juego y fija las reglas. Entre esos extremos aparecen situaciones intermedias (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021; Samuelson & Nordhaus, 2010).

La competencia perfecta: el ideal del manual

La competencia perfecta es como la utopía de los economistas. En este modelo, hay tantos compradores y vendedores que ninguno puede mover el precio por sí mismo. Todos son “pequeños” en comparación con el mercado total.

- Los productos son homogéneos: da igual a quién le compres el kilo de trigo, porque es prácticamente el mismo.
- La información es perfecta: todos saben cuánto cuesta, cómo se produce y qué calidad tiene.
- No hay barreras de entrada: cualquier productor puede sumarse y competir.

El resultado es que los precios se determinan únicamente por la interacción entre la oferta y la demanda. Nadie puede manipularlos. Un ejemplo cercano a este modelo son los mercados agrícolas internacionales, donde toneladas de soja o maíz se compran y venden a un precio global.

Claro que en la vida real es difícil encontrar una competencia tan pura. Pero sirve como referencia: nos muestra cómo funcionaría un mercado en condiciones ideales (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021; Varian, 2014).

El monopolio: cuando uno manda

En el extremo opuesto está el monopolio: un solo vendedor controla todo el mercado. En este caso, la empresa no compite con nadie y puede fijar precios mucho más altos de lo que ocurriría en un mercado competitivo.

Pensemos en una empresa que es la única que distribuye electricidad en una ciudad. Los vecinos no tienen alternativa: si quieren luz, deben contratarla. Ese poder de mercado le permite imponer condiciones. Por eso los monopolios suelen estar regulados por el Estado. No se trata solo de eficiencia económica: también de justicia social. Si un servicio esencial queda en manos de un único actor sin control, el costo para los consumidores puede ser enorme (Krugman & Wells, 2021; Stiglitz & Rosengard, 2015; Samuelson & Nordhaus, 2010).

El oligopolio: pocos jugadores, mucha tensión

Entre la competencia perfecta y el monopolio aparece el oligopolio: un mercado donde pocos vendedores concentran gran parte de la oferta.

Ejemplos sobran: las grandes compañías de telefonía, las automotrices, las aerolíneas. Allí la competencia existe, pero es limitada. Cada decisión de una empresa (subir precios, lanzar promociones, sacar un nuevo modelo) es observada y respondida por las demás.

El oligopolio genera dinámicas interesantes:

- A veces se da una competencia feroz, con precios en baja y ofertas agresivas.
- Otras veces, ocurre lo contrario: las empresas prefieren no enfrentarse demasiado y terminan manteniendo precios similares, como si existiera un pacto silencioso. A esto se lo conoce como colusión, y cuando se hace de manera explícita

(acuerdos secretos para fijar precios o repartirse mercados) suele ser ilegal.

Un ejemplo típico son las compañías aéreas: muchas veces los boletos cuestan casi lo mismo, aunque las aerolíneas sean diferentes. No siempre es casualidad: los costos se parecen, pero también influye la estrategia de no “romper” el mercado con precios demasiado bajos (Varian, 2014; Krugman & Wells, 2021; Mankiw, 2020).

La importancia de entender la competencia

Cada tipo de mercado tiene efectos distintos sobre los precios y la vida cotidiana:

- En la competencia perfecta, los consumidores se benefician porque nadie puede cobrar de más.
- En el monopolio, los precios suelen ser más altos y la variedad más baja, salvo que intervenga el Estado.
- En el oligopolio, el resultado depende de cómo jueguen los pocos competidores: pueden innovar y ofrecer mejores productos... o dormirse en los laureles y mantener precios altos.

En definitiva, la estructura del mercado condiciona lo que pagamos, la calidad de lo que recibimos y hasta las oportunidades de que aparezcan nuevos jugadores.

Dicho en simple: los mercados no son todos iguales. A veces son arenas abiertas donde cualquiera puede entrar a competir; otras, son juegos dominados por pocos o por uno solo. Y según cómo estén organizados, el bolsillo de los consumidores puede salir ganando... o perdiendo (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021; Samuelson & Nordhaus, 2010).

Qué son las externalidades

Una externalidad aparece cuando las acciones de una persona o empresa afectan a otros que no participan directamente en la transacción, y ese efecto no se refleja en el precio (Mankiw, 2020; Stiglitz & Rosengard, 2015).

- Externalidades negativas: son los “efectos colaterales” dañinos. Imaginemos una fábrica que produce acero, pero contamina el río. El precio del acero no incluye el daño ambiental, pero los vecinos lo sufren (Krugman & Wells, 2021).
- Externalidades positivas: son los beneficios que se derraman sin que nadie los pague. Por ejemplo, si un vecino cuida con esmero su jardín, todos los que pasan disfrutan de una calle más linda y agradable, aunque no hayan contribuido (Samuelson & Nordhaus, 2010).

En otras palabras, las externalidades son esos impactos invisibles que quedan fuera de la cuenta económica, pero que afectan a la sociedad (Varian, 2014).

Ejemplo:

- Tráfico y autos particulares: cuando demasiadas personas usan el auto, generan congestión, ruido y contaminación que afectan a toda la ciudad. El precio de la nafta no incluye ese costo social (Mankiw, 2020).
- Educación: cuando alguien estudia y se forma, no solo se beneficia personalmente con un mejor salario; también contribuye a una sociedad más productiva e innovadora. Esa es una externalidad positiva (Sen, 1999).
- Vacunación: cada persona vacunada no solo se protege a sí misma, sino que ayuda a reducir la propagación de enfermedades. El beneficio se multiplica para toda la comunidad (Stiglitz & Rosengard, 2015).

Dado que el mercado no corrige por sí solo estas distorsiones, suele ser necesario que el Estado intervenga. Para las externalidades negativas, puede imponer impuestos (como los “impuestos verdes” al carbono) o regulaciones que limiten la contaminación. Para las positivas, puede otorgar subsidios o incentivos (como becas educativas o programas de vacunación) (Krugman & Wells, 2021). La lógica es sencilla: si algo genera un daño, que lo pague quien lo produce; si algo genera un beneficio extra, que se premie a quien lo aporta (Mankiw, 2020).

Las fallas de mercado y las externalidades nos recuerdan que el mercado no siempre es perfecto ni justo. A veces necesita una mano que lo corrija para que los costos ocultos o los beneficios invisibles se distribuyan de manera más equitativa (Samuelson & Nordhaus, 2010; Varian, 2014).

Distribución del ingreso

La economía no solo se preocupa por cuánto se produce, sino también por cómo se reparte lo producido. Porque de poco sirve que un país tenga un gran crecimiento si ese bienestar queda concentrado en unas pocas manos. Aquí entra en juego un tema central: la distribución del ingreso.

Cada peso que circula en la economía tiene detrás un origen. Los economistas hablan de factores productivos para referirse a los recursos que hacen posible la producción:

- Trabajo: el esfuerzo humano, desde un maestro hasta un operario. Su retribución se da en forma de salarios.
- Capital: las máquinas, edificios y equipos. Su remuneración son las ganancias o intereses.
- Tierra y recursos naturales: campos, minas, agua, petróleo. A sus dueños les corresponden rentas.

- Capacidad empresarial: la habilidad de organizar todo lo anterior. Su premio es la ganancia empresarial.

En teoría, la suma de estas remuneraciones debería reflejar la riqueza generada. En la práctica, no todos los factores pesan igual: en algunos países los salarios absorben gran parte del ingreso; en otros, las ganancias o rentas dominan la escena (Stiglitz, 2012; Piketty, 2014). El gran problema aparece cuando esta distribución es muy desigual. Que existan diferencias es normal: no todos tienen las mismas habilidades, estudios o capital. Pero cuando la brecha se vuelve excesiva, la sociedad se resiente (Sen, 1999; Atkinson, 2015). Imaginemos un país donde el 10% más rico concentra la mitad de la riqueza, mientras que el resto sobrevive con la otra mitad. Esa concentración no solo genera tensiones sociales: también limita el consumo, frena la movilidad social y puede llevar a conflictos políticos (Stiglitz, 2012).

En América Latina, una región históricamente desigual, conviven barrios cerrados con mansiones y, a pocas cuadras, villas donde faltan servicios básicos (CEPAL, 2022).

En países con sistemas más igualitarios, como los nórdicos, la distancia entre ricos y pobres es menor, y eso se traduce en mayor cohesión social (Piketty, 2020; Wilkinson & Pickett, 2019).

El coeficiente de Gini: una forma de medir

¿Cómo se mide la desigualdad? Una de las herramientas más utilizadas es el coeficiente de Gini.

Este indicador va de 0 a 1 (o de 0 a 100 si se expresa en porcentaje):

- 0 significa igualdad absoluta: todos tienen exactamente el mismo ingreso.
- 1 significa desigualdad total: una sola persona concentra todos los ingresos y el resto no tiene nada.

En la realidad, los países se mueven en un punto intermedio.

- Los países nórdicos suelen rondar un Gini de 0,25 a 0,30.
- América Latina, en cambio, registra valores más altos, entre 0,40 y 0,55, reflejando una fuerte desigualdad.

El Gini no lo dice todo —no distingue, por ejemplo, si la desigualdad es por bajos salarios o por excesivas rentas de capital—, pero sirve como termómetro para comparar sociedades y evaluar políticas públicas (Atkinson, 2015; Piketty, 2014).

La distribución del ingreso no es solo un tema económico: es también un asunto político y ético. Determina quién accede a educación, salud, vivienda, y quién queda excluido (Sen, 1999; Stiglitz, 2012).

Por eso los Estados diseñan sistemas de impuestos, subsidios y transferencias para intentar equilibrar la balanza. Algunos lo logran con más éxito que otros (CEPAL, 2022; Wilkinson & Pickett, 2019). En definitiva, se trata de una pregunta profunda: ¿qué tan justa queremos que sea la sociedad en la que vivimos?

La distribución del ingreso es la forma en que se reparte la riqueza de una sociedad. Y la desigualdad no es solo un número: es la distancia real entre las oportunidades de unos y otros (Piketty, 2020; Stiglitz, 2012).

Macroeconomía

Conceptos fundamentales.

Cuando miramos la economía desde cerca, vemos personas comprando en el supermercado, empresas produciendo bienes o familias pagando el alquiler. Eso es la microeconomía: el detalle, la pieza individual del rompecabezas.

Pero cuando alejamos la cámara y observamos el conjunto, el panorama cambia. Aparecen preguntas más amplias: ¿Cuánto produce el país en un año?, ¿Cuánto crece la economía y a qué ritmo?, ¿Qué pasa con los precios y con el valor de la moneda?, ¿Cuántas personas

tienen trabajo y cuántas no?, ¿Cómo se relaciona el país con el resto del mundo?

Responder a estas preguntas es tarea de la macroeconomía, la rama que estudia el funcionamiento global de una economía, como si fuera un gran organismo vivo (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021). Los economistas trabajan con variables agregadas: no se interesan en el precio de una sola manzana, sino en el nivel general de precios; no miran el salario de una persona en particular, sino el ingreso promedio de toda la población; no observan la producción de una sola fábrica, sino el total que produce el país en un año (Samuelson & Nordhaus, 2010).

La macroeconomía, entonces, es como el tablero de control de un avión: no nos dice qué pasa en cada tornillo o cada ala, pero sí nos muestra si el aparato está ganando altura, si consume demasiado combustible o si atraviesa turbulencias (Blanchard, 2017).

Nivel de producción y crecimiento económico

Imaginemos un país como una gran fábrica. En su interior trabajan millones de personas, hay máquinas, campos, edificios, empresas, servicios y tecnología. Todo lo que se produce en esa fábrica —desde un kilo de pan hasta un software de última generación— forma parte de su nivel de producción.

Ese nivel de producción nos dice cuántos bienes y servicios genera un país en un período determinado, normalmente un año. Es una fotografía de la capacidad de una economía para transformar recursos en riqueza (Mankiw, 2020; Blanchard, 2017).

Crecimiento: cuando la fábrica se expande

El crecimiento económico ocurre cuando esa fábrica imaginaria produce cada vez más. Si el año pasado el país fabricó 100 “cajas” de bienes y este año fabrica 105, decimos que la economía creció un 5%.

Este crecimiento no es solo una cifra en un informe: impacta en la vida cotidiana.

- Si la economía crece, hay más empleo, más consumo y más oportunidades de inversión.
- Si se estanca o retrocede, aumenta el desempleo, los ingresos se estiran menos y el clima social se vuelve más tenso.

El crecimiento puede deberse a distintas razones:

- Más trabajo: cuando más personas se incorporan al mercado laboral o cuando los trabajadores se capacitan mejor.
- Más capital: nuevas fábricas, más maquinaria, mejores equipos.
- Mejor tecnología: procesos más eficientes que permiten producir más con los mismos recursos.
- Mejor organización: cuando el país logra reducir trabas burocráticas, mejorar la logística o generar instituciones más estables.

Un ejemplo histórico: durante la Revolución Industrial, Inglaterra no solo sumó más fábricas y trabajadores; también aplicó innovaciones tecnológicas (máquinas a vapor, ferrocarriles) que dispararon su producción a niveles nunca vistos.

Es importante aclarar algo: que la economía crezca no significa necesariamente que la vida de todos mejore. Puede ocurrir que un país produzca más, pero que esa riqueza se concentre en pocos sectores o en pocas manos. Por eso, más adelante hablaremos de la diferencia entre crecimiento y desarrollo.

Producto Bruto Interno (PBI)

Cuando los economistas quieren medir cuánto produce un país en un año, utilizan una herramienta clave: el Producto Bruto Interno (PBI). El PBI representa el valor monetario de todos los bienes y servicios finales producidos dentro de las fronteras de un país durante un

período de tiempo (generalmente un año). Dicho en simple: es como sumar todo lo que se produce y ponerle un precio en dinero (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

Es importante medir el PBI porque es un termómetro del tamaño de la economía. Permite comparar países entre sí y evaluar si una nación está creciendo, estancada o en recesión (Blanchard, 2017).

Por ejemplo:

- El PBI de Estados Unidos lo convierte en la economía más grande del mundo en términos nominales.
- El de China ha crecido tanto en las últimas décadas que hoy compite de igual a igual por el liderazgo global.
- En Argentina, cuando el PBI se contrae (como en 2001 o 2018), el desempleo y la pobreza suelen dispararse.

PBI en términos de PPA (Paridad de Poder Adquisitivo)

Comparar el PBI de dos países en dólares puede ser engañoso, porque el costo de vida no es el mismo en todas partes. Aquí entra la Paridad de Poder Adquisitivo (PPA).

La PPA ajusta el PBI teniendo en cuenta cuánto puede comprar realmente la gente con su dinero.

Ejemplo: con 10 dólares en Nueva York quizás solo compras un combo de hamburguesa, pero con esos mismos 10 dólares en Buenos Aires podés pagar varias comidas sencillas. Al ajustar por PPA, se mide el poder real de compra y no solo la cantidad de dólares que circulan.

Por eso, aunque India tenga un PBI nominal más bajo que varios países europeos, al medirlo en PPA aparece mucho más arriba en el ranking mundial, porque el costo de vida allí es menor.

PBI per cápita

El PBI total nos dice el tamaño de la economía, pero no cuánto “toca” a cada persona. Para eso se calcula el PBI per cápita, que divide el PBI total por la cantidad de habitantes.

Es como repartir una torta entre los comensales: no importa solo lo grande que sea la torta, sino cuántos deben compartirla. Un país con alto PBI pero mucha población (como China) puede tener un PBI per cápita relativamente bajo. Un país pequeño en población, pero rico en recursos (como Noruega) puede tener un PBI per cápita altísimo (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

El PBI per cápita se usa como una medida aproximada del nivel de vida, aunque tiene limitaciones: no muestra cómo se distribuye la riqueza. Dos países pueden tener el mismo PBI per cápita, pero en uno la mayoría vive con ingresos decentes y en el otro la riqueza está concentrada en unos pocos (Stiglitz et al., 2009).

El PBI es el indicador más usado para medir la producción de un país, el PBI en PPA nos permite comparaciones más justas, y el PBI per cápita acerca la discusión al nivel de vida de las personas (Blanchard, 2017).

Cuentas nacionales

Si el PBI es la gran foto de cuánto produce un país, las cuentas nacionales son como el álbum completo: un sistema organizado que registra todas las transacciones económicas de una nación.

En otras palabras, son la contabilidad del país. Así como una empresa lleva libros para saber cuánto vende, cuánto gasta y cuánto gana, el Estado necesita un sistema para medir qué se produce, qué se consume, qué se invierte y cómo se relaciona con el resto del mundo. Ese sistema son las cuentas nacionales.

Tres maneras de medir el PBI

Lo interesante es que el PBI puede calcularse desde distintos ángulos, y todos deberían dar (en teoría) el mismo resultado:

1. Por el lado de la producción: se suma el valor agregado de todas las actividades económicas (agricultura, industria, servicios).
 - Ejemplo: el trigo en el campo, la harina en el molino, el pan en la panadería. Cada etapa aporta su valor.
2. Por el lado del gasto: se suman todos los gastos que se hacen para comprar bienes y servicios finales.
 - Fórmula clásica: $PBI = C + I + G + (X - M)$
 - C: consumo de los hogares
 - I: inversión de las empresas
 - G: gasto del gobierno
 - X – M: exportaciones menos importaciones
3. Por el lado del ingreso: se suman todos los ingresos que reciben los factores productivos: salarios, ganancias, rentas e impuestos.

Es como mirar un mismo partido de fútbol desde tres cámaras distintas: una enfocada en el marcador, otra en la tribuna y otra en los jugadores. Todas muestran lo mismo desde ángulos diferentes.

Las cuentas nacionales son importantes porque permiten responder preguntas fundamentales:

- ¿Se está consumiendo más o menos que en el pasado?
- ¿La inversión de las empresas alcanza para sostener el crecimiento?
- ¿El gasto público está aumentando?
- ¿El país importa más de lo que exporta?

En el caso de Argentina, por ejemplo, las cuentas nacionales ayudan a entender fenómenos como la restricción externa: cuando el

crecimiento choca con la falta de dólares porque las importaciones crecen más rápido que las exportaciones.

Sin las cuentas nacionales, la política económica sería como manejar un auto con los ojos vendados. Estos registros permiten a los gobiernos, empresas e investigadores tomar decisiones más informadas: desde diseñar un presupuesto nacional hasta decidir si conviene invertir en un nuevo sector.

Las cuentas nacionales son la contabilidad de un país, un sistema que ordena la información para saber cuánto produce, cuánto gasta, cuánto invierte y cómo se conecta con el mundo.

Demanda agregada y oferta agregada

Hasta ahora vimos cómo se mide la producción total de un país con el PBI y cómo se registran esas cifras en las cuentas nacionales. Pero todavía falta entender algo fundamental: ¿qué fuerzas empujan a que una economía crezca o se estanque?

Aquí aparecen dos protagonistas centrales: la demanda agregada y la oferta agregada (Blanchard, 2017; Mankiw, 2020).

La demanda agregada: todo lo que queremos comprar

Si en microeconomía la demanda era el deseo de los consumidores de adquirir un producto, en macroeconomía hablamos de la demanda agregada: la suma de todo lo que los distintos actores de la economía están dispuestos a comprar a distintos niveles de precios.

La fórmula clásica lo resume así:

$$DA = C + I + G + (X - M)$$

- C (Consumo): el gasto de las familias en alimentos, ropa, vivienda, ocio.
- I (Inversión): lo que las empresas gastan en maquinaria, infraestructura, tecnología.

- G (Gasto público): el consumo y la inversión del Estado (escuelas, hospitales, rutas, sueldos de empleados públicos).
- X – M (Exportaciones netas): lo que vendemos al exterior menos lo que importamos.

Un ejemplo concreto: cuando en Argentina el salario real sube y las familias tienen más capacidad de compra, aumenta el consumo y, con él, la demanda agregada.

La oferta agregada: todo lo que podemos producir

Por el otro lado está la oferta agregada, que representa la cantidad total de bienes y servicios que las empresas de un país están dispuestas a producir a diferentes niveles de precios.

En el corto plazo, la oferta puede aumentar si las empresas contratan más empleados o trabajan horas extras. Pero en el largo plazo, la capacidad productiva depende de factores más estructurales: el capital instalado, la tecnología, la educación y capacitación de los trabajadores (Blanchard, 2017; Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

El punto de encuentro: equilibrio macroeconómico

El precio y la cantidad de equilibrio en un mercado individual se obtenían donde se cruzaban oferta y demanda. Lo mismo ocurre aquí, pero a gran escala (Blanchard, 2017; Mankiw, 2020).

- Si la demanda agregada es mayor que la oferta agregada, se genera presión inflacionaria: demasiada gente quiere comprar más de lo que el país puede producir.
- Si la oferta supera la demanda, la economía entra en recesión: fábricas con stock sin vender, caída en la producción y aumento del desempleo.

Por eso los gobiernos intentan estimular la demanda en momentos de crisis (con más gasto público o créditos baratos) y enfriarla en

momentos de sobrecalentamiento (subiendo tasas de interés o reduciendo el déficit).

La demanda y la oferta agregada no son estáticas: se mueven todo el tiempo. Una sequía puede reducir la oferta al golpear al agro; un aumento de salarios puede disparar la demanda; una devaluación puede encarecer las importaciones y cambiar la ecuación externa. Lo importante es entender que el equilibrio entre ambas es frágil, y que de esa interacción dependen fenómenos tan cotidianos como la inflación, el desempleo o el crecimiento.

La demanda agregada refleja lo que todos juntos queremos comprar, y la oferta agregada, lo que todos juntos podemos producir. El equilibrio entre ambas define el rumbo de la economía.

Crecimiento y desarrollo económico

Crecimiento vs. desarrollo: dos conceptos distintos

Muchas veces se usan como sinónimos, pero no lo son.

- Crecimiento económico significa que el país produce más bienes y servicios que antes. Es como ver que la torta se agranda año tras año.
- Desarrollo económico, en cambio, mira qué pasa con quienes se reparten la torta: si mejora la calidad de vida, si la riqueza se distribuye mejor, si la gente accede a educación, salud, vivienda y oportunidades reales.

Un país puede crecer mucho y, aun así, no desarrollarse. Pensemos en aquellos que exportan petróleo o minerales: su PBI sube con las ventas, pero si la riqueza queda concentrada en pocos, el desarrollo social no avanza. En cambio, un país con crecimiento moderado pero con buena distribución, instituciones sólidas y servicios públicos de calidad puede lograr un desarrollo humano alto (Sen, 1999; Stiglitz, 2012; Piketty, 2014).

Indicadores de desarrollo humano

Para medir el desarrollo no basta con mirar el PBI. Por eso surgieron otros indicadores más completos, como el Índice de Desarrollo Humano (IDH), creado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

El IDH combina tres dimensiones:

1. Ingreso per cápita (qué tan grande es la torta).
2. Esperanza de vida (cuánto tiempo viven las personas, reflejando salud y condiciones de vida).
3. Educación (años de escolaridad y acceso al conocimiento).

Un país con alto PBI pero con baja esperanza de vida o con escasa educación tendrá un IDH bajo. En cambio, uno con ingresos medios pero buenos sistemas de salud y educación puede alcanzar un IDH alto. Ejemplo: Noruega suele liderar el ranking mundial de IDH, no solo por su riqueza en petróleo, sino porque invierte fuertemente en educación, salud y bienestar social (PNUD, 2023; Sen, 1999; Stiglitz, 2012).

Factores que impulsan el desarrollo

El desarrollo es como un edificio que se levanta con muchos ladrillos.

Entre los más importantes están:

- Instituciones sólidas: sin corrupción, con reglas claras y seguridad jurídica.
- Inversión en educación y salud: para que la población pueda aprovechar oportunidades.
- Infraestructura: rutas, puertos, energía, telecomunicaciones que permitan producir y comerciar.
- Estabilidad macroeconómica: inflación controlada, cuentas públicas ordenadas, moneda estable.
- Innovación y tecnología: clave en la economía actual, donde el conocimiento es un motor de crecimiento.

- Equidad social: porque un desarrollo que deja afuera a grandes sectores de la población no es sostenible.

Crecimiento sin desarrollo: una advertencia

La historia económica está llena de ejemplos de países que crecieron rápido pero no lograron desarrollarse. Muchos de ellos dependían de un solo recurso (petróleo, minerales, monocultivos), lo que los hacía vulnerables a los precios internacionales.

En América Latina, el dilema es recurrente: épocas de “boom” exportador seguidas de crisis cuando caen los precios. Por eso, el verdadero desafío es transformar los períodos de crecimiento en desarrollo sostenido, con instituciones fuertes y políticas inclusivas.

Inflación

Qué es la inflación

La inflación es como una sombra que se cuela en cada compra diaria. Ocurre cuando los precios de los bienes y servicios suben de manera generalizada y persistente a lo largo del tiempo.

No se trata de que aumente solo un producto en particular (por ejemplo, la carne porque hubo una sequía), sino de que la mayoría de los precios de la economía se mueven hacia arriba. Cuando eso pasa, el dinero pierde valor: con los mismos billetes se compra cada vez menos (Blanchard, 2017; Dornbusch, Fischer & Startz, 2018; Mankiw, 2020).

Tipos de inflación

Los economistas suelen clasificar la inflación según su intensidad o sus causas:

- Inflación moderada: cuando los precios suben lentamente (5% o 10% anual). Es molesta, pero manejable.

- **Inflación galopante:** cuando los precios suben a tasas muy altas, como 50% o 100% anual. Se vuelve difícil planificar contratos o inversiones.
- **Hiperinflación:** cuando los precios se disparan de manera descontrolada (miles o millones por ciento al año). Ejemplo clásico: Alemania en 1923, cuando la gente llevaba billetes en carretillas; o más cerca, Venezuela en los últimos años.

Causas de la inflación

La inflación no tiene una sola causa; puede nacer de distintos frentes:

1. **Inflación de demanda:** aparece cuando la gente quiere comprar más de lo que el país puede producir. La demanda supera a la oferta y los precios suben. Ejemplo: un boom de consumo con crédito barato.
2. **Inflación de costos:** surge cuando suben los costos de producción (salarios, energía, insumos) y las empresas trasladan esas subas a los precios. Ejemplo: un aumento del petróleo que encarece el transporte y se refleja en todos los productos.
3. **Inflación inercial:** se da cuando la inflación pasada se “arrastra” al futuro, porque los contratos, salarios y precios se ajustan esperando que todo siga subiendo. Es muy común en países con historia inflacionaria.
4. **Inflación por emisión monetaria:** si un Estado financia su déficit imprimiendo demasiado dinero, puede generar exceso de liquidez y, con ello, presiones inflacionarias.

Consecuencias de la inflación

La inflación no es solo un fenómeno de precios: afecta la vida social y económica de múltiples formas:

- Erosiona el poder adquisitivo: los salarios pierden valor si no se actualizan al mismo ritmo que los precios.
- Genera incertidumbre: empresas y familias dudan al invertir o ahorrar, porque no saben cuánto valdrá el dinero mañana.
- Distorsiona precios relativos: cuando todo sube a distintas velocidades, es difícil saber qué es caro y qué es barato.
- Aumenta la desigualdad: quienes tienen ahorros en dólares o activos protegidos se defienden mejor que quienes dependen solo del salario.

Cómo se mide la inflación

Los institutos de estadísticas la miden a través de índices:

- IPC (Índice de Precios al Consumidor): registra cómo cambian, mes a mes, los precios de una canasta de bienes y servicios que consumen las familias (alimentos, transporte, alquileres, salud, educación).
- IPP (Índice de Precios al Productor): mide la variación de precios a nivel mayorista, en las etapas previas de la producción.

El IPC es el más conocido porque refleja directamente el costo de vida de las personas. Cuando escuchamos que “la inflación fue del 8% en agosto”, se habla de la variación del IPC.

Finalmente, como concepto la inflación es la pérdida del valor del dinero frente a una suba persistente de precios. Es un fenómeno complejo, con múltiples causas y enormes consecuencias para la economía y para la vida diaria.

Ciclos económicos

La economía se parece más a una montaña rusa que a una autopista recta. A lo largo del tiempo, los países atraviesan fases de crecimiento, momentos de esplendor, crisis profundas y posteriores

recuperaciones. Ese movimiento ondulante es lo que los economistas llaman ciclo económico (Samuelson & Nordhaus, 2010; Blanchard, 2017; Mankiw, 2020).

Fases del ciclo

1. Expansión: La economía comienza a crecer. Aumenta la producción, baja el desempleo, suben los ingresos. Las familias consumen más, las empresas invierten y el optimismo se contagia. Ejemplo: en Argentina, los años posteriores a la salida de la crisis de 2001, cuando la actividad repuntó con fuerza impulsada por exportaciones y consumo interno.
2. Auge: Es el momento en que la economía alcanza su punto máximo. Todo parece ir viento en popa: pleno empleo, fuerte inversión, altos niveles de consumo. Sin embargo, el auge suele esconder tensiones: inflación creciente, endeudamiento excesivo o burbujas especulativas.
3. Recesión: El motor se enfriá. La producción cae, el desempleo sube, las familias consumen menos y las empresas frenan inversiones. A veces la recesión es leve y corta; otras, profunda y prolongada. Ejemplo: la crisis internacional de 2008 golpeó a gran parte del mundo con caídas abruptas en la actividad económica.
4. Recuperación: La economía comienza a salir del pozo. Vuelven las inversiones, baja el desempleo y se recupera el consumo. Si las condiciones son favorables, el ciclo retoma una nueva fase de expansión.

Explicaciones teóricas

Los economistas han intentado explicar por qué se producen estos ciclos:

- Enfoque keynesiano: señala que la economía es inestable por naturaleza, porque el gasto de consumidores e inversores fluctúa según expectativas. Cuando la confianza cae, la demanda se desploma y arrastra a toda la economía.
- Teoría monetaria: enfatiza el rol de la política monetaria y el crédito. Un exceso de dinero y préstamos baratos puede inflar burbujas; cuando se corta el crédito, la burbuja explota y llega la recesión.
- Choques externos: fenómenos inesperados que afectan la economía: una guerra, una pandemia, una sequía prolongada, una crisis financiera global.
- Ciclos reales: sostienen que los cambios en la productividad (por innovaciones tecnológicas o cambios en recursos) generan expansiones y contracciones.

En la práctica, los ciclos suelen ser una mezcla de varios factores. Ninguna economía está exenta de ciclos. Desde la Gran Depresión de 1929 hasta la reciente pandemia del COVID-19, el mundo ha atravesado períodos de auge y crisis. La clave no es evitarlos por completo —algo casi imposible—, sino reducir su impacto y evitar que las crisis se transformen en catástrofes sociales.

Los ciclos económicos son el pulso natural de la economía, con fases de expansión y contracción que se repiten a lo largo del tiempo. Entenderlos ayuda a anticipar riesgos y aprovechar oportunidades.

Desempleo

Si el trabajo es la principal fuente de ingresos de las familias y un pilar de la dignidad personal, el desempleo es una de las situaciones más dolorosas que puede atravesar una sociedad. No se trata solo de una variable económica: es también un problema humano y social (Keynes, 2018; Stiglitz & Rosengard, 2015; Krugman & Wells, 2021).

Tipos de desempleo

1. Desempleo cíclico: Aparece en las recesiones, cuando cae la producción y las empresas despiden personal. Cuando la economía se recupera, este tipo de desempleo tiende a disminuir. Ejemplo: durante la pandemia de COVID-19, millones de empleos se perdieron por el freno abrupto de la actividad.
2. Desempleo estructural: Es más profundo y persistente. Se da cuando los trabajadores no tienen las habilidades que demanda el mercado, o cuando ciertas industrias desaparecen. Ejemplo: el cierre de fábricas textiles por la competencia internacional deja a miles de trabajadores sin empleo, y muchos no logran reinsertarse fácilmente.
3. Desempleo friccional: Es el tiempo que pasa entre que alguien deja un empleo y consigue otro. Puede ser voluntario (buscar un trabajo mejor) o simplemente un período de transición.
4. Subempleo: A veces las personas no están completamente desocupadas, pero trabajan menos horas de las que quisieran o en empleos informales y precarios. Es un problema muy común en países latinoamericanos.

Tasas de medición

Los organismos estadísticos, como el INDEC en Argentina, miden el desempleo a través de encuestas de hogares.

- Tasa de desempleo: porcentaje de personas que buscan trabajo activamente y no lo consiguen.
- Tasa de empleo: porcentaje de personas en edad de trabajar que efectivamente tienen un empleo.
- Tasa de actividad: mide cuántas personas participan en el mercado laboral (ya sea trabajando o buscando trabajo).

Estas tasas permiten tener un panorama del mercado laboral, aunque a veces esconden realidades: un desempleo bajo puede ocultar altos niveles de informalidad o subempleo.

Impacto social y económico

El desempleo no afecta solo a quien pierde el trabajo: golpea a toda la sociedad. Económicamente, reduce el consumo, frena la producción y achica la recaudación de impuestos. Socialmente, genera frustración, pérdida de autoestima y, en casos extremos, tensiones sociales y políticas. En la desigualdad, amplía la brecha entre quienes tienen empleos estables y quienes quedan relegados a la informalidad.

En Argentina, por ejemplo, cada crisis suele reflejarse rápidamente en el mercado laboral: sube el desempleo, aumenta el trabajo informal y las familias reducen su consumo, creando un círculo difícil de romper. El desempleo no es solo una cifra en un informe: es el rostro humano de la crisis económica. Combatirlo requiere políticas que combinen crecimiento, capacitación laboral y protección social.

Déficit público y déficit externo

En macroeconomía, dos desequilibrios suelen aparecer una y otra vez en la historia de los países, y especialmente en la de Argentina: el déficit público y el déficit externo. Ambos funcionan como señales de alarma que muestran que la economía gasta más de lo que genera, ya sea dentro del Estado o en su relación con el mundo (Blanchard, 2017; Dornbusch, Fischer & Startz, 2018; Krugman & Obstfeld, 2018).

Finanzas públicas y presupuesto

El Estado, como cualquier familia, tiene ingresos y gastos.

- Ingresos: provienen principalmente de los impuestos, contribuciones y, en menor medida, de la renta de empresas públicas.

- Gastos: incluyen salarios de empleados públicos, jubilaciones, obra pública, educación, salud, subsidios, defensa y otros programas sociales.

Cuando los gastos superan a los ingresos, aparece el déficit fiscal.

- En algunos casos, puede ser transitorio y hasta justificable, como cuando se aumenta el gasto para enfrentar una crisis o invertir en infraestructura que generará beneficios futuros.
- Pero cuando se vuelve crónico, el Estado se ve obligado a financiarlo con deuda o emisión de dinero, lo que a la larga genera tensiones inflacionarias, endeudamiento excesivo o pérdida de confianza.

Ejemplo: en Argentina, el déficit fiscal recurrente es una de las principales causas de inflación y de la inestabilidad macroeconómica.

Balanza de pagos y déficit externo

Además de sus cuentas internas, un país también se relaciona con el resto del mundo. Es aquí donde entra la balanza de pagos, que registra todas las transacciones internacionales:

- Exportaciones e importaciones de bienes y servicios.
- Ingresos y egresos de capitales (inversiones, préstamos, pagos de deuda).

Cuando un país importa más de lo que exporta o envía más divisas al exterior de las que recibe, aparece el déficit externo. Este déficit implica que la economía necesita financiamiento externo para cubrir la diferencia: préstamos, inversiones extranjeras o uso de reservas. Si el financiamiento se corta, la crisis golpea con fuerza. Ejemplo: en 2018, Argentina sufrió una salida de capitales que dejó al descubierto su déficit externo, obligando a pedir asistencia financiera internacional.

Déficit gemelos: cuando se juntan los dos

Muchas veces, el déficit fiscal y el déficit externo aparecen juntos, como dos caras de una misma moneda. El Estado gasta más de lo que recauda, lo que aumenta el consumo y la demanda de importaciones; como resultado, también se agranda el déficit externo. Este fenómeno se conoce como déficit gemelos y suele ser una de las causas más recurrentes de crisis en economías emergentes (Blanchard, 2017; Dornbusch, Fischer & Startz, 2018; Krugman & Obstfeld, 2018). No se trata de que nunca pueda haber déficit. Igual que una familia puede sacar un crédito para comprar una casa, un país puede endeudarse para financiar proyectos productivos. El problema surge cuando la deuda se usa para gastos corrientes sin generar crecimiento (Mankiw, 2020).

El desafío de las políticas públicas es lograr equilibrio: que las cuentas del Estado sean sostenibles (Stiglitz & Rosengard, 2015).

Que el país comercie con el mundo sin depender excesivamente de la deuda o de capitales especulativos. En resumen: el déficit público muestra los desequilibrios del Estado hacia adentro, y el déficit externo refleja sus desequilibrios hacia afuera. Cuando ambos se combinan, la economía entra en terreno peligroso.

Política macroeconómica

La macroeconomía no es un tren que corre solo: los gobiernos tienen herramientas para influir en su rumbo. Esas herramientas son las políticas macroeconómicas, que buscan mantener el equilibrio entre crecimiento, inflación controlada, empleo y sostenibilidad externa (Blanchard, 2017; Mankiw, 2020; Stiglitz & Rosengard, 2015).

En términos simples, son las “palancas” que mueven los Estados para conducir la economía (Krugman & Wells, 2021).

Política fiscal: impuestos y gasto público

La política fiscal se refiere a las decisiones sobre cuánto recaudar y cuánto gastar.

- Por el lado de los impuestos, el Estado decide cuánto cobra a las familias y empresas. Subir impuestos puede frenar el consumo, pero ayuda a financiar el gasto público. Bajarlos estimula la actividad, aunque reduce los ingresos del fisco.
- Por el lado del gasto público, se incluyen salarios, jubilaciones, subsidios, obra pública, salud, educación. Aumentarlo impulsa la demanda agregada y puede ayudar en tiempos de recesión. Reducirlo sirve para ordenar las cuentas fiscales, pero puede enfriar la economía.

Ejemplo: en la crisis de 2008, muchos países aplicaron políticas fiscales expansivas (más gasto, menos impuestos) para evitar que la recesión fuera aún más profunda.

Política monetaria: dinero, bancos centrales y tasas de interés

La política monetaria está en manos de los bancos centrales (como el BCRA en Argentina o la Reserva Federal en EE.UU.) y se centra en manejar la cantidad de dinero y el costo del crédito.

Sus principales instrumentos son:

- Emisión monetaria: imprimir más dinero puede estimular la economía a corto plazo, pero si se abusa, genera inflación.
- Tasas de interés: subirlas encarece el crédito y enfriá el consumo; bajarlas lo abarata y estimula la actividad.
- Regulación del sistema bancario: normas que afectan cuánto pueden prestar los bancos y en qué condiciones.

En países con estabilidad, la política monetaria es la principal herramienta para mantener la inflación baja. En Argentina, en cambio, el desafío es mayor porque la falta de confianza en la moneda debilita su efectividad.

Coordinación de políticas

Las políticas fiscal y monetaria deberían trabajar como dos músicos tocando la misma partitura. Si no se coordinan, el resultado puede ser caótico.

- Si la política fiscal es expansiva (mucho gasto) y la monetaria también (mucho dinero en circulación), el riesgo es un desborde inflacionario.
- Si ambas son contractivas (ajuste fiscal y tasas altas), la economía puede entrar en recesión profunda.
- El desafío es encontrar el punto justo, equilibrando estímulo y prudencia.

Ejemplo: en la pandemia de COVID-19, muchos países coordinaron ambas políticas para sostener a las familias y empresas en medio de la parálisis económica.

La política macroeconómica busca mantener la estabilidad y el crecimiento, pero no es una ciencia exacta. Requiere equilibrio, buen diagnóstico y, sobre todo, confianza social. Porque los números pueden ajustarse con decretos, pero si la gente y las empresas no creen en la dirección que se toma, ninguna política logra su objetivo.

Economía y sociedad

La economía no es un mundo aparte ni un conjunto de fórmulas aisladas. Está profundamente ligada a la vida social: a cómo producimos, comerciamos, nos integramos al mundo, cómo convivimos con la pobreza y la desigualdad, y qué huella dejamos en el medio ambiente. En este capítulo veremos tres grandes temas que atraviesan nuestra época: la globalización, la pobreza y desigualdad, y el desarrollo sostenible.

Globalización

La globalización es un fenómeno que ha transformado radicalmente el modo en que las sociedades producen, consumen y se relacionan. En pocas palabras, consiste en la interconexión creciente de los países en múltiples dimensiones: económica, cultural, tecnológica, financiera y política (Stiglitz, 2002; Krugman, Obstfeld & Melitz, 2018).

Aunque se suele asociar con el presente, la globalización tiene raíces antiguas: la Ruta de la Seda, el descubrimiento de América, el comercio colonial. Lo que cambia en el siglo XXI es la velocidad y la intensidad: en segundos podemos transferir dinero de Buenos Aires a Tokio, comprar un producto fabricado en China o participar en una videollamada con colegas en tres continentes (Friedman, 2005). La globalización ha permitido a las empresas organizar la producción a escala mundial. Un teléfono móvil puede diseñarse en California, fabricarse en China, ensamblarse en Vietnam y venderse en Argentina. Esto genera eficiencia, pero también dependencias y vulnerabilidades: un conflicto en un país o una pandemia pueden interrumpir cadenas de suministro globales (Stiglitz, 2018).

En el comercio, la globalización amplió los mercados y multiplicó las exportaciones e importaciones. Países que antes eran periféricos hoy son protagonistas: China pasó de ser un país agrícola en los 70 a convertirse en la segunda economía del mundo (Krugman & Wells, 2021).

La globalización también es financiera: capitales que se mueven en segundos de un país a otro, bolsas de valores interconectadas, monedas que influyen en mercados lejanos. Y es tecnológica: internet, inteligencia artificial, energías renovables, biotecnología. Estas innovaciones acercan a las personas, pero también profundizan las brechas entre quienes acceden a ellas y quienes quedan atrás (Castells, 2010).

Pobreza y desigualdad

Medición de la pobreza

La pobreza se mide de distintas maneras. La más básica es el ingreso: un hogar es pobre si no alcanza a cubrir una canasta básica de alimentos y servicios. Pero también existen enfoques más amplios, como el Índice de Pobreza Multidimensional, que considera acceso a salud, educación, vivienda y otros derechos básicos (Sen, 1999; PNUD, 2022).

Pobreza estructural vs. coyuntural

- Pobreza coyuntural: la que surge en momentos de crisis, cuando la economía cae y muchas familias pierden ingresos. Puede revertirse si la economía se recupera.
- Pobreza estructural: más grave, porque está ligada a problemas de largo plazo: falta de educación, empleos precarios, exclusión social. Aun cuando la economía crece, quienes están en pobreza estructural no logran salir sin políticas específicas de inclusión.

En América Latina, gran parte de la pobreza es estructural: se transmite de generación en generación y está asociada a desigualdades históricas.

Políticas de inclusión social

Para enfrentar la pobreza y la desigualdad, los Estados implementan diversas políticas:

- Transferencias monetarias (como la Asignación Universal por Hijo en Argentina o Bolsa Familia en Brasil).
- Acceso universal a salud y educación.
- Políticas de empleo y capacitación laboral.
- Reformas tributarias progresivas, para redistribuir ingresos de manera más equitativa.

La inclusión social no es solo una cuestión de justicia, sino también de eficiencia económica: una sociedad con menos desigualdad aprovecha mejor el talento y la productividad de todos sus ciudadanos.

Desarrollo sostenible

Relación entre economía y medio ambiente

Durante siglos se pensó que crecer económicamente significaba producir más y consumir más, sin importar las consecuencias ambientales. Hoy sabemos que esa ecuación no es sostenible: el cambio climático, la deforestación, la pérdida de biodiversidad y la contaminación muestran que el planeta tiene límites.

La economía y el medio ambiente no son rivales: están íntimamente conectados. Una economía que destruye sus recursos naturales compromete su futuro. Por eso se habla de desarrollo sostenible, entendido como la capacidad de crecer sin hipotecar el bienestar de las próximas generaciones.

En 2015, las Naciones Unidas lanzaron la Agenda 2030, con 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Estos incluyen metas tan diversas como:

- Erradicar la pobreza.
- Reducir la desigualdad.
- Garantizar educación de calidad.
- Promover energías limpias.
- Fomentar el trabajo decente.
- Proteger los ecosistemas terrestres y marinos.

Los ODS marcan una hoja de ruta global para compatibilizar crecimiento económico, inclusión social y sostenibilidad ambiental. El desafío, claro, está en cómo cumplirlos en un mundo de desigualdades y crisis recurrentes.

Conclusiones

La economía no puede entenderse sin la sociedad, y la sociedad no puede desarrollarse sin una economía equilibrada y sostenible (Sen, 1999; Stiglitz, 2012).

La globalización muestra nuestras interdependencias; la pobreza y la desigualdad revelan nuestras deudas internas; el desarrollo sostenible plantea nuestros límites planetarios (Sachs, 2015; PNUD, 2022).

La interacción entre micro y macroeconomía: lo que ocurre en las grandes cuentas nacionales (macroeconomía) repercute en la vida de cada familia (microeconomía). Un déficit, una inflación o una crisis de deuda se traducen en salarios, precios e incertidumbre cotidiana (Krugman & Wells, 2021; Mankiw, 2020).

Retos actuales de la economía mundial. Entre los mayores desafíos se encuentran:

- La gobernanza de la globalización, en un mundo con tensiones geopolíticas.
- La lucha contra la pobreza y la desigualdad, agravadas por crisis como la pandemia.
- El cambio climático y la transición hacia energías limpias.

El futuro pasa por compatibilizar tres objetivos: crecer, incluir y preservar. Crecer para generar riqueza; incluir para repartirla de manera justa; preservar para garantizar que las próximas generaciones también puedan disfrutarla.

CAPITULO 5

EL TRABAJO Y EL SALARIO

CONTENIDO

Introducción

¿Qué es el salario?

Tipos de empleo: una realidad diversa.

Los factores que influyen en tu sueldo.

Desempleo: causas, tipos y efectos.

Brecha salarial y desigualdad.

Nuevas tendencias laborales.

La influencia de China en tu salario.

Fábricas oscuras

Cómo prepararnos para el trabajo del futuro



PODCAST DEL CAPITULO

Introducción

¿Alguna vez te preguntaste por qué ganás lo que ganás? ¿Por qué tu amigo que trabaja menos horas gana más? ¿O por qué dos personas con el mismo cargo, en diferentes países, pueden tener sueldos que no se parecen en nada? Estas preguntas no son solo curiosidades: son la puerta de entrada a una de las discusiones más relevantes (y a veces más injustas) de la economía real.

El trabajo no es solo una forma de generar ingresos. Es también identidad, desarrollo, autonomía. Por eso, entender qué factores influyen en los salarios, cómo funciona el mercado laboral, qué tipos de desempleo existen y por qué la desigualdad no es “natural”, es fundamental para comprender no solo cómo funciona la economía, sino cómo impacta en nuestras vidas todos los días.

¿Qué es el salario?

Desde el punto de vista técnico, el salario es el precio del trabajo. Es lo que un empleador paga a un trabajador a cambio de su tiempo, esfuerzo y conocimientos (Samuelson & Nordhaus, 2010). Pero en la práctica, el salario es mucho más que eso: es lo que determina si llegas a fin de mes, si podés ahorrar, si podés acceder a una vivienda digna o planear vacaciones (Stiglitz, 2015).

No todos los salarios son iguales ni se determinan de la misma manera. El valor de tu tiempo varía según múltiples factores: tu formación, tu experiencia, el rubro en el que trabajás, el lugar donde vivís, el tamaño de la empresa, el ciclo económico, las leyes laborales vigentes y la negociación colectiva, entre otros (OIT, 2021; Marshall, 2019).

Los factores que influyen en tu sueldo.

1. Oferta y demanda de trabajo.

Como en todo mercado, cuando hay mucha oferta (trabajadores) y poca demanda (puestos disponibles), el precio baja. Es decir, los

salarios se reducen. En cambio, si hay pocos trabajadores con ciertas habilidades y muchas empresas que los necesitan, los salarios tienden a subir.

Esto explica, por ejemplo, por qué un programador con conocimientos específicos puede ganar más que un docente con 20 años de experiencia. No es una cuestión de justicia o mérito, sino de cuán escaso es ese perfil y cuánto lo necesita el mercado.

Profesiones mejor pagas (2025) en argentina: Extracción petróleo y gas \$ 6.652.227; minería metalífera \$ 6.6460.062; servicio petróleo y gas \$ 4.942.519.

Profesiones peor pagas (2025) en argentina: Hoteleria y restaurantes \$716.884; agencia de empleo eventuales \$ 798.575.

2. Formación y productividad.

La educación influye, pero no garantiza buenos salarios. De hecho, hay muchas personas con títulos universitarios trabajando por el salario mínimo. Lo que las empresas valoran es la productividad marginal: cuánto valor adicional generás por cada hora de trabajo.

Si tu trabajo genera ingresos altos (como un desarrollador de software que crea una app rentable), es probable que te paguen más. Si tu tarea es más fácilmente reemplazable, el salario será más bajo, incluso si es esencial (como en el caso de una trabajadora de limpieza).

- Empleos de mayor productividad marginal: especialistas en inteligencia artificial, científicos de datos, desarrolladores de software senior, ingenieros en automatización industrial, robótica, consultores financieros, cirujanos especializados (alta complejidad).
- Empleos de menor productividad marginal: reposidores de supermercados, mozos y camareros, personal de limpieza, operarios no calificados, auxiliares administrativos sin formación técnica específica, vendedores en comercio

minorista tradicional, cuidadores domiciliarios (no profesionales), personal de vigilancia sin equipamiento tecnológico.

3. Poder de negociación.

No se trata solo de cuánto valés, sino de cuánto podés negociar. Un trabajador en solitario difícilmente pueda pelear por un aumento. Pero si forma parte de un sindicato fuerte, con representación y respaldo legal, las posibilidades cambian. La negociación colectiva es uno de los mecanismos más importantes para mejorar los salarios.

- Sindicamos más fuertes: CGT. Sindicato de Camioneros (Moyano), Unión Obrera de la Construcción (UOCRA), Unión Ferroviaria La Fraternidad
- Sindicatos más débiles: Sindicatos rurales locales o no afiliados a UATRE, Sindicatos municipales de localidades pequeñas, Gremios emergentes de la economía digital o plataformas.

4. El lugar donde vivís.

No es lo mismo vivir en Buenos Aires que en Catamarca. Ni en París que en Dakar. El costo de vida, el tipo de economía local y la infraestructura disponible influyen enormemente en los salarios.

Incluso dentro de un mismo país, las diferencias pueden ser enormes. Por ejemplo, en Argentina un mismo cargo puede pagarse el doble en Capital Federal que en el interior, simplemente por la diferencia de precios y concentración económica.

- Provincias con sueldos netos más altos (marzo 2025): Neuquén \$ 2.493.217, Santa Cruz \$ 2.4.406.823, Ciudad de Buenos Aires \$ 1.705.936.
- Provincia con sueldos netos mas bajos (marzo 2025). Santiago del Estero \$ 858.283, La Rioja \$ 1.000.000, Misiones \$903.951.

- Países con salario mensuales más altos: Suiza U\$S 8218 (bruto), Luxemburgo US\$ 6.740 (bruto); Estados Unidos U\$S 6.562 (neto, después de impuestos).
- Países con salarios mensuales de más bajos: Etiopía: US\$ 61,14, República del Congo: US\$ 97,62, Surinam: US\$ 162,33.

Argentina posee un salario medio de aproximadamente U\$S 500.

5. El ciclo económico

En tiempos de crecimiento, las empresas venden más y están más dispuestas a contratar y pagar buenos sueldos. En cambio, en épocas de recesión, se ajustan los cinturones: congelan salarios, reducen jornadas o directamente despiden (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

Tipos de empleo: una realidad diversa.

1. Trabajo formal vs informal.

El trabajo formal es aquel que está registrado, incluye aportes a la seguridad social, cobertura médica y derechos laborales. El trabajo informal, en cambio, carece de todas estas protecciones. En América Latina, una porción significativa de la población trabaja de manera informal. Esto tiene consecuencias graves: la informalidad impide el acceso a jubilación, limita el poder de negociación y genera ingresos más bajos y más inestables (Stiglitz & Rosengard, 2015).

En 2024, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) informó que el empleo informal en América Latina y el Caribe se mantuvo elevado, representando el 47,6 % del total del empleo. Esto refleja que casi la mitad de los trabajadores desarrollan sus actividades en condiciones de precariedad laboral, sin contratos estables o protección social (Organización Internacional del Trabajo [OIT], 2024). En Argentina, el promedio histórico de empleo informal ronda el 50 % (CEPAL, 2023).

El trabajo formal es aquel que está registrado, incluye aportes a la seguridad social, cobertura médica y derechos laborales. El trabajo informal, en cambio, carece de todas estas protecciones. En América Latina, una porción significativa de la población trabaja de manera informal. Esto tiene consecuencias graves: la informalidad impide el acceso a jubilación, limita el poder de negociación y genera ingresos más bajos y más inestables (Stiglitz & Rosengard, 2015). En 2024, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) informó que el empleo informal en América Latina y el Caribe se mantuvo elevado, representando el 47,6 % del total del empleo. Esto refleja que casi la mitad de los trabajadores desarrollan sus actividades en condiciones de precariedad laboral, sin contratos estables o protección social (Organización Internacional del Trabajo [OIT], 2024). En Argentina, el promedio histórico de empleo informal ronda el 50 % (Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], 2023).

2. Autónomos, freelancers y emprendedores

El trabajo independiente ha crecido con la economía digital. Muchos jóvenes hoy trabajan como freelancers, ofreciendo servicios desde sus casas. Otros eligen emprender.

Aunque esto puede ofrecer libertad y flexibilidad, también implica mayor incertidumbre, falta de seguridad y, en muchos casos, ingresos irregulares. Además, la responsabilidad del bienestar recae completamente en la persona. Las plataformas digitales Uber, Rappi, Glovo, Airbnb han transformado el trabajo, pero detrás del discurso de libertad y “ser tu propio jefe”, muchas veces se esconden condiciones laborales precarias: sin aportes, sin vacaciones, sin indemnización, sin estabilidad. Las plataformas digitalizan el trabajo... pero también lo fragmentan.

Se pueden distinguir tres modalidades: Empleo en relación de dependencia, autónomos y monotributistas.

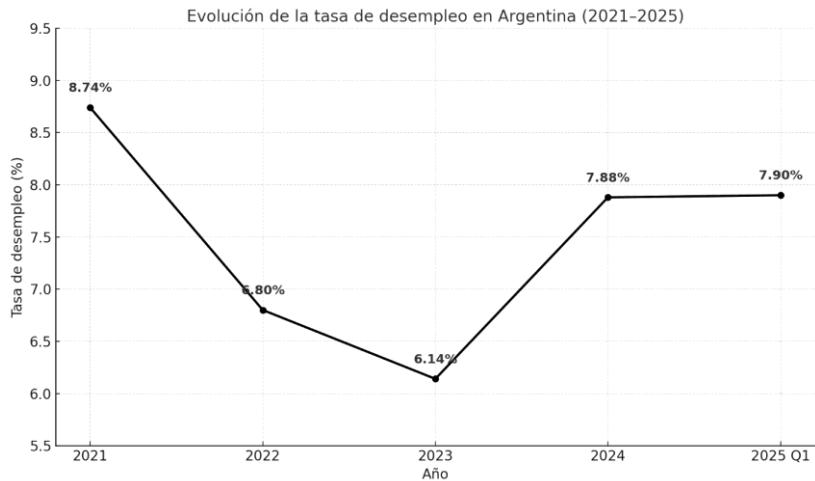
- Empleos en relación de dependencia: En el año 2024 fueron 10.226.538 trabajadores, representan asalariados en el sector privado, público y casas particulares.
- Autónomos: 400.000 trabajadores, son profesionales que hacen sus aportes al régimen autónomo.
- Monotributistas: 2.112.759 personas. Trabajo independiente encuadrado bajo este régimen.

Total: 12.738.997 personas. En relación de dependencia el 80%, como autónomos 3 % y como monotributistas el 17%.

Desempleo: causas, tipos y efectos.

El desempleo no es solo un número que aparece en los informes del INDEC. Es un drama humano y social. Y como ya mencionamos, no todos los tipos de desempleo son iguales (Blanchard & Johnson, 2017; Mankiw, 2020):

1. Friccional: El más sano del ecosistema laboral. Ocurre cuando una persona deja un trabajo para buscar otro mejor. Es parte del dinamismo del mercado.
2. Estructural: Se da cuando hay un desajuste entre la oferta de trabajo y la demanda. Por ejemplo, si desaparecen ciertos oficios (como los videoclubes) y las personas que se formaron para eso no encuentran reemplazo.
3. Cílico: Aumenta en momentos de crisis económicas, cuando cae la actividad. Es el desempleo más preocupante, porque puede volverse masivo y prolongado.
4. Estacional: Afecata a sectores como el turismo o la agricultura, donde el trabajo solo existe en ciertas épocas del año (Krugman & Wells, 2021).



Fuente: (Instituto Nacional de Estadística y Censos [INDEC], 2021–2025).

Brecha salarial y desigualdad.

1. Desigualdad de género.

Las mujeres ganan menos que los hombres, incluso haciendo el mismo trabajo. Esto se llama brecha salarial de género. Las causas son múltiples: discriminación directa, menor acceso a puestos jerárquicos, interrupciones por maternidad y trabajo doméstico no remunerado (Stiglitz & Rosengard, 2015).

Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), a nivel mundial las mujeres ganan en promedio un 20 % menos que los hombres (Organización Internacional del Trabajo [OIT], 2023). Según el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), en Argentina, en el primer trimestre de 2024, las mujeres ganaban en promedio 27,4 % menos que los varones en su ocupación principal (Instituto Nacional de Estadística y Censos [INDEC], 2024).

2. Discriminación y barreras invisibles.

Además del género, también influyen la clase social, el color de piel, la nacionalidad o la discapacidad. Personas con los mismos estudios y capacidades pueden cobrar distinto solo por factores ajenos a su desempeño.

3. Desigualdad entre países.

Un ingeniero en Suiza puede ganar 10 veces más que uno en Bolivia, aun teniendo similares habilidades. La ubicación geográfica condiciona fuertemente las posibilidades económicas de las personas.

Nuevas tendencias laborales.

1. La jornada laboral de 4 días.

Algunos países y empresas están experimentando con la semana laboral de 4 días. ¿La idea? Trabajar menos horas, pero con la misma productividad. Los primeros resultados son alentadores: mejora la salud mental, baja el ausentismo y no se reduce el rendimiento.

2. Renta básica universal.

Ante el avance de la automatización, algunos economistas proponen una renta básica universal: un ingreso garantizado para todas las personas, trabajen o no. La idea genera debates intensos: ¿fomentaría la vagancia o permitiría una vida más libre?

3. Teletrabajo y trabajo híbrido.

La pandemia aceleró el trabajo remoto. Muchas empresas adoptaron modelos híbridos, combinando presencialidad y home office. Esto puede mejorar la calidad de vida, pero también implica nuevos desafíos: hiperconexión, aislamiento, autoexplotación.

La influencia de China en tu salario.

Desde que China se consolidó como una potencia exportadora global, sus productos comenzaron a inundar los mercados del mundo. Argentina no fue la excepción. Desde fines de los años 90, las importaciones desde China han crecido de forma exponencial, generando efectos directos e indirectos sobre la economía y, especialmente, sobre el mercado laboral.

El término “China Shock” fue acuñado por los economistas, Dorn y Hanson para describir el fuerte impacto que tuvo el ingreso masivo de productos chinos en el mercado laboral de países como Estados Unidos. Este fenómeno también llegó a Argentina, aunque con características particulares.

La relación comercial Argentina–China.

En los años 90, China representaba apenas el 0,3 % de las importaciones argentinas. Hoy, China es el segundo proveedor de bienes del país (después de Brasil), con productos que van desde electrónica hasta maquinaria y textiles. La mayor parte de lo importado es manufactura de bajo y medio contenido tecnológico. Los estudios más recientes indican que el impacto del crecimiento de las importaciones chinas tuvo efectos mixtos sobre el mercado laboral:

Efecto positivo: creación de empleo en algunos sectores.

Por cada 1 punto porcentual de aumento en la exposición a importaciones chinas, el empleo manufacturero aumentó un 0,5 %. Esto se debió a que muchos sectores adoptaron insumos más baratos provenientes de China, lo que redujo costos de producción y permitió mantener puestos de trabajo.

Efecto negativo: caída de salarios, especialmente en sectores expuestos.

A pesar de la creación de algunos empleos, se observó una clara caída en los salarios: $-0,3\%$ de salario promedio por cada 1 pp de exposición a productos chinos. En sectores más expuestos (como textil o calzado), la caída llegó al $-0,9\%$. Esto se explica porque muchas empresas, ante la presión de competir con precios bajos, ajustaron sus costos laborales.

Qué sectores fueron más afectados

Los sectores más sensibles al “shock chino” fueron aquellos que producen bienes de bajo valor agregado, los que tienen menos automatización, los que compiten directamente con productos chinos como: Textil y confección, calzado, juguetería, electrónica de consumo. En estos sectores se combinaron dos efectos negativos: pérdida de competitividad y reducción de salarios reales.

¿Qué regiones sintieron más el impacto?

Las provincias más afectadas fueron aquellas con mayor peso de la industria ligera: Buenos Aires (conurbano): fuerte presencia de pymes industriales tradicionales. Tucumán, Córdoba y Santa Fe: aunque con industrias más diversificadas, también registraron efectos por la presión de precios externos.

Fábricas oscuras: cuando las luces se apagan y los humanos desaparecen

Imagina por un momento una fábrica en completo silencio. No hay gritos de supervisores, ni el zumbido de ventiladores, ni siquiera luces encendidas. Solo máquinas que se mueven como si fueran parte de una coreografía perfecta, sin pausa, sin error, sin descanso. No hay personas. No hay relojes marcando la entrada ni la salida. La

producción no para porque no necesita dormir. Esta no es una escena de ciencia ficción. Es una realidad que ya está ocurriendo en China. Se llama “fábrica oscura” y, como su nombre sugiere, funciona literalmente en la oscuridad... y sin humanos (World Economic Forum, 2023).

Sí, sin humanos. Bienvenidos al futuro de la producción industrial.

¿Qué es una fábrica oscura?

En su definición más simple, una fábrica oscura es una planta de producción automatizada que no necesita luz porque no necesita personas. Las máquinas no requieren ver, ni se cansan, ni piden días libres. Así que, ¿para qué encender las luces? (McKinsey & Company, 2022).

Este tipo de fábricas utilizan robots industriales que ensamblan piezas, trasladan productos, embalan, controlan calidad y organizan el inventario. Todo esto se realiza mediante inteligencia artificial, sensores, algoritmos y sistemas conectados entre sí que se corrigen y ajustan en tiempo real (Accenture, 2023).

Una vez que la fábrica se pone en marcha, puede operar las 24 horas del día, los 7 días de la semana, sin parar. Y no lo hace con cientos de operarios en el piso de producción, sino con un puñado de técnicos que monitorean los procesos desde una sala de control... o incluso desde otro lugar del país (Boston Consulting Group, 2022).

El caso chino: fábricas que trabajan solas.

En la ciudad de Dongguan, al sur de China, una empresa llamada Changying Precision Technology decidió dar el salto hacia este nuevo modelo. Antes, su planta necesitaba 650 personas para operar. Hoy, apenas 60 técnicos hacen el trabajo de mantenimiento y supervisión remota, mientras cientos de brazos robóticos hacen el trabajo sucio, pesado y repetitivo.

Los resultados fueron sorprendentes: la productividad aumentó un 250% y los errores bajaron un 80%. ¿Cómo no tentarse? Y lo más impactante: las luces están apagadas. Literalmente. Porque los robots no necesitan ver.

No es la única. Otras fábricas chinas en sectores como la electrónica, el ensamblaje de piezas, los textiles y hasta la construcción de partes de autos, están siguiendo el mismo camino. El gobierno chino, siempre atento a la eficiencia y a la competitividad, lo impulsa con subsidios, beneficios fiscales y desarrollo de tecnología nacional.

¿Por qué lo hacen?

Hay varias razones, pero podríamos resumirlas en tres: 1. Ahorro de costos; 2. Eficiencia extrema; 3. Producción continua.

Además, China ya no es un país de mano de obra barata como en los años 80 o 90. En muchas regiones, los salarios subieron y hay escasez de jóvenes dispuestos a trabajar en fábricas. Así que la automatización parece ser la respuesta ideal.

¿Y los trabajadores?

Esa es la parte incómoda del asunto. Porque mientras los robots se perfeccionan, los humanos se enfrentan a un nuevo tipo de desempleo: el que no viene por crisis, sino por irrelevancia. Los trabajos más afectados son los repetitivos, físicos y de baja calificación. Lo que antes era una oportunidad de empleo para miles de personas, hoy es reemplazado por una línea de producción robótica que no cobra sueldo ni almuerza.

Y esto no se queda en China. Los productos fabricados en estas fábricas oscuras llegan a todo el mundo a precios cada vez más bajos, y con ello, compiten de forma desleal con la industria de países como Argentina, donde producir aún requiere personas, energía, tiempos humanos y costos laborales reales.

¿Estamos ante el fin del trabajo humano?

No necesariamente. La historia demuestra que cada revolución tecnológica destruye trabajos... pero también crea otros nuevos. La clave está en cómo se preparan los países para ese cambio.

Ya no alcanza con saber apretar botones o armar partes. Ahora se necesitan técnicos en robótica, programadores, especialistas en mantenimiento digital, diseñadores de procesos automáticos. En otras palabras: se necesitan cerebros más que brazos.

Pero si no hay una estrategia de reconversión laboral y educativa, lo que viene es desigualdad: una élite que maneja la tecnología... y una mayoría que queda al margen.

Una pregunta incómoda

Tal vez te preguntes: ¿Y esto qué tiene que ver conmigo? Mucho más de lo que parece.

La remera que compras en una tienda, la licuadora que tenés en tu cocina, el celular que usás todos los días... tal vez fueron fabricados en una de estas fábricas sin luces ni personas. La pregunta no es si este modelo llegará a nuestro país, sino cuándo y cómo nos vamos a preparar para enfrentarlo o aprovecharlo. Porque si no lo hacemos, terminaremos compitiendo contra robots.

Como será el trabajo y el salario en el futuro.

Hablar del futuro del trabajo y del salario ya no es una cuestión de ciencia ficción. Es una necesidad. Las transformaciones que vivimos en las últimas décadas —desde la globalización hasta la revolución digital— están cambiando no solo la manera en que trabajamos, sino también lo que entendemos por “trabajo” y por “salario”. ¿Vamos hacia un mundo sin empleos estables? ¿Qué pasará con los sueldos cuando las máquinas hagan lo que hacían los humanos? ¿Será posible vivir bien trabajando menos? Son las preguntas que empiezan a tomar

protagonismo en gobiernos, empresas y universidades (Autor, Mindell & Reynolds, 2022; World Economic Forum, 2023).

El trabajo como lo conocimos está desapareciendo. En su lugar, emergen nuevas formas de empleo más flexibles, digitales y volátiles. El teletrabajo, por ejemplo, dejó de ser una excepción para convertirse en norma en millones de casos. Pero junto con él aparecen modelos como el freelance, el trabajo por proyectos o incluso la *gig economy*, donde las personas venden su tiempo y habilidades por tareas puntuales, muchas veces sin derechos laborales ni estabilidad (Friedman, 2014; OIT, 2023).

Esto plantea desafíos profundos. Por un lado, la libertad de trabajar desde cualquier lugar puede parecer ideal, pero por otro, se diluye la protección social. Sin un contrato estable, ¿quién paga tu jubilación? ¿Quién te cubre si te enfermás? ¿Qué pasa si dejás de conseguir encargos? La precarización puede esconderse detrás del disfraz de la flexibilidad (Standing, 2011; Stiglitz & Rosengard, 2015).

A esto se suma la automatización. No se trata solo de robots que reemplazan operarios. También algoritmos que hacen diagnósticos médicos, escriben noticias o analizan datos financieros. La inteligencia artificial (IA) ya está presente en industrias creativas, en tareas de gestión, en la educación e incluso en el arte. Y si bien crea nuevas oportunidades, también desplaza tareas humanas, especialmente las más repetitivas (Brynjolfsson & McAfee, 2014; McKinsey & Company, 2022).

Pero no todo es pesimismo. Muchos especialistas coinciden en que surgirán nuevas profesiones, muchas de ellas aún impensadas. Así como hace 20 años nadie hablaba de *community manager* o *data scientist*, en las próximas décadas veremos trabajos vinculados al diseño de sistemas éticos de IA, ingeniería del clima, acompañamiento emocional digital, curadores de contenido automatizado y muchas más (Autor et al., 2022).

La clave estará en la educación y en la capacidad de adaptación. El futuro no pertenecerá solo a quienes tengan títulos universitarios, sino a quienes puedan aprender, desaprender y volver a aprender con rapidez. Las habilidades blandas —como la empatía, la creatividad, el pensamiento crítico y la comunicación— serán tan valiosas como el dominio técnico. Y la capacidad de trabajar en equipo, resolver problemas y adaptarse al cambio, será esencial (OECD, 2021; World Economic Forum, 2020).

Ahora bien, ¿y el salario? Ese es otro punto crítico. Si el empleo tradicional se reduce y muchas tareas son reemplazadas por tecnología, es probable que los ingresos también se vuelvan más inestables. Algunas propuestas plantean la idea de un salario básico universal: una suma que cada persona reciba del Estado, simplemente por existir, garantizando un piso de dignidad. Suena utópico, pero ya hay países que lo están probando en forma piloto, como Finlandia o España (OECD, 2022; Standing, 2017).

Otros modelos apuestan a dividir mejor el tiempo de trabajo. Si la productividad aumenta gracias a las máquinas, entonces no deberíamos trabajar más, sino menos. Se habla de jornadas laborales de 30 o incluso 20 horas semanales. El objetivo sería distribuir mejor el empleo y permitir una vida más equilibrada (OECD, 2021; Krugman & Wells, 2021).

También podría cambiar la forma de remunerar. En lugar de sueldos fijos, podríamos ver más ingresos variables, por objetivos, por impacto o por contribución real al valor generado. Incluso hay quienes imaginan sistemas de reputación donde tu historial de proyectos y valoraciones defina cuánto podés cobrar. Una especie de “currículum descentralizado” que te siga a donde vayas (Brynjolfsson & McAfee, 2014; McKinsey & Company, 2022).

Frente a todo esto, ¿qué pueden hacer los países en desarrollo? Para estos países, el desafío es doble. Por un lado, evitar quedar atrapados

en trabajos de baja calidad o en la economía informal. Por otro, prepararse para competir en un mundo que ya no se divide entre industria y servicios, sino entre quienes dominan el conocimiento y quienes no. Eso requiere políticas activas: educación técnica de calidad, acceso a internet, formación continua, protección para trabajadores autónomos, incentivos a industrias creativas y tecnológicas. No basta con esperar que el mercado se acomode solo. El Estado, las empresas y la sociedad civil deben actuar juntos (OIT, 2023; CEPAL, 2023).

Y también es una cuestión cultural. Aceptar que trabajar muchas horas no siempre significa producir más. Que no tener jefe no significa no ser profesional. Que ganar dinero con ideas también es trabajo. Y que descansar, cuidar a otros o crear arte también tiene valor económico, aunque no siempre se traduzca en salario (Stiglitz & Rosengard, 2015). El futuro del trabajo está abierto. No hay un único camino, ni está escrito de antemano. Dependerá de las decisiones que tomemos hoy. De cómo eduquemos, de cómo regulamos, de cómo premiamos la innovación sin olvidar la inclusión. El trabajo y el salario del futuro no serán como los de antes. Pero eso no es necesariamente malo. Puede ser una oportunidad para repensar el valor del tiempo, el sentido del esfuerzo y la manera en que queremos vivir. Porque al final del día, el trabajo no debería ser solo una forma de sobrevivir, sino una manera de construir una vida con propósito y dignidad (Sen, 1999; OECD, 2022).

Cómo prepararnos para el trabajo del futuro

Mientras el mundo avanza hacia fábricas sin personas, robots que atienden al cliente, inteligencia artificial que escribe informes y economías donde el conocimiento vale más que el petróleo, Argentina aún arrastra problemas del pasado: alta informalidad, sistemas

educativos desactualizados, baja inversión en tecnología y una matriz productiva que depende en gran parte de recursos naturales.

Entonces la pregunta se impone: ¿cómo podemos prepararnos para el futuro del trabajo sin quedar afuera?

1. Revolucionar la educación (de verdad)

No alcanza con conectar escuelas a internet o repartir notebooks. Hay que enseñar a aprender. Formar habilidades digitales desde la primaria, pero también pensamiento crítico, creatividad, trabajo en equipo, resolución de problemas reales. La educación técnica debe dejar de ser una opción de segunda y transformarse en un eje estratégico. Y no solo en las ciudades grandes: la revolución educativa tiene que llegar a cada rincón del país.

El futuro no se va a construir con títulos decorativos, sino con personas que sepan adaptarse rápido a lo nuevo.

2. Conectar empleo con tecnología

Argentina necesita políticas activas que unan dos mundos que hoy están desconectados: jóvenes que buscan trabajo y empresas que buscan talento digital y técnico. Se requieren programas de formación cortos, intensivos y adaptados al cambio permanente. No todos tienen que ser programadores, pero sí tener alguna competencia digital.

Además, la economía del conocimiento (software, biotecnología, robótica, videojuegos, servicios profesionales globales) debe ser prioridad nacional, con apoyo concreto en lugar de trabas.

3. Modernizar la protección social

En un mundo con más freelancers, monotributistas, emprendedores y trabajadores “on demand”, el sistema de seguridad social argentino (pensado para empleados en relación de dependencia) quedó viejo. Hay que diseñar un esquema que proteja también a quienes trabajan

por proyecto o de forma autónoma, sin castigar el crecimiento ni fomentar la evasión.

Un sistema tributario más simple, progresivo y compatible con nuevas formas laborales es indispensable.

4. Revalorizar el trabajo no tradicional

Hay tareas que no siempre son vistas como “productivas” pero que sostienen la vida y el tejido social: cuidar, enseñar, acompañar, crear, sanar. Si de verdad queremos construir una sociedad más justa, debemos darles valor económico, institucional y cultural.

El futuro del trabajo no es solo robótico: también es profundamente humano.

5. Innovar en políticas públicas

No hay recetas mágicas. Pero sí hay principios: anticipación, agilidad, inclusión y evidencia. Argentina necesita un Estado que entienda el nuevo mundo laboral y lo enfrente con creatividad: pruebas piloto de salario básico, apoyo a cooperativas digitales, formación dual con empresas, incentivos a la transición ecológica y tecnológica, entre otros.

Preparar el futuro empieza hoy. La peor estrategia es mirar para otro lado. Si no empezamos a preparar el futuro hoy, vamos a seguir corriendo desde atrás. Pero si hacemos bien las cosas —educamos, innovamos, cuidamos, conectamos y distribuimos con inteligencia—, Argentina tiene todo para construir un modelo laboral más humano, más justo y más sostenible.

Porque el futuro del trabajo no es un destino. Es una construcción colectiva.

CAPITULO 6

EL SECTOR EXTERNO

CONTENIDO

Introducción

Exportaciones: que ofrecemos

Importaciones: dependencia.

La balanza comercial

La cuenta corriente

La cuenta capital y financiera

El tipo de cambio

Perspectivas de integración



PODCAST DEL CAPITULO

Introducción: la economía abierta y sus desafíos

Cuando pensamos en la economía de un país, solemos imaginar fábricas, comercios, bancos o trabajadores dentro de sus fronteras. Sin embargo, en el siglo XXI ningún país vive aislado: todos, de una u otra forma, están conectados con el resto del mundo. Esa conexión se llama sector externo, y es la parte de la economía que nos muestra cómo interactuamos con otros países a través del comercio, las inversiones, los préstamos o incluso el turismo (Krugman & Obstfeld, 2018; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Imaginemos que la economía de un país es como la vida de una familia. Una familia produce, consume, ahorra, pide prestado y viaja. Del mismo modo, un país fabrica productos que puede usar internamente o vender afuera, compra lo que no tiene, recibe inversiones del exterior y también envía capital al mundo. El sector externo es, en definitiva, el puente que nos conecta con la economía global (Mankiw, 2020; Dornbusch, Fischer & Startz, 2014).

Lo interesante es que este puente no es neutro: puede traer beneficios —como exportaciones que generan empleo o inversiones que modernizan industrias—, pero también riesgos —como crisis de deuda o dependencia de bienes importados—. Y lo más importante: lo que ocurre en ese puente afecta directamente a nuestra vida cotidiana. Desde el precio del dólar hasta el costo del pan o del celular, todo está, de alguna manera, vinculado al sector externo (Frenkel & Rapetti, 2012; Krugman & Obstfeld, 2018).

Exportaciones: lo que le ofrecemos al mundo

Las exportaciones son como la carta de presentación de un país ante el mundo. ¿Qué producimos que los demás necesitan o valoran? En el caso de América Latina, la respuesta ha sido bastante clara a lo largo de la historia: materias primas y alimentos.

Argentina exporta soja, carne, trigo y litio; Brasil, hierro, petróleo y café; Chile, cobre y frutas; Perú, minerales. Es decir, gran parte de la región se ha especializado en ofrecer recursos naturales. Esto tiene ventajas y desventajas.

- **Ventaja:** son productos muy demandados, sobre todo en países como China, India o la Unión Europea, que necesitan alimentar a millones de personas y sostener industrias gigantes.
- **Desventaja:** al depender de estos bienes, nuestras economías están atadas al vaivén de los precios internacionales. Si sube el precio de la soja, todos festejan; si baja, el ingreso de divisas se desploma.

Pero no todo son materias primas. Cada vez más países de la región han intentado diversificar sus exportaciones. México se ha convertido en un hub de manufacturas para Estados Unidos; Argentina exporta servicios basados en el conocimiento (software, diseño, consultoría); Uruguay ha encontrado en la carne de alta calidad y en los servicios financieros un nicho internacional.

Exportar no es solo “vender afuera”. También implica competir en calidad y precio. Y eso, a su vez, empuja a modernizar procesos productivos. Por eso, cuando un país logra exportar más y mejor, suele mejorar su nivel de desarrollo.

Según el INDEC, las exportaciones de bienes en 2024 sumaron aproximadamente USD 79.700 millones, casi récord histórico.¹² Según el IIEA, el total exportado (bienes + servicios) fue USD 96.800 millones, siendo uno de los montos más altos registrados.³

¹ https://cancilleria.gob.ar/es/cei/actualidad/comercio-de-servicios-de-la-argentina-en-2023?utm_source=chatgpt.com

² https://cancilleria.gob.ar/es/cei/actualidad/comercio-de-servicios-de-la-argentina-en-2024?utm_source=chatgpt.com

³ iiep.economicas.uba.ar

En los últimos años, Argentina no solo exportó granos, carne y petróleo, sino también ideas, servicios y conocimiento.

Por el lado de los servicios, 2023 fue un año récord con más de 16.500 millones de dólares vendidos al mundo, y en 2024 se superó esa marca con 17.100 millones. ¿Qué se vende? Principalmente servicios empresariales (consultorías, outsourcing), turismo receptivo, y cada vez más informática y telecomunicaciones, lo que muestra que el talento argentino también “se exporta” en forma digital.

En cuanto a los bienes, la foto es la de siempre, pero con matices. En 2023 la sequía pegó fuerte y se exportaron unos 66.700 millones de dólares. En 2024, con mejor cosecha y precios todavía firmes, el número trepó a casi 80.000 millones. Dentro de esa canasta, las manufacturas agroindustriales lideran, seguidas por granos primarios, productos industriales y un rubro en ascenso: energía, gracias a Vaca Muerta.

En conjunto, bienes y servicios sumaron en 2024 casi 97.000 millones de dólares. La clave es que, aunque el campo sigue siendo el motor, los servicios basados en conocimiento empiezan a empujar fuerte, abriendo una nueva cara para la inserción argentina en el mundo.

Importaciones: dependencia.

Así como las familias no producen todo lo que consumen —¿quién fabrica su propio celular o su propio auto?—, los países tampoco. Las importaciones son los bienes y servicios que compramos en el extranjero porque no los producimos, o porque afuera son más baratos o mejores.

Existen distintos tipos de importaciones:

- Bienes de consumo: ropa, electrodomésticos, autos, alimentos que no producimos.

- Insumos: piezas y componentes que necesitan las industrias locales. Por ejemplo, autopartes para las fábricas de automóviles.
- Bienes de capital y tecnología: maquinaria, computadoras, robots industriales, medicamentos avanzados.

Lejos de ser algo negativo, las importaciones son necesarias. Pensemos en un país que quiere fabricar autos: aunque tenga fábricas locales, probablemente dependa de piezas electrónicas que se hacen en Asia. O en un hospital argentino que necesita un resonador magnético: ese equipo seguramente venga de Alemania o Estados Unidos.

El problema surge cuando las importaciones crecen mucho más rápido que las exportaciones. En ese caso, el país “gasta” más divisas de las que “gana”, y entonces aparecen los famosos déficits comerciales.

La balanza comercial: el gran “balance de caja” del país

Si llevamos el ejemplo familiar al plano nacional, la balanza comercial es como el resumen de la tarjeta de crédito: muestra cuánto vendimos (exportaciones) y cuánto compramos (importaciones).

- Si vendemos más de lo que compramos → superávit comercial.
- Si compramos más de lo que vendemos → déficit comercial.

Un superávit genera alivio: el país acumula dólares, puede pagar deudas, importar insumos y mantener estable el tipo de cambio. Un déficit, en cambio, obliga a buscar financiamiento externo o usar reservas del Banco Central.

Argentina conoce bien esta dinámica pendular. En los años de precios altos de la soja, la balanza comercial mostró superávits que parecían

inagotables. Pero cuando bajaron los precios o crecieron mucho las importaciones de energía, los números se dieron vuelta rápidamente. La balanza comercial es, en definitiva, un termómetro de la salud del sector externo. Pero no es el único indicador.

La cuenta corriente: el espejo de un país frente al mundo

Imaginá por un momento que Argentina fuera una persona. Como cualquiera de nosotros, trabaja, cobra un sueldo, gasta en el supermercado, paga el alquiler y, si puede, ahorra para darse algún gusto o hacer un viaje. Todos los meses, esa persona hace un pequeño balance: ¿gané más de lo que gasté o tuve que usar la tarjeta y pedir prestado?

Ese mismo ejercicio, pero a escala gigante, lo hacen los países. Y ahí entra en juego un concepto que suena frío y técnico, pero que en realidad late detrás de cada dólar que entra o sale de nuestras fronteras: la cuenta corriente.

La cuenta corriente es como un espejo: te muestra sin filtros cómo se relaciona un país con el mundo. Si exportás más de lo que importás, si tus empresas de software venden al extranjero, si los turistas vienen a dejar dólares... el reflejo es positivo, sonriente, con reservas que crecen y cierta tranquilidad.

Pero si la foto muestra que gastás más de lo que ganás —que importás autos, celulares y energía en exceso, que tus ciudadanos viajan al exterior a gastar dólares, que las multinacionales se llevan utilidades— entonces el espejo te devuelve una mueca de preocupación: estás viviendo con lo prestado.

Lo que la cuenta corriente cuenta

¿Y qué anota ese “espejo contable”? Básicamente cuatro cosas:

1. Los bienes, es decir, todo lo que exportamos e importamos.
Desde la soja y el litio hasta los autos o la ropa.
2. Los servicios, que hoy ya no son secundarios: turismo, transporte, software, series que filmamos y vendemos al mundo.
3. Las rentas, que son como las cuotas que pagamos por los préstamos o la parte de las ganancias que las multinacionales se llevan afuera.
4. Las transferencias, esas remesas de inmigrantes que envían dinero a su familia o la ayuda internacional que llega en momentos críticos.

Sumá todo eso y tenés el saldo final: superávit (si ingresó más de lo que salió) o déficit (si gastamos más de lo que ganamos).

Una familia, un país, la misma lógica

Volvamos a la persona de nuestra historia. Si mes a mes gasta más de lo que ingresa, no le queda otra que endeudarse o vender ahorros. Exactamente lo mismo pasa con un país: un déficit en la cuenta corriente se financia con deuda externa o con capitales que entran a buscar ganancias rápidas. Pero ojo, esos capitales son volátiles: entran cuando todo parece bien y se van corriendo en cuanto huelen problemas.

Por eso los economistas dicen que la cuenta corriente es una de las mejores señales de alarma. No importa si sos un estudiante, un comerciante o un trabajador: si la cuenta corriente se deteriora, tarde o temprano lo vas a sentir en el precio del dólar, en la inflación o en tu próximo viaje.

Historias de superávits y déficits

Cada país tiene su estilo en este gran juego.

- China es como ese amigo que siempre ahorra: exporta más de lo que importa, acumula dólares y presta al resto del mundo (Ferguson, 2021; FMI, 2023).
- Estados Unidos hace lo contrario: vive con déficit constante, pero se lo puede permitir porque emite la moneda que todos quieren. Es el privilegiado que pide prestado y siempre consigue crédito (Krugman & Obstfeld, 2018; Eichengreen, 2019).
- Argentina en cambio, es como esa persona que un mes ahorra y al siguiente se endeuda. En épocas de soja cara o buenas cosechas, aparece el superávit. Pero cuando hay sequía, importamos más energía o viajamos masivamente al exterior, la balanza se da vuelta y llega el déficit (CEPAL, 2023; Frenkel & Rapetti, 2012).

El caso argentino reciente

En 2023, una sequía histórica redujo drásticamente las exportaciones agrícolas. El espejo mostró una cara pálida: menos dólares entraron por soja y maíz, y la balanza comercial se resintió (Bolsa de Comercio de Rosario [BCR], 2023; CEPAL, 2023).

En 2024, con la recuperación de parte de las cosechas y el boom de las exportaciones de servicios basados en el conocimiento —programadores, ingenieros, diseñadores que venden al mundo sin salir de su casa—, la foto cambió. Ese empuje ayudó a equilibrar el resultado y mostró que el futuro no depende solo de la tierra, sino también del talento humano (Ministerio de Economía de la Nación Argentina, 2024; BID, 2024).

La cuenta corriente, en definitiva, nos habla de sostenibilidad. Si el reflejo muestra un superávit, significa que el país tiene margen para

acumular reservas, invertir y crecer sin depender tanto del humor del mercado financiero. Si el reflejo muestra un déficit, la pregunta es inevitable: ¿quién nos va a prestar para cubrirlo? (FMI, 2023; Krugman & Obstfeld, 2018).

Y como toda familia sabe, vivir de prestado puede funcionar un tiempo, pero no para siempre. La próxima vez que escuches que “la cuenta corriente está en déficit” o que “el superávit se achicó”, no lo veas como un tecnicismo lejano. Pensá que ese dato está conectado con el precio del dólar, con tu próximo celular, con el turismo, con la posibilidad de ahorrar en tu moneda (Frenkel & Rapetti, 2012).

Porque al final, la cuenta corriente es mucho más que una planilla contable: es el relato de cómo un país se mira en el espejo del mundo y decide si quiere ser el que vive endeudado o el que ahorra para su futuro.

Renta primaria y secundaria

Cuando hablamos de la cuenta corriente de la balanza de pagos, además de bienes y servicios, aparecen dos rubros menos conocidos pero muy influyentes: la renta primaria y la renta secundaria.

- Renta primaria: incluye los pagos que hace Argentina al exterior por inversiones y deudas. Por ejemplo, las utilidades que giran las empresas extranjeras a sus casas matrices, los intereses de la deuda externa o el pago de dividendos. Este componente suele jugar en contra: cada vez que aumenta la deuda o que las empresas extranjeras tienen buenos resultados, crecen las salidas de divisas (Frenkel & Rapetti, 2012; FMI, 2023).
- Renta secundaria: abarca transferencias corrientes que no implican una contraprestación, como las remesas que envían los migrantes, las donaciones internacionales o algunos programas de cooperación. En Argentina, este rubro es más pequeño y suele tener poco peso en el resultado global, aunque en determinados momentos puede aportar divisas

extra (por ejemplo, las remesas que envían argentinos viviendo en el exterior) (CEPAL, 2023; Banco Mundial, 2024). En resumen, mientras la renta secundaria es marginal, la renta primaria constituye un verdadero “agujero” por donde se escapan dólares. Incluso cuando la balanza comercial de bienes es positiva, muchas veces la renta primaria absorbe esos ingresos y convierte la cuenta corriente en deficitaria.

Relación con la capacidad de financiamiento externo

La suma de bienes, servicios, renta primaria y secundaria conforma la cuenta corriente. Si esta cuenta es superavitaria, significa que el país genera más divisas de las que gasta: tiene capacidad de financiamiento externo, es decir, puede ahorrar dólares para pagar deuda, acumular reservas o invertir.

En cambio, si la cuenta corriente es deficitaria, el país depende de financiamiento externo: necesita endeudarse, atraer inversiones o usar reservas para cubrir el faltante de divisas. Esa dependencia suele ser fuente de vulnerabilidad: basta con que los capitales internacionales se retiren para que se genere una crisis de pagos o una devaluación.

En el caso argentino, la historia reciente muestra claramente esta dinámica:

- En la década de 1990, el déficit de cuenta corriente se financiaba con endeudamiento externo; cuando esa vía se cerró, llegó la crisis de 2001.
- Entre 2003 y 2010, el superávit de la cuenta corriente le dio al país aire financiero: no dependía de los mercados y acumuló reservas.
- En los últimos años, la cuenta corriente volvió a mostrar déficits, sobre todo por la renta primaria (intereses y utilidades giradas al exterior) y por el déficit en servicios. Eso limita la capacidad de crecimiento porque cada ciclo expansivo choca con la “restricción externa”.

En otras palabras: la capacidad de financiamiento externo de Argentina no depende solo de exportar más, sino de reducir los déficits de servicios y renta primaria. Sin resolver ese agujero, cualquier superávit comercial se diluye en pocos meses.

La cuenta capital y financiera: cuando el dinero cruza fronteras

Imaginá que tu casa tuviera puertas giratorias por donde entran y salen dólares, euros y pesos como si fueran visitas inesperadas. Un día entra un inversor extranjero que compra un departamento en Buenos Aires. Otro día llega una empresa multinacional que abre una planta y trae millones de dólares para montarla. A veces, esas visitas son más bien fugaces: entran a dejar dinero en la bolsa local y, si algo huele raro, se van corriendo con el mismo maletín con el que llegaron.

Ese torbellino de entradas y salidas se llama cuenta capital y financiera, la parte de la balanza de pagos que registra los movimientos de capital, es decir, los flujos de dinero que entran o salen de un país por inversiones, préstamos, compra de acciones o bonos, o simple especulación financiera.

La otra cara de la moneda, si la cuenta corriente nos dice si un país vive de sus ingresos reales (exportaciones, turismo, rentas), la cuenta capital y financiera muestra cómo se financia o dónde coloca sus ahorros. Son como las dos caras de una misma moneda:

- Si gastamos más de lo que ingresamos (déficit corriente), la cuenta financiera nos dirá quién nos presta o invierte para tapar ese agujero.
- Si tenemos superávit, la cuenta financiera mostrará en qué parte del mundo estamos colocando nuestros dólares sobrantes.

Ingresos de inversión extranjera: cuando llegan nuevos vecinos

Una de las entradas más valoradas son las inversiones extranjeras directas (IED). No hablamos de capitales golondrina que vienen y se van, sino de empresas que deciden instalarse en el país, construir fábricas, contratar trabajadores y apostar al largo plazo.

Ejemplos sobran: la llegada de automotrices como Toyota, las inversiones de empresas tecnológicas en polos de software, o el interés creciente por el litio en el norte argentino. Es como cuando un nuevo vecino compra una casa en el barrio: probablemente se quede, pinte la fachada, arregle el jardín y contribuya a la vida comunitaria.

En contraste, están las inversiones de cartera, que son más inestables. Se trata de capitales que compran bonos o acciones locales buscando rentabilidad rápida. Son bienvenidos cuando llegan porque hacen subir los precios de activos y traen divisas, pero basta un cambio de clima político o económico para que se vayan en estampida.

Endeudamiento y flujos de capital: la tarjeta de crédito del país

Otra vía por la que entran dólares es el endeudamiento externo. Así como una familia puede pedir un préstamo al banco para pagar sus gastos, un país acude a los mercados internacionales o a organismos como el FMI.

La deuda puede ser útil si se usa para obras de infraestructura, energía o educación, porque genera capacidad productiva futura que permitirá devolverla. Pero si se usa para financiar gastos corrientes o para tapar déficits crónicos, se convierte en una pesada mochila que limita las decisiones de los gobiernos siguientes.

Argentina lo sabe de sobra: desde los préstamos del FMI en los 80 hasta los créditos tomados, la historia muestra cómo los flujos de capital pueden traer alivio inmediato, pero también dependencia y vulnerabilidad.

Los capitales financieros muchas veces actúan como un turista nervioso: llegan con entusiasmo, disfrutan del buen clima, pero si ven una nube en el horizonte, salen corriendo antes de que empiece la tormenta. Esa volatilidad es uno de los mayores desafíos de la globalización financiera.

Cuando los mercados perciben riesgo —inflación alta, déficit fiscal, inestabilidad política—, los capitales se van de golpe. Ese “sudden stop” (parada súbita) deja al país sin financiamiento, con el dólar disparado y los bancos bajo presión.

Es como si tu familia dependiera de un amigo generoso que te presta dinero todos los meses. Todo va bien... hasta que un día decide cortar el crédito de golpe. Ahí descubrís que tu nivel de vida dependía de una confianza que podía evaporarse en segundos.

Historias del mundo: entre bonanza y crisis

- México, 1994: un ejemplo clásico de lo que se conoce como “efecto tequila”. Tras años de entrada masiva de capitales, un cambio de expectativas llevó a una salida abrupta, generando una crisis cambiaria y bancaria.
- Grecia, 2010: con un Estado altamente endeudado, la confianza se evaporó y los capitales huyeron, forzando rescates europeos.
- Argentina: protagonista recurrente. Entre 2016 y 2017, hubo un fuerte ingreso de capitales financieros que compraban bonos en pesos atraídos por altas tasas de interés. Cuando el mercado internacional se volvió menos favorable, esos mismos capitales se fueron en masa, provocando una devaluación y el regreso al FMI.

¿Qué nos enseña la cuenta capital y financiera?

Que la economía de un país no solo depende de lo que produce y vende, sino también de cómo lo perciben los inversores y de la confianza que genere. El dinero cruza fronteras a la velocidad de un clic, y esa facilidad es una bendición y una maldición a la vez:

- Bendición, porque permite financiar proyectos, desarrollar industrias y complementar el ahorro interno.
- Maldición, porque la volatilidad de los mercados globales puede convertir la estabilidad en crisis de la noche a la mañana.

La cuenta capital y financiera es, en definitiva, la historia de un país contado a través de la confianza. Cuando los inversores creen en el futuro de la economía, traen recursos, financian crecimiento y generan empleo. Cuando dudan, los flujos se secan y la fragilidad queda expuesta.

Por eso, entender esta cuenta no es solo un ejercicio para economistas: es comprender que detrás de cada dólar que entra o sale hay una historia de expectativas, miedos y apuestas. Y que, al final, la economía es también un relato de confianza.

El tipo de cambio, las exportaciones y la pulseada por las reservas

Imaginemos por un momento que el tipo de cambio es como el termómetro de la economía. No mide la fiebre en grados, sino la relación entre nuestra moneda y el dólar, el euro o el real. Ese número que aparece en la pizarra de las casas de cambio o en la app del banco encierra un poder enorme: puede abrir o cerrar puertas al comercio exterior, volver competitivas a nuestras empresas o encarecer los productos importados que consumimos a diario.

El tipo de cambio funciona como el precio que conecta a un país con el mundo. Si el peso se deprecia, significa que necesitamos más pesos

para comprar un dólar. Eso encarece las importaciones, pero al mismo tiempo abarata nuestras exportaciones en el mercado internacional. Pensemos en una bodega sanjuanina que vende vino a Estados Unidos. Si el dólar sube, el precio en pesos que recibe esa bodega también sube, aunque el precio en dólares se mantenga. De golpe, su negocio es más rentable y gana competitividad frente a vinos chilenos o europeos.

Por eso, los economistas suelen decir que el tipo de cambio es un “amortiguador”: cuando la economía enfrenta crisis internas o externas, el valor de la moneda actúa como una válvula de escape que redistribuye los costos. El problema aparece cuando la devaluación es brusca, porque lo que alivia a los exportadores golpea con fuerza el bolsillo de los consumidores a través de la inflación.

Competitividad de exportaciones: cuando el precio hace la diferencia

La competitividad de un país no depende solo de su talento o de la calidad de sus productos, sino también de su precio relativo frente al resto del mundo. Y ahí el tipo de cambio juega un rol central.

Un dólar “barato” —es decir, un peso fuerte— puede sonar atractivo para viajar al exterior o importar tecnología, pero deja a los exportadores argentinos en desventaja. Sus productos resultan caros en comparación con los de otros países. En cambio, un dólar “caro” —un peso débil— favorece al agro, a la industria que exporta y a los servicios basados en conocimiento, porque sus ingresos en divisas valen más al convertirlos a moneda local.

Sin embargo, la competitividad no se reduce al tipo de cambio. También influye la productividad (cuánto se produce por trabajador), la infraestructura (rutas, puertos, logística) y la estabilidad macroeconómica. Un exportador argentino puede ganar rentabilidad con un dólar alto, pero si enfrenta cortes de energía, burocracia

excesiva o inflación descontrolada, su competitividad real se derrumba.

Presión sobre importaciones y reservas: la pulseada constante

La otra cara de la moneda aparece con las importaciones. Cuando el dólar sube, los bienes extranjeros se encarecen: autos importados, celulares, medicamentos, insumos industriales. Esto genera un doble efecto:

1. Las familias sufren porque los productos importados se vuelven más caros o directamente escasean.
2. Las empresas también padecen, porque buena parte de la producción local depende de insumos importados: desde autopartes hasta fertilizantes.

Ahí entra el factor más delicado: las reservas internacionales del Banco Central. Son como el colchón de dólares que el país tiene para garantizar sus importaciones, pagar deuda o enfrentar turbulencias financieras. Si las importaciones demandan más dólares de los que entran por exportaciones y financiamiento, las reservas empiezan a caer.

Argentina lo ha vivido en carne propia: en períodos de déficit externo, el Banco Central gasta reservas para evitar una devaluación brusca o para autorizar importaciones esenciales. Pero esas reservas no son infinitas, y cuando se agotan, la presión se traduce en saltos cambiarios, controles más duros y crisis de confianza.

El delicado equilibrio

El tipo de cambio, las exportaciones y las reservas son piezas de un mismo rompecabezas. Subir o bajar el valor del dólar no es solo una decisión técnica: es un movimiento que afecta a exportadores, importadores, consumidores y al propio Estado (Frenkel & Rapetti, 2009; Ferrer, 2004).

Un dólar competitivo puede darle aire a las exportaciones, pero genera inflación interna. Un dólar barato mejora el poder adquisitivo para importar, pero deteriora la balanza comercial y las reservas (Lavagna, 2020; Ocampo, 2014). Encontrar el equilibrio entre estos intereses contrapuestos es uno de los mayores desafíos de cualquier política económica (Basualdo, 2006).

En última instancia, el tipo de cambio no es solo un número en una pizarra: es el reflejo de la confianza en la moneda, de la productividad del país y de su capacidad para sostener la relación con el mundo sin que el termómetro marque fiebre alta ni hipotermia (Kulfas, 2016).

El dilema argentino: la restricción externa

Hay una frase que se repite como un eco en la historia económica argentina: “la economía crece hasta que se queda sin dólares”. Esa sentencia resume uno de los dilemas más persistentes y dolorosos del país: la restricción externa (Diamand, 1972; Basualdo, 2006).

No se trata de un tecnicismo reservado a economistas, sino de una realidad que golpea cada tanto al bolsillo de la gente. Argentina parece condenada a un ciclo repetitivo: momentos de euforia y expansión que, tarde o temprano, chocan contra la escasez de divisas y desembocan en crisis (Ferrer, 2004).

El ciclo es casi predecible. Cuando los precios internacionales acompañan —soja cara, buenos términos de intercambio— la economía crece, las exportaciones aumentan y la entrada de dólares permite importar insumos, producir más y mejorar el consumo interno. Es la fase de crecimiento: el país se siente en auge y la sensación de prosperidad recorre la sociedad (Ocampo, 2014).

Pero el crecimiento mismo alimenta su talón de Aquiles. Cuanto más crece Argentina, más importa: autos, autopartes, energía, insumos para la industria, bienes de consumo. Y como la estructura exportadora está concentrada en pocos productos primarios (soja,

maíz, trigo, carne, litio, petróleo), llega un punto en que la demanda de dólares supera a la oferta. El motor se recalienta (Kulfas, 2016). Entonces aparece la otra cara del ciclo: la crisis. Escasez de divisas, devaluación del peso, inflación desbocada, caída del consumo. Lo que parecía un futuro prometedor se transforma en frustración. Así fue en los 70, en los 80, en los 2000, y más recientemente en 2018–2019. La película cambia de actores, pero la trama se repite (Lavagna, 2020; Frenkel & Rapetti, 2009).

Dependencia de divisas: la trampa estructural

¿Por qué se repite este círculo? Porque Argentina arrastra una dependencia estructural de divisas (Ferrer, 2004; Diamand, 1972).

La economía necesita dólares para: importar maquinaria e insumos que no produce, pagar deuda externa, sostener el nivel de consumo de su población y cubrir la salida de utilidades de empresas extranjeras (Basualdo, 2006; Frenkel & Rapetti, 2009).

Pero al mismo tiempo, la capacidad de generar divisas depende en gran medida de pocos rubros exportadores, en particular del agro. Cuando la cosecha es buena y los precios internacionales son altos, el país respira. Cuando la naturaleza o el mercado golpean, todo se tambalea (Kulfas, 2016; Ocampo, 2014).

Esto genera tensiones permanentes: los dólares nunca alcanzan para todos los frentes. El Estado quiere reservas, los empresarios necesitan insumos, la gente quiere viajar o ahorrar en moneda dura. Es como una manta corta: si se cubre un lado, queda otro descubierto (Lavagna, 2020).

Tensiones estructurales: el dilema sin resolver

La restricción externa no es solo un problema coyuntural; es un dilema estructural. Mientras la economía no logre diversificar y aumentar de manera sostenida sus exportaciones, seguirá atrapada en este círculo.

Algunos países encontraron la salida apostando a la industrialización exportadora (Corea del Sur, Irlanda, Vietnam). En Argentina, los intentos de diversificación chocaron con falta de continuidad política, inestabilidad macroeconómica y cuellos de botella productivos.

Por eso, cada tanto, la sociedad revive la misma escena: colas en los bancos, controles cambiarios, inflación que se dispara, planes de ajuste. El drama no está en que falten ideas, sino en que la estructura económica aún no logró romper con su dependencia de divisas.

Línea de tiempo: las crisis argentinas y la restricción externa

1975 – El “Rodrigazo”

Argentina venía de años de crecimiento con fuerte gasto público y salarios altos. Pero la economía chocó contra un muro: faltaban dólares para sostener importaciones y deuda. El resultado fue una brutal devaluación —conocida como el Rodrigazo— que disparó la inflación y marcó el inicio de una década convulsionada. Fue la primera gran señal de que el país podía crecer... hasta que se quedaba sin divisas (Basualdo, 2006; Ferrer, 2004).

1989 – Hiperinflación y estallido social

La década del 80 estuvo marcada por la pesada mochila de la deuda externa. El ingreso de dólares se había secado y la economía no lograba generar los necesarios. En 1989, la escasez de divisas y la pérdida total de confianza derivaron en hiperinflación, saqueos y la renuncia anticipada de Raúl Alfonsín. Fue una de las expresiones más crudas de la restricción externa: la falta de dólares terminó arrastrando la estabilidad política (Gerchunoff & Llach, 2018; Machinea, 2013).

2001 – El fin de la convertibilidad

Los años 90 habían estado marcados por el 1 a 1 entre el peso y el dólar. La estabilidad inicial se sostuvo con endeudamiento y

privatizaciones, pero la restricción externa volvió a aparecer. Con un dólar fijo y sin competitividad, las exportaciones se estancaron, las importaciones crecieron y las reservas se agotaron. El resultado: default de la deuda, corralito bancario y una crisis social sin precedentes. La convertibilidad cayó víctima, una vez más, de la falta de divisas (Damill, Frenkel & Rapetti, 2005; Lavagna, 2020).

2018 – La vuelta al FMI

Tras algunos años de crecimiento gracias a la soja, la economía argentina volvió a chocar con su límite. La apertura financiera permitió ingresos de capitales especulativos que, ante el menor signo de debilidad, se fugaron rápidamente. El dólar se disparó, el Banco Central perdió reservas y el país volvió a acudir al FMI en busca de financiamiento. El episodio dejó claro que la restricción externa no es un fantasma del pasado, sino una tensión vigente (Kulfas, 2016; Ocampo, 2014).

La historia se repite.

De los 70 a hoy, la película se repite con distintos protagonistas: crecimiento acelerado, agotamiento de divisas, devaluación, inflación y crisis. La restricción externa es el hilo conductor de la historia económica argentina. Hasta que el país no logre diversificar exportaciones y reducir su dependencia de dólares prestados, el guion seguirá repitiendo (Frenkel & Rapetti, 2009; Ferrer, 2004).

Es posible escapar del dilema

La restricción externa es el gran dilema argentino: crecer implica importar más, y eso exige dólares que muchas veces no están. Es como correr en una cinta de gimnasio: se avanza con esfuerzo, pero siempre se termina en el mismo lugar. Romper con ese círculo requiere más que coyuntura: significa transformar la estructura

productiva, ampliar la canasta exportadora y generar confianza para que los dólares que entran no se fuguen de inmediato. Hasta que eso no ocurra, la economía argentina seguirá atrapada en su montaña rusa de crecimiento y crisis, con el dólar como árbitro silencioso de cada etapa de la historia (Basualdo, 2006; Lavagna, 2020; Kulfas, 2016).

Perspectivas de integración

Si la economía argentina fuera un barco, el sector externo sería su timón. Sin dólares, no hay rumbo posible. Y en un mundo cada vez más interconectado, pensar en integrarse o quedarse aislado ya no es una opción: es una necesidad. Argentina necesita abrirse caminos, primero en su barrio —América Latina— y luego en el escenario global, donde se juegan las grandes ligas del comercio y las inversiones (Ferrer, 2004; Ocampo, 2014; Kulfas, 2016)..

Regional: Mercosur y América Latina

El primer paso lógico de cualquier país es mirar a sus vecinos. Para Argentina, ese espacio tiene nombre: Mercosur. Nació en 1991 como una apuesta por la integración entre Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay, con la promesa de formar un mercado común que multiplicara las oportunidades (Bouzas & Da Motta Veiga, 2011; Peña, 2015).

El Mercosur tuvo luces y sombras. Por momentos fue un puente que permitió expandir industrias —como la automotriz— y crear cadenas de valor regionales. Pero también sufrió tensiones políticas, asimetrías económicas y trabas internas que impidieron avanzar hacia una integración plena (Malamud, 2011; Gardini, 2020).

Más allá de esas dificultades, la integración regional sigue siendo un capital valioso. América Latina comparte idioma, cultura, recursos naturales y desafíos comunes. Avanzar en convergencia energética, infraestructura compartida y cooperación tecnológica puede darle a la

región un lugar más fuerte en el tablero mundial. La lección es clara: juntos, los países latinoamericanos tienen más peso que separados (Ocampo, 2014; Sanahuja, 2019).

Global: acuerdos y nuevos mercados

El mundo es un tablero de ajedrez donde cada movimiento comercial abre o cierra puertas. Argentina enfrenta el dilema de diversificar mercados y no depender solo de la soja a China o de las exportaciones agroindustriales a Europa (Ferrer, 2004; Kulfas, 2016).

Los acuerdos de libre comercio son llaves de acceso. El tratado entre Mercosur y la Unión Europea, tantas veces postergado, podría abrir un mercado de 450 millones de personas, aunque también despierta miedos por la competencia industrial (Bouzas & Da Motta Veiga, 2011; Peña, 2015). Otros acuerdos, como con países asiáticos o africanos, representarían oportunidades para el agro, el litio, el hidrógeno verde y los servicios basados en conocimiento (CEPAL, 2022; Ocampo, 2014). La clave está en no llegar tarde. Mientras otras regiones avanzan en mega-acuerdos —como el T-MEC en América del Norte o la Asociación Transpacífica— Argentina necesita una estrategia clara para no quedar aislada en un mundo que se reorganiza a gran velocidad (Gardini, 2020; Sanahuja, 2019).

Conclusiones: hacia un sector externo sostenible

La historia reciente enseñó que Argentina no puede depender solo de los vaivenes del precio de la soja o del humor de los mercados financieros. El desafío es construir un sector externo sostenible, capaz de generar divisas de forma estable y previsible.

Eso implica:

- Diversificar exportaciones: sumar más valor agregado en alimentos, energía, tecnología y servicios.

- Aprovechar la integración regional: fortalecer el Mercosur y los lazos latinoamericanos como plataforma de escala.
- Insertarse globalmente: negociar acuerdos inteligentes que abran mercados sin descuidar la producción local.
- Estabilidad macroeconómica: sin previsibilidad, ningún inversor apostará a largo plazo.

En definitiva, el camino hacia un sector externo sostenible es como aprender a remar en aguas agitadas. No basta con esperar un viento favorable: hace falta coordinar el timón, los remos y la brújula. Argentina tiene el talento, los recursos y la ubicación estratégica. Lo que necesita es una estrategia de integración que transforme ese potencial en una realidad duradera.

CAPITULO 7

SISTEMA MONETARIO Y FINANCIERO.

CONTENIDO

Introducción al sistema monetario

Funciones del dinero

Creación y administración del dinero

Políticas monetarias y sus herramientas

Instituciones del sistema monetario

El sistema monetario internacional

Desafíos y debates actuales



PODCAST DEL CAPITULO

Introducción al sistema monetario

Imaginemos por un momento un mundo sin dinero. Para comprar pan, deberías llevar al almacén un kilo de papas, una docena de huevos o cualquier otro producto que el panadero estuviera dispuesto a aceptar como intercambio. Ese era el mundo del trueque, un sistema primitivo pero funcional en sociedades pequeñas. El problema era evidente: ¿qué pasaba si el panadero no quería papas ni huevos? El intercambio se volvía casi imposible (Samuelson & Nordhaus, 2010). Aquí es donde aparece una de las creaciones más revolucionarias de la humanidad: el dinero. No es exagerado decir que sin dinero, las economías modernas no existirían. El dinero simplificó los intercambios, permitió el desarrollo del comercio y, en consecuencia, el avance de la civilización (Mankiw, 2020; Mishkin, 2019).

El sistema monetario es el conjunto de instituciones, normas y prácticas que organizan el uso del dinero en una sociedad. No se trata solo de billetes o monedas, sino de toda una arquitectura que sostiene la confianza: bancos, bancos centrales, regulaciones, políticas y, más recientemente, innovaciones tecnológicas como el dinero electrónico o las criptomonedas (Stiglitz & Rosengard, 2015; Varian, 2014).

¿Por qué es tan importante? Porque el sistema monetario está en el corazón de la vida cotidiana. Cuando recibís tu sueldo, cuando pedís un crédito, cuando comprás con tarjeta o hasta cuando invertís en dólares, estás interactuando con él. El sistema monetario no es una abstracción lejana: es un engranaje que condiciona el bienestar de las personas, la estabilidad de los países y hasta el poder de las grandes potencias (Friedman, 2002; Krugman & Wells, 2021).

La historia económica demuestra que cada transformación profunda —desde la adopción del patrón oro en el siglo XIX hasta la irrupción del dólar como moneda hegemónica en el siglo XX— estuvo marcada por cambios en la organización del dinero. Y hoy, en pleno siglo XXI, el debate continúa: ¿seguiremos confiando en el papel emitido por los

Estados o avanzaremos hacia monedas digitales descentralizadas? (Mishkin, 2019; Stiglitz & Rosengard, 2015).

En definitiva, comprender el sistema monetario es como mirar el motor oculto de la economía. Puede que no siempre lo veamos, pero sus engranajes mueven desde el precio del café de la mañana hasta las crisis financieras que sacuden al planeta (Krugman & Wells, 2021).

Funciones del dinero

Si el dinero es una de las invenciones más brillantes de la humanidad, ¿qué lo hace tan especial? ¿Por qué un simple papel pintado o unos números en la pantalla de un celular son aceptados por todos? La respuesta está en sus funciones esenciales, esas cualidades que convierten al dinero en el lubricante indispensable de la vida económica (Samuelson & Nordhaus, 2010; Krugman & Wells, 2021).

1. Medio de intercambio

La primera gran función del dinero es la más evidente: sirve para intercambiar bienes y servicios. A diferencia del trueque, donde había que encontrar a alguien que aceptara lo que uno ofrecía, el dinero resuelve el problema de la “doble coincidencia de necesidades”. No importa si el panadero no quiere papas; mientras acepte pesos o dólares, el intercambio es inmediato. Esta simpleza permitió que las sociedades multiplicaran sus transacciones y, con ello, su nivel de desarrollo (Mankiw, 2020).

2. Unidad de cuenta

Otra función clave es que el dinero se convierte en un lenguaje común para medir el valor. Gracias a él, podemos comparar cuánto cuesta un auto en relación a una bicicleta, o un café respecto de un almuerzo. Imaginemos un mundo sin precios expresados en dinero: sería como intentar coordinar el tráfico sin semáforos ni señales. El dinero, en este sentido, ordena y da claridad (Varian, 2014).

3.Depósito de valor

El dinero también es un medio para guardar riqueza en el tiempo. Quien cobra un sueldo hoy puede ahorrar parte de él para usarlo mañana, dentro de un año o incluso dentro de una década. Sin embargo, aquí aparece un dilema: el dinero solo cumple esta función si mantiene su poder adquisitivo. Cuando la inflación se dispara, el dinero pierde esta capacidad y la gente busca alternativas —como dólares, oro o bienes durables— para resguardar su riqueza (Mishkin, 2019; Stiglitz & Rosengard, 2015).

La monetización de la economía

Ahora bien, el dinero no siempre jugó un rol tan central como hoy. En sociedades antiguas, buena parte de las transacciones se hacía por trueque o por intercambio directo de bienes. Con el tiempo, las economías comenzaron un proceso llamado monetización, que significa que cada vez más actividades y relaciones sociales se expresan en términos monetarios (Samuelson & Nordhaus, 2010; Krugman & Wells, 2021).

Por ejemplo, en la Edad Media, muchas comunidades rurales pagaban rentas al señor feudal en especies: granos, animales o trabajo. Con la expansión del comercio y la consolidación de los Estados, estas obligaciones comenzaron a expresarse en dinero (Ferguson, 2008; Mankiw, 2020). Hoy la monetización ha llegado a extremos insospechados: desde contratar un servicio de streaming hasta pagar por “tokens” en un videojuego, todo pasa por el circuito monetario (Varian, 2014).

La monetización de la economía refleja el grado de desarrollo de un país. En sociedades donde predomina el trueque o los intercambios informales, el mercado se mantiene limitado. En cambio, cuando casi todas las actividades se canalizan a través del dinero, se abren las

puertas a la especialización, la innovación y el crecimiento económico (Mishkin, 2019; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Agregados monetarios: M1, M2, M3 y M4

Dado que el dinero adopta distintas formas y no todas circulan con la misma facilidad, los economistas lo clasifican en agregados monetarios, que son como “capas” del dinero, desde el más líquido (que se usa todos los días) hasta el más inmovilizado en instrumentos financieros (Mishkin, 2019; Mankiw, 2020).

- M1: el dinero más inmediato. Incluye billetes, monedas y depósitos a la vista (el dinero de la cuenta corriente, que podemos retirar en cualquier momento).
- M2: suma a M1 los depósitos en cajas de ahorro y a corto plazo. Es dinero que no está en la billetera, pero puede convertirse rápido en efectivo.
- M3: incorpora M2 más los depósitos a largo plazo y ciertos activos financieros menos líquidos. Aquí hablamos de dinero que circula más despacio, pues está “atado” a inversiones (Samuelson & Nordhaus, 2010).
- M4: en algunos países se utiliza este agregado para abarcar aún más. Incluye M3 más títulos de deuda pública a corto plazo, papeles del Estado y otros activos financieros que funcionan como sustitutos del dinero, aunque con menor liquidez (Krugman & Wells, 2021; Stiglitz & Rosengard, 2015).

La inclusión de M4 muestra hasta qué punto el concepto de dinero se vuelve difuso en las economías modernas. ¿Hasta dónde sigue siendo “dinero” aquello que no podemos usar mañana en el supermercado, pero que se puede transformar en efectivo con cierto grado de facilidad? Los agregados monetarios intentan responder a esa pregunta y ofrecen al banco central una brújula para diseñar su política monetaria.

Velocidad de circulación del dinero

El dinero no solo importa por su cantidad, sino también por la velocidad con la que circula. Este concepto, conocido como *velocidad de circulación*, mide cuántas veces una unidad monetaria cambia de manos en un período determinado (Mankiw, 2020; Mishkin, 2019).

Imaginemos dos economías:

- En la primera, cada billete de 100 dólares se usa diez veces en un mes: paga un sueldo, luego una compra, después una factura, y así sucesivamente.
- En la segunda, el mismo billete se guarda bajo el colchón y no se mueve.

En la primera economía, la velocidad es alta y el dinero impulsa la actividad. En la segunda, es baja y el dinero se “duerme”.

La velocidad de circulación está íntimamente ligada a la confianza. Cuando la gente confía en la moneda y en la economía, gasta e invierte con mayor fluidez. Pero cuando hay incertidumbre o miedo a la inflación, el dinero tiende a atesorarse, lo que frena el dinamismo económico (Friedman, 2002; Samuelson & Nordhaus, 2010).

Creación y administración del dinero

Cuando pensamos en la creación de dinero, solemos imaginar billetes recién salidos de las máquinas impresoras, apilados en fajos brillantes y custodiados por guardias. Esa imagen tiene algo de cierto, pero la realidad es mucho más compleja y, a la vez, más fascinante. El dinero no se limita a lo que vemos en la billetera: se “crea” en distintos niveles, en un proceso que involucra tanto al Banco Central como a los bancos comerciales, y que descansa en un elemento invisible pero decisivo: la confianza.

La creación primaria: el dinero del Banco Central

La creación primaria corresponde al dinero que emite directamente el Banco Central. Aquí hablamos de billetes, monedas y también de las reservas que los bancos comerciales mantienen en su poder. A este dinero se lo llama muchas veces dinero de alto poder o base monetaria, porque es la base sobre la que se construye el resto del sistema (Mishkin, 2019; Mankiw, 2020).

Pero esta creación no es caprichosa. El Banco Central decide cuánto emitir de acuerdo con objetivos concretos:

- Estimular el consumo y la inversión cuando la economía está en recesión.
- Frenar la inflación cuando los precios suben demasiado rápido.
- Proveer liquidez a los bancos en momentos de crisis para evitar colapsos (Krugman & Wells, 2021; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Un ejemplo histórico es la crisis de 2008 en Estados Unidos. Ante el derrumbe financiero, la Reserva Federal inyectó miles de millones de dólares para salvar bancos y mantener el sistema en pie. Otro ejemplo, más cercano, fue la emisión extraordinaria de dinero en muchos países durante la pandemia de COVID-19, destinada a financiar programas de ayuda social y sostener a las empresas (Friedman, 2002; Samuelson & Nordhaus, 2010).

El dilema siempre es el mismo: emitir lo suficiente para sostener la economía, pero no tanto como para desatar una inflación descontrolada. Esa delgada línea es uno de los mayores desafíos de la política monetaria (Mishkin, 2019).

La creación secundaria: el dinero de los bancos comerciales

La parte más sorprendente del sistema es la creación secundaria del dinero, a cargo de los bancos comerciales. Cuando depositas dinero

en un banco, no queda guardado esperando a que lo retires. El banco puede usarlo para dar préstamos a otras personas o empresas (Mankiw, 2020; Mishkin, 2019).

Supongamos que depositás 1.000 pesos. El banco, según la regulación, debe guardar una fracción como reserva (por ejemplo, 20%) y puede prestar el resto. Si presta 800 pesos a un cliente, ese dinero vuelve al circuito económico y, al depositarse en otro banco, se convierte en la base de un nuevo préstamo.

Este proceso, conocido como multiplicador bancario, genera que a partir de un único depósito inicial se cree mucho más dinero en la práctica (Friedman, 2002; Samuelson & Nordhaus, 2010). Lo paradójico es que gran parte del dinero que usamos todos los días no existe físicamente en billetes o monedas, sino que son simples anotaciones electrónicas en los sistemas bancarios (Stiglitz & Rosengard, 2015; Krugman & Wells, 2021).

De hecho, en la mayoría de los países, más del 90% del dinero circulante es creado por los bancos comerciales a través de créditos. Eso significa que cuando pedís un préstamo para comprar un auto o una casa, el banco no te entrega dinero que tenía guardado: crea dinero nuevo en ese instante (Mishkin, 2019).

Riesgos y regulaciones

La creación secundaria es una herramienta poderosa, pero riesgosa.

- Si los bancos prestan demasiado, se pueden inflar burbujas de crédito, como ocurrió con las hipotecas en Estados Unidos antes de la crisis de 2008 (Mishkin, 2019; Krugman & Wells, 2021).
- Si prestan demasiado poco, la economía se frena porque las empresas y familias no acceden a financiamiento (Mankiw, 2020).

Aquí es donde el Banco Central actúa como regulador. Lo hace de varias maneras:

- Encajes bancarios: exige a los bancos mantener un porcentaje de los depósitos como reservas obligatorias, limitando cuánto pueden prestar (Samuelson & Nordhaus, 2010).
- Tasa de interés de referencia: al subirla o bajarla, encarece o abarata el crédito, influyendo en la cantidad de dinero que circula (Friedman, 2002; Stiglitz & Rosengard, 2015).
- Regulación macroprudencial: controles adicionales para evitar excesos que puedan poner en riesgo al sistema (Mishkin, 2019).

Podemos pensarla como un director de orquesta: los bancos tocan sus instrumentos (los préstamos), pero el Banco Central marca el ritmo para que la música no se convierta en un caos (Mankiw, 2020; Krugman & Wells, 2021).

El rol de la confianza

Detrás de toda esta maquinaria, hay un ingrediente invisible: la confianza.

- Confiamos en que el billete que recibimos hoy valdrá mañana.
- Confiamos en que el banco devolverá nuestros ahorros cuando lo pidamos.
- Confiamos en que el sistema monetario no colapsará de un día para el otro.

Cuando esa confianza se rompe, el sistema se tambalea. Así lo muestran episodios como la hiperinflación en Alemania en 1923, cuando la gente necesitaba carretillas llenas de billetes para comprar pan, o la crisis bancaria en Argentina en 2001, cuando los ahorristas no pudieron retirar su dinero de los bancos (Ferguson, 2008; Mankiw, 2020). En ambos casos, el problema no fue solo técnico, sino de confianza: los billetes seguían existiendo, pero ya no servían como

depósito de valor ni como medio de intercambio confiable (Mishkin, 2019; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Una mirada hacia el futuro

Hoy, el debate sobre la creación de dinero vuelve a estar sobre la mesa con las criptomonedas y las monedas digitales de bancos centrales (CBDC). ¿Deberían los Estados recuperar el monopolio total de la emisión digital, eliminando el poder creador de los bancos? ¿O deberíamos avanzar hacia sistemas descentralizados, sin intermediarios?

Sea cual sea la respuesta, lo cierto es que el dinero siempre será más que papel o dígitos: será un pacto social basado en confianza, regulado por instituciones y transformado por la innovación.

Políticas monetarias y sus herramientas

Si el dinero es la sangre de la economía, la política monetaria es el corazón que bombea, regulando su intensidad. Ni demasiado rápido, porque la fiebre inflacionaria puede descontrolarlo todo, ni demasiado lento, porque el organismo económico puede caer en debilidad y recesión.

¿Qué es la política monetaria?

La política monetaria es el conjunto de decisiones que toma el Banco Central para manejar la cantidad de dinero y el costo del crédito. Su objetivo final es mantener la estabilidad de precios, promover el crecimiento económico y cuidar el empleo (Mishkin, 2019; Mankiw, 2020).

A primera vista puede sonar técnico, pero en realidad tiene consecuencias cotidianas muy concretas: afecta cuánto pagamos de cuota en un préstamo, qué tan fácil es conseguir financiamiento para una pyme, o incluso si conviene guardar los ahorros en el banco o

debajo del colchón (Krugman & Wells, 2021; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Tipos de política monetaria

- Expansiva: busca inyectar más dinero en la economía y abaratar el crédito. El Banco Central baja las tasas de interés, compra bonos y relaja encajes. El resultado esperado: mayor consumo, más inversión, más empleo. Un ejemplo: después de la crisis de 2008, Estados Unidos aplicó una política monetaria ultra expansiva, con tasas cercanas a cero e inyecciones masivas de dólares (Mishkin, 2019; Krugman & Wells, 2021).
- Contractiva: apunta a reducir la inflación y enfriar la economía. Para ello suben las tasas de interés, se absorbe liquidez y se restringe el crédito. Es lo que hizo la Reserva Federal en 2022 y 2023, cuando aumentó rápidamente las tasas para frenar la inflación pospandemia (Mankiw, 2020; Stiglitz & Rosengard, 2015).

En resumen: la política expansiva actúa como un acelerador; la contractiva, como un freno. El desafío está en no pisar demasiado fuerte ninguno de los dos.

Herramientas principales

a) Tasa de interés de referencia: Es la palanca más visible. Si suben las tasas, pedir préstamos se vuelve caro y la gente consume menos, reduciendo presión inflacionaria. Si bajan, se estimula la inversión y el consumo. Ejemplo cercano: en Argentina, cuando el Banco Central sube la tasa de referencia, muchos ahorristas vuelcan su dinero a plazos fijos, sacándolo de la calle y frenando la presión sobre el dólar (Mishkin, 2019; Mankiw, 2020).

b) Operaciones de mercado abierto: El Banco Central compra o vende bonos y títulos públicos.

- Al comprar, inyecta dinero en el sistema.
- Al vender, lo retira.

Es como abrir o cerrar una canilla de liquidez. Estas operaciones permiten ajustes rápidos y son el “día a día” de los bancos centrales (Krugman & Wells, 2021; Stiglitz & Rosengard, 2015).

c) Encajes bancarios: Es el porcentaje de los depósitos que los bancos deben mantener como reserva y no pueden prestar

- Si el encaje sube, los bancos tienen menos dinero disponible para prestar → se reduce la creación secundaria de dinero.
- Si baja, pueden prestar más → la economía se expande.

Aunque suele ser una herramienta más “silenciosa”, es clave en momentos de tensión financiera (Mishkin, 2019).

Emisión monetaria directa

Imprimir billetes o generar dinero electrónico en cuentas de los bancos comerciales. Es la forma más evidente y, a la vez, más polémica: útil para emergencias, peligrosa si se abusa. En países con disciplina fiscal, puede ser controlada; en otros, puede derivar en hiperinflación, como ocurrió en Zimbabue en los 2000 o en la Alemania de entreguerras (Ferguson, 2008; Reinhart & Rogoff, 2009).

El arte de la política monetaria

Lo complejo es que la política monetaria no tiene efectos instantáneos. Cuando un Banco Central sube la tasa de interés hoy, el impacto en la inflación puede sentirse recién dentro de 6 a 12 meses. Y en ese lapso, pueden aparecer imprevistos: una crisis internacional, una guerra, una sequía o una pandemia.

Esto hace que la política monetaria sea más un arte de anticipación que una ciencia exacta. Los banqueros centrales trabajan con

proyecciones, datos y modelos, pero siempre juegan con cierto grado de incertidumbre (Blanchard & Johnson, 2017; Mankiw, 2020).

El dilema de los objetivos

Aquí aparece un dilema clásico:

- Bajar la inflación suele implicar frenar la economía y, a veces, aumentar el desempleo.
- Impulsar el crecimiento puede generar tensiones inflacionarias.

En países estables, el Banco Central logra un balance razonable. Pero en países más inestables, como Argentina, el dilema se vuelve un callejón sin salida: si se emite poco, la recesión golpea fuerte; si se emite demasiado, la inflación se dispara.

El impacto en la vida diaria

Puede sonar lejano, pero la política monetaria se siente en cada bolsillo:

- Define el valor del crédito hipotecario que paga una familia.
- Condiciona la decisión de un empresario de invertir o no en maquinaria.
- Influye en la cotización del dólar y, por extensión, en el precio de la comida, la ropa o el transporte.

En ese sentido, los gobernadores de los bancos centrales tienen un poder inmenso, aunque actúan desde oficinas alejadas del ciudadano común. Son, en muchos casos, los cirujanos invisibles de la economía.

Instituciones del sistema monetario

Si el dinero es el motor invisible de la economía, las instituciones del sistema monetario son los ingenieros que lo diseñan, lo mantienen en marcha y lo regulan para que no se descontrolé. Detrás de cada billete que usamos, de cada transferencia bancaria o de cada crédito

hipotecario, existe un entramado de actores que sostienen la confianza y permiten que todo funcione (Mishkin, 2019; Krugman & Wells, 2021).

Podemos imaginarlos como los distintos niveles de un mismo edificio: en la planta baja están los bancos comerciales, con los que tratamos todos los días; en el piso superior, los bancos centrales, que supervisan, regulan y marcan el rumbo; y, en la azotea, los organismos internacionales, que observan desde arriba y entran en escena cuando las crisis superan las fronteras nacionales (Blanchard & Johnson, 2017; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Los bancos centrales: guardianes del dinero

En el corazón del sistema está el Banco Central, una institución que no solo imprime billetes, sino que actúa como el guardián de la estabilidad económica. Sus decisiones rara vez ocupan las portadas de los diarios populares, pero sus efectos llegan hasta la mesa familiar: la tasa de interés que determina, la cantidad de dinero que emite o las reservas que administra repercuten en el precio del pan, del alquiler y del dólar (Mishkin, 2019; Krugman & Wells, 2021).

Su tarea principal es simple de enunciar y difícil de cumplir: mantener la confianza en la moneda. Eso significa controlar la inflación, regular a los bancos y, en momentos de crisis, transformarse en prestamista de última instancia. La independencia de un Banco Central respecto al gobierno de turno suele marcar la diferencia entre un sistema confiable y otro que se tambalea. Cuando está demasiado subordinado al poder político, la tentación de usar la “maquineta” para financiar el gasto suele desembocar en inflación (Stiglitz & Rosengard, 2015; Reinhart & Rogoff, 2009).

Los bancos comerciales: el dinero de todos los días

Si el Banco Central es el director de orquesta, los bancos comerciales son los músicos que ejecutan la sinfonía del dinero en la vida diaria. Allí depositamos nuestro sueldo, pedimos préstamos, pagamos con tarjetas y realizamos transferencias. Pero su función va mucho más allá de brindar servicios: los bancos son los grandes creadores de dinero secundario (Mishkin, 2019; Krugman & Wells, 2021).

Cada vez que conceden un préstamo, no entregan solo el dinero que tenían guardado: generan dinero nuevo en el sistema. Así, un depósito inicial puede multiplicarse en créditos y depósitos sucesivos. Ese poder de “crear dinero de la nada” los convierte en actores claves, pero también en piezas delicadas del engranaje. Por eso, están bajo la mirada constante del Banco Central, que les marca límites y exige reservas mínimas para evitar excesos que pongan en peligro la estabilidad (Blanchard & Johnson, 2017; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Los organismos internacionales: árbitros globales

El dinero, sin embargo, no se detiene en las fronteras. En un mundo interconectado, las crisis financieras viajan tan rápido como un clic en una computadora. Para lidiar con estos problemas globales, existen instituciones que funcionan como árbitros internacionales:

- El Fondo Monetario Internacional (FMI), que presta ayuda a países en crisis de divisas, aunque casi siempre a cambio de duras condiciones económicas (IMF, 2023).
- El Banco Mundial, más enfocado en financiar proyectos de desarrollo e infraestructura (World Bank, 2023).
- El Banco de Pagos Internacionales (BIS), una especie de club de bancos centrales, con sede en Suiza, donde se discuten y coordinan políticas globales (BIS, 2023).

Estos organismos muchas veces despiertan debates intensos. Para algunos, son una red de seguridad indispensable; para otros,

representan la intromisión de poderes externos en las decisiones soberanas. Lo cierto es que, en un planeta donde los capitales cruzan océanos en segundos, resulta casi imposible que un país maneje su moneda de manera aislada.

Un delicado equilibrio

El sistema monetario funciona gracias a un equilibrio sutil: el Banco Central establece las reglas, los bancos comerciales hacen que el dinero circule y los organismos internacionales intervienen cuando el escenario trasciende las fronteras. Si uno de ellos falla, el edificio entero tiembla. Basta recordar las crisis bancarias, las hiperinflaciones o los rescates internacionales para entender que la confianza en el dinero no depende de un actor, sino de la interacción entre todos (Mishkin, 2019; Reinhart & Rogoff, 2009).

En el fondo, estas instituciones cumplen la misión de sostener el pacto invisible sobre el que se basa el dinero: la creencia de que un billete, una transferencia o un crédito seguirán teniendo valor mañana. Y mientras esa confianza se mantenga, el sistema monetario seguirá siendo el escenario silencioso, pero imprescindible, de la vida económica (Krugman & Wells, 2021; Stiglitz & Rosengard, 2015).

El sistema monetario internacional

El dinero no es solo una cuestión doméstica. Aunque cada país tenga su propia moneda y su Banco Central, las relaciones económicas no reconocen fronteras: los capitales viajan, las mercancías cruzan océanos y las crisis financieras se contagian de un continente a otro con una velocidad sorprendente. Por eso, a lo largo de la historia, la humanidad buscó establecer reglas de juego comunes que dieran cierta previsibilidad a las transacciones internacionales. Ese conjunto de acuerdos, prácticas y hegemonías es lo que conocemos como el

sistema monetario internacional (Eichengreen, 2008; Krugman & Obstfeld, 2018).

El patrón oro: la promesa del metal brillante

Durante gran parte del siglo XIX y principios del XX, el mundo se rigió por el patrón oro. La idea era sencilla: cada moneda nacional estaba respaldada por una cantidad determinada de oro. Eso garantizaba que los billetes podían, en teoría, canjearse por el metal precioso (Eichengreen, 2008).

El patrón oro tenía una ventaja poderosa: ofrecía confianza y estabilidad. Nadie dudaba del valor del oro, y eso facilitaba el comercio internacional. Sin embargo, también imponía limitaciones. Un país no podía emitir más dinero que el oro que tenía en sus reservas. En tiempos de crisis, esa rigidez se convertía en un corsé que impedía reaccionar con rapidez (Kindleberger, 1986).

La Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión marcaron el inicio del fin. Los gobiernos necesitaban gastar más de lo que el oro permitía, y muchos abandonaron la convertibilidad. El metal brillante había perdido su trono.

Bretton Woods: el dólar se convierte en rey

Tras la Segunda Guerra Mundial, el mundo necesitaba reconstruirse y evitar el caos monetario que había favorecido la crisis de los años 30. En 1944, representantes de 44 países se reunieron en un pequeño pueblo de Estados Unidos, Bretton Woods, para diseñar un nuevo orden.

El acuerdo fue claro: el dólar estadounidense sería la moneda de referencia mundial, respaldada a su vez en oro a una tasa fija de 35 dólares por onza. El resto de los países vinculaban sus monedas al dólar, que funcionaba como pivote central.

De esa conferencia también nacieron dos instituciones clave: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, que hasta hoy siguen jugando un papel fundamental (IMF, 2023; World Bank, 2023). El sistema de Bretton Woods dio estabilidad durante dos décadas, pero a medida que Estados Unidos comenzó a gastar más —sobre todo con la Guerra de Vietnam y los programas sociales— el oro no alcanzaba para respaldar tantos dólares en circulación. En 1971, el presidente Richard Nixon tomó una decisión histórica: suspendió la convertibilidad del dólar en oro (Steil, 2013). El mundo ingresaba en una nueva era.

Desde los años 70 hasta hoy, vivimos bajo un sistema de tipos de cambio flotantes, donde las monedas se compran y venden en los mercados según la oferta y la demanda (Krugman & Obstfeld, 2018). El dólar siguió siendo la moneda hegemónica, pero ya sin respaldo metálico: su poder radica en la confianza global en la economía de Estados Unidos.

Esto le dio al país un privilegio único: puede emitir la moneda que todos desean. Por eso se habla del “privilegio exorbitante” del dólar (Triffin, 1960). En momentos de crisis, los capitales corren hacia él como refugio seguro, reforzando su posición de liderazgo.

Nuevas tendencias: euro, yuan y monedas digitales

El predominio del dólar no está libre de desafíos. En el año 2000 nació el euro, la moneda común de gran parte de Europa, que se convirtió en un actor fuerte del sistema financiero global. Más recientemente, China ha impulsado el yuan como alternativa, sobre todo en acuerdos comerciales con países asiáticos, africanos y latinoamericanos (Baldwin & Wyplosz, 2022).

A todo esto se suma una novedad disruptiva: las criptomonedas y las monedas digitales de bancos centrales (CBDC). Bitcoin y otros activos digitales plantean la posibilidad de un sistema sin intermediarios ni

gobiernos, mientras que varios Estados —incluida China con su yuan digital— ya experimentan con sus propias versiones oficiales (BIS, 2023).

El sistema monetario internacional está en constante tensión. La hegemonía del dólar parece sólida, pero los cambios tecnológicos, la rivalidad geopolítica entre Estados Unidos y China, y el crecimiento del comercio en monedas alternativas abren interrogantes. (Subacchi, 2016).

¿Seguirá el dólar siendo el “rey” indiscutido? ¿O veremos un mundo más multipolar, donde convivan varias monedas fuertes, quizás apoyadas en tecnologías digitales?

Lo cierto es que, más allá de las respuestas, el dinero internacional seguirá siendo un campo de disputa y negociación. Y entenderlo es clave para anticipar no solo el futuro de las finanzas, sino también los grandes movimientos de la política mundial.

Desafíos y debates actuales

El sistema monetario es como una máquina gigantesca que nunca se detiene. Sin embargo, esa máquina está lejos de ser perfecta: chirría, se recalienta y, cada tanto, amenaza con colapsar. Los desafíos actuales muestran que, aunque el dinero haya evolucionado desde el oro hasta los bytes digitales, los viejos dilemas siguen presentes, ahora bajo nuevas formas (Mishkin, 2019; Stiglitz & Rosengard, 2015).

Inflación: el enemigo silencioso

Pocas palabras generan tanto temor en la economía como inflación. Cuando los precios suben de manera constante, el dinero pierde su capacidad de ser un buen depósito de valor. El salario de hoy vale menos mañana y la gente busca desesperadamente refugios: dólares, bienes duraderos, propiedades, criptomonedas (Krugman & Wells, 2021).

En algunos países, la inflación es un mal crónico —como en Argentina o Venezuela—; en otros, aparece de manera más esporádica, como ocurrió en Estados Unidos y Europa tras la pandemia, cuando los precios se dispararon por la emisión extraordinaria y las disruptivas en las cadenas de suministro. La inflación no solo erosiona bolsillos, también destruye confianza. Y sin confianza, el sistema monetario se tambalea (Blanchard & Johnson, 2017). Relacionado con la inflación aparece el fantasma de la devaluación. Cuando una moneda pierde valor frente al dólar u otras divisas, se produce un efecto dominó: los precios internos suben, los salarios pierden poder de compra y las deudas en moneda extranjera se vuelven más pesadas (Kindleberger, 1986).

La devaluación muchas veces es el reflejo de algo más profundo: desequilibrios estructurales en la economía, falta de confianza en las instituciones o, simplemente, un exceso de emisión sin respaldo. El peso argentino o la lira turca son ejemplos recientes de monedas que luchan contra esta dinámica (Eichengreen, 2008).

Criptomonedas: ¿la revolución del dinero?

En medio de estas tensiones, aparecieron las criptomonedas como una alternativa radical. Bitcoin, Ethereum y muchas otras proponen un sistema monetario descentralizado, sin bancos centrales ni gobiernos de por medio (Narayanan et al., 2016). Para sus defensores, representan la verdadera democratización del dinero. Para sus críticos, son una burbuja especulativa que carece de valor intrínseco.

Lo cierto es que las criptomonedas ya son parte del debate global. Algunos países, como El Salvador, incluso adoptaron al Bitcoin como moneda de curso legal, mientras que otros avanzan en regulaciones estrictas para controlar su uso (BIS, 2023).

Más allá de si reemplazarán o no a las monedas tradicionales, las criptomonedas plantean preguntas profundas: ¿hasta qué punto

confiamos en los gobiernos para manejar el dinero? ¿Y hasta qué punto preferimos confiar en algoritmos y redes descentralizadas? (Ferguson, 2021).

Monedas digitales de bancos centrales (CBDC)

En paralelo, los propios Estados comenzaron a experimentar con monedas digitales oficiales. China lidera con el yuan digital, pero Europa y Estados Unidos también exploran sus versiones. A diferencia de las criptomonedas, estas estarían controladas por los bancos centrales y podrían combinar lo mejor de dos mundos: la rapidez y trazabilidad de lo digital con la estabilidad institucional del dinero fiduciario (BIS, 2023; IMF, 2023).

Las CBDC podrían cambiar la forma en que ahorramos, pagamos e incluso en cómo los bancos comerciales operan. Si cada persona pudiera tener una cuenta directamente en el Banco Central, ¿qué pasaría con los bancos privados? El debate recién empieza, pero promete ser uno de los más intensos de las próximas décadas. (Subacchi, 2016).

Todos estos desafíos llevan a una pregunta central: ¿estamos frente a un cambio de era? El dominio del dólar sigue siendo fuerte, pero el ascenso del yuan, el crecimiento del euro y la aparición de monedas digitales dibujan un mundo más multipolar.

El sistema monetario internacional ya no parece una estructura rígida, sino un tablero en constante movimiento. Cada crisis, cada innovación tecnológica y cada disputa geopolítica lo reconfigura (Eichengreen, 2008; Krugman & Obstfeld, 2018).

En definitiva, el sistema monetario es un espejo de nuestras fortalezas y debilidades colectivas. Entenderlo no es solo aprender de economía: es comprender cómo funciona la base invisible sobre la que se levanta nuestra vida cotidiana. Y quizás, al mirar un billete o revisar el saldo en una aplicación bancaria, recordemos que lo que tenemos en

nuestras manos no es solo dinero: es, en el fondo, un pedazo de confianza compartida (Stiglitz & Greenwald, 2014).

CAPITULO 8

INGRESOS PÚBLICOS

CONTENIDO

El Estado y la economía de todos

Los ingresos públicos

Presión fiscal o tributaria.

Clases de presión fiscal.

Argentina en el mapa global.

La historia de la presión fiscal Argentina

Presión fiscal ampliada de Latinoamérica

Cinco países con mayor presión fiscal ampliada



PODCAST DEL CAPÍTULO

El Estado y la economía de todos

Cuando hablamos de economía, solemos pensar en empresas privadas, consumidores que deciden qué comprar y mercados que ponen precio a todo. Pero hay un actor que nunca está ausente, aunque muchas veces lo naturalizamos: el Estado. No se trata solo de un gobierno de turno, sino de un conjunto de instituciones que cumplen un rol fundamental en la organización de la vida económica y social (Stiglitz & Rosengard, 2015).

El Estado administra recursos que provienen de la sociedad y los transforma en bienes y servicios que, al menos en teoría, deberían mejorar nuestra calidad de vida. Desde la construcción de rutas hasta el financiamiento de hospitales, pasando por la educación pública, la seguridad o el pago de jubilaciones, el sector público está detrás de decisiones que influyen en el día a día de millones de personas (Musgrave & Musgrave, 1989).

Esto abre una discusión que lleva décadas: ¿qué tan grande debe ser el Estado? Hay quienes defienden un Estado mínimo, que solo garantice reglas de juego y seguridad, dejando todo lo demás en manos del mercado. Otros proponen un Estado más activo, capaz de impulsar el desarrollo, redistribuir riqueza y corregir desigualdades. Como suele pasar, la respuesta no es blanco o negro: depende del contexto histórico, político y social de cada país (Keynes, 1936; Friedman, 2002).

Lo cierto es que, nos guste o no, el sector público es un actor central en la economía. Y para entenderlo mejor, conviene desarmarlo en partes: de dónde salen sus recursos, en qué los gasta, qué pasa cuando se gasta más de lo que ingresa, cómo se financia con deuda y cómo planifica todo esto a través del presupuesto nacional.

Los ingresos públicos: de dónde salen los recursos del Estado.

El Estado, a diferencia de una empresa, no produce bienes para vender en un mercado competitivo. Su principal fuente de recursos proviene de la recaudación de impuestos y de otros ingresos como tasas, contribuciones o rentas de empresas públicas (Tanzi & Zee, 2000).

- **Impuestos directos:** son aquellos que se aplican sobre la renta o la riqueza. El Impuesto a las Ganancias en Argentina es un ejemplo claro: grava directamente los ingresos de personas y empresas. Otro caso es el Impuesto sobre Bienes Personales, que recae sobre el patrimonio (AFIP, 2024).
- **Impuestos indirectos:** se aplican al consumo o a las transacciones. El IVA (Impuesto al Valor Agregado) es el más conocido: cada vez que compramos un producto, una parte de lo que pagamos va al Estado. Estos impuestos suelen ser criticados porque afectan más a quienes destinan la mayor parte de su ingreso al consumo, es decir, a los sectores de menores recursos (Stiglitz, 2019).
- **Contribuciones sociales:** incluyen los aportes que realizan trabajadores y empleadores a la seguridad social, que luego financian jubilaciones, pensiones, asignaciones familiares y seguros de desempleo (OIT, 2024).
- **Otros ingresos:** el Estado también puede obtener recursos de empresas públicas (como YPF en Argentina o Petrobras en Brasil), de la renta de recursos naturales o de tasas que se cobran por determinados servicios (patentes, peajes, etc.) (OIT, 2024).

El eterno dilema está en la presión tributaria, es decir, cuánto recauda el Estado en relación al tamaño de la economía. Si es demasiado baja, el Estado no puede financiar adecuadamente servicios esenciales. Si

es muy alta, puede desincentivar la inversión, la producción y hasta fomentar la evasión fiscal. En Argentina, la presión tributaria es un tema de debate constante, ya que el sistema impositivo es complejo, con una gran cantidad de tributos que, muchas veces, recaen de manera desigual sobre los distintos sectores sociales y productivos (Cetrángolo & Gómez Sabaini, 2018).

Los tributos en Argentina en 2025

Cuando se habla del sistema tributario argentino, lo primero que sorprende es la cantidad de tributos que existen. En 2025 se identificaron nada menos que 155 impuestos, tasas y contribuciones distribuidos entre los tres niveles de gobierno: nacional, provincial y municipal (AFIP, 2025; CIPPEC, 2025). Sin embargo, aunque la lista parece interminable, la realidad es que la recaudación efectiva está altamente concentrada en unos pocos tributos.

La recaudación consolidada de 2025 equivale al 29,2 % del PBI. Y dentro de ese total, apenas una docena de tributos explican casi todo. De hecho, ocho de ellos aportan por sí solos el 85 % de la recaudación. Encabeza la lista el IVA, con una participación del 24 % de la recaudación total, lo que equivale a alrededor de un 7 % del PBI. Le siguen los aportes y contribuciones a la seguridad social, que representan el 19 %, equivalentes a un 5,6 % del PBI. El tercer gran pilar es el impuesto a las ganancias, que en conjunto explica el 17 % de lo recaudado. Aquí conviene hacer una distinción: el 40 % proviene de las personas físicas (\approx 2 % del PBI), mientras que el 60 % restante corresponde a las empresas o personas jurídicas (\approx 3 % del PBI). En otras palabras, el aporte empresarial es mayor, aunque ambos segmentos son esenciales para sostener al fisco (Ministerio de Economía, 2025).

A nivel provincial, el gran protagonista es el impuesto a los ingresos brutos, que con un 14 % de participación equivale a 4,1 % del PBI. Se

trata del principal recurso de las provincias y, aunque muchas veces criticado por su efecto distorsivo sobre la actividad económica, sigue siendo su sostén más firme (Cetrángolo & Gómez Sabaini, 2018).

Completan el cuadro dos impuestos nacionales que, aunque más chicos, tienen un peso significativo: el impuesto a los débitos y créditos bancarios (conocido como “impuesto al cheque”), que aporta el 6 % de la recaudación total, equivalente a 1,8 % del PBI; y los derechos de exportación, que representan el 5 %, es decir, alrededor de 1,5 % del PBI (BID, 2023; CEPAL, 2024).

Si a todo esto se suman tributos como los impuestos a los combustibles, la Tasa de Seguridad e Higiene municipal, los derechos de importación y algunos impuestos internos coparticipados, se alcanza el 94 % de la recaudación total. El resto, más de un centenar de tributos, apenas tiene un peso marginal en términos de ingresos fiscales (AFIP, 2025).

Ahora bien, no solo son pocos los impuestos que sostienen al sistema, sino que también son pocos los contribuyentes que aportan la mayor parte de los recursos. Según los datos oficiales, apenas 1.000 CUITs concentran el 40 % de la recaudación nacional y 11.000 CUITs explican alrededor del 70 %. Si se mira la recaudación consolidada (sumando Nación, provincias y municipios), esos mismos 1.000 contribuyentes explican al menos el 40 % de todo lo que se recauda en el país, y los 11.000 alcanzan el 56 %. Esto muestra hasta qué punto el sistema depende de un grupo reducido de grandes empresas y de personas con muy altos ingresos (Ministerio de Economía, 2025).

Por último, vale destacar cómo se reparte lo recaudado entre los distintos niveles del Estado.

De cada 100 pesos que entran por tributos en 2025

- 25,7 quedan en el Tesoro Nacional,
- 28,1 van a la ANSES,

- 33,7 se distribuyen entre provincias y la Ciudad de Buenos Aires y,
- 12,5 llegan a los municipios.⁴ (CIPPEC, 2025).

Idea central: Aunque Argentina tenga 155 tributos, el sistema depende de muy pocos. Y, además, una parte mínima de contribuyentes concentra la mayor parte de la recaudación. El IVA, las ganancias, los aportes y contribuciones, los ingresos brutos, los débitos y créditos bancarios y los derechos de exportación son los verdaderos motores que financian al Estado.

El siguiente recuadro resumen muestra cual es la ponderación de cada impuesto sobre el total de lo recaudado y que porcentaje representa del PBI.

⁴ https://www.iaraf.org/index.php/informes-economicos/carga-tributaria-provincial-y-municipal/637-informe-economico-2025-05-25?utm_source=chatgpt.com

Tributo	Participación en la recaudación total (%)	Recaudación sobre PBI (%)
IVA	24 %	7,0 %
Aportes y Contribuciones SS	19 %	5,6 %
Ganancias – Personas Físicas	6,8 %	2,0 %
Ganancias – Personas Jurídicas	10,2 %	3,0 %
Ingresos Brutos (provincial)	14 %	4,1 %
Débitos y Créditos Bancarios	6 %	1,8 %
Derechos de Exportación	5 %	1,5 %
Otros (combustibles, TISH, internos...)	10 %	2,9 %
Total consolidado	100 %	29,2 %

Fuente: Elaboración propia en base a datos de AFIP (2025), Ministerio de Economía (2025), CIPPEC (2025) y CEPAL (2024).

Presión fiscal o tributaria.

La presión fiscal —también llamada presión tributaria— es un indicador que mide cuánto esfuerzo hace la sociedad en su conjunto para sostener al Estado a través de los impuestos. Se calcula como la relación entre el total de la recaudación tributaria y el Producto Bruto Interno (PBI) de un país (CEPAL, 2024; OCDE, 2023).

En palabras simples: nos dice qué proporción de toda la riqueza que genera la economía en un año termina en manos del Estado mediante el cobro de tributos.

Por ejemplo, si la presión tributaria es del 30 %, significa que, de cada 100 pesos que produce la economía, 30 van destinados a financiar al sector público (Nación, provincias y municipios).

La presión fiscal es un termómetro del tamaño del Estado y de la carga impositiva que soportan ciudadanos y empresas. No solo mide cuánto se recauda, sino también abre el debate sobre qué tan eficiente y justo es ese uso de los recursos públicos (Cetrángolo & Gómez Sabaini, 2018; BID, 2023).

Clases de presión fiscal

Cuando se habla de presión fiscal, muchos piensan que se trata de un único número, pero en realidad existen varias formas de medirla. Cada una nos cuenta algo distinto sobre la relación entre los impuestos y la economía (CIPPEC, 2025).

-Presión fiscal legal o normativa.

Es la carga teórica que marcan las leyes. Si sumamos todas las alícuotas de IVA, Ganancias, aportes a la seguridad social y demás tributos, obtenemos cuánto “debería” pagar un ciudadano o una empresa si cumpliera todo al pie de la letra.

En la práctica, nadie paga exactamente eso, porque existen deducciones, exenciones y, por supuesto, evasión.

-Presión fiscal efectiva o recaudada.

Es la que más se usa y la que aparece en los informes internacionales. Se calcula como la recaudación real de impuestos en un año, medida en relación al PIB. Por ejemplo: si el Estado recauda 27 pesos de impuestos en una economía que produce 100, la presión fiscal es del 27 %. Es el indicador más “fotográfico”, porque muestra lo que efectivamente se pagó (OCDE, 2023; AFIP, 2025).

-Presión fiscal nacional.

Aquí hablamos solo de los impuestos que recauda el Gobierno Nacional a través de la AFIP y otros organismos. Incluye tributos

como el IVA, el Impuesto a las Ganancias, el Impuesto al Cheque y los Derechos de Exportación e Importación. Sirve para medir cuánto dinero pasa por las arcas de la Nación, pero deja afuera lo que cobran provincias y municipios (Ministerio de Economía, 2025).

-Presión fiscal consolidada.

Es la mirada más completa: suma lo que cobra la Nación, lo que cobran las provincias (Ingresos Brutos, Sellos, Inmobiliario, Automotor) y lo que recaudan los municipios (tasas de alumbrado, barrido, limpieza, seguridad e higiene, entre otras). En Argentina, la consolidada es más alta que la nacional, porque agrega toda la “capa” de impuestos subnacionales

Va un paso más allá: además de impuestos, incluye aportes y contribuciones a la seguridad social (jubilación, obra social, ART). Es la que sienten con más crudeza las empresas cuando miran el “costo laboral total”, porque allí ven no solo impuestos, sino también cargas sociales (CIPPEC, 2025; CEPAL, 2024).

-Presión fiscal sectorial.

Finalmente, está la lupa por sectores: cuánto paga el agro, cuánto la industria, cuánto los asalariados, cuánto las pymes. Este análisis permite ver si la carga está equilibrada o si algunos sectores cargan con un peso mayor que otros.

Como ves, hablar de presión fiscal no es hablar de un número único, sino de diferentes medidas que nos muestran distintas caras de la misma realidad. La más utilizada en los debates públicos es la efectiva y consolidada, porque es la que mejor refleja cuánto de la riqueza de un país se queda el Estado a través de los impuestos (Cetrángolo & Gómez Sabaini, 2018).

Tipo de presión fiscal	Definición	% del PIB estimado 2025	Ejemplos incluidos
Nacional (AFIP)	Recaudación de impuestos administrados por el Gobierno Nacional.	27 %	IVA, Ganancias, Cheque, Derechos de Exportación e Importación.
Consolidada	Suma de Nación + Provincias + Municipios.	32 %	Nacionales + Ingresos Brutos, Inmobiliario, Automotor, Tasas municipales.
Ampliada (carga tributaria total)	Impuestos + contribuciones obligatorias a la seguridad social.	36 %	Todos los anteriores + aportes y contribuciones patronales.
Legal o normativa	Carga teórica según las leyes vigentes, sin evasión ni moratorias.	40 %	Alícuotas plenas de IVA, Ganancias, aportes, etc.
Sectorial (campo, industria,pymes, asalariados)	Carga tributaria medida por sector de la economía.	De 15 %- 45 %	Campo (retenciones), industria (Ingresos Brutos), asalariados (Ganancias + aportes).

Fuente: Elaboración propia en base a datos de AFIP (2025), Ministerio de Economía (2025), CEPAL (2024), OCDE (2023) y CIPPEC (2025).

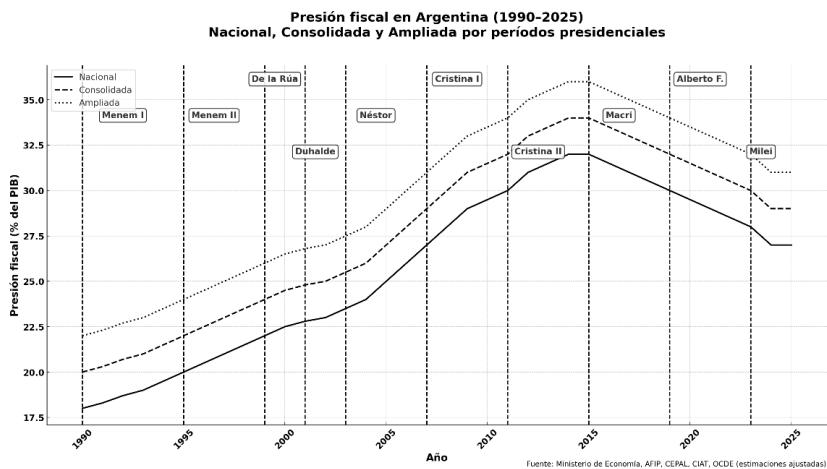
Argentina en el mapa global

La presión tributaria de un país —es decir, la recaudación total en proporción al PBI— nos muestra el alcance real del Estado sobre la economía. En 2023, Argentina registró una presión fiscal consolidada del 27,8 % del PBI, ubicándose por encima del promedio latinoamericano (21,3 %), pero todavía por debajo del promedio de los países de la OCDE 33,9 % y especialmente de muchas naciones europeas por encima del 40 % (CEPAL, 2024; OCDE, 2023; AFIP, 2025).

Esta comparación resalta una paradoja: aunque en Argentina se suele decir que “se paga mucho”, su presión tributaria está por debajo de muchos países desarrollados que ofrecen servicios públicos más integrales, gratuitos o universales -salud, educación, seguridad, pensiones- (Cetrángolo & Gómez Sabaini, 2018).

Es una llamada a pensar más allá del porcentaje: ¿se recauda mucho o poco en relación con la calidad de los servicios? Esa es una discusión clave -y muy presente en el debate tributario argentino- (Ministerio de Economía, 2025; CIPPEC, 2025).

Evolución de la presión fiscal nacional consolidada y ampliada



Fuente: Ministerio de Economía, AFIP, CEPAL, CIAT, OCDE.

Presidente	Años	Nacional (inicio-fin)	Consolidada (inicio-fin)	Ampliada (inicio-fin)
Menem I	1990–1994	18 → 19.5	22 → 23.5	26 → 27.5
Menem II	1995–1999	20 → 22	24 → 26	28 → 30
De la Rúa	1999–2001	22.5 → 23	26.5 → 27	30.5 → 31
Duhalde	2002–2003	23.5 → 24.5	27.5 → 28.5	31.5 → 32.5
Néstor Kirchner	2003–2007	25 → 29	29 → 33	33 → 37
Cristina I	2007–2011	29.5 → 32	33.5 → 35.5	37.5 → 39.5
Cristina II	2011–2015	32 → 30.5	36 → 34.5	40 → 38.5
Macri	2015–2019	30 → 29	34 → 33	38 → 37
Alberto F.	2019–2023	29 → 28	33 → 32	37 → 36
Milei	2024–2025	27 → 27	31 → 30	35 → 33

Fuente: Elaboración propia en base a Ministerio de Economía, AFIP, CEPAL, CIAT, OCDE.

La historia de la presión fiscal consolidada en Argentina.

Hablar de la presión fiscal en Argentina es, en cierto modo, contar la historia de cómo el Estado fue buscando recursos para sostenerse en medio de cambios económicos, crisis y bonanzas. No fue una línea recta: hubo etapas de ascenso, de estancamiento y de retroceso. Cada gobierno dejó su marca, empujando hacia arriba o conteniendo la carga impositiva, según el contexto que le tocó vivir (Cetrángolo & Gómez Sabaini, 2018; Ministerio de Economía, 2025).

Durante el primer gobierno de Carlos Menem (1990–1994), la presión fiscal consolidada se movía en niveles bajos, apenas por encima del 22 % del PIB. El Plan de Convertibilidad había logrado bajar la inflación y dar estabilidad, pero esa misma estrategia se apoyaba en privatizaciones que redujeron ingresos, y en un sistema tributario todavía con alta evasión. Las provincias tampoco tenían la fuerza recaudatoria que luego desarrollarían. Fue, en esencia, un período de

ordenamiento macroeconómico más que de expansión tributaria (Basualdo, 2019).

En el segundo mandato de Menem (1995–1999) la recaudación comenzó a mejorar lentamente. Se modernizó la AFIP, el IVA amplió su alcance y el impuesto a las Ganancias ganó peso. Las provincias también se volcaron más a cobrar Ingresos Brutos, su principal fuente de ingresos. Sin embargo, el final de la década trajo desempleo y recesión, lo que impidió que la presión fiscal creciera más. El aumento existió, pero fue moderado (CEPAL, 2024).

Con Fernando de la Rúa (1999–2001), el escenario fue sombrío. La economía en recesión limitó la recaudación y los intentos de subir impuestos —como el “impuestazo” de Machinea— apenas alcanzaron para sostener la presión en torno al 27 % del PIB. Había más voluntad que capacidad: la crisis estructural del modelo convertibilidad dejaba poco margen para aumentar la carga (Ministerio de Economía, 2025).

La crisis estalló y con Eduardo Duhalde (2002–2003) se produjo un fenómeno particular: a pesar del derrumbe social y económico, la presión fiscal subió. La clave estuvo en la devaluación y en las nuevas herramientas impositivas. Apareció el impuesto al cheque, que capturaba transacciones financieras incluso en medio de la recesión, y las retenciones a las exportaciones, especialmente del agro, se convirtieron en una fuente central de ingresos. El Estado, en medio del caos, encontró tributos que serían determinantes en la década siguiente (AFIP, 2025).

Con la llegada de Néstor Kirchner (2003–2007), la presión fiscal consolidada vivió una expansión fuerte. La economía crecía a tasas chinas, los precios internacionales de la soja y otros commodities estaban en alza, y la AFIP intensificaba controles. El IVA y Ganancias se expandieron de la mano del consumo y el empleo, y las retenciones aportaban una base sólida. En pocos años, la presión saltó de 29 % a

33 % del PIB. Fue el momento en que la Argentina alcanzó niveles comparables a países desarrollados en términos de carga tributaria. El primer mandato de Cristina Fernández de Kirchner (2007–2011) empujó todavía más arriba la recaudación, hasta alcanzar niveles récord de 35–36 %. A pesar de la crisis internacional de 2009, el Estado argentino sostuvo ingresos gracias al campo y a un aparato de control fiscal más sofisticado. Fue el punto más alto de la presión tributaria en la historia contemporánea (OCDE, 2023).

Pero el segundo gobierno de Cristina (2011–2015) mostró un cambio de tendencia. La economía se estancó, la inflación se disparó, las exportaciones cayeron y las retenciones perdieron fuerza. El famoso “cepo cambiario” y la pérdida de dinamismo económico marcaron el inicio de un retroceso leve pero sostenido. La presión fiscal consolidada comenzó a bajar, acompañando la falta de crecimiento (Cetrángolo & Gómez Sabaini, 2018).

Con Mauricio Macri (2015–2019), el descenso se acentuó, aunque sin transformaciones estructurales. Su gobierno redujo o eliminó algunas retenciones para estimular al campo y la industria, y aunque se intentó simplificar el sistema, la recaudación nacional se achicó. Las provincias mantuvieron Ingresos Brutos, pero el conjunto de la presión fiscal bajó levemente (CIPPEC, 2025).

El gobierno de Alberto Fernández (2019–2023) comenzó con un escenario de presión todavía alta, en torno al 33 % del PIB, pero la pandemia del 2020 golpeó fuerte la actividad económica. El Estado reaccionó creando nuevos tributos, como el impuesto PAÍS y contribuciones extraordinarias, que compensaron parcialmente la caída, pero el estancamiento económico no permitió sostener el nivel previo. Al final de su mandato, la presión consolidada estaba más cerca del 32 % (Ministerio de Economía, 2025; AFIP, 2025).

Finalmente, con la llegada de Javier Milei (2024–2025), el panorama cambió radicalmente: con un programa de ajuste, reducción del gasto

y promesas de simplificación tributaria, la presión consolidada se estima en torno al 30 % del PIB. Todavía elevada en comparación internacional, pero claramente por debajo de los picos alcanzados en la década kirchnerista.

- Años '90: baja presión y evasión, con un leve aumento al modernizarse el sistema.
- 2000–2011: fuerte suba gracias a crecimiento, commodities y nuevos impuestos.
- 2012–2023: estancamiento y retroceso moderado por crisis y menor dinamismo.
- 2024 en adelante: ajuste y tendencia a la baja.

Presión fiscal ampliada de los países latinoamericanos.

País	Presión fiscal ampliada (% PIB)
Argentina	36 %
Brasil	33 %
Uruguay	29 %
Bolivia	25 %
Colombia	23 %
Chile	22 %
Ecuador	20 %
Perú	18 %
Paraguay	14 %
Venezuela	9 %

Fuente: FMI

Principales cinco países con mayor presión fiscal ampliada del mundo.

	País	Presión Fiscal (% del PIB)
1	Francia	51,5 %
2	Suecia	46,8 %
3	Italia	46,6 %
4	Belgica	44.8%
5	Noruega	41,8 %

Fuente:FMI

CAPITULO 9

GASTO PÚBLICO

CONTENIDO

Introducción.

Concepto y función del gasto público.

Clasificación del gasto público.

Gasto público nacional y gasto consolidado.

Evolución del gasto público en Argentina.

Comparación internacional del gasto público

Debate sobre el gasto público.

Impacto macroeconómico del gasto público.

Casos y ejemplos prácticos

Desafíos y perspectivas futuras.

Conclusión.



PODCAST DEL CAPÍTULO

Introducción.

Hablar de gasto público es, en definitiva, hablar de cómo el Estado transforma los recursos que recauda en bienes y servicios para la sociedad. Cada vez que viajamos por una ruta, llevamos a un hijo a la escuela pública, recibimos atención en un hospital, encendemos la luz con tarifas subsidiadas o cobramos una jubilación, estamos siendo parte del resultado concreto de esa enorme maquinaria que se conoce como “gasto público”.

Sin embargo, detrás de esa idea sencilla se esconde una de las cuestiones más complejas y debatidas de la economía: ¿en qué debe gastar un Estado, ¿cuánto debe gastar y cómo financiarlo?. Estas preguntas no son técnicas únicamente, también son políticas y sociales. No es lo mismo destinar más recursos a salud y educación que a defensa o a pagar intereses de la deuda. Tampoco es lo mismo sostener un nivel de gasto con impuestos, con emisión monetaria o con endeudamiento.

El gasto público cumple varias funciones esenciales:

- Provisión de bienes y servicios públicos: desde la seguridad hasta la justicia, pasando por infraestructura y programas sociales.
- Redistribución del ingreso: a través de jubilaciones, pensiones, subsidios y programas de asistencia.
- Estabilización macroeconómica: en tiempos de crisis, el Estado puede aumentar el gasto para sostener la actividad y el empleo, mientras que en tiempos de auge debería moderarlo para evitar recalentamientos.

En la práctica, estas funciones se combinan y se tensan. En la Argentina, por ejemplo, el gasto social tiene un peso preponderante: casi la mitad de cada peso que gasta el Estado va a jubilaciones y

programas sociales. En contraste, la inversión en infraestructura —aunque necesaria para el desarrollo de largo plazo— suele quedar relegada cuando los recursos escasean.

A lo largo de la historia, el tamaño y el rol del gasto público fueron cambiando según las ideas dominantes y las circunstancias. Hubo momentos de Estado mínimo, como en los años noventa, donde se promovía la eficiencia del mercado y se reducía la intervención estatal. Y hubo otros momentos de Estado expansivo, como tras la crisis de 2001 o durante la pandemia, en los que el gasto fue la herramienta principal para contener el impacto social y económico.

La pregunta que nos acompañará a lo largo de este capítulo es, entonces: ¿cómo lograr un gasto público que sea sostenible, eficiente y socialmente justo?. No se trata solo de números, sino de un debate profundo sobre qué tipo de sociedad queremos construir.

Concepto y función del gasto público.

El gasto público puede sonar a una idea abstracta, casi lejana, como si se tratara de un término técnico reservado a economistas y contadores del Estado. Pero en realidad está mucho más cerca de nuestra vida cotidiana de lo que imaginamos. Cada vez que una persona recibe una beca estudiantil, un adulto mayor cobra su jubilación, una familia viaja por una ruta construida con fondos públicos o un barrio enciende las luces de su plaza, allí está presente el gasto público (Musgrave & Musgrave, 1989; Stiglitz & Rosengard, 2015).

¿Qué es el gasto público?

En términos sencillos, es todo desembolso de dinero realizado por el Estado —sea nacional, provincial o municipal— para cumplir sus funciones. Es la contracara del ingreso público: mientras los ingresos provienen principalmente de impuestos, contribuciones y deuda, el

gasto refleja la manera en que esos recursos vuelven a la sociedad (Mankiw, 2020).

El gasto público no es homogéneo ni uniforme. Se distribuye en miles de partidas: sueldos de docentes y médicos, equipamiento para hospitales, programas de asistencia social, inversión en ciencia y tecnología, mantenimiento de tribunales, defensa nacional, subsidios al transporte, entre muchos otros.

Funciones del gasto público.

En la teoría económica, el gasto público cumple tres grandes funciones que, aunque parecen simples, están en constante tensión. (Musgrave, 1959; Keynes, 1936):

1. Provisión de bienes y servicios públicos: El mercado por sí solo no siempre garantiza que todos accedan a bienes esenciales. La educación, la salud, la justicia o la seguridad no se pueden dejar libradas exclusivamente a la lógica de la oferta y la demanda. El Estado, a través del gasto, asegura que estos bienes y servicios lleguen a la población en condiciones más igualitarias.
2. Redistribución del ingreso: No todos los ciudadanos parten de las mismas oportunidades. Para reducir esas desigualdades, el Estado utiliza el gasto como herramienta redistributiva: jubilaciones, pensiones, becas, asignaciones familiares, planes sociales y subsidios forman parte de este mecanismo. En Argentina, este componente es especialmente significativo, ya que más de la mitad del gasto consolidado se dirige a seguridad social.
3. Estabilización macroeconómica: En tiempos de recesión o crisis, el gasto público puede funcionar como un “salvavidas” que sostiene la demanda agregada. Si las familias consumen menos y las empresas invierten poco, el Estado puede

compensar ese vacío aumentando el gasto. A la inversa, en tiempos de auge debería moderarlo para evitar presiones inflacionarias o desequilibrios. Esta función, inspirada en las ideas de John Maynard Keynes, se volvió central en el siglo XX y sigue marcando debates actuales.

Un ejemplo. Imaginemos que una provincia decide construir un hospital. Ese gasto cumple simultáneamente varias funciones: Provisión de un servicio esencial (atención médica gratuita). Redistribución (la población más vulnerable accede a un servicio que no podría pagar en el mercado privado). Estabilización (la obra genera empleo, demanda materiales y dinamiza la economía local). Este ejemplo muestra que el gasto público rara vez tiene un solo propósito: es multidimensional y atraviesa distintos planos de la vida económica y social (Stiglitz, 2019).

Clasificación del gasto público.

Para entender mejor en qué se utiliza el dinero del Estado, conviene ordenar el gasto en distintas categorías. Estas clasificaciones no son meros tecnicismos: ayudan a visualizar prioridades, detectar desequilibrios y comparar entre países y períodos históricos (Rosen & Gayer, 2021).

a) Segundo su naturaleza económica.

1. Gasto corriente. Es el que permite el funcionamiento diario del Estado. Incluye sueldos de empleados públicos, jubilaciones y pensiones, compras de insumos, subsidios y transferencias. Es, en definitiva, el “gasto de todos los días”. Ejemplo: el pago de salarios a los docentes de una escuela pública o los medicamentos que compra un hospital.
2. Gasto de capital. Son las erogaciones destinadas a crear o mejorar bienes duraderos: rutas, hospitales, redes eléctricas,

viviendas sociales, obras de saneamiento. Este gasto genera beneficios a futuro, porque incrementa el stock de capital de la sociedad. Ejemplo: la construcción de la represa hidroeléctrica en Santa Cruz o la extensión de gasoductos.

<u>Tipo de gasto</u>	<u>% del total</u>
Gasto Corriente	96,3 %
Gasto de capital	3,7 %
Total	100 %

Fuente: Elaboración propia.

b) Según su finalidad funcional.

El gasto público también se clasifica por la función que cumple:

- Educación: salarios docentes, infraestructura escolar, becas.
- Salud: hospitales, vacunación, programas de prevención.
- Seguridad social: jubilaciones, pensiones, asignaciones familiares.
- Defensa y seguridad: fuerzas armadas y policiales.
- Infraestructura y transporte: rutas, trenes, subtes, subsidios al transporte público.
- Deuda pública: pago de intereses y amortizaciones.
- Otros: ciencia, tecnología, cultura, medio ambiente.

Esta mirada permite ver con claridad hacia dónde se orientan las prioridades de cada gobierno. Un país que invierte más en educación apuesta a capital humano; uno que concentra en defensa revela otra lógica de política pública (Stiglitz & Rosengard, 2015; Musgrave & Musgrave, 1989).

c) Según el nivel de gobierno.

En sistemas federales, como el argentino, es clave distinguir quién gasta:

- Nación: concentra el pago de jubilaciones, defensa, deuda y subsidios económicos.
- Provincias: tienen gran peso en educación y salud.
- Municipios: se ocupan de servicios locales como alumbrado, barrio, limpieza, seguridad urbana o pequeñas obras públicas.

En Argentina, el gasto consolidado muestra que, aunque la Nación maneja una gran parte del presupuesto, las provincias y municipios cumplen un rol fundamental en áreas que afectan directamente la vida diaria de las personas (Ministerio de Economía, 2024).

Podemos pensar al gasto público como una pirámide:

- En la base está el gasto corriente (masivo y constante).
- En el medio, el gasto de capital (menos frecuente pero decisivo para el desarrollo).
- En la cima, la división por funciones y niveles de gobierno, que revela la orientación de las políticas (Rosen & Gayer, 2021).

Gasto público nacional y gasto público consolidado.

Cuando hablamos de gasto público, muchas veces se comete el error de pensar que se trata de una sola cosa, un único “bolsón” de recursos que maneja el Estado argentino. Pero en realidad, existen distintas maneras de medirlo. Dos de las más importantes son el gasto público nacional y el gasto público consolidado, y entender la diferencia entre ambos es clave para no confundirnos (Mankiw, 2020).

El gasto público nacional hace referencia exclusivamente a lo que gasta el Gobierno Nacional, es decir, la administración central del país. Allí se incluyen los ministerios, organismos descentralizados, las empresas públicas bajo control de la Nación y programas como las jubilaciones o asignaciones familiares que maneja la ANSES. Dicho de otro modo, es lo que surge directamente del presupuesto aprobado

en el Congreso y ejecutado por la Casa Rosada y sus dependencias. Cuando en los medios se habla de “ajuste fiscal” o de cuánto gasta el Gobierno, generalmente se refieren a este nivel.

Pero la vida cotidiana de los argentinos no depende solo de esas cuentas nacionales. La educación pública primaria y secundaria, la atención en hospitales provinciales, la seguridad en las calles y hasta la recolección de basura en tu barrio están financiadas por provincias y municipios. Y eso también es gasto público, aunque no figure en el presupuesto nacional.

Ahí entra en juego el concepto de gasto público consolidado. Esta medida suma lo que gastan los tres niveles de gobierno: Nación, provincias y municipios. Además, elimina las duplicaciones: si la Nación transfiere fondos a una provincia para salud o educación, no se cuenta dos veces, sino una sola, en el lugar donde efectivamente se gastan (CEPAL, 2024).

Por eso, cuando uno quiere entender el peso real del Estado en la economía, el dato que importa es el del gasto consolidado. Allí aparecen reflejados los recursos que efectivamente utiliza el sector público en su conjunto, sin importar si la decisión final la tomó un ministro en Buenos Aires, un gobernador en el interior o un intendente en un municipio pequeño.

La diferencia no es menor: mientras que el gasto nacional suele rondar el 20% del PBI, el consolidado llega a estar entre el 35% y el 40% del PBI. Esa brecha muestra la magnitud del Estado argentino cuando se lo observa en toda su extensión territorial.

En síntesis, el gasto nacional nos ayuda a entender las decisiones del Gobierno central y cómo estas impactan en las cuentas públicas de la Nación. En cambio, el gasto consolidado nos da una fotografía completa del Estado en su conjunto y de la carga que implica para la economía. Ambos datos son necesarios, pero sirven para responder preguntas diferentes: uno apunta a la política fiscal de la Casa Rosada,

el otro a la verdadera dimensión del Estado argentino en la vida económica y social del país.

Cuando se analiza en qué se gasta el dinero del Estado argentino, lo primero que hay que entender es que cada nivel de gobierno tiene responsabilidades diferentes. La Nación, las provincias y los municipios no se ocupan de lo mismo, y por eso sus presupuestos se orientan a rubros distintos.

El gasto total consolidado nación provincia y municipio para el año 2024 se estima en 33,5% del PBI⁵

Gasto según niveles	En % del consolidado	En % del PBI
Gasto nacional.	54 %	18.09 %
Gasto provincial.	38 %	12.73 %
Gasto municipal.	8 %	2.68 %
TOTAL	100%	33.5%

Fuente: Ministerio de Economía (2024).

El gobierno nacional.

La Nación concentra más de la mitad del gasto consolidado, aproximadamente 54 % del total consolidado. Expresado en % del pbi sería 18.09 %. Sus principales rubros son (Ministerio de Economía, 2024):

- Jubilaciones y pensiones: la ANSES administra el sistema previsional y representa el mayor gasto del Estado nacional.; Programas sociales y transferencias a familias: como la Asignación Universal por Hijo (AUH) o las becas Progresar 45%. (8.14 % PBI).
- Subsidios económicos: sobre todo a la energía (electricidad, gas) y al transporte 20%. (3.61 % PBI).

⁵ IAFRA. https://iaraf.org/index.php/informes-economicos/area-fiscal/608-informe-economico-2024-12-10?utm_source=chatgpt.com

- Defensa, seguridad y justicia federal: mantenimiento de las Fuerzas Armadas, Policía Federal, Gendarmería y el Poder Judicial de la Nación 10%, (1.8 % PBI)
- Salud y educación nacional. 8%. (1.44% PBI)
- Obra pública nacional: infraestructura vial, viviendas y proyectos estratégicos. 7%, (1.2 %PBI)
- Otros gastos 10%, (1.8 % PBI)

En otras palabras, la Nación gasta sobre todo en seguridad social, asistencia social y subsidios, áreas que se financian principalmente con impuestos nacionales como el IVA y el Impuesto a las Ganancias.

Las Provincias

Las provincias representan alrededor del 38 % del gasto total consolidado, lo que representa 12.73 % PBI. Su presupuesto se concentra en funciones muy ligadas a la vida cotidiana (CEPAL, 2024):

- Educación: salarios de docentes, mantenimiento de escuelas, programas educativos 40%. (5.09 % PBI).
- Salud pública: hospitales provinciales, centros de atención primaria y programas sanitarios 20%, (2.54% PBI)
- Seguridad: policías provinciales, servicios penitenciarios 15%, (1.9 % PBI)
- Administración pública provincial: pago de salarios y funcionamiento de organismos locales 10%, (1.27 % PBI).
- Obras públicas provinciales: rutas, hospitales, viviendas, infraestructura local 10%, (1.27% PBI)

En resumen, las provincias son responsables de las áreas que más impacto tienen en la calidad de vida diaria: escuelas, hospitales y policías.

Los Municipios

Por su parte, los municipios explican cerca del 8 % del gasto consolidado, 2.68 % PBI. Aunque su peso es menor en comparación con Nación y provincias, son los que están más cerca de la gente. Sus funciones principales son (Ministerio del Interior, 2024):

- Servicios urbanos: recolección de residuos, alumbrado, mantenimiento de calles 45%, (1.2 % PBI)
- Infraestructura local: pavimentación, plazas, cloacas, agua potable 25%, (0.67% PBI).
- Salud primaria y educación inicial en algunos casos 10%, (0.26 % PBI).
- Acción social local: comedores, programas para adultos mayores y niñez 15%. (0.39 % PBI).
- Administración local 5%, (0.13% PBI)

En pocas palabras, los municipios se ocupan de los servicios básicos de la vida en comunidad

Proporciones aproximadas del gasto consolidado

Nación: 54%; Provincias: 38%; Municipios: 8%

Estas proporciones pueden variar un poco según el año, pero la tendencia se mantiene estable:

- La Nación paga principalmente jubilaciones, programas sociales y subsidios.
- Las provincias financian educación, salud y seguridad.
- Los municipios sostienen los servicios urbanos básicos.

Entre los tres niveles conforman un Estado grande y complejo, donde la Nación concentra los recursos más pesados, pero provincias y municipios son las que garantizan el contacto directo con la ciudadanía.

**Gasto publico Consolidado por rubros de importancia como % del PBI y
del gasto acumulado**

Nivel de Gobierno	Rubro	Puntos del PBI	Acumulado (puntos del PBI)
Nación	Seguridad Social	8.14	8.14
Provincias	Educación	5.09	13.23
Nación	Subsidios económicos	3.61	16.84
Provincias	Salud pública	2.54	19.38
Provincias	Seguridad provincial	1.9	21.28
Nación	Otros	1.8	23.08
Nación	Salud y educación nacional	1.44	24.52
Provincias	Administración y otros	1.27	25.79
Provincias	Obra pública provincial	1.27	27.06
Nación	Obra pública nacional	1.22	28.28
Municipios	Servicios urbanos	1.21	29.49
Nación	Defensa/Justicia/Seguridad federal	1.08	30.57
Municipios	Obras locales	0.67	31.24
Municipios	Acción social	0.39	31.63
Municipios	Salud primaria y educación inicial	0.26	31.89
Municipios	Administración local	0.13	32.02

Fuente. Elaboración propia.

Evolución histórica del gasto público en Argentina.

La evolución del gasto público en la Argentina es una ventana para comprender no solo la economía, sino también las prioridades políticas, los modelos de desarrollo y las tensiones sociales de cada época. No existe un único patrón: el tamaño y la composición del gasto han oscilado con cada crisis, cada ciclo de crecimiento y cada gobierno (Stiglitz & Rosengard, 2015; Ministerio de Economía, 2024).

➤ **1990–2001: el experimento de la convertibilidad.**

En los años noventa, bajo la presidencia de Carlos Menem y luego Fernando de la Rúa, el gasto público consolidado rondaba el 25–27% del PBI, un nivel relativamente bajo en comparación con la historia argentina reciente. La filosofía era la de un Estado mínimo, en línea con las reformas estructurales impulsadas por el Consenso de Washington: privatización de empresas públicas, apertura comercial, descentralización de funciones hacia provincias y búsqueda de equilibrio fiscal.

El gasto en seguridad social se contuvo mediante la creación del sistema privado de jubilaciones (las AFJP), mientras que los subsidios económicos prácticamente desaparecieron. Sin embargo, la rigidez de la convertibilidad y la falta de políticas activas dejaron al Estado con poco margen para responder a shocks externos (Machinea & Fanelli, 1994).

➤ **2001–2003: la crisis y el Estado en emergencia.**

El colapso de la convertibilidad mostró crudamente las limitaciones de un Estado debilitado. Entre 2001 y 2002, el gasto público cayó en términos del PBI debido a la recesión y a los recortes de emergencia. Los salarios estatales se redujeron, las jubilaciones perdieron poder adquisitivo y los servicios públicos se deterioraron. Fue una etapa en la que el gasto no solo se achicó en números, sino también en legitimidad: gran parte de la población sintió que el Estado había dejado de cumplir su rol básico de protección (Ferrer, 2004).

➤ **2003–2015: el ciclo de expansión.**

Con la salida de la crisis y la llegada de Néstor Kirchner, comenzó una nueva etapa. El Estado recuperó protagonismo como actor económico y social. El gasto pasó del 27% del PBI en 2003 a cerca del 40% en 2015.

Los factores que explican este aumento son varios:

- Boom de las exportaciones gracias a precios internacionales favorables (soja, maíz, petróleo).
- Reestatización del sistema previsional en 2008, que reincorporó a millones de jubilados al régimen estatal.
- Ampliación de programas sociales, como la Asignación Universal por Hijo (AUH).
- Subsidios a la energía y el transporte, que mantuvieron congeladas las tarifas en pesos durante años.
- Mayor inversión en educación y salud, acompañada por leyes que garantizaron incrementos presupuestarios mínimos.

Este proceso consolidó un modelo de Estado de bienestar ampliado, aunque al costo de un crecimiento sostenido del déficit fiscal (Basualdo, 2011; Ministerio de Economía, 2015).

➤ 2016–2019: ajuste y deuda.

El gobierno de Mauricio Macri buscó contener el gasto, sobre todo a través de la reducción de subsidios a la energía y el transporte, que habían alcanzado niveles muy altos. Sin embargo, el peso de la seguridad social y el incremento de los intereses de la deuda — producto del endeudamiento externo — mantuvieron el gasto en torno al 38–39% del PBI.

La estrategia de “gradualismo fiscal” buscó evitar un ajuste brusco, pero terminó generando desequilibrios: el déficit persistió y, al perderse el acceso al financiamiento externo, el país recurrió a un acuerdo récord con el FMI en 2018 (FMI, 2019).

➤ 2020–2021: la pandemia y el regreso del Estado expansivo.

La llegada del COVID-19 obligó a un aumento inédito del gasto público. Programas como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) y la Asistencia al Trabajo y la Producción (ATP) volcaron recursos masivos a la sociedad. El gasto consolidado superó el 42% del PBI,

uno de los valores más altos de la historia argentina (CEPAL, 2021; Ministerio de Economía, 2022).

Este gasto evitó un colapso mayor de la economía, pero también profundizó el déficit fiscal y la necesidad de financiamiento monetario por parte del Banco Central.

➤ 2022–2024: ajuste y tensiones.

Tras la pandemia, los gobiernos de Alberto Fernández y luego Javier Milei enfrentaron la necesidad de reducir el gasto. El énfasis estuvo en recortar subsidios y transferencias, pero la seguridad social siguió representando cerca de la mitad del gasto total.

En 2024, el gasto público consolidado se ubicaba nuevamente alrededor del 35% del PBI. El debate ya no pasaba por si debía bajar o subir, sino por cómo hacerlo sostenible sin provocar un deterioro social aún mayor (Ministerio de Economía, 2024; INDEC, 2024)

Lecciones de la historia.

La evolución del gasto público argentino nos deja algunas lecciones:

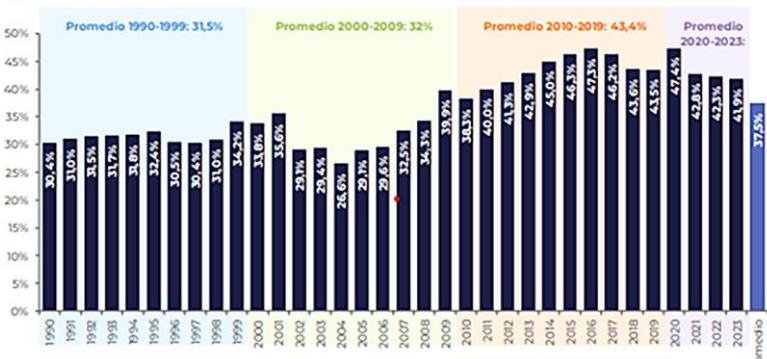
1. El gasto tiende a subir en cada crisis para contener sus efectos sociales, pero rara vez vuelve al nivel previo cuando la economía se recupera.
2. La seguridad social es el componente más rígido: jubilaciones y pensiones se llevan una porción cada vez mayor.
3. La inversión en infraestructura es la variable de ajuste: se recorta cuando faltan recursos, lo que debilita el desarrollo de largo plazo.
4. El financiamiento es clave: sin una base tributaria sólida y eficiente, el gasto deriva en déficit e inflación.

El Gasto Público Consolidado en los últimos treinta años

En la década de 1990 el GPC en porcentaje del PIB alcanzó en promedio 31,5% (6,0 p.p. por debajo del promedio del período 1990-2023); en tanto, en la década del 2000 dicho ratio fue de 32,0% (5,5 p.p. por debajo del promedio del período 1990-2023); en el período 2010-2019 ascendió a 43,4% (5,9 p.p. por encima del promedio del período 1990-2023); y en los últimos cuatro años, 2020-2023, fue de 43,6% (6,1 p.p. por encima del promedio del período 1990-2023).

EVOLUCIÓN DEL GPC EN EL PERÍODO 1990-2023

En porcentaje del PIB



Fuente: Dirección de Análisis de Política Fiscal y de Ingresos e Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC)

Evolución del Gasto Público Consolidado en Argentina segregado por niveles (1990-2024)

Serie combinada: 1990-2008 son estimaciones aproximadas; 2009-2023 corresponden a datos oficiales del Ministerio de Economía (Informe de Gasto Público Consolidado 2009–2023); 2024 es una estimación basada en fuentes públicas.

Año	Nación (% PBI)	Provincias + CABA (% PBI)	Municipios (% PBI)	Total Consolidado (% PBI)
1990	-	-	-	30.5
1991	-	-	-	30.2
1992	-	-	-	30.1
1993	-	-	-	29.8
1994	-	-	-	29.5
1995	-	-	-	29.4
1996	-	-	-	29.8
1997	-	-	-	30.1
1998	-	-	-	30.5
1999	-	-	-	30.7
2000	-	-	-	31.0
2001	-	-	-	31.5
2002	-	-	-	31.8
2003	-	-	-	33.5
2004	-	-	-	34.0
2005	-	-	-	35.2
2006	-	-	-	36.8
2007	-	-	-	38.5
2008	-	-	-	40.2
2009	23.1	14.6	3.2	40.9
2010	23.3	15.1	3.3	41.7
2011	24.2	15.6	3.4	43.2
2012	25.3	15.3	3.4	44.0
2013	25.1	15.2	3.4	43.7
2014	26.0	15.3	3.4	44.7
2015	26.8	15.5	3.4	45.7
2016	25.7	15.3	3.3	44.3
2017	24.5	15.3	3.3	43.1
2018	23.9	15.0	3.2	42.1
2019	24.2	15.1	3.2	42.5
2020	27.5	16.5	3.3	47.4
2021	24.3	15.1	3.3	41.9
2022	23.5	15.4	3.3	42.3
2023	22.3	15.7	3.3	41.3

Fuente: INDEC

Comparación internacional del gasto público

Mirar el gasto público de Argentina en perspectiva internacional permite dimensionar sus particularidades. No se trata solamente de cuánto se gasta, sino también de cómo se estructura y cuáles son los resultados que se obtienen en cada sociedad.

América Latina: similitudes y diferencias.

En la región, los niveles de gasto público varían bastante:

- Chile: mantiene un gasto público cercano al 25% del PBI. Su modelo se apoya en un Estado más austero, con fuerte disciplina fiscal y un sistema previsional mayormente privatizado. La inversión pública es limitada, pero la estabilidad macroeconómica le da previsibilidad (OCDE, 2023).
- Brasil: supera el 35% del PBI. La gran particularidad brasileña es el peso de su sistema previsional: las pensiones representan una parte enorme del gasto, dejando poco espacio para inversión y gasto de capital (CEPAL, 2022).
- Argentina: se ubica en torno al 35–40% del PBI, más cerca de Brasil que de Chile. La diferencia es que en Argentina, además de la seguridad social, los subsidios económicos (energía, transporte) ocupan una proporción significativa (Ministerio de Economía, 2024).

Europa: el contraste con los Estados de bienestar.

Si miramos a Europa, los niveles son aún más elevados:

- Países nórdicos (Suecia, Dinamarca): rondan el 50% del PBI. Allí, el gasto está asociado a un modelo de bienestar robusto, con impuestos muy altos pero también servicios públicos de

altísima calidad -educación, salud, infraestructura, protección social- (Stiglitz & Rosengard, 2015).

- Alemania y Francia: entre el 45% y 55% del PBI, con fuerte inversión en seguridad social, salud y pensiones.

La comparación muestra que el gasto argentino no es tan alto en términos absolutos, pero sí es problemático porque se financia con una presión tributaria elevada y un déficit fiscal recurrente, sin lograr niveles de calidad y eficiencia comparables a los europeos.

Estados Unidos: el modelo liberal.

Estados Unidos presenta un gasto público más cercano al 37% del PBI, similar al argentino en tamaño, pero con una estructura distinta: menor peso de subsidios y mayor gasto en defensa. La salud es costosa, pero está fuertemente tercerizada en el sistema privado, lo que explica que el Estado no concentre tanto presupuesto en este rubro como los europeos (Mankiw, 2020)

Claves de lectura comparada.

1. No es solo el tamaño, sino la calidad: dos países pueden gastar el mismo porcentaje del PBI y obtener resultados muy diferentes.
2. Estructura del gasto: en Argentina predominan la seguridad social y los subsidios, mientras que en Europa se prioriza educación y salud con estándares altos.
3. Sostenibilidad fiscal: Chile gasta menos pero con equilibrio, Brasil y Argentina gastan más pero con serias dificultades de financiamiento.

Debate sobre el gasto público.

El gasto público siempre ha sido un terreno de debate político y académico. ¿Conviene un Estado grande o uno chico? ¿Debe gastar

más para impulsar el desarrollo o gastar menos para no generar déficit? Estas preguntas dividen opiniones y atraviesan la historia argentina y mundial.

La visión a favor de un gasto elevado.

Quienes defienden un Estado con fuerte presencia argumentan que el gasto público es una herramienta imprescindible para garantizar derechos básicos y sostener la cohesión social (Keynes, 1936).

- Provisión universal de bienes y servicios: educación, salud, seguridad y justicia son pilares que no puede dejar exclusivamente el mercado.
- Redistribución: un Estado que gasta más puede reducir desigualdades sociales y regionales. Programas como la Asignación Universal por Hijo o las jubilaciones mínimas son ejemplos concretos en Argentina.
- Estímulo económico: en momentos de recesión, el gasto puede impulsar la demanda agregada, generar empleo y activar la producción. Esta visión, inspirada en las ideas de Keynes, se hizo muy visible durante la pandemia de 2020.

La visión crítica del gasto excesivo.

Por otro lado, los críticos señalan que un gasto público elevado suele tener costos importantes:

- Déficit fiscal: si el gasto crece por encima de los ingresos, se genera un desequilibrio que termina financiándose con deuda o emisión monetaria.
- Inflación y pérdida de competitividad: en economías como la argentina, el exceso de gasto ha estado asociado a presiones inflacionarias y a crisis de balanza de pagos.

- Efecto desaliento: impuestos altos para financiar un Estado grande pueden desincentivar la inversión y empujar a la informalidad (Krugman & Wells, 2021).

El dilema de la “calidad del gasto”.

Más allá de si el gasto es alto o bajo, el debate moderno gira en torno a su calidad. No es lo mismo gastar un 40% del PBI en subsidios ineficientes que destinar ese mismo porcentaje a educación, salud e infraestructura. En otras palabras: no solo importa cuánto se gasta, sino cómo y en qué.

Ejemplo argentino:

- Subsidios al transporte y la energía: ayudaron a contener tarifas, pero concentraron beneficios en áreas urbanas y generaron distorsiones fiscales.
- Educación y salud: aunque absorben una parte significativa, los resultados no siempre reflejan mejoras acordes en calidad.

Una síntesis equilibrada.

El desafío no está en elegir entre “gastar mucho” o “gastar poco”, sino en gastar bien. La clave es encontrar un nivel sostenible y eficiente de gasto que permita atender las necesidades sociales sin comprometer la estabilidad económica.

Impacto macroeconómico del gasto público.

El gasto público no es un fenómeno aislado: repercute en toda la economía. Su tamaño, composición y financiamiento condicionan el crecimiento, la inflación, la deuda y hasta la competitividad de un país. En este sentido, puede ser tanto un motor de desarrollo como un freno al equilibrio macroeconómico (Stiglitz & Rosengard, 2015).

Relación con el déficit fiscal.

Cuando el gasto supera a los ingresos, aparece el déficit fiscal. En Argentina, esta situación ha sido recurrente en las últimas décadas. El déficit puede financiarse de tres maneras:

- Con deuda interna o externa: lo que genera compromisos futuros de pago de capital e intereses.
- Con emisión monetaria: lo que en un contexto de baja confianza se traduce rápidamente en inflación.
- Con aumento de impuestos: lo que recae sobre el sector privado y puede afectar la inversión y el empleo.

Cada forma de financiamiento tiene costos y límites. El gran desafío es mantener un gasto que no desborde la capacidad de recaudación ni dependa de fuentes insostenibles (Ministerio de Economía, 2024).

Relación con la presión tributaria.

Un gasto elevado requiere de una presión tributaria acorde. En Argentina, la presión fiscal consolidada supera el 33% del PBI, uno de los niveles más altos de América Latina. El problema es que esta carga se concentra en pocos impuestos (IVA, Ganancias, retenciones, aportes sociales) y convive con una alta informalidad, lo que genera una percepción de injusticia y falta de equidad (CEPAL, 2023).

Relación con la deuda pública.

Cuando los ingresos no alcanzan y el endeudamiento crece, el gasto público se transforma en deuda. En los años de fuerte financiamiento externo (2016–2018), los intereses llegaron a representar cerca del 3,5% del PBI, un nivel que desplazaba recursos de otras áreas como educación o infraestructura (Ministerio de Economía, 2024).

El multiplicador del gasto.

No todo gasto tiene el mismo impacto en la economía (Mankiw, 2020):

- El gasto en inversión pública (infraestructura) suele tener un alto efecto multiplicador, porque dinamiza sectores productivos y mejora la competitividad de largo plazo.
- El gasto corriente (salarios, subsidios, jubilaciones) tiene un impacto inmediato en el consumo, pero menos sostenido en la productividad.
- El pago de intereses de deuda prácticamente no tiene efecto positivo sobre la actividad, ya que no genera demanda interna.

Impacto sobre la inflación.

En Argentina, existe una relación estrecha entre déficit financiado con emisión y procesos inflacionarios. El exceso de gasto financiado sin respaldo termina presionando sobre los precios y el tipo de cambio, erosionando el poder adquisitivo y generando un círculo vicioso: se gasta más para compensar la inflación que el propio gasto ayuda a alimentar.

Una conclusión clave.

El gasto público es un arma de doble filo: puede impulsar el desarrollo económico o alimentar desequilibrios crónicos. Todo depende de su tamaño, su composición y, sobre todo, de cómo se financie.

Casos y ejemplos prácticos

Para comprender mejor el impacto del gasto público, es útil observar casos concretos de cómo se asignan los recursos y qué efectos generan en la vida cotidiana. En Argentina, algunos rubros son especialmente ilustrativos:

a) Jubilaciones y pensiones.

La seguridad social es, de lejos, el mayor componente del gasto público argentino: representa casi la mitad del gasto consolidado.

- Ejemplo: cada mes, más de 6 millones de jubilados cobran sus haberes de la ANSES. Este gasto asegura ingresos básicos para la tercera edad, pero también implica un fuerte compromiso fiscal.
- Impacto: garantiza derechos sociales, pero limita la flexibilidad del presupuesto. Una de las grandes tensiones es cómo sostener el sistema en un contexto de alta informalidad laboral y envejecimiento poblacional.

b) Educación y salud.

Estos sectores son financiados principalmente por las provincias y municipios, aunque la Nación también aporta transferencias.

- Ejemplo en educación: el programa Conectar Igualdad (lanzado en 2010) destinó miles de millones de pesos a entregar computadoras a estudiantes secundarios.
- Ejemplo en salud: durante la pandemia, el Estado volcó recursos extraordinarios en vacunas, hospitales de campaña y equipamiento sanitario.
- Impacto: la calidad de estos servicios determina la igualdad de oportunidades y el capital humano del país.

c) Subsidios a la energía y al transporte.

Los subsidios económicos constituyen otro capítulo central.

- Ejemplo: las tarifas de electricidad, gas y transporte público en el Área Metropolitana de Buenos Aires se mantuvieron artificialmente bajas durante más de una década gracias a subsidios multimillonarios.

- Impacto: ayudaron a contener la inflación y proteger el bolsillo de los hogares, pero crearon distorsiones y desigualdades (beneficios concentrados en zonas urbanas con mayor poder adquisitivo).

d) Intereses de la deuda.

El servicio de la deuda pública (pago de intereses) suele consumir entre el 2% y 3% del PBI, aunque en momentos de fuerte endeudamiento superó esos niveles.

- Ejemplo: durante 2018–2019, los intereses de deuda fueron uno de los principales rubros del gasto nacional, limitando la capacidad de invertir en infraestructura.
- Impacto: este gasto no genera beneficios directos a la sociedad en el corto plazo, pero es ineludible para mantener la confianza de los acreedores.

e) Programas sociales.

Además de las jubilaciones, existen transferencias focalizadas.

- Ejemplo: la Asignación Universal por Hijo (AUH), que otorga un ingreso mensual a familias vulnerables con hijos menores de 18 años, condicionada a la asistencia escolar y los controles de salud.
- Impacto: contribuye a reducir la pobreza infantil y a fomentar la escolaridad, aunque con recursos limitados en relación al total del gasto.

Una conclusión de estos casos.

Los ejemplos muestran que el gasto público no es una abstracción: está presente en la vida diaria de millones de personas. Sin embargo, también ilustran la complejidad de administrarlo: cada peso destinado

a un área implica menos recursos para otra. El dilema no es solo cuánto gastar, sino dónde y con qué objetivos.

Desafíos y perspectivas futuras.

El gasto público argentino enfrenta una serie de tensiones que no son nuevas, pero que se han vuelto más urgentes en los últimos años. Comprender estos desafíos es clave para imaginar qué tipo de Estado y de economía queremos construir en el futuro.

1. Ajustar sin desatender lo social.

El dilema central es cómo reducir el déficit fiscal sin comprometer los derechos básicos de la población. Las jubilaciones, los planes sociales y los subsidios son el sostén de millones de familias. Recortar sin estrategia podría profundizar la pobreza y la desigualdad; mantenerlos sin financiamiento sostenible lleva a la inflación y a la deuda.

2. Rigidez del gasto.

Cerca del 80% del gasto argentino es rígido: jubilaciones, salarios públicos, intereses de deuda y subsidios. Esto deja muy poco margen para inversión en infraestructura, innovación y desarrollo productivo, que son justamente los motores del crecimiento a largo plazo. Uno de los grandes desafíos es desarmar esa rigidez sin generar un estallido social.

3. Subsidios: eficiencia y equidad.

Los subsidios a la energía y al transporte cumplen un rol social, pero su diseño actual genera inequidades: benefician más a los habitantes de zonas urbanas de ingresos medios que a los sectores más pobres del interior. El reto es avanzar hacia una focalización inteligente, donde la ayuda llegue a quienes realmente la necesitan.

4. Modernización del Estado.

Un Estado más eficiente no significa necesariamente más pequeño. La digitalización, la transparencia y la simplificación administrativa pueden reducir costos y mejorar la calidad de los servicios públicos. Experiencias de gobierno electrónico en países como Estonia o Uruguay muestran que se puede tener un Estado ágil y moderno sin aumentar el gasto.

5. Financiamiento sostenible.

El futuro del gasto público depende en gran medida de cómo se financie. La presión tributaria argentina ya es alta en relación a la región, pero mal distribuida y con una gran informalidad. Una reforma tributaria que simplifique, amplíe la base y mejore la progresividad es indispensable para que el gasto sea sustentable.

6. El desafío del crecimiento.

En última instancia, la sostenibilidad del gasto público no depende solo de cuánto se recorte o se aumente, sino de cuánto crezca la economía. Un país con un PBI en expansión puede sostener un gasto mayor sin generar crisis; uno estancado convierte cada peso de gasto en un problema.

Mirando hacia adelante.

El futuro del gasto público en Argentina está atado a un equilibrio delicado: garantizar derechos y servicios, pero con sostenibilidad fiscal y calidad en la asignación de recursos. No se trata de un debate entre “Estado grande” o “Estado chico”, sino entre un Estado eficiente y justo frente a uno ineficiente y desigual.

En definitiva, la pregunta no es cuánto gastamos, sino qué Estado queremos y cómo lo vamos a financiar.

Conclusión.

El recorrido por el gasto público argentino muestra que no estamos hablando de simples planillas de números, sino de una herramienta central en la vida económica y social del país. El gasto público es, en esencia, el reflejo de las prioridades colectivas: revela qué se valora como sociedad, a quién se protege y qué modelo de desarrollo se busca.

A lo largo de las últimas décadas, vimos cómo el gasto creció de manera estructural, impulsado sobre todo por la seguridad social y los subsidios. En momentos de crisis, como la de 2001 o la pandemia de 2020, el Estado expandió su gasto para contener la emergencia, aunque a costa de desequilibrios fiscales. En tiempos de bonanza, rara vez el gasto se redujo de manera significativa. Esa tendencia ha creado una rigidez difícil de desarmar: el gasto social sostiene a millones, pero limita la capacidad de invertir en futuro.

El debate, por lo tanto, no puede reducirse a si el gasto es “mucho” o “poco”. La verdadera discusión es sobre su calidad, eficiencia y sostenibilidad. Un país puede gastar el 40% del PBI y lograr servicios públicos de excelencia, o gastar lo mismo y obtener resultados mediocres, dependiendo de cómo se asignen los recursos.

En el plano macroeconómico, el gasto público es inseparable de la presión tributaria, el déficit fiscal y la deuda. Un gasto mal financiado puede derivar en inflación, endeudamiento excesivo y pérdida de competitividad. Pero un gasto bien orientado puede estimular la economía, reducir desigualdades y generar bases sólidas para el crecimiento.

El desafío argentino hacia adelante será encontrar un equilibrio entre la necesidad de ajuste fiscal y la responsabilidad social. Modernizar el Estado, focalizar los subsidios, garantizar educación y salud de calidad, y sostener un sistema previsional justo son objetivos que

requieren no solo voluntad política, sino también un amplio consenso social.

En definitiva, el gasto público es mucho más que una categoría contable: es la expresión concreta de cómo elegimos organizarnos como comunidad. Su futuro dependerá de la capacidad de construir un Estado más eficiente, más justo y más sostenible, capaz de dar respuestas al presente sin hipotecar el mañana.

CAPITULO 10

DÉFICIT PÚBLICO DEUDA PÚBLICA

CONTENIDO

Introducción

Déficit público

Deuda pública

Relación entre Déficit y Deuda

Experiencias Internacionales y Casos Históricos

Políticas para Reducir el Déficit y la Deuda

Perspectivas y Desafíos

Conclusiones



PODCAST DEL CAPITULO

Déficit Público y Deuda Pública

Introducción

Cuando se habla de déficit público y deuda pública, la primera reacción de muchos es pensar en números fríos, en cuentas que solo manejan los ministros de economía y los técnicos del Estado. Sin embargo, detrás de esos términos técnicos late una realidad que afecta la vida de todos los ciudadanos. ¿Por qué? Porque de ellos dependen cuestiones tan concretas como la inflación que sentimos en el supermercado, los impuestos que pagamos, el acceso a créditos internacionales y hasta la estabilidad política de un país.

El déficit público no es otra cosa que un desajuste entre lo que el Estado gasta y lo que recauda. Si los ingresos no alcanzan para cubrir todos los gastos —salarios públicos, jubilaciones, salud, educación, seguridad, infraestructura, subsidios—, el gobierno se ve obligado a buscar financiamiento. Y allí aparece la deuda pública, que es el mecanismo para cubrir ese agujero financiero.

Podemos pensarlo con un ejemplo cotidiano: una familia que todos los meses recibe un ingreso de 100, pero gasta 120. Esos 20 que faltan puede cubrirlos usando ahorros, pidiendo prestado a un banco o endeudándose con la tarjeta de crédito. En el caso del Estado, las alternativas son similares: puede emitir dinero, tomar préstamos internos, pedir ayuda a organismos internacionales o colocar bonos en los mercados financieros. La gran diferencia es que cuando lo hace una familia el problema queda en casa; cuando lo hace un país entero, las consecuencias alcanzan a millones de personas.

El déficit y la deuda son, por lo tanto, dos caras de la misma moneda. El primero refleja un desajuste inmediato; la segunda es la forma de cubrirlo en el tiempo. Y si bien ambos conceptos suelen asociarse con problemas y crisis, también pueden ser herramientas de política

económica. Un déficit controlado puede servir para reactivar la economía en tiempos de recesión. Una deuda bien utilizada puede financiar grandes obras de infraestructura o proyectos que impulsen el desarrollo.

Lo que marca la diferencia no es tanto la existencia de déficit o deuda, sino su magnitud, su persistencia y la forma en que se administran. La historia argentina, como veremos, ofrece ejemplos claros de cómo una deuda mal manejada puede convertirse en un lastre para generaciones, y cómo un déficit fuera de control puede disparar inflación y pérdida de confianza. Pero también muestra que, en ciertas circunstancias, el déficit y la deuda han sido instrumentos útiles para sostener la economía y encarar transformaciones profundas.

En definitiva, hablar de déficit público y deuda pública es hablar del modo en que un país organiza sus recursos, define sus prioridades y proyecta su futuro. Es la gran balanza en la que se juegan las tensiones entre gastar más para crecer o ajustar para estabilizar. Y entender esta dinámica es clave para interpretar muchos de los dilemas de nuestra economía cotidiana.

Déficit público

Definición y tipos de déficit

El déficit público es, en términos simples, cuando el Estado gasta más de lo que recauda (Blanchard, 2021; Mankiw, 2020). Es el “número rojo” en las cuentas públicas. Pero, como ocurre con un diagnóstico médico, no basta con decir “tiene déficit”: hay que precisar de qué tipo, cuánto y en qué contexto.

Existen distintas maneras de medirlo:

- Déficit primario: es la diferencia entre ingresos y gastos del Estado sin contar el pago de intereses de la deuda. Sirve para saber si, dejando de lado lo que ya se debe, el Estado vive dentro o fuera de sus posibilidades.

- Déficit financiero: incluye los intereses de la deuda. Es el “déficit total” y muestra el verdadero esfuerzo que debe hacer el Estado para cerrar sus cuentas.
- Déficit estructural: refleja un desequilibrio permanente. Es decir, aunque la economía crezca y los ingresos aumenten, el gasto sigue siendo mayor de manera crónica.
- Déficit cíclico: aparece por circunstancias temporales, como una recesión que hace caer la recaudación o una crisis que obliga a gastar más en subsidios o programas sociales.

Distinguirlos es fundamental porque no todos tienen el mismo origen ni exigen las mismas soluciones.

Causas del déficit

¿Por qué un Estado llega a gastar más de lo que ingresa? Las razones pueden ser varias y, muchas veces, se combinan (Samuelson & Nordhaus, 2010; Dornbusch & Fischer, 2014):

- Gasto público elevado: puede deberse a salarios públicos altos, jubilaciones crecientes, subsidios a la energía o planes sociales.
- Baja recaudación tributaria: en tiempos de recesión, la actividad económica cae y, con ella, los impuestos. También influye la evasión fiscal o las decisiones políticas de bajar impuestos para estimular la economía.
- Factores externos: una crisis internacional que reduce exportaciones, una pandemia que obliga a multiplicar el gasto sanitario, una guerra que encarece la energía importada.

En el caso argentino, el déficit ha sido muchas veces la combinación de un gasto público en aumento con una base impositiva insuficiente y una economía cíclicamente inestable.

Consecuencias del déficit

El déficit no es gratuito: siempre debe financiarse de algún modo. Y las formas de hacerlo tienen consecuencias distintas (Mankiw, 2020):

- Con emisión monetaria: el Banco Central imprime dinero para cubrir el déficit. Esto puede provocar inflación, porque hay más billetes persiguiendo la misma cantidad de bienes.
- Con endeudamiento interno: el Estado pide prestado dentro del país. Esto puede absorber crédito que de otro modo iría a las empresas privadas (“efecto crowding out”).
- Con endeudamiento externo: se recurre a préstamos internacionales. Esto puede traer divisas frescas, pero a cambio de comprometer pagos futuros en moneda extranjera.

Aun así, el déficit no siempre es “malo”. En recesiones, gastar más de lo que se recauda puede ayudar a sostener el empleo y el consumo. El problema surge cuando el déficit se vuelve crónico y elevado: allí se transforma en una carga que erosiona la confianza, alimenta la inflación o dispara la deuda (Keynes, 1936).

Un ejemplo cotidiano

Imaginemos nuevamente a una familia. Si un mes gasta más de lo que gana porque tuvo una emergencia médica, ese déficit puede cubrirlo con un préstamo o con ahorros, y no habrá mayores problemas. Pero si mes tras mes gasta más de lo que ingresa, tarde o temprano se encontrará ahogada en deudas. Lo mismo le pasa a un Estado: el déficit ocasional puede ser útil, el déficit permanente es un riesgo.

Deuda pública

Concepto y clasificación

La deuda pública es, en esencia, el conjunto de préstamos que el Estado toma para financiarse (Blanchard, 2021).. Cuando los ingresos no alcanzan para cubrir los gastos, el déficit debe llenarse de alguna manera, y ahí aparece la deuda.

No toda deuda es igual:

- Deuda interna: la que se contrae dentro del país, generalmente en moneda local, colocada en bancos nacionales, empresas o ahorristas.
- Deuda externa: la que se toma en el exterior, en moneda extranjera, a través de organismos internacionales, gobiernos de otros países o mercados financieros globales.
- De corto plazo: instrumentos como letras del Tesoro, que vencen en meses o un año.
- De largo plazo: bonos o préstamos que pueden extenderse a diez, veinte o incluso treinta años.
- Deuda flotante: Es la deuda de corto plazo, aquella que surge de las necesidades inmediatas de financiamiento del Estado. Incluye, por ejemplo, los adelantos transitorios que el Tesoro recibe del Banco Central, los pagos atrasados a proveedores, o la emisión de letras del Tesoro que vencen en pocos meses. Se llama “flotante” porque es como una deuda “en el aire”: cambia constantemente, se renueva, se cancela y vuelve a generarse.
- Deuda consolidada: Es la deuda de mediano y largo plazo, formalizada en títulos o préstamos con vencimientos programados a varios años. Por ejemplo, los bonos emitidos en los mercados internacionales o los préstamos tomados con organismos multilaterales.
Se llama “consolidada” porque no es circunstancial ni de corto plazo: está registrada, planificada y debe pagarse según un cronograma que se extiende en el tiempo.

Esta clasificación importa porque determina la vulnerabilidad del país: no es lo mismo deber en pesos a un banco local que tener que pagar dólares a un fondo internacional.

Origen y mecanismos de financiamiento

La deuda pública puede tener distintos objetivos: cubrir déficits corrientes, financiar obras de infraestructura o incluso acumular reservas internacionales. Los mecanismos más comunes son:

- Emisión de bonos: el Estado promete pagar una suma en el futuro más intereses, y los inversores compran esos títulos.
- Préstamos de organismos internacionales: como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que otorgan créditos condicionados a la implementación de políticas.
- Créditos bilaterales: acuerdos con otros gobiernos o bancos estatales de países socios.

En la práctica, un país suele combinar todas estas vías, según su necesidad de financiamiento y el grado de confianza que despierte en los acreedores.

Sostenibilidad de la deuda

El gran interrogante no es si un país tiene deuda (casi todos la tienen), sino si esa deuda es sostenible. La forma más usual de medirla es la relación deuda/PBI: cuánto representa la deuda respecto de la riqueza que produce el país en un año.

- Si un país debe el equivalente al 30% de su PBI, probablemente pueda manejarlo con relativa facilidad.
- Si debe más del 100% de su PBI, la carga es mucho mayor y el riesgo de crisis aumenta.

Pero no solo importa la magnitud. También influye:

- La tasa de interés: si es baja, la deuda es más llevadera; si es alta, puede asfixiar las cuentas.
- El crecimiento económico: si la economía crece, la deuda pesa menos en términos relativos.

- La confianza de los mercados: reflejada en el famoso riesgo país, que sube o baja según la credibilidad del gobierno y la estabilidad de la economía.

Cuando la deuda crece más rápido que el PBI y los intereses se acumulan, aparece el peligro de la llamada “trampa de deuda”, en la que el país pide prestado solo para pagar lo que ya debía.

El caso argentino como ejemplo

Argentina es un caso emblemático de cómo la deuda pública puede convertirse en un tema central de la política y la economía. En los años 80, la crisis de la deuda latinoamericana dejó al país sin acceso al financiamiento externo. En 2001, la combinación de déficit, recesión y un nivel insostenible de deuda llevó al default más grande de la historia en ese momento. En 2005 y 2010 se realizaron canjes de deuda que lograron cierta normalización, pero a costa de quitas y plazos extendidos. En 2018, el país recurrió al FMI para obtener el préstamo más grande de la historia del organismo.

Estos episodios muestran que la deuda no es solo un asunto técnico, sino también político y social: cada decisión de endeudarse condiciona a las generaciones futuras (Basualdo, 2015).

Relación entre déficit y deuda

Hablar de déficit sin hablar de deuda es como hablar de la lluvia sin mencionar el río al que alimenta: uno desemboca inevitablemente en el otro. Cuando el Estado gasta más de lo que recauda, se genera el déficit. Y como ese desajuste debe cubrirse de alguna manera, aparece la deuda pública como principal herramienta.

Podemos imaginarlo como una cadena de eslabones: El déficit obliga a buscar financiamiento; ese financiamiento se convierte en deuda; la deuda genera intereses, los intereses, a su vez, aumentan el déficit y el ciclo vuelve a comenzar. Este mecanismo es lo que los economistas

llaman el “efecto bola de nieve”: si no se controla, cada vuelta del ciclo hace que la deuda crezca más y más, hasta volverse inmanejable (Krugman & Wells, 2021).

La restricción presupuestaria del Estado

A diferencia de una familia o una empresa, el Estado tiene más herramientas para financiarse: puede emitir moneda, fijar impuestos, tomar préstamos en el mercado local o recurrir a organismos internacionales. Pero, incluso con esas opciones, existe una regla básica conocida como la restricción presupuestaria intertemporal del Estado:

Todo gasto actual que no se financia con ingresos presentes deberá pagarse en el futuro, ya sea con más impuestos, con más deuda o con inflación. En otras palabras, el déficit de hoy se convierte en la deuda de mañana.

El círculo virtuoso o el círculo vicioso

No siempre la relación entre déficit y deuda es negativa. Si un país se endeuda para financiar proyectos productivos —por ejemplo, infraestructura, energía, educación o tecnología—, ese gasto puede generar crecimiento económico, mayores ingresos fiscales y, en consecuencia, permitir pagar la deuda sin problemas. Es lo que se conoce como un círculo virtuoso (Stiglitz, 2019).

El problema surge cuando el déficit financia gastos corrientes que no generan retorno (subsídios insostenibles, gasto político, sobreempleo estatal) o cuando la deuda se usa solo para cubrir viejos vencimientos. Allí aparece el círculo vicioso, en el que se pide prestado para pagar lo ya prestado, aumentando los intereses y comprometiendo cada vez más los recursos del Estado.

Ejemplos históricos

- América Latina en los años 80: muchos países, incluida Argentina, se endeudaron fuertemente en los 70. Cuando subieron las tasas de interés internacionales y bajaron los precios de las exportaciones, los déficits se dispararon y las deudas se volvieron impagables. Fue la famosa “crisis de la deuda”, que dejó a la región marcada por ajustes y recesiones.
- Grecia en 2010: tras la crisis financiera mundial, el país reveló que su déficit era mucho mayor al declarado. Eso disparó su deuda, la confianza internacional se desplomó y Grecia necesitó varios rescates de la Unión Europea y el FMI para evitar el colapso.
- Argentina en 2001: una combinación de déficit fiscal persistente, endeudamiento creciente y falta de acceso a nuevos créditos desembocó en el default más grande del mundo en su momento, marcando una generación entera.

Estos ejemplos muestran que la relación entre déficit y deuda no es solo contable: tiene un enorme impacto político, social y hasta geopolítico.

Experiencias internacionales y casos históricos.

La relación entre déficit y deuda no es un fenómeno exclusivo de la Argentina ni de América Latina. Todos los países, en algún momento de su historia, han lidiado con este dilema. Lo que varía son las herramientas disponibles, el contexto internacional y la confianza que logran transmitir a sus acreedores.

Países desarrollados

- Estados Unidos: El caso norteamericano es peculiar: mantiene déficits fiscales casi permanentes y una deuda pública que

supera el 120% de su PBI. Sin embargo, el dólar es la moneda de reserva mundial y el Tesoro estadounidense se considera el activo más seguro del planeta. Esto le otorga un privilegio único: puede endeudarse a tasas muy bajas y seguir financiando su déficit sin enfrentar crisis de confianza.

- Japón: Japón posee la deuda pública más alta del mundo (superior al 250% del PBI), pero la mayoría de ella está en manos de inversores internos. Además, tiene una economía sólida, baja inflación y una sociedad con fuerte capacidad de ahorro. Esto le permite sostener un nivel de endeudamiento que sería insostenible para otros países.

América Latina

La región ha sido un laboratorio de crisis de deuda. En los años 80, conocida como la “década perdida”, países como México, Brasil y Argentina vieron estallar sus finanzas. El aumento de las tasas de interés internacionales, combinado con caídas en los precios de las materias primas, hizo imposible pagar la deuda acumulada en los 70. El resultado fue programas de ajuste, hiperinflación y años de estancamiento económico.

En el caso argentino, la deuda externa pasó de 8.000 millones de dólares en 1976 a más de 45.000 millones en 1983. Esa bola de nieve marcó el inicio de una larga historia de tensiones entre déficit, deuda e inflación.

Europa

La crisis financiera de 2008 no solo golpeó a bancos y empresas privadas, sino que también destapó problemas fiscales. El caso más emblemático fue el de Grecia, que en 2010 reveló un déficit fiscal mucho mayor al informado. Su deuda se volvió impagable y necesitó

varios rescates de la Unión Europea y el FMI, acompañados de severos planes de austeridad que generaron protestas masivas.

Otros países, como España, Portugal e Irlanda, también enfrentaron déficits elevados y aumentos significativos de deuda, aunque lograron recuperarse con más rapidez.

Argentina: una historia recurrente

Argentina es un ejemplo clásico de cómo déficit y deuda pueden convertirse en un ciclo crónico. Algunos hitos:

- Década de 1980: tras la crisis de deuda, el país vivió episodios de hiperinflación y falta de financiamiento externo.
- 2001: el déficit persistente y la creciente deuda llevaron al default más grande de la historia en ese momento.
- 2005 y 2010: se realizaron canjes de deuda que reestructuraron gran parte de los compromisos, pero no resolvieron el problema de fondo.
- 2018: Argentina firmó con el FMI el préstamo más grande otorgado por el organismo, que buscaba cubrir el déficit y la fuga de capitales, pero terminó generando nuevas tensiones.

Estos episodios muestran que el problema no radica solo en tener déficit o deuda, sino en cómo se gestionan, en el uso que se hace de los recursos obtenidos y en la capacidad de generar crecimiento sostenido que permita pagarlos.

Políticas para Reducir el Déficit y la Deuda

Introducción

Hablar de déficit fiscal y deuda pública es, en el fondo, hablar de la salud de un Estado. Cuando los ingresos no alcanzan para cubrir los gastos, el gobierno recurre al endeudamiento, como una familia que usa la tarjeta de crédito para llegar a fin de mes. El problema surge cuando ese endeudamiento se convierte en una bola de nieve difícil

de frenar. La experiencia argentina, al igual que la de muchos otros países, demuestra que las deudas mal gestionadas no solo afectan a los mercados financieros, sino también a la vida cotidiana de la gente: inflación, recortes en servicios públicos, ajustes de salarios y pérdida de confianza en la moneda.

Por eso, reducir el déficit y manejar de manera responsable la deuda pública no es un tema técnico reservado a economistas: es un desafío político, económico y social que impacta en todos

Política fiscal: ajuste del gasto e incremento de ingresos

La primera herramienta para reducir el déficit es la política fiscal. Básicamente, se trata de un equilibrio entre lo que gasta el Estado y lo que recauda por impuestos.

- Ajuste del gasto: significa recortar o hacer más eficientes las erogaciones públicas. Puede implicar reducir subsidios, revisar el tamaño de la administración pública o postergar obras de infraestructura. Sin embargo, el ajuste tiene un costo social y político: menos inversión pública puede frenar el crecimiento y aumentar la desigualdad.
- Incremento de ingresos: aquí entran los impuestos. Un Estado puede subir alícuotas, ampliar la base tributaria o mejorar la administración impositiva. En Argentina, la presión fiscal consolidada ronda el 33% del PBI, comparable a Brasil pero mayor que la de Chile. El desafío no siempre es cobrar más, sino cobrar mejor: evitar la evasión y simplificar un sistema impositivo complejo.

Ejemplo argentino: durante la década del 2000, los derechos de exportación (retenciones) jugaron un papel clave en aumentar la recaudación en un contexto de altos precios internacionales de la soja. Fue una forma de aprovechar el “viento de cola” externo para reforzar los ingresos fiscales.

Reformas tributarias y eficiencia del gasto

No basta con ajustar aquí y allá: se necesitan reformas estructurales.

- Reformas tributarias: buscan un sistema más progresivo y equitativo, donde quienes más tienen contribuyan más. También intentan evitar la excesiva dependencia de impuestos regresivos como el IVA, que golpean más a los sectores populares.
- Eficiencia del gasto: significa gastar mejor, no solo gastar menos. Un peso invertido en educación, salud o infraestructura productiva puede rendir mucho más que uno destinado a gastos corrientes ineficientes. La clave está en reasignar recursos hacia áreas que potencien el crecimiento.

Caso internacional: en los años 90, Chile reformó su sistema tributario y logró sostener superávits fiscales durante largos períodos, lo que le permitió reducir deuda y acumular fondos soberanos.

En Argentina, la discusión suele girar en torno a cómo reducir subsidios a la energía y el transporte sin afectar el bolsillo de las familias. El dilema es clásico: eficiencia económica vs. costo social.

Crecimiento económico como salida al endeudamiento

Hay un dicho entre economistas: “*no se sale del déficit solo recortando, sino creciendo*”. El crecimiento económico es una de las formas más eficaces de reducir el peso de la deuda, porque:

- Aumenta la recaudación impositiva sin necesidad de subir impuestos.
- Mejora la relación deuda/PBI: si la economía crece más rápido que la deuda, el peso relativo de esta se reduce.
- Genera empleo y consumo, fortaleciendo la base fiscal del Estado.

Ejemplo: después de la crisis de 2001-2002, Argentina experimentó un fuerte crecimiento económico entre 2003 y 2007. Ese crecimiento

permitió bajar la deuda pública en relación al PBI del 150% al 60%, aun cuando el Estado mantenía un nivel importante de gasto social. En Europa, tras la crisis financiera de 2008, países como Alemania apostaron a políticas de estímulo productivo, mientras que otros, como Grecia, aplicaron duros planes de austeridad. Los resultados fueron contrastantes: donde hubo crecimiento, la deuda se volvió más manejable; donde hubo recesión, la deuda se volvió impagable.

Renegociación y reestructuración de deuda

Cuando la deuda llega a niveles insostenibles, aparece una última carta: renegociar con los acreedores.

- Reestructuración: implica modificar plazos, intereses o montos para hacer la deuda más manejable. A veces se logra mediante acuerdos voluntarios, otras veces por procesos más conflictivos.
- Renegociación con organismos internacionales: el Fondo Monetario Internacional (FMI) suele ser protagonista en este escenario, ofreciendo financiamiento a cambio de programas de ajuste.
- Quita o default: en casos extremos, el país puede declarar que no puede pagar (default) y buscar una reducción de capital e intereses.

Ejemplo emblemático: en 2005, Argentina realizó una de las reestructuraciones de deuda más grandes de la historia, con una quita cercana al 65% del valor nominal. Fue polémica, pero le permitió al país aliviar su carga de pagos y recuperar cierto margen de maniobra. Más recientemente, en 2020, se renegoció nuevamente la deuda con acreedores privados bajo el gobierno de Alberto Fernández, extendiendo plazos y reduciendo tasas de interés.

Conclusiones

Reducir el déficit y la deuda no tiene una receta única. Cada país enfrenta su propio dilema entre ajuste, crecimiento y negociación. Lo cierto es que las políticas deben buscar un equilibrio delicado:

- Ajustar sin asfixiar a la economía.
- Recaudar más sin desincentivar la producción.
- Crecer lo suficiente para que la deuda pierda peso.
- Negociar con firmeza, pero sin perder credibilidad.

En definitiva, el desafío es construir un Estado sostenible: capaz de financiar políticas sociales, invertir en desarrollo y, al mismo tiempo, mantener cuentas públicas ordenadas. Porque, al final del día, el déficit y la deuda no son solo números: son la diferencia entre un Estado que brinda oportunidades a sus ciudadanos y uno atrapado en una espiral de crisis recurrentes.

Perspectivas y Desafíos

El dilema entre ajuste y crecimiento

El debate sobre cómo enfrentar los desequilibrios fiscales y de deuda pública se resume en un dilema clásico: ajustar o crecer. Por un lado, los programas de ajuste suelen implicar reducción del gasto público, aumento de impuestos o ambas cosas. Estas medidas tienen el objetivo inmediato de estabilizar las cuentas y recuperar la confianza de los mercados. Sin embargo, aplicadas de manera estricta, pueden contraer la demanda agregada, aumentar el desempleo y profundizar la recesión.

Del otro lado, apostar por el crecimiento exige políticas expansivas: inversión pública en infraestructura, incentivos a la producción y medidas para dinamizar el consumo. El problema es que, si se sostiene con mayor endeudamiento en contextos de fragilidad fiscal, se corre el riesgo de agravar la carga de la deuda a mediano plazo.

En la práctica, el desafío es encontrar un equilibrio inteligente: avanzar en reformas que mejoren la eficiencia del gasto y fortalezcan la recaudación, sin asfixiar al sector productivo ni comprometer el desarrollo social. La experiencia de países emergentes muestra que los planes más exitosos son los que logran combinar la disciplina fiscal con políticas activas que estimulan el crecimiento inclusivo.

Nuevas formas de financiamiento: bonos verdes y deuda sostenible

En los últimos años surgieron instrumentos innovadores que buscan compatibilizar financiamiento con sostenibilidad. Entre ellos, destacan los bonos verdes y la deuda sostenible.

- Bonos verdes: títulos de deuda cuyos fondos deben destinarse exclusivamente a proyectos ambientales, como energías renovables, eficiencia energética, transporte limpio o gestión de residuos.
- Bonos sociales y sostenibles: ampliación del concepto, ya que permiten financiar programas de inclusión social, salud, educación o acceso al agua potable.

Estos instrumentos han ganado fuerza en organismos multilaterales (Banco Mundial, BID) y en mercados financieros internacionales. Incluso países con alto endeudamiento encuentran en ellos una oportunidad para diversificar fuentes de crédito y, al mismo tiempo, mejorar su imagen frente a inversores responsables.

En el caso argentino, avanzar hacia este tipo de financiamiento representa un desafío doble: crear marcos regulatorios claros y creíbles y garantizar la trazabilidad de los proyectos para evitar el “greenwashing” (la utilización de etiquetas verdes sin impacto real).

La deuda pública en el contexto de crisis globales

La gestión de la deuda pública ya no puede analizarse en un vacío nacional: está fuertemente atravesada por crisis globales recientes.

1. COVID-19: obligó a todos los Estados a aumentar el gasto en salud y asistencia social, multiplicando los déficits y la deuda. Las tasas de interés bajas atenuaron el impacto inicial, pero el endeudamiento creció significativamente.
2. Guerras y conflictos geopolíticos: desde Ucrania hasta Medio Oriente, han disparado los precios de la energía y de los alimentos, complicando la balanza de pagos de países importadores netos y elevando la inflación global.
3. Transición energética: la urgencia de abandonar los combustibles fósiles y financiar inversiones limpias implica nuevas necesidades de crédito, al mismo tiempo que muchos Estados siguen subsidiando la energía tradicional para evitar conflictos sociales.

En este escenario, los países emergentes enfrentan un doble riesgo: la necesidad de finanziarse en mercados internacionales cada vez más exigentes y la vulnerabilidad a shocks externos. Para Argentina, el reto es aún mayor: reconstruir la credibilidad institucional y financiera para poder acceder a crédito en mejores condiciones, mientras avanza en una transición productiva que garantice sustentabilidad fiscal y ambiental.

Conclusiones

El recorrido de este capítulo muestra cómo la deuda pública y el déficit fiscal no son meros indicadores contables, sino el reflejo de decisiones políticas, sociales y económicas. Hemos visto que el dilema entre ajuste y crecimiento exige prudencia y equilibrio, que nuevas formas de financiamiento —como los bonos verdes y sostenibles— ofrecen oportunidades, y que las crisis globales (pandemia, guerras, transición

energética) condicionan seriamente la capacidad de los Estados para gestionar sus pasivos.

En suma, la deuda pública debe analizarse no solo en términos de su sostenibilidad financiera, sino también en función de su impacto sobre el desarrollo económico, la equidad social y la estabilidad política.

Desafíos para la estabilidad macroeconómica

Los principales retos que enfrentan países como Argentina son:

- Reconstruir credibilidad institucional para acceder a financiamiento en condiciones razonables.
- Evitar ciclos de sobreendeudamiento y default, que deterioran el crecimiento y la confianza social.
- Compatibilizar la disciplina fiscal con el desarrollo inclusivo, evitando que el ajuste recaiga sobre los sectores más vulnerables.
- Insertarse en un mundo en transición, donde las exigencias ambientales, tecnológicas y geopolíticas marcan nuevas reglas de juego.

La estabilidad macroeconómica no depende únicamente del equilibrio de las cuentas públicas: requiere también un marco político estable, consensos básicos sobre la política fiscal y una estrategia clara de inserción internacional.

Recomendaciones de política

A modo de cierre, algunas líneas estratégicas que surgen del análisis:

1. Consolidación fiscal gradual y creíble, que reduzca el déficit sin sofocar el crecimiento.
2. Fortalecimiento de la base tributaria, ampliando la progresividad del sistema impositivo y combatiendo la evasión.

3. Eficiencia del gasto público, priorizando inversiones en infraestructura, innovación y capital humano.
4. Diversificación de fuentes de financiamiento, con mayor peso de instrumentos sostenibles y multilaterales.
5. Negociación activa de deuda, que combine firmeza con pragmatismo frente a acreedores.
6. Políticas de desarrollo inclusivo, que acompañen la disciplina fiscal con redes de protección social y generación de empleo.

Estas recomendaciones apuntan a construir un sendero de sostenibilidad con desarrollo, evitando la falsa dicotomía entre ajuste y crecimiento.

BIBIOGRAFIA.

1. Autores clásicos y contemporáneos

- Blaug, M. (1997). Economic theory in retrospect (5th ed.). Cambridge University Press.
- Ekelund, R. B., & Hébert, R. F. (2014). A history of economic theory and method (6th ed.). Waveland Press.
- Friedman, M. (1968). The role of monetary policy. *American Economic Review*, 58(1), 1–17.
- Heilbroner, R. L. (1999). The worldly philosophers: The lives, times and ideas of the great economic thinkers (7th ed.). Simon & Schuster.
- Jevons, W. S. (1871). The theory of political economy. Macmillan.
- Keynes, J. M. (1936). The general theory of employment, interest and money. Macmillan.
- Menger, C. (1871/2007). Principles of economics. Ludwig von Mises Institute.
- Piketty, T. (2014). Capital in the twenty-first century. Harvard University Press.
- Ricardo, D. (1817). On the principles of political economy and taxation. John Murray.
- Samuelson, P. A. (1948). Economics: An introductory analysis. McGraw-Hill.
- Smith, A. (1776). An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. W. Strahan and T. Cadell.
- Stiglitz, J. E. (2010). Freefall: America, free markets, and the sinking of the world economy. W. W. Norton.
- Walras, L. (1874). Éléments d'économie politique pure. Corbaz.

2. Historia económica mundial y comparativa

- Arrighi, G. (1994). El largo siglo XX: Dinero, poder y los orígenes de nuestro tiempo. Akal.
- Ferguson, N. (2012). Civilization: The West and the Rest. Penguin Books.
- Frankopan, P. (2018). Las rutas de la seda: Una nueva historia del mundo. Crítica.
- Maddison, A. (2007). Contours of the world economy, 1–2030 AD: Essays in macro-economic history. Oxford University Press.
<https://global.oup.com/academic/product/contours-of-the-world-economy-1-2030-ad-9780199227204>
- Malamud, A. (2019). Integración latinoamericana: un análisis político. EUDEBA.
<https://www.eudeba.com.ar/Papel/9789502328553/Integraci%C3%B3n+latinoamericana>
- Pomeranz, K. (2000). The great divergence: China, Europe, and the making of the modern world economy. Princeton University Press.
<https://press.princeton.edu/books/paperback/9780691090108/the-great-divergence>
- Stiglitz, J. E. (2002). La gran transformación: Los cambios económicos, sociales y políticos en el mundo del siglo XXI. Taurus. <https://www.penguinlibros.com/ar/ciencias-sociales/189962-libro-la-gran-transformacion-9788430604514>
- Varian, H. R. (2010). Intermediate microeconomics: A modern approach (8th ed.). W. W. Norton.
<https://www.norton.com/books/9780393934243>

3. Autores argentinos y América Latina

- Basualdo, E. (2006). Estudios de historia económica argentina: Desde mediados del siglo XX a la actualidad. Siglo XXI Editores.
- Braun, O., & Joy, L. (1981). Ajuste, endeudamiento y desequilibrio externo de la Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- Damill, M., Frenkel, R., & Rapetti, M. (2005). La deuda argentina: Historia, default y reestructuración. Universidad Nacional de Quilmes.
- Gerchunoff, P., & Llach, L. (2018). El ciclo de la ilusión y el desencanto: Un siglo de políticas económicas argentinas. Ariel.
- Gerchunoff, P., & Rapetti, M. (2016). Historia económica de la Argentina en el siglo XX. Siglo XXI Editores.
- Halperín Donghi, T. (2012). Historia contemporánea de América Latina. Alianza Editorial.
- Iñigo Carrera, N. (2007). La formación económica de la sociedad argentina: Desde la conquista hasta 1880. Siglo XXI Editores.
- Katz, C. (2002). Bajo el imperio del capital: La economía argentina en la segunda mitad del siglo XX. Fondo de Cultura Económica.
- O'Donnell, G. (1984). Democracia en la Argentina: Micro y macro. CEDES.
- Schvarzer, J. (1996). La política económica de Martínez de Hoz. Hypsamérica.
- Smith, P. H. (1989). Argentina and the failure of democracy: Conflict among political elites, 1904–1955. University of Wisconsin Press.

- Tavares, M. C., & Assis, J. C. (1985). Acumulación de capital y crisis en la Argentina. Siglo XXI Editores.
- Torre, J. C. (Ed.). (2002). Los años peronistas (1943–1955). Sudamericana.
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada de la Argentina y el tipo de cambio. Desarrollo Económico, 12(45), 25–47.
- Ferrer, A. (2004). La economía argentina: Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI. Fondo de Cultura Económica.

4. Manuales y textos generales

- Begg, D., & Ward, D. (2016). Economía: Un enfoque moderno (6.^a ed.). McGraw-Hill.
- Krugman, P., & Obstfeld, M. (2022). Economía internacional: Teoría y política (12.^a ed.). Pearson.
- Krugman, P., & Wells, R. (2020). Introducción a la economía. Reverté.
- Mankiw, N. G. (2022). Principios de economía (9.^a ed.). Cengage Learning. <https://latam.cengage.com>
- Samuelson, P. A., & Nordhaus, W. D. (2010). Economía (19.^a ed.). McGraw-Hill.
- Stiglitz, J. E., & Walsh, C. E. (2007). Economía (4.^a ed.). Antoni Bosch.
- Varian, H. R. (2010). Microeconomía intermedia: Un enfoque actual (8.^a ed.). Antoni Bosch.

5. Documentos oficiales y estadísticas

- AFIP. (2024). Estadísticas de recaudación tributaria. Administración Federal de Ingresos Públicos. <https://www.afip.gob.ar/institucional/estadisticas/>

- Banco Central de la República Argentina (BCRA). (2024). Informe de política monetaria y balanza de pagos.
<https://www.bcra.gob.ar>
- CEPAL. (2023). Panorama fiscal y social de América Latina.
<https://www.cepal.org>
- CIAT. (2023). Base de datos comparativa de presión tributaria en América Latina. <https://www.ciat.org/>
- Eurostat. (2023). Government expenditure statistics.
<https://ec.europa.eu/eurostat>
- FMI. (2024). World Economic Outlook y Fiscal Monitor.
<https://www.imf.org/en/Publications>
- INDEC. (2024). Cuentas nacionales, estadísticas fiscales y EPH. <https://www.indec.gob.ar>
- Ministerio de Economía de la Nación. (2023). Cuenta de Inversión 2023 y Proyecto de Presupuesto 2024.
<https://www.argentina.gob.ar/economia>
- OCDE. (2023). Revenue statistics in Latin America and the Caribbean. <https://www.oecd.org/tax/tax-policy/revenue-statistics-in-latin-america-and-the-caribbean.htm>
- OMC. (2023). Estadísticas del comercio mundial.
<https://www.wto.org>
- ONU-PNUD. (2023). Informe sobre desarrollo humano 2023/24. <https://hdr.undp.org>
- Secretaría de Finanzas de la Nación. (2023). Boletín de deuda pública. <https://www.argentina.gob.ar/economia/finanzas>

6. Fuentes en línea y reportes especiales

- Autor, D., Dorn, D., & Hanson, G. H. (2016). The China Shock: Learning from labor market adjustment to large changes in trade. *Annual Review of Economics*, 8, 205–240.

<https://doi.org/10.1146/annurev-economics-080315-015041>

- Changying Precision Technology Company. (2015). Case study: Smart factory in Dongguan. Reportes de automatización industrial de China.
- CIPPEC. (2023). Informe sobre gasto y presión tributaria en Argentina. <https://www.cippec.org/>
- World Bank. (2022). Global economic prospects. <https://www.worldbank.org/en/publication/global-economic-prospects>
- World Economic Forum. (2023). Future of jobs report 2023. <https://www.weforum.org/reports>



BIBIOGRAFIA AMPLIADA

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE ECONOMÍA?

La economía no es un idioma reservado.
a los expertos. Está en el supermercado,
en tu sueldo, en las decisiones de ahorro
y en los debates que marcan el
rumbo de un país.

Este libro te invita a descubrir, de
manera clara y sencilla, cómo
funciona el mundo económico y
cómo impacta en tu vida diaria.

**Una guía práctica y cercana
para entender la economía sin
ser economistas.**



EDICIONES JECIMAR